
Mi
Apuesto
aliado
ELEANOR RIGBY

Mi apuesto aliado

Eleanor Rigby

© 2025, Eleanor Rigby

Título: *Mi apuesto aliado*
Primera edición: marzo de 2025
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: H. Kramer

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Club social Strickland’s
Londres, Inglaterra
Marzo de 1846

—¿No ha engordado desde la última vez?

—Son los años, que no la favorecen. Veintiuno ha cumplido ya.

—¡Veintiuno! Yo, si fuera ella, aprovecharía que es la edad en que las mujeres recuperan el consentimiento y me fugaría a Gretna Green con cualquiera. ¡Con el cochero, incluso! ¡Así al menos estaría casada!

—Ni el cochero la querría con esos hombros tan estrechos.

—Y esas caderas tan anchas.

—Fíjate en sus brazos; ¡dos rollos de carne!

—¡Dos solomillos Wellington!

Algo así escuchó Rebecca Wargrave en cuanto cruzó las puertas doradas de Strickland’s, el novedoso club social que le había arrebatado el pedestal de grandeza y popularidad al legendario Almack’s. Claro que el miedo y la vergüenza habían encajado un intenso pitido en sus oídos y, siendo justos con la verdad, no habría podido oír un solo oprobio ni siquiera de haber llegado a pronunciarse. Aquel coro de voces malintencionadas provenían de nada menos que su cabeza, que insistía en conocer mejor que ella la mala baba de sus allegados e inventaba conversaciones que reflejaran su opinión de sí misma.

Rebecca se estaba esforzando por mantener la mirada en un punto fijo del fondo para no perder el equilibrio y, sobre todo, parecer segura de sus pasos. Temía distraerse con los frívolos parlamentos de los grupos de debutantes o de grandes caballeros. No habría soportado captar una mirada algo menos que cortés dirigida a ella o una mención a su nombre insertada en la clase de frase a medias que podría arruinarle la noche... o un poco más la vida.

No habría sido la primera vez que sucedía.

El mundo le había enseñado a no subestimar el poder de la palabra.

Aunque las viviendas nobles y clubes como Strickland’s mantenían tan caldeadas sus estancias que el aire era irrespirable, Rebecca había sacrificado su comodidad decantándose por una manga larga que ocultara sus dos solomillos Wellington. Había mandado coser en el interior de la prenda unas hombreras que disimularan la diferencia abismal entre la anchura del torso y las fértiles caderas que heredó de su difunta madre. Pero no podía hacer nada para aparentar que aquella era su primera temporada y no el cuarto año que arrastraba sus cansados huesos de salón en salón, ya con la única esperanza de que no se burlaran de ella.

Si bien es cierto que sus sueños no siempre habían sido tan modestos. Hubo un tiempo en el que incluso creyó —*pobrecita*— que gozaría de las atenciones de un gallardo caballero.

Lanzó una mirada de ojos vidriosos a la congregación de muselinas blancas que acaparaba el interés masculino. Debutantes con diecisiete o dieciocho años recién cumplidos, armadas con abanicos de plumas de cisne y nada más salvo sus rubores juveniles, reían con la despreocupación de tener Londres a sus pies. Rebecca había sentido en más de una ocasión el impulso de abalanzarse sobre ellas como una embravecida lectora de la buena ventura para advertirles con ojos de loca, igual que si de una profecía se tratara, que no disponían de todo el

tiempo del mundo; que habrían de aprovechar su belleza antes de que la edad se la echara a perder, llevándose consigo hasta la última de sus oportunidades de alcanzar la plenitud.

Señores de alta cuna y burgueses con fortunas que no podrían gastar en una sola vida alternaban plácidamente distribuidos sin orden ni concierto por el corazón de Strickland's. A estos no habría sabido qué decirles. Hacía años desde la última vez que Rebecca tuvo un moderado éxito conversando con un hombre en clave coqueta. En vista de que ya no le servía para nada, todo lo que pudiera haber aprendido para atraer a un posible marido había sido eliminado de su memoria en pro de la conservación de otra clase de habilidades. Como, por ejemplo, las que garantizaban su supervivencia en un entorno que, tras su estrepitoso fracaso, se había tornado hostil.

Era el primer año que un club distinto de Almack's era escogido para inaugurar la temporada londinense. El elegido había sido el deslumbrante palacete de cristales venecianos, candelabros de oro y techos con frescos de estilo renacentista que Cassius Strickland, el venerado benefactor de la ciudad, había levantado en Mount Street para deleite de las clases altas. Se había decidido de forma unánime que la nueva sensación de la capital merecía reconocimiento por sus innovaciones respecto del viejo Almack's. Allí no existían normas de etiqueta en cuanto al color de la vestimenta, que tan solo había de ser pulcra y elegante; no existían en el menú los alimentos prohibidos; se podía disfrutar del aire fresco gracias a los frondosos jardines que bordeaban la propiedad y cada semana se publicaba en las mejores revistas y periódicos una pormenorizada descripción de las actividades que realizarían a lo largo del fin de semana, desde espectáculos de bailarinas de ballet traídas de Italia para la ocasión hasta fuegos de artificio, pasando por pantagruélicos banquetes de platos exóticos que ni siquiera los más viajeros habrían probado o siquiera visto jamás.

Rebecca habría disfrutado de lo lindo de las propuestas ociosas de Strickland's si no se hubiera convertido en una mujer imposible de impresionar. Lo único que de un tiempo a esa parte lograba despertar su corazón de la hibernación, que no descongelarlo y ni mucho menos conmoverlo, era quitarse los zapatos nada más llegar a su habitación después de una larga noche de pie.

Estaba deseando regresar a casa, deslizarse bajo las sábanas con olor a lavanda y doblar y estirar los deditos hasta que hubieran recuperado la sensibilidad. Por fortuna, nadie sabía que, además de las caderas, tenía los empeines muy anchos y no existían escarpines o zapatitos que no le apretaran.

Pese a todo, cruzó el salón con la barbilla alta y reconoció con discretos saludos la presencia de algunos de sus conocidos, que no de todos... porque no todos le devolvían la cortesía.

No podía decirse que Rebecca hubiera saboreado una vida social ajetreada en su debut, pero con el paso de los años había ido observando, impotente, cómo su de por sí reducido círculo se cerraba cada vez más. En cuanto se casaron, sus compañeras de la escuela de señoritas le habían negado el saludo, preocupadas por si las contagiaba con su mala suerte. Y de cara a los solteros que al principio la rondaban como plan secundario por si fracasaban cortejando a su prioridad, la inmensa mayoría había terminado escogiendo a alguna de las tres o cuatro opciones que había por encima o incluso por debajo de ella.

Después de pasar por la vicaría, nunca más se supo de los susodichos.

«¡Y ni falta que me hace!», rugía Rebecca para sus adentros. Porque algo debía saberse sobre la honorable señorita Wargrave, y es que por más que pudieran faltarle la juventud, la belleza, los pretendientes, la esperanza y la pasión, había algo que jamás la abandonaría, algo que siempre había sido y que siempre sería su faro guía: no estaría sola mientras le quedara su orgullo. Aun

magullado por los reveses de la vida y las puñaladas traicioneras de enemigos, amigos e incluso familiares, seguía alzándose sobre su cabeza como la estrella que iluminaba los caminos más oscuros.

Eran su orgullo, ella... y quizá alguien más: Harding Wargrave. O, en otras palabras, el hombre que había abandonado a su espalda la copa de champán con una premura sospechosa para dirigirse a su hermana. Ver a Harding abrirse camino entre la hostilidad y el prejuicio que impregnaba aquellas galas era para ella como presenciar la apertura de los océanos a manos del golpe de cayado de Moisés.

—Becks —jadeó, casi sin aliento, al llegar a su altura. Le puso las manos sobre los hombros —. Hay algo que debo decirte.

«A ver si adivino... ¿Te vas a acostar con otra de mis enemigas?», estuvo a punto de responder de mal humor. Suerte que había aprendido a reprimir sus impulsos agresivos, siempre en detrimento de un desahogo que anhelaba más que ninguna otra cosa. Si no se hubiera tratado de su hermano del alma, sin duda le habría arruinado la noche con una fresca, ¡y con gran placer! Pero más allá de que no quisiera herir los sentimientos de Harding proclamando que seguía ardida por su elección de esposa —y más aún por el modo en que se había dado la apresurada boda—, sabía que ninguna mofa o pulla surtiría efecto. El señor y la señora Wargrave llevaban casados cinco meses, y, por lo que estaba descubriendo Rebecca —eso y otras muchas curiosidades acerca del matrimonio, todo había que decirlo—, ese periodo de tiempo no bastaba para sofocar la ilusión efervescente de la luna de miel.

Aunque empezaba a temer que dicha efervescencia no se extinguiera nunca.

—¿De qué se trata?

—De Strickland.

Valoró la reacción de su hermana escudriñando su rostro impertérrito.

—¿Strickland? ¿Ese Strickland? ¿El que posee todo cuanto alcanza a la vista?

Lanzó una mirada apreciativa a los altos techos, desde los que la saludaron bellos querubines y dioses mitológicos engendrados por la talentosa mano de un artista. La obra de pintura al temple quedaba rematada por una hilera de lámparas de araña.

—Así es.

Una sonrisa maliciosa curvó los labios de Rebecca. Se habría frotado las manos si no le hubiese parecido de una teatralidad excesiva, además de maleducado.

—¿Acaso tienes algún jugoso cotilleo que contarme sobre el hombre más misterioso de la ciudad? ¡Ni la mismísima Reina del Chisme ha logrado averiguar algo sobre él!

—Pues sospecho que, esta semana, Su Chismosísima Majestad romperá su silencio por primera vez a este efecto, porque ya empieza a correrse la voz de lo que el caballero en persona me ha transmitido hace veinte minutos: que ha elegido esposa.

Rebecca se miró el borde de las uñas más por acto reflejo que por desinterés, acostumbrada a fingir que nada le importaba. Pero de un tiempo a esa parte, lo único que suscitaba su curiosidad y la hacía regodearse eran los cotilleos sobre las misteriosas vidas de sus allegados.

Y nadie había más misterioso que el señor Strickland.

—¿Ah, sí?

—Me ha pedido permiso para cortejarte con intenciones no menos que honorables.

Harding hizo bien al mantener un semblante neutro. Debía de saber que, contra todo pronóstico, una felicitación le habría caído a la muchacha como un jarro de agua fría.

Tan solo unos meses atrás, Rebecca habría saltado de alegría y habría cubierto de besos el rostro de su hermano. Pero si la experiencia no era la madre de la ciencia, al menos era la prima-

hermana de la sabiduría, y las recientes vivencias le habían enseñado a la joven Wargrave a desconfiar de las buenas nuevas.

—¿Ha utilizado esas palabras exactas o algo muy fácil de malinterpretar? A lo mejor te ha dicho «encuentro a su hermana de lo más asquerosa» y tú, que tan buen corazón tienes, has entendido «suntuosa».

—¿Cómo iba yo a confundir las palabras «asquerosa» y «suntuosa», que guardan poca o ninguna relación? ¿Y qué clase de halago sería decirle a una mujer que es «suntuosa»?

—Quién sabe. —Se encogió de hombros, distante—. Como últimamente andas en la parra del amor, no me extrañaría tu confusión. Ayer te estaba contando lo que la Reina del Chisme ha explicitado acerca de las aventuras románticas de lady Jersey y tú solo levantaste la cabeza para preguntarme por qué tengo tanto interés en la ciudad de Nueva Jersey.

Harding sacudió la cabeza para librarse de un acceso de perplejidad.

—Te estoy diciendo que Cassius Strickland, el hombre más rico y generoso de Londres y, según algunas señoritas, el más atractivo, quiere pedir tu mano, ¿y tú me sales con Nueva Jersey?

Rebecca se cruzó de brazos con los ojos entornados por la sospecha.

—Sabemos que el señor Strickland es atractivo y rico, pero ¿qué hay de su sentido del humor? ¿Nos consta que tienda a gastar bromas pesadas como la que estás insinuando?

—En lo absoluto. Es el caballero más regio con el que he tenido el gusto de tratar.

—¿Olía a alcohol cuando te ha transmitido la feliz noticia?

Con toda probabilidad, Harding abrió la boca para espetarle que se dejara de cinismos y se centrara en celebrar la gloriosa oportunidad. Tuvo que recordar a tiempo que Rebecca estaba en su derecho de desconfiar, porque al final solo suspiró.

—No, Becks, no olía a alcohol.

—¿Ni a ponche?

—El ponche no altera ni el sentido de la realidad ni la razón de un hombre.

—¿Y qué vas a decir ahora? ¿Que lo que la altera es el amor, como el amor que Strickland siente por mí y que, en un movimiento tan autodestructivo como descuidar al rey en una partida de ajedrez, le ha llevado a rogar por mi mano en matrimonio?

—Todavía no he rogado —intervino una melodiosa voz a su espalda con un ligero acento galés—, pero parece que tendré que hacerlo para que se me tome en serio.

Mucho antes habría asociado su forma de hablar a un paciente y concienzudo maestro de una materia artística que a un hombre frívolo y que nadaba en la abundancia. Quizá fuera eso lo que hacía la voz del señor Strickland distinguible a primera escucha: que no casaba con su postura más bien distante y su expresión siempre aséptica. Recordaba haber oído en un paseo al tocador que las invitadas comentaban entre risas, y no sin razones, que el señor Strickland organizaba tres fiestas cada fin de semana con la esperanza de que alguna le divirtiera.

Huelga decir que siempre era en vano. Fuera lo que fuese que pudiera hacer feliz a aquel hombre innegablemente majestuoso, no quedaba al alcance de los vivos.

Rebecca se giró hacia él cuando logró componer una expresión de moderada simpatía..., que no de total y rotunda simpatía, no fuera a ser que, al final, el tipejo estuviera burlándose de su sensibilidad con la propuesta y ella le hubiera otorgado de manera inmerecida el valioso regalo de su amabilidad.

«Tipejo no es la palabra apropiada, aun así», pensó, molesta por no poder achacarle alguno de sus insultos predilectos. No era un pomposo, ni un petimetre, ni un palomino, ni un idiota, ni un canalla, ni nada que figurase en su amplio vocabulario, estudiado y profundizado para abarcar la distinta variedad de memos y sus memeces con los que lidiaba a diario.

Por un momento, Rebecca se sintió intimidada por no saber qué adjetivo emplear. Era de la opinión de que se podía englobar el carácter de un individuo con una sola palabra, tal era el poder y sobre todo la precisión del lenguaje. Pero Cassius Strickland, erguido sobre su metro noventa de estatura y elegante en el refugio armado de su impecable frac, no era nada distinto de un caballero.

Y, sin embargo, ese seguía sin ser el término que le describía.

Un sobrenombre con el que las mujeres habían acordado abarcar su belleza era «el hombre dorado», referencia a sus ojos ambarinos, su piel bruñida y su cabello como el oro viejo.

A Rebecca nunca le habían gustado los rubios.

Ahora no le gustaba la gente en general.

No le gustaba nada.

—No se me ocurriría hacer que un caballero se rebajara hasta el punto de suplicar, señor Strickland —le contestó con la clase de naturalidad que solo era posible cuando no se proyectaba la menor expectativa en la compañía o la conversación—. Una fiesta magnífica, por cierto.

—¿Lo es? —Enarcó una ceja, y con solo cuatro letras resumió el aburrimiento, el desdén, la angustia y el deseo de marcharse de Rebecca.

Suerte que no hubo juicio en su réplica. Tan solo la amable petición de que no le tomara por imbécil.

Algo por lo que también era conocido su señoría era su parquedad. Tenía un don para acotar con el menor número de palabras un mensaje que para otras mentes sería imposible trasladar si no era mediante un discurso saturado.

Este era un rasgo que Rebecca podía imaginarse admirando de él.

—Por supuesto.

—Pues parece acalorada. —Lanzó una mirada a sus mangas largas—. Quizá, con el permiso de su hermano, podría interesarla en un paseo bajo las estrellas.

Cabeceó hacia Harding en un gesto deferente que el susodicho valoró positivamente a la hora de dar su beneplácito.

Esto Rebecca no lo había sabido hasta entonces: Cassius poseía un talento innato para desproveer de romanticismo frases que en otra boca habrían sonado cuanto menos sugerentes.

¿Un paseo bajo las estrellas? Con esa voz átona, cualquiera habría dicho que la estaba invitando a caminar sobre brasas ardiendo.

No dudó en aceptar el brazo que le tendió, sin embargo. Estaba intrigada por su repentino interés, y, lo que era más, deseosa de que delatase tener un plan perverso para destruirla. De este modo podría desquitarse con él profiriendo los peores vituperios, la que en los últimos tiempos se había convertido en su afición predilecta.

Sintió un cosquilleo interno anticipando la escena. Rebecca desenmascararía sus intenciones en teoría honorables en cuanto cometiera un descuido, a lo que Cassius alegaría estar muy aburrido o bien haber apostado con sus amistades que la conquistaría —y no lo diría en su defensa, sino para hacerle más daño—.

Entonces, ella estaría legitimada para abofetearlo.

Una de las primeras normas decorosas que le inculcaban a una señorita era el saber estar. Rebecca, como enamorada de la lengua que era, había decidido que el antónimo de «saber estar» era abofetear. Pero desde que lo había probado con la cara —una cara muy dura— de su cuñada, no había dejado de soñar con la ocasión de repetirlo.

Miró de soslayo el apolíneo perfil de Cassius y contuvo un suspiro de lástima hacia sí misma al no hallar el menor indicio de maldad.

Nada apuntaba a que esa noche fuera a propinar la siguiente bofetada.

Si un entendido de jardinería observara el resultado de la floresta exterior de Strickland's, diría que un especialista había propuesto un diseño paisajístico inspirado en las influencias románticas del resto de Europa para construir un edén de ensueño en el corazón de Londres. Una humilde jovencita como ella, en cambio, juraría que el señor Strickland se había limitado a dejar crecer en libertad todas las plantas, que, ya fuera por casualidad o por intervención divina, habían encontrado el modo de lograr un efecto ordenado. Y es que el jardín del club era tan hermoso que nadie habría dicho que la mano humana hubiera intervenido.

La pareja tomó el serpenteante sendero que llevaba a un banco discretamente refugiado bajo las ramas de un abedul. De no haber sido por la presencia de los farolillos, ubicados de manera que no quedara un solo rincón sin iluminar —una decisión consciente y preventiva para evitar encuentros románticos entre amantes—, la noche lo habría devorado todo.

Incluso el punto de luz dorada que era Cassius Strickland.

Fue el primero y único en tomar asiento con cierto cansancio.

No era peligroso que un hombre y una mujer en edad de amar se quedaran a solas allí. Entre otras cosas, porque había parejas, grupos de amigas y señores paseando por las proximidades y hablando lo bastante alto para hacerse notar. Además, Cassius se curaba en salud contratando a nobles carabinas para que ocuparan espacios apartados a lo largo y ancho del jardín y desde allí vigilaran los comportamientos de los invitados.

Rebecca estaba preparándose para ir al grano cuando observó que el caballero se fijaba en su vestido y esbozaba una sonrisa lejana. Había apoyado las manos en los muslos y encogido los hombros para inclinarse hacia delante, una postura del todo informal, incluso de derrota, que en un hombre de su altura y elegancia llamaba la atención. Le hacía parecer triste, y la tristeza era una emoción que nadie se atrevía a exhibir en público.

—Siempre me ha gustado el color lila en las mujeres.

—¿Tanto como para ocurrírsele la descabellada idea de pedirme matrimonio en el acto?

—Siendo precisos, solo he pedido permiso para cortejarla.

—Cortejarme para casarnos, supongo —completó ella—, no para que le cuente el secreto de quién me ha cosido el vestido lila que tanto le gusta. Se lo debo a la señora Robertson, por cierto; una de las mejores modistas de la capital.

La sonrisa de Cassius, que parecía traída de otros tiempos más felices o solo más sencillos, adquirió un tinte actual, casi como si se hallara presente en el momento. *Casi*.

Al menos le hizo saber que la encontraba divertida.

Recuperó la postura enderezando la espalda y se frotó las manos.

—Nunca le he pedido matrimonio a nadie, señorita Wargrave, pero algo me dice que ninguna otra mujer habría reaccionado exigiendo conocer el porqué de mi decisión.

—Le aseguro que, si me hubieran rechazado solo una, no le habría pedido explicaciones. Habría dado por sentado que me encuentra deseable y respetable, pero nadie defiende esa opinión sobre una joven con mi reputación. Por si no se hubiera enterado aún, soy la única mujer en el mundo a la que han rechazado ya dos veces.

Cassius le sostuvo la mirada. No en una guerra abierta, el matiz con el que Rebecca solía sostener la mirada de otros, sino intrigado con la violencia que subyacía en su tono.

—El mundo es muy grande —se limitó a responder con expresión amable—, pero sí, puede que no haya dos como usted.

—¿Se está burlando de mí?

Cassius inspiró ruidosamente de pronto. «Por fin vamos a entrar en materia», pareció decir al

cruzar las piernas con lentitud, poniéndose cómodo de cara al inminente interrogatorio.

—¿Por qué debería burlarme de usted?

—Porque el mismo día de mi debut, alrededor de tres horas después de presentarle mis respetos a la reina Victoria, el que se había deducido que era mi prometido fue cazado en una postura comprometida con otra mujer. Porque mi padre, el barón, se casó de nuevo hace años y desde entonces paso las Navidades en la escuela de señoritas de lady Mabry, sola. Porque el señor Landon, que pidió mi mano el año pasado, retiró su oferta en cuanto supo que me había besuqueado en pleno St James con un reputado canalla. Y ya a título personal —añadió—, también debería burlarse de mí porque Verity Burton es mi cuñada, pero si bien me parece lo peor con diferencia, estoy al corriente de que no todo el mundo me apoyará en esto.

Cassius la había estado escuchando tan concentrado que la arruga de las solemnidades había aflorado en una frente por lo demás despejada. Si no le engañaba la memoria, y no podía engañarle porque lo único que hacía en su tiempo libre era repasar la información que conocía de otros, buscando el punto débil para cuando debiera devolverles un desaire, el señor Strickland había cumplido treinta y cuatro años ese enero.

Aparentaba esos y muchos más, pero no en un sentido físico. Encontraba la sabiduría de los viejos en sus ojos cada vez que lo miraba, y no se podía hacer otra cosa con él salvo mirarlo, porque no rehuía la vista. Era directo y franco, como un disparo al blanco.

—¿Qué hay de malo en que pase las Navidades sola? —fue lo único que preguntó.

—Por lo general, señor Strickland, a los hombres no les gustan las mujeres sin conexiones de alto abolengo.

—Usted tiene conexiones de alto abolengo.

—Reformularé: mujeres a las que las conexiones de alto abolengo que tienen no les hacen ningún caso —se corrigió, y no sin amargura.

Era la sensación que la embargaba cada vez que pensaba en el barón.

—¿Qué culpa tendrá usted de que su padre no la invite a cenar por Navidad?

—Dejémoslo en que los solteros prefieren no desposar a una joven que mantiene una relación bastante perjudicada con quien gestiona el dinero de su dote. Ya sabe —abarcó el peor escenario posible para un cazafortunas con un aspaviento—, por si después de pronunciar los votos no cobrase.

—No me preocupa el dinero.

—¿Tampoco la reputación? —contraatacó sin más, contagiada ya de su parquedad.

Cassius dejó correr un breve silencio.

Llevaba haciéndolo toda la conversación, se percató Rebecca. Nunca respondía sin pararse a pensar primero.

—De acuerdo a la ley del más fuerte, se conoce que los peces grandes fagocitan los pequeños. Yo tengo una reputación rotundamente impecable; ese es el pez grande de la historia. Su personalidad ha sufrido el revés de algún que otro rumor, sí, pero sigue siendo el pez pequeño. Si nos casáramos, yo limpiaría su nombre antes de que usted ensuciara el mío.

—No es ningún rumor que besé a Sonny Kinross en St James, señor Strickland. Es una verdad flagrante. Humillante, también —cabeceó con un suspiro de resignación. No era la primera vez que se preguntaba en qué diablos estaba pensando cuando permitió que aquello sucediera—, pero no lo voy a negar.

«¡Para una historia en la que no soy yo la víctima!».

—¿Lo besó porque lo ama o porque pretenda casarse con él?

Rebecca abrió mucho los ojos.

—Dios me libre.

—Entonces no veo el problema. Yo también he besado a alguien. No a Sonny Kinross, y ciertamente no en St James, pero porque no tengo el gusto de hacer mis necesidades a plena vista. Soy un tipo introvertido, ¿sabe?

Ella pestañeó varias veces seguidas.

—Ahora sí se está burlando de mí, ¿verdad?

La expresión de Cassius no cambió un ápice salvo por un brillo en los ojos.

—Un poco.

En lugar de ponerse a la defensiva, como era su costumbre, Rebecca relajó los hombros. Era la primera vez que alguien se quedaba con ella de un modo amistoso, como solo bromeaban dos camaradas agarrados por los hombros en las puertas de una taberna.

Esta vez fue su turno de contemplarlo en un silencio reflexivo.

—Imagino que necesita una esposa y por eso pretende cortejarme. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué ahora? Lleva años viéndome pasear por sus salones y por los de otros, señor Strickland. No irá a decirme que ha estado amándome en secreto desde que aparecí ante sus ojos.

—¿No lo cree loable?

—No —respondió sin el menor género de duda.

Cassius tuvo la prudencia de no preguntar por qué; si se debía a que no le veía a él capaz de albergar sentimientos románticos o si era a sí misma a la que no creía digna de afecto, menos aún del silencioso y apasionado que se prolongaba en el tiempo.

Pero esta duda surcó su pensamiento. Lo vio en la leve alteración de su semblante.

Se puso de pie y se acercó con las manos en los bolsillos, una postura a priori descuidada, pero que en él parecía nostálgica.

—Me toca indagar a mí. ¿Por qué tanta resistencia y tan poca ilusión? ¿No quiere casarse?

Rebecca se quedó impactada.

—Esa no es una pregunta que se le haga a una dama, señor Strickland —expresó sin apartar de él la vista.

Escarmentado pero no por ello afligido, Cassius contestó.

—¿He cruzado algún límite infranqueable pretendiendo ahondar en sus sentimientos?

—No lo digo porque haya pecado de indiscreto, sino porque plantearle el matrimonio a una joven como una opción es el equivalente a sugerir que puede elegir si sangrar cada mes, con perdón por la escandalosa comparativa. En ambos casos se habla de un hecho inamovible e inherente a lo femenino del que no puede escapar ninguna criatura en todo el globo, y, si lo hace, si deja de menstruar o permanece soltera de por vida, entonces pierde su condición de mujer a ojos del resto y es condenada al ostracismo.

—Como ve, en mis manos no hay ni soga, ni mazo —le mostró las palmas desnudas en una humilde pose de entrega—. Ni puedo ni quiero condenarla a nada que no esté en sus planes; de ahí que me interese averiguar de qué destino escogido estamos hablando cuando hablamos de usted.

Cassius no había pretendido encerrarla en un callejón sin salida, comprendió. Esperaba una respuesta sincera con la misma expresión que si le hubiese preguntado qué postre francés prefería, si el *soufflé* de nata o el *vol-au-vent.*

Aunque la sola idea de planteárselo la hacía retorcerse las manos en el regazo, nerviosa, aceptó meditarlo.

Solo porque, por primera vez, alguien amable la había invitado a hacerlo.

Capítulo 2



Por alguna razón, Rebecca sentía que estaba en compañía de un hombre del que podía fiarse. Nunca antes le había sucedido nada parecido, ni siquiera en esos primeros años de ingenuidad en los que aún era la niña de los ojos de su padre y tenía toda la juventud y las oportunidades por delante. Por lo general, el género dominante no le suscitaba la menor confianza, a lo mejor porque había asumido, ya en la tierna infancia, que era en manos masculinas donde recaería el poder de hacerla feliz o profundamente desgraciada.

Rebecca nunca se había atrevido a subestimar la influencia de los hombres. Sobre todo en lo que refería a la vida de una mujer.

Acabó suspirando, aunque todavía seguía tensa por cuánto la había sorprendido la pregunta. Se dirigió al banco ahora vacío para sentarse. Cuando terminó de acomodar los pliegues de la falda violeta y descansó las manos sobre el regazo, dijo con voz clara:

—Si le soy sincera, señor Strickland, no me concibo casada.

—¿Por falta de interés o por falta de imaginación?

—Puede que se trate de lo segundo; como a todas, siempre me ha faltado información al respecto como para pintar un cuadro realista de la situación conyugal... Aunque me da la sensación de que empiezo a ponerle remedio. —Viendo que Cassius se la quedaba mirando, cómodo en la espera de su explicación, Rebecca prosiguió—: Convivir con un par de enamorados está resultando... —dejó la frase en el aire hasta dar con el término adecuado— iluminador. La única referencia de matrimonio que había tenido hasta la boda de mi hermano habían sido mis padres, y mi madre falleció cuando yo aún era una niña. Apenas albergaba vagos recuerdos de la idiosincrasia de su relación.

—Los Wargrave son un matrimonio inusual —fue lo único que dijo Cassius.

Su extremada prudencia le hizo sonreír.

—Cuanto menos, sí.

Entrelazó los dedos sin apartar del pensamiento las anécdotas más recientes.

Los días posteriores a la boda, Rebecca pudo ponerse cómoda y relajarse a solas en la nueva mansión que su hermano había adquirido para que vivieran los tres; la pareja se había marchado al sur de Inglaterra para disfrutar de una gloriosa luna de miel cuyo itinerario contemplaba la visita de destinos tan populares como Bath, Brighton y Oxford.

Mientras su hermano y la señorita Burton —«Verity, solo Verity o señora Wargrave», se corrigió con hastío— visitaban las aguas termales o disfrutaban de los mejores pasteles de Connie’s Delicatessen, Rebecca se refocilaba en su mala suerte y su infelicidad por los rincones de la casa de Mayfair, temiendo el regreso de los enamorados y las escenas de complicidad que habría de atestiguar durante el resto de su vida como la infame tercera en discordia.

Para su asombro, hallarse en medio de los futuros barones no había sido tan terrible. Era uno de los rasgos positivos de ser profundamente pesimista; que, al ponerse en el peor de los supuestos, casi siempre se llevaba sorpresas gratas. No le molestó en ningún momento ver a su hermano beber los vientos de forma abierta y sincera por su esposa, y desde luego que no le importó que Verity lo correspondiera mediante demostraciones de afecto físico o reafirmaciones verbales. Opinaba que una veneración total y absoluta era lo mínimo que merecía Harding, y muy en el fondo celebraba que hubiera ido a parar con una mujer que vivía fascinada con su sola existencia.

Seguía odiando a Verity. Eso era inmutable. Pero, para su espanto, sentía cómo ese desprecio se sosegaba cada vez que cazaba al matrimonio susurrándose secretos amorosos al oído; cuando se encontraba con ella en el pasillo bien entrada la noche y veía que se dirigía al despacho de Harding para servirle una taza de café, fiel a su obligación de cuidarle y de respetar sus rigurosos rituales; cuando, desde la a veces insoportable soledad de su habitación, los oía reírse en voz baja como dos niños contándose las nuevas palabras malsonantes que habían aprendido.

—Hasta la boda —confesó ella—, yo solo había tenido como referencia matrimonial las historias para no dormir que me contaban algunas conocidas o, peor, que leía en la columna de Reina del Chisme. ¿La conoce?

—No la leo con religiosidad, pero sí, claro.

—A menudo ejerce un papel más propio de un héroe que de una alcahueta —continuó con una pequeña sonrisa admirada—. Insinúa que a esta o aquella dama le llueven los golpes en casa, que padece numerosas noches de insomnio sujetando la cabeza de un marido borracho o tolera estoicamente sus infidelidades.

—Es como para guardarle respeto a la institución matrimonial —convino él con tiento.

—Y, aun así, yo siempre he querido casarme porque opino que es mejor tener un esposo fornicario o bebedor que no tenerlo en absoluto —admitió con amargura—. Después de haber vivido lo que he vivido, una traición carnal se me antoja más llevadera que la vida de solterona.

—Intuyo un «pero».

—Pero ahora que he contemplado a una pareja de enamorados en su hábitat natural —prosiguió ella, agradeciéndole a Cassius su perspicacia con un guiño naturalmente cómplice—, comprendo que mediante casamiento es posible no solo aliviar la sensación de haber fracasado como mujer, sino encontrar en el compañero la alegría de vivir.

Mucho se temía que Verity no había hecho sino darle una razón más para despreciarla: por su culpa, Rebecca debía reprimir a diario otro anhelo imposible, porque sus locas fantasías ya no solo configuraban una boda con todo género de detalles, sino ser amada con devoción. No le quedó otro remedio que trasladar a Cassius Strickland un odio similar por haber hecho aflorar en ella un deseo irrealizable y que solo se sentía cómoda admitiendo en la intimidad de su dormitorio, cuando nadie podía verla llorar.

—No me opongo al matrimonio —concluyó al fin con más aspereza de la cuenta—, pero solo me lo creeré cuando lo vea, señor Strickland.

—Si lo que quiere es una prueba de mi interés, puedo empezar invitándola a dar un paseo en calesa por Hyde Park.

Rebecca se imaginó a sí misma apretando los labios, como siempre que la situación le impedía apretar los labios físicamente pero necesitaba desahogarse.

Se preguntó si estaba preparada para volver a pasar por el mismo y tedioso lance. Ya se había visto ahí antes. Cierto era que tanto las maestras de la escuela de señoritas donde llevaba años puliendo sus modales como las debutantes que bailaban ahora su primer vals en el salón opinarían que el cortejo breve y más bien torpe de dos hombres era insuficiente para cansarla, no se dijera ya matar del todo su interés por el matrimonio. Pero si ya fue trágico perder a su primer casi prometido a manos de otra, y de un modo tan humillante, el rechazo del segundo caballero, que precisamente porque no le había importado un ápice fue el doble de vergonzoso, había terminado por desvincular sus emociones de la nobilísima tarea de hallar esposo.

Miró de nuevo a Cassius.

Permanecía de pie ante ella, esperando su verdad con inusitada paciencia.

Todos los hombres importantes con los que había tratado solían caminar con prisa de una

citación a otra, siempre consultando su reloj de bolsillo casi por acto reflejo. El señor Strickland debía de ser el único en su especie al que no le importaba perder el tiempo.

No tenía que preguntarle qué clase de matrimonio le esperaría con él. Saltaba a la vista que sería respetuoso. Por supuesto, había hombres que engañaban con su actitud y no era hasta que se les conocía en la intimidad de sus casas que se descubría su verdadero talante, pero dudaba que Cassius Strickland fuera en el fondo un hombre violento.

Ya que no la dejaban participar en la diversión general, Rebecca había pasado los últimos tres años limitándose a observar. Esto le había permitido desarrollar un sexto sentido a la hora de juzgar el carácter ajeno, y rara vez cometía errores.

—Hágame saber mediante nota cuándo y a qué hora le gustaría verme —dijo al cabo de un rato, y se levantó para dar por concluida la conversación.

Cassius esbozó una sonrisa, más de agradecimiento que de victoria, y en ningún caso de oreja a oreja. Algo debía pesarle, ya fueran las responsabilidades, los años de soledad o una pena secreta, porque por bien que se le diera disimular en beneficio de la corrección, al final se le acababa notando el cansancio existencial.

Rebecca le tendió la mano a la espera del beso que sellaría la despedida temporal. Cassius aceptó sus dedos enguantados y le acarició los nudillos con los labios. Esa vez no esperó que su corazón se agitara con el contacto, como había rogado por que sucediera justo después de perder su oportunidad con el único hombre al que había amado.

Ya no esperaba nada; emocionarse lo que menos.

Pero sentía intriga, y eso ya era algo.

Cassius se enderezó y soltó su mano. No se marchó enseguida, aun así. Se la quedó mirando a sus anchas con la cabeza ladeada.

El rastro de la sonrisa aliviada de antes había adquirido un tinte nostálgico.

—Siempre me han gustado las rubias —murmuró para sí, y se tomó la libertad de regalarle una caricia distraída a uno de los bucles que le enmarcaban la cara—. Sobre todo las que dicen lo que piensan.

Recobró la compostura con una profunda inspiración y, tras enterrar las manos en los bolsillos, se despidió de ella dejándola sola en el jardín.

Rebecca se quedó perpleja, no supo si por su apasionada confesión o por el insólito hecho de que no le hubiera ofrecido el brazo para regresar. ¿Qué pensarían los que los habían visto salir juntos? Que la honorable señorita Wargrave no había sabido comportarse y el señor Strickland había huido en desbandada, seguro.

Se rascó la nuca, todavía extrañada por la noticia de su interés, por la conversación y por la cita que se entreveía en el horizonte.

El futuro le prometía una tarde de cortejo con nada menos que Cassius Strickland.

Si se lo hubieran dicho nada más levantarse esa mañana, se habría desmayado de la risa.

—Si no la conociera, pensaría que no se quiere a sí misma ni se tiene respeto alguno —comentó una voz masculina, radicalmente contraria a la melodiosa serenidad de la de Cassius. Había un perenne subtono de risa que podía tender a la mofa o a la camaradería, pero jamás a nada parecido a la solemnidad—. Incluso que pretende dinamitar el compromiso antes de que se dé. ¡Qué manera de despreciar su propia mano, cuando solo un tiempo atrás trataba usted a sus cinco deditos como si fueran los de *La creación de Adán* de Miguel Ángel, a punto de tocar a Dios mismo! ¡Quién la ha visto y quién la ve, señorita Wargrave!

A sabiendas de que ponerse a vociferar no sería apropiado en ningún caso, Rebecca cerró los ojos y se encomendó a las energías divinas. «El que faltaba», habría mascullado entre dientes.

Pero sabía que nada le gustaba más al señor Kinross que ponerla de los nervios, y meses atrás se juró a sí misma que no volvería a darle el gusto, así su vida dependiera de ello.

—Quién me ha visto está muy claro; usted, y desde el escondrijo de un arbusto, ¿me equivoco? Siempre se las arregla para estar presente donde no es ni requerido ni mucho menos bienvenido.

Sonny emergió del refugio de las sombras con la sonrisa del gato de Cheshire. Aquella mueca de truhan sin remedio parecía brillar en la oscuridad. Solo el Todopoderoso sabía lo que habría estado tramando entre los frescos rosales; nada bueno, como advirtió la actitud despreocupada con la que se asomó balanceando el cuerpo igual que un borracho, con el único apoyo de una mano rodeando el tronco del abedul y el torso combado hacia un costado.

—Relájese, señorita, que nada hay de sospechoso en coincidir en un espacio público —siguió columpiándose con sutileza hasta inclinarse sobre el oído de la rígida Rebecca—. Y yo estaba aquí antes que usted: en el jardín de Strickland's... y en el mundo, también.

Ella ni se inmutó con su proximidad.

Hasta a las enfermedades infecciosas se podía inmunizar uno si practicaba el mitridatismo con la religiosidad con la que ella era expuesta a la cercanía del bandido.

—Y, sin embargo, yo interioricé antes que usted las bondades de la distancia prudencial. ¿A qué se deberá? ¿A mi superioridad intelectual... o a que tiene usted el cerebro de un mosquito?

—Conozco esas bondades de las que me habla —continuó con los labios muy cerca de su sien —, pero ya sabe que no gusto de practicarlas con usted. Y eso no me hace idiota, sino todo lo contrario: me convierte en el más espabilado de los hombres.

Rebecca manoteó cerca de su rostro, como si fuese un molesto moscardón.

—Entonces en su concepto de inteligencia no debe caber el afán de supervivencia, o ya habría decidido proteger su integridad apartándose de mí por al menos tres pasos.

—¿Por qué lo dice? ¿Cassius Strickland vendría a atizarme por propasarme con usted?

—No necesito que un hombre me preste su mano para arrearle un bofetón, Kinross. ¿Puedo saber por qué me tortura ahora? ¿No se ha presentado su cita clandestina y anda aburrido?

—Ya veo que sigue tomándome por un rufián.

—Compréndame —le pidió con falsa amabilidad, poniéndole una mano en el hombro—, la alternativa es tomarle en serio.

Pretendía dejarlo allí solo con un palmo de narices, no como venganza sino simplemente para obedecer sus necesidades más urgentes: entre ellas, la de alejarse de él.

El señor Kinross no había sido santo de su devoción un solo día de su vida, pero hacía meses desde que era una presencia *non grata*. Podía decirse que incluso encabezaba la lista de sus peores enemigos, y haber logrado desbancar a Verity no era moco de pavo. Para él sí tenía una palabra perfecta, la que lo abarcaba en su totalidad: Sonny Kinross era un sinvergüenza con todas las de la ley. Pero por si acaso un día se levantaba cansada de dirigirse al susodicho con el mismo término, podría utilizar cualquiera de las que había tratado de endilgarle a Cassius.

Sonny sí era un pomposo, un petimetre, un palomino, un idiota y un auténtico memo, y lo demostró una vez más impidiendo que Rebecca avanzara un solo paso hasta haber cubierto su cuota de diversión.

—No me diga que sigue enfadada conmigo. —Ella no respondió y continuó su marcha caminando tranquilamente por el sendero, más despejado que cuando Cassius la había invitado a tomar el aire. No se dignó ni a mirarlo—. ¿Ahora se finge sorda?

—Ojalá lo fuera, señor Kinross. Tenga unas muy buenas noches.

—¡Oh, vamos! Lo primero, no quiere que tenga unas buenas noches. Quiere que sufra unas

noches insoportablemente nostálgicas; unas noches penosas. Y le recuerdo también que le encantaría atribuirse el mérito de habérmelas provocado.

Esta vez, Rebecca sí apretó los labios de manera visible.

No se podía negar que Sonny tuviera un don natural para sacarla de sus casillas. Había sido así desde que apareció en su vida una fatídica primavera de 1840, cuando acudió al recinto universitario de Oxford para prestar una visita a su hermano y en su lugar se topó con el insufrible amigo que había tenido la desgracia de echarse. No solo eso, sino que el señor Kinross la confundió con una mujerzuela que había planeado infiltrar discretamente en las regias habitaciones de los alumnos.

Esa solo fue la primera de una asombrosa colección de humillaciones que habrían mantenido humilde a Rebecca si no hubiera trabajado de forma activa por su cuenta para salvaguardar su orgullo.

Sonny apretó el paso para interponerse entre el camino al salón y ella.

Aunque no extendió los brazos, vio esa intención en su mirada traviesa.

—¿Así es como se comporta con los hombres que, en sus propias palabras, anda besuqueando en St James? ¿Cómo es que cuando se alude a su reputación no se menciona nada acerca de su condición de rompecorazones?

Rebecca sintió que le ardía el rostro de rabia hacia su insistencia.

Detestaba los acorralamientos.

—No irá a insinuar que tiene usted corazón. Sería la cosa más estúpida que he oído no ya en toda la noche, sino en toda mi vida. Y no le voy a pedir que tenga la bondad de no volver a mencionar ese asunto, porque con plena seguridad no me hará ningún caso, así que emplearé una amenaza: guarde cuidado con lo que dice, Kinross.

—Pero si es usted la que se lo va recordando a sus pretendientes. —Entrecerró los ojos, satisfecho—. ¿Tan presente lo tiene que se lo suelta hasta al magnífico señor Strickland?

—Si pretende casarse conmigo, le conviene estar al corriente de qué clase de sujetos me rondan día y noche. Por desgracia para mí, es evidente que la mano de la honorable señorita Wargrave viene con sorpresa: la horrible letra pequeña que es usted. Porque no me dejaría en paz ni casada, ¿verdad?

—Ni tampoco muerta —le confirmó, y se aseguró de que lo oía alto y claro deteniéndola con un contacto descarado: le rodeó la garganta desde atrás con una mano firme y le habló al oído—. Sería el primer vivo de la historia del mundo paranormal que atormenta al fantasma en su forma de carne y hueso, y no al revés.

—Déjese de estupideces —masculló con el pulso acelerado, y se deshizo de su débil agarre con un zarandeo impaciente.

—«No es ningún rumor que besé a Sonny Kinross» —la parafraseó—. Eso es lo que le ha dicho a Strickland; que usted me besó a mí —recalcó— y no al revés.

—También he dicho que fue humillante.

Y retomó el camino esquivándolo como un vulgar obstáculo. A esas alturas, ya notaba el estómago revuelto, un nudo de impotencia en el pecho, la garganta atorada por un objeto invisible y un escozor rabioso en los ojos.

Recordar aquel día la enfurecía casi tanto como la confundía. Apenas sabría describir, y muy grosso modo, retazos de lo ocurrido, tal fue el shock que la llevó a tomar las peores decisiones imaginables en el curso de cuarenta y cinco minutos. En tan modesto período de tiempo, se coló en un club de pugilismo y en una pelea a sangre, desafió a uno de los hombres más poderosos de Londres insultando a su hija ante sus narices y, para rematar, besó a Sonny Kinross.

Por alguna razón, todavía no se había muerto del bochorno ni había ido al infierno. A lo mejor porque morirse de la vergüenza habría sido un castigo en exceso benevolente.

—¿Sabe que, cuando hablamos del arrepentimiento, en realidad estamos describiendo a los necios que no asumen las consecuencias de sus actos?

—¿Y sabe usted que, cuando hablamos de la insistencia cuando ya nos han rechazado, en realidad estamos describiendo a idiotas sin amor propio?

—¿Así es como trata a los hombres a los que les ruega que se fuguen con usted a Gretna Green? Por favor, señorita Wargrave, que hoy podría haber sido su marido por legítimo derecho; solo por eso, tráteme con algo de respeto. Incluso la invito a ser cariñosa conmigo.

Rebecca sintió que se llenaba de una emoción indescriptiblemente violenta. La había experimentado antes: el deseo irrefrenable de abofetear a alguien, de empujarlo al suelo, de patearle las vergüenzas, de infligirle un daño no letal pero sí suficiente para cerrarle el pico de una vez por todas.

Encaró a Kinross, segura de que no podría resistirse y sentenciaría del todo su reputación girándole la cara en público, pero el recuerdo de la lluviosa tarde que terminó de torcer su vida se superpuso al rostro que tenía delante y la culpabilidad la hizo vacilar.

Era cierto.

Ella y solo ella le había sugerido huir juntos.

Por alguna razón, y pese a conocer cómo se las gastaba el canalla mejor que a sí misma, entonces no se le ocurrió pensar que no volvería a dejarla en paz después de semejante atrevimiento.

Quizá porque en ese momento no estaba pensando, o no lo habría besado en primer lugar.

—Escúcheme bien, Kinross —masculló por lo bajini, clavándole el índice en el pecho. Él reaccionó mirando a un lado y al otro, casi como si esperase que hubiera público para atestiguar un monólogo a todas luces impactante, pero ella no apartó la vista de él—, porque se lo voy a decir una sola vez. Yo con usted me habría casado exclusivamente bajo dos supuestos. El primero, que me hallase en un estado de enajenación mental todavía no conocido por el hombre, el que fue el caso después de descubrir que mi hermano había estado revolcándose a mis espaldas con su ahora esposa.

—¿Y el segundo?

—Que estuvieran apuntando con un arma a la cabeza de mi hermano. Porque si me estuvieran apuntando a mí en lugar de quien para mí es la persona más querida, le aseguro que priorizaría el descanso eterno a la perpetua compañía de un despendolado de su categoría. ¿Le queda claro?

La sonrisa de Sonny permanecía intacta en sus labios, y no podía distar más de la que había observado en Cassius momentos antes. Ahí donde el señor Strickland era prudente en sus expresiones, Kinross aireaba con temeridad sus despreciables sentimientos, que no poseían un amplio rango: tras haberlo observado durante años, Rebecca había llegado a la conclusión de que solo podía sentir lujuria y diversión, y buscaba esta clase de emociones volátiles y anticristianas en los rincones más sórdidos, las personas más inadecuadas y las prácticas más mórbidas.

—¿Qué se supone que he de hacer con esta información? —inquirió en el tono curioso que empleaban los niños.

—Usarla de recordatorio cada vez que sienta el impulso de acercarse a mí. Con un poco de suerte, le hace recapacitar a tiempo y gira en redondo antes de arruinarme la noche.

Pero fue Rebecca la que se tomó la palabra a sí misma para huir cobardemente del recordatorio viviente del día más espantoso de sus veintiún años de vida. No era solo el beso, al que no podía siquiera asociarle un adjetivo puesto que el estado en que se hallaba inmersa la

había ayudado a verlo todo borroso, sino lo que motivó que le pidiera que se fugara con ella; nada menos que una desesperación y un deseo de vengarse de su propia sangre de los que se avergonzaba tanto que a menudo había llorado de rabia.

Por supuesto, un cabeza de alcornoque como él no podía comprender la complejidad de sus emociones.

Rebecca estaba a punto de cruzar el umbral hacia el salón cuando la pregunta de Sonny le llegó desde el origen del sendero.

—Solo por curiosidad... ¿Puedo saber qué he hecho para que me odies tanto, Rebecca?

No fue la intención burlona con la que habló lo que la hizo detenerse y plantearse resolver su duda, sino la tensión que subyacía en su tono; una incomprensión que le quemaba pero que, por razones personales, nunca reconocería. Rebecca había visto muy a menudo en Sonny un reflejo de su propio orgullo, la clase de orgullo feroz que podría levantar murallas inexpugnables y destruir a una persona desde sus adentros. No le cabía la menor duda de que le exigía saberlo porque no podía soportar que hubiera una sola mujer atractiva en el mundo que no ansiara tenerlo entre sus brazos... o entre sus piernas.

Tampoco dudaba que el hecho de ser inalcanzable para él fuese la única razón por la que seguía persiguiéndola sin tregua.

Rebecca tragó saliva en lugar de aclararse la garganta para preparar una sarta de acusaciones: la que componía la historia de su infame relación.

—Fingiste confundirme con una cortesana el día que me viste en Oxford, y ni se te ocurra negarme que hubo un fingimiento por tu parte porque no tienes un pelo de tonto. Mi vestido, mis modales, mi edad y el hecho de hallarme en el rellano de la respetable residencia a plena luz del día indicaba que no podía ser, ni por asomo, una mujer de vida alegre. Pero tú optaste por burlarte de mí. La segunda vez que me viste, lejos de disculparte por la travesura, seguiste haciendo bromas subidas de tono aun a sabiendas de que era una muchacha impresionable y me incomodabas con tu comportamiento. Muchas veces, por el mero placer de disgustarme, te entrometiste entre Nile y yo y nos arruinaste momentos a solas que podrían haber evitado que... —«que acabara eligiendo a otra mujer», habría añadido si no hubiera sido de una falta de autoestima intolerable. Esta vez sí carraspeó—. Has adoptado durante todos estos años el papel de antagonista que disfruta sacando de sus casillas a la joven que se limita a tratar de vivir su historia como buenamente puede, ¿y ahora te extraña que no pueda ni verte? No solo me violentas con tus insinuaciones, sino que me devuelves triplicados los desaires que te dirijo por mera supervivencia, con la única esperanza de que me dejes tranquila. Y, por si fuera poco —prosiguió, y no supo de dónde sacó el valor para ser tan sincera que se ponía en evidencia—, aquel día no me hiciste el favor que te pedí. Podrías haberme resarcido por estos años de injurias diciendo que sí, echándome a perder como llevas toda la vida proclamando que sueñas con hacer..., pero, a la hora de la verdad, fuiste un cobarde. Y eso, Sonny, es algo que yo jamás respetaré. Un hombre que no es valiente es un hombre que no merece mi atención.

Él alzó la barbilla, protestando de manera no verbal por una definición con la que no quería identificarse pero de la que no pudo defenderse.

Podría haberla rebatido con la excusa fácil, aquella en la que la misma Rebecca se había refugiado para decirse que no es que Sonny no la deseara —no habría soportado un rechazo más —, sino que en el fondo tenía principios morales: era amigo de su hermano Harding y no se le habría ocurrido pasar por encima de él con el riesgo que existía de que le echara la cruz.

Pero era un argumento que no se sostenía.

Harding había proclamado por activa y por pasiva que no quería que se acercase a su hermana

y que, si lo hacía, habría de atenerse a las consecuencias, y Sonny no solo se lo había tomado como una amenaza baldía, sino que lo había desafiado flirteando descaradamente con ella cada vez que las circunstancias los habían llevado a coincidir.

—Dices que la segunda vez que nos vimos no te pedí disculpas —dijo él al cabo de un tenso silencio. No pudo registrar ninguna emoción conocida en su voz, pero la había. El problema era que a Rebecca no le importaba—. Si lo hubiera hecho, ¿me habrías perdonado?

Ella suspiró.

—Te habría perdonado muchas ofensas a lo largo de estos años, más por mi hermano que porque quisiera tu amistad..., pero me temo que a estas alturas he llegado al punto de no retorno. Olvídate de mí, Kinross —sentenció en tono aséptico, como se decían las cosas mil veces repetidas y que ya no quitaban el sueño—. Te lo digo de corazón.

Rebecca se dio la vuelta con dejadez, aquejada de la clase de hastío que solo podía experimentar una persona que llevaba años y años lidiando con la misma situación. No era la primera vez que le exigía a Sonny que la dejara en paz, y Dios sabía que tampoco sería la última, por lo que no se le ocurrió cantar victoria ni hacer nada distinto de suspirar en su camino al salón.

La alternativa de padecer la compañía del señor Kinross era ser blanco de miradas rara vez compasivas y muy a menudo despectivas, pero por más que Rebecca odiara que le recordasen su estatus de patito feo, era preferible a tener que soportar al amigo de su hermano mayor.

Además: nada más cruzar el umbral, le dio la impresión de que ahora la observaban de otra manera, con una incredulidad curiosa. Recordó que Harding le había dicho que se estaba comentando el interés de Cassius en ella. Pensó, sin ilusionarse ni formarse una opinión al respecto, sino tan solo con intención analítica, que no había nada como el cortejo de un hombre poderoso para devolverle el lustre a una mujer apagada.

Solo en el aspecto social, claro estaba, porque para que Rebecca recuperase la luz interior habría de ocurrir un milagro.

Capítulo 3

A Sonny Kinross le gustaba llegar a las fiestas o demasiado pronto o demasiado tarde. Todo dependía de quién la organizara, quiénes asistieran, cuál fuera el objetivo de la reunión y para qué hora se hubiera programado.

Para empezar, no se le ocurría confirmar su asistencia si estaba fechada en horario matinal.

Sus quince horas de sueño diarias eran sagradas.

Si la iniciativa ociosa había venido de la mano de un buen amigo suyo, se presentaba a las cuatro de la tarde si comenzaba a las siete. Así se garantizaba encontrarse en un lamentable estado de ebriedad para cuando los invitados hicieran puntualmente su aparición. Si, por el contrario, sus enemigos le habían extendido la invitación en calidad de bufón y no de caballero, y esto es, con la morbosa esperanza de que hiciera de las suyas a plena vista, Sonny no se personaba hasta una hora antes de que dieran por concluida la velada. Estaba convencido del poder de la expectación y de que no había mejor venganza que decepcionar al prójimo. Entonces desplegaba una actitud insufrible: se paseaba ante las mesas de tentempiés con la barbilla alzada con impertinencia y las manos recogidas a la espalda y señalaba que no había nada que mereciera la pena comer, que el alimento era escaso, que el sabor no estaba a la altura de su exquisito paladar, y así en lo sucesivo.

Apostaba por que con este sibaritismo satisfacía bajo sus condiciones los deseos de los anfitriones: sin duda se había comportado como un imbécil, solo que quizá no como la clase de imbécil que esperaban.

¿Y qué imbecilidades se esperaban de Emerson Kinross, Sonny para la mayoría, «la superestrella» para las columnas de chismorreo y los londinenses con un sano sentido del humor? Lo típico: que flirteara con toda criatura con falda, fuera bella o fuera un esperpento; que se agarrase una cogorza de padre y muy señor mío y hubiera que abanicarlo entre cuatro en un balcón aislado para devolverle el sentido; que bailase hasta caer rendido con las señoritas menos recomendables, esas que languidecían en los rincones de la sala con expresiones lastimosas detrás de las gafas, cutis estropeados o la simple y llana fealdad que las había condenado al olvido.

«¿Por qué son “las señoritas menos recomendables”?», le había preguntado Sonny a Harding en una ocasión, cuando este le señaló por qué la totalidad de la concurrencia se le había quedado mirando tras la extinción de su agradable vals con la señorita Townsend. «Si están en la lista de invitados, ¿no son inmediatamente consideradas recomendables? Si no, ¿por qué las recomendarían para asistir a esta fiesta? ¿Será que es la fiesta lo que se debe tildar de poco recomendable, y por eso quien asiste a ella lo es por extensión?».

«Eres imposible», había terminado suspirando el mayestático señor Wargrave.

Él no estaba de acuerdo con su apreciación, claro. Sonny no solo no era imposible, sino que era más fácil que el acto de respirar. Prueba de ello era que llevara cuarenta y cinco minutos guiñándose el ojo con lady Jersey, con Theresa Sandringham y con lady Helen Huxley, no necesariamente a la vez porque para ello habría necesitado tres ojos como mínimo y porque, si pestañeaba al mismo tiempo, mucho se temía que entonces no estaría lanzando una invitación a divertirse tras los matorrales del jardín de lady Sheraton, sino reproduciendo un inocente pestañeo.

Y a Sonny no le interesaba que la inocencia formara parte de su lista de virtudes.

La anfitriona no era su amiga, pero tampoco su enemiga, por lo que había decidido, por una vez en su vida, llegar más o menos puntual —es decir, con media hora de retraso— con respecto de la citación. Lady Sheraton se hallaba en esa tierra de nadie adonde Sonny excomulgaba a las mujeres que habían caído rendidas ante sus descaradas atenciones pero con las que no había consumado el acto; a las que, de hecho, había terminado rechazando antes de adentrarse en los placeres carnales con el discurso patentado que rezaba algo de la familia de «soy coqueto por naturaleza, mi señora. No puede tomar en serio los cuatro meses que he dedicado a perseguirla por los rincones».

Lady Sheraton le guardaba un rencor muy legítimo por haber jugado con su tiempo y sus sentimientos, pero a la vez anhelaba el momento en que él volviera a fijarse en ella, por lo que ¿podía considerarse una enemiga? Sonny prefería tildarla de «amante potencial». Porque si algo debía saberse sobre él, era que no le tenía el menor respeto a la institución del matrimonio.

No cuando se sentía atraído por una mujer casada, al menos.

¿Quién habría sugerido invitarle a la velada particular, pues? ¿Lady Sheraton o su marido? Por lo que sabía, el susodicho no estaba al corriente del interés que Sonny había mostrado durante más o menos quince minutos en su esposa, en gran medida porque este interés había sido modesto —en su intensidad y en su demostración—, y, en otra medida no menor, porque lord Sheraton no sabía ni dónde tenía la cabeza.

Sospechaba que la invitación habría sido obra de milady.

Desde tiempos inmemoriales, había sido obligación de lord y lady Sheraton acoger a la totalidad del *beau monde* inglés en su mansión del West End para celebrar el comienzo de la temporada. Por tradición, la primera velada tenía lugar en Almack’s —ahora en Strickland’s— y la segunda en la encantadora vivienda de la reciente pareja.

Sonny había asistido a todas las fiestas de todas las lady Sheraton —él había conocido a dos; la primera demasiado mayor para su gusto, aunque había flirteado con ella igualmente—, pero no así a las fiestas de Almack’s. Por más que se había esforzado, no había conseguido que las rígidas patronas del club le concedieran un pase exclusivo, y eso que había empleado técnicas persuasivas por las que podrían o bien haberlo llevado a juicio o bien haberle escrito una biografía que hubiese pasado a los anales de la historia.

Algo tenía que reconocerle Sonny a la nueva lady Sheraton, y es que su gusto decorativo superaba por mucho el de su predecesora. Había contratado a una flamante orquesta para que sus invitados se deleitaran con polcas y valses. Pero lo que más celebraba él con diferencia era que, a diferencia de como sucedía en Almack’s o en Strickland’s, en las fiestas privadas como aquella se servía alcohol en condiciones.

Lady Sheraton había puesto a disposición de los caballeros un whisky maltés que dejaba en carne viva la garganta aun horas después de dar el primer trago.

Justo como a él le gustaba.

Con quién se acostaría Sonny esa noche era un misterio que no tenía prisa por resolver. Por lo general, antes de escoger a alguna de sus admiradoras para tal honor, procuraba asegurarse de que Rebecca Wargrave le seguía odiando con el ardiente fervor de cada fibra de su ser. Una vez confirmaba que haber consultado sus vívidas inquinas con la almohada no la había convencido de perdonarle y, a renglón seguido, proclamarle su amor inmortal, Sonny se resignaba nuevamente y se conformaba con lo que más cerca le quedara, siempre y cuando eso que le quedara cerca tuviese dos manos, dos piernas y una boca.

Pero las horas pasaban y la señorita Wargrave no hacía acto de presencia para liberarlo de su promesa de lealtad de ese día.

—¿Quién esperas que llegue, que no dejas de mirar hacia la puerta? —inquirió la a menudo sugerente y en todo momento encantadora lady Jersey. Se había ido deslizando con sigilo desde la otra punta del salón, impregnado de las ilusiones de las debutantes y sus pretendientes, hasta situarse a su lado. Tras la copa de ponche escondía su boca rosada, una que le constaba que era en extremo talentosa para el ámbito privado.

Sonny sonrió para su coleto y acarició con la punta de la nariz el borde del vaso de whisky. Su poder para desviar la atención de lo que no le interesaba que se supiese era mágico, y es que el hecho de que lady Jersey no se hubiera enterado aún de que la única razón por la que se acostaba con ella era porque Rebecca Wargrave no deseaba verlo ni en pintura solo demostraba lo bien que se le daba distraer con sus monerías.

Se giró hacia la esposa del conde de Jersey y tomó su mano para besarla en los nudillos con intenciones evidentes.

Evidentes para todos menos para su marido, por suerte.

Ahí donde se le veía, casquivano hasta el hartazgo, Sonny no se encamaba con cualquiera. Tenía sus amantes preferidas, y por suerte para lady Jersey, ella era una de las afortunadas. Al menos dos veces a la semana se citaban en el dormitorio conyugal para faltarle el respeto al ilustre conde hasta que aguantara el cuerpo. Y solía aguantar, porque si bien se podía cuestionar el atractivo físico de lady Jersey —como podían cuestionarse todos los atractivos debido al carácter subjetivo de la belleza, por otro lado—, su desempeño amatorio era intachable bajo cualquier consideración.

Era una verdadera lástima, más para Sonny que para la dama, que ningún abrazo apasionado pudiera producir en su sistema ni la mitad de la agitación que le causaba ver aparecer en escena a la honorable señorita Rebecca Wargrave... como sucedió en ese preciso momento.

Había mentido. Sí que le gustaba la inocencia, o, al menos, ciertas adeptas de esta virtud moral. Nadie diría que la solterona hija del barón lo fuera; no después de que el marqués de Haverford la desechara como un trapo sucio, y ciertamente menos todavía tras el beso en St James. El relato circuló por la capital gracias al boca a boca, iniciado por el pretendiente perjudicado. Habría terminado impreso en la columna de la Reina del Chisme con todo género de detalles y no como una mera sospecha de no haber sido por la intervención directa de Sonny.

Una cosa era que se insinuara por ahí que Rebecca y el señor Kinross habían compartido un tórrido contacto bucal, algo inverosímil para quien los hubiera visto dirigirse desmanes a lo largo de seis, ahora siete años, y otra muy distinta era que lo proclamara Su Chismosísima Majestad. Esto segundo equivalía a la terminante muerte social, y jamás habría permitido que la señorita Wargrave pasara por un lance similar.

Tampoco se habría permitido a sí mismo sufrir la tortura de no volver a verla en una fiesta de sociedad. Le habrían retirado todas las invitaciones, y, entonces, ¿qué interés habría hallado Sonny en dejarse caer por las veladas?

Una fiesta sin Rebecca Wargrave era como un ángel sin alas.

Esa noche, la dama se había decantado por un fino vestido de satén dorado que se rizaba en el escote redondo. Llevaba las mangas cerradas hasta la muñeca con una hombrera calculadamente escogida para disimular la presunta estrechez de sus hombros, de los que le constaba que se quejaba por el modo en que se arreglaba ante el espejo, y con un mohín adorable, la sisa de los vestidos. Los topacios del collar y los pendientes trataban en vano de arrebatarle protagonismo al fulgor de unos ojos en los que Sonny lo había conocido todo: el amor, la devoción, la ilusión y el odio. Ya no quedaba ni rastro de ninguna de las emociones anteriores, pero en ella hasta la resignación podía prender una llama, porque era el ser vivo más vivo que hubiera conocido

nunca. A su lado, el resto del mundo eran seres solo despiertos, más o menos espabilados; seres que a duras penas subsistían.

Sonny la observó de lejos con la respiración suspendida.

Para su desgracia, había estado igual de viva, si no más, proclamando que nunca le perdonaría sus ofensas y que le odiaba con, de nuevo, todo el picor de su urticaria. Eso él ya lo sabía porque la señorita Wargrave era muy expresiva. O a lo mejor es que se había esforzado tanto por penetrar en sus pensamientos en busca de una apreciación sobre él remotamente neutral que había terminado por desentrañar todos los demás: sus opiniones sobre la boda de su hermano, sobre su secreta admiración hacia la señora Primrose Connor, sobre la presunta supremacía del caldo de carne sobre el caldo vegetal y sobre los pomerania, esa raza de perro que parecía la mutación peluda de una rata del Támesis.

Podían preguntarle lo que quisieran acerca de la señorita Wargrave.

Sonny lo sabía todo.

Rebecca había aparecido enclaustrada a regañadientes entre Harding y su nueva esposa, Verity. No se podía cuestionar la belleza fulgurante de una recién casada, pero ni la ahora señora Wargrave, con su rostro terso e iluminado por las noches acompañada y feliz por el regalo del amor recíproco, era digna competidora del brillo único de Rebecca.

Por supuesto, ella fue completamente ajena a la presencia de Sonny, que bien podía ser un leño sucio, desmigado y con olor a chamuscado entre las cenizas de la chimenea.

Había repasado tantas veces para sus adentros lo que Rebecca le había dicho la semana anterior que ahora podía pensarlo sin que el corazón se le diera la vuelta. Sí, ahora podía enfrentarse sin miedo a palabras tan duras como «te odio» y «olvídame», pero solo porque defendería hasta la muerte que la joven no podría decirlas en serio hasta que no contara con la imagen completa de la situación.

Rebecca no lo odiaba porque las razones por las que lo hacía eran las equivocadas.

Ergo, su odio era una ilusión.

Para empezar, le había reprochado que fingiera confundirla con una prostituta en el rellano de la residencia de Oxford, más de un lustro atrás. A Sonny le habían dado ganas de reír histéricamente al oírla. Era asombroso cómo una mujer con el amor propio de la señorita Wargrave no había podido llegar sola a la conclusión de que eso era lo único que se le podría haber ocurrido a un pobre muchacho de veintiún años cuando se topó de golpe con un ángel de otro mundo: tratar de bajarlo a la Tierra mediante inofensiva burla para al menos soñar con jugar en igualdad de condiciones.

Antes de cruzarse de frente con ella, la había oído maquinar desde el piso superior. Sonny agradecería toda la vida no haber bajado las escaleras como un rinoceronte embravecido, como siempre lo hacía cuando era joven y se anunciaba que la cena estaba servida, y, en su lugar, haber tenido la prudencia de asomarse primero para averiguar quién era la muchacha que hablaba en voz alta y clara, como si quisiera que la escuchara todo el mundo: primero Dios, para cumplir sus órdenes al dedillo, y luego el resto, para que tuvieran claro que si se interponían en su camino serían brutalmente destruidos.

—¿Aprueba usted mi aspecto? —le había preguntado a su padre.

—¿Cómo no iba a aprobar yo tal belleza? ¿Eso que llevas es un vestido nuevo?

—¡Así es! ¡Lo he estrenado para la ocasión! Por lo que sé, el verde es el color preferido de Nile, y mamá siempre decía que es el tono que más me favorece. Realza la tonalidad de mis ojos, ¿no?

—Estoy muy de acuerdo, hija.

—¿Entonces? —había insistido con desesperación, como siempre hambrienta de cumplidos —. ¿Diría que presento un aspecto aceptable?

—Mucho más que aceptable —contestó el padre con la solemnidad que exigía calmar los nervios de la muchacha—. Regio, diría yo.

—¿Tanto como para que Nile me vea, caiga rendido a mis pies y me ruegue que le permita escribirme a Wargrave House?

Oyó reír al barón con la dulce condescendencia que inspiraban los niños.

—Si no cae rendido a tus pies, es que está ciego o es un auténtico idiota.

—Sin duda —había confirmado ella. Esa fue la primera vez que hizo sonreír a Sonny. No supo si se sintió más incrédulo de lo que quedó fascinado: se regalaba los oídos a sí misma sin la preocupación de ser tomada por soberbia—, pero es una posibilidad que no podemos descartar. Por eso hemos de pensar en qué hacer en el caso de que sea, en efecto, un auténtico idiota: descubrir un modo de reeducarlo, de curarlo de su ignorancia, para que tome el camino correcto, que no es otro que quererme.

Hablaba con una seguridad en sus capacidades que Harding no había visto antes en una mujer, si acaso algo vagamente parecido.

Su madre, lady Hailey Cavendish, Hailey Kinross después de casarse, llevaba desde su nacimiento anonadando al planeta entero con una indiferencia hacia todos y todo que no era fingida, pero que tampoco pretendía castigar; la clase de indiferencia con la que o se nacía o no se nacía, porque por desgracia para muchas féminas de la *ton* londinense, era casi imposible llegar al mundo curado de la enfermedad de intentar agradar a los demás. De este rasgo podía deducirse, pues, que la señora Kinross se quería demasiado a sí misma como para cuestionar su valía a partir de comentarios malintencionados. Por otra parte, su hermana pequeña, Sabrina, había crecido siendo el ojito derecho de su padre, y, más que amor propio, exudaba una arrogancia napoleónica: era igual de pequeña e igual de peleona que Bonaparte.

Sí, había observado rasgos fuera de lo común en las mujeres de su familia, pero la autoestima de Rebecca Wargrave era algo de género único. No solo sabía lo que quería, sino que era consciente de que se lo merecía, y en la asimilación del querer y el merecer había descubierto el poder de hacer realidad sus deseos. Le dejó pasmado con su madurez, pero lo que le conmovió fue algo más: que, a la vez que enarbolaba con orgullo su derecho a ser amada por quien ella eligiera, aceptaba su vulnerabilidad. Nadie dudaría que aquella muchacha sufriría lo indecible si la rechazaban, como tampoco que viviría para contarlo.

Para cuando Sonny encontró el valor de bajar los peldaños, el barón había desaparecido con la excusa de localizar a su hijo y él pudo satisfacer su curiosidad poniéndole rostro a la voz de la deidad.

Porque la suya era palabra de Dios, y no había más que hablar.

El resto era o fue historia, y es que lo que halló al pie de la escalera le enseñó el deseo y el desprecio. Ansió poseerla con cada fibra de su ser al tiempo que declaraba a Nile Inglefeild su acérrimo enemigo. Pensó, no obstante, que si el marqués era lo bastante idiota para no rogarle a Rebecca por un segundo de su tiempo y cartas escritas de su puño y letra, Sonny tendría la oportunidad de conquistarla.

Por desgracia, se estaban cumpliendo tres años desde que Nile Inglefeild no estaba ni se le esperaba, y Sonny seguía muy por debajo del miserable susodicho en la lista de los afectos de la señorita Wargrave... si es que siquiera estaba en ella presente.

Fue como si lo hubiera invocado con el pensamiento. El portón volvió a abrirse y el mayordomo anunció a unos invitados que no necesitaban presentación, tal fue el escándalo que

les precedió en su día. El marqués de Haverford, erguido en el refugio de su elegante frac, cruzaba las puertas con su mujer bien sujeta del brazo. A Sonny le constaba que había quien la consideraba el colmo de la hermosura, pero para él no era más que una rubia lánguida que utilizaba su fragilidad para despertar lástima. «Miradme, soy tan débil que me romperé si osáis dirigirme una mala palabra», parecía clamar con su expresión de cordero degollado.

Debía reconocerle, no obstante, que había ganado peso desde la última vez que se dejó ver en público, que lucía un brillo saludable en los ojos y que traer al mundo dos criaturas la había salvado del pozo de la autocompasión. En tanto que lady Haverford recorría el salón con la mirada ávida de quien llevaba años sin poner un pie en una fiesta de sociedad y ansiaba ponerse al día, Sonny buscaba a Rebecca, como si posando la vista sobre ella pudiera aliviar el fuerte impacto que le habría supuesto... y lo que este desencadenaría.

Para la honorable señorita Wargrave fue como si no hubiese pasado el tiempo, porque palideció igual que si solo hubiese transcurrido una tarde desde la ruptura con Nile.

Tenso por lo que pudiera suceder, observó que Rebecca valoraba con impaciencia su capacidad para soportar el primer vals entre los marqueses de Haverford. Terminaría aduciendo que no, que quedarse allí durante el despliegue de complicidad conyugal podría costarle la vida, porque se disculpó entre murmullos con su hermano y abandonó el salón por una de las puertas que conectaban con otras estancias.

—Pobre señorita Wargrave —comentó lady Jersey. Había olvidado que seguía a su lado—. Podría haber sido la joya de la temporada; la incomparable estrella de Londres durante no solo su primer año, sino todos cuantos hubiera querido dedicar al hedonismo antes de sentar la cabeza... pero Haverford la arruinó y luego ella le tomó el testigo para seguir saboteándose en su ausencia.

Lady Jersey no había podido describir mejor la situación. Aun y con todo, le irritó que se pusiera en los labios el nombre de Rebecca y que expresara con semejante desahogo la que era y había sido la gran pena de una muchacha inocente.

Todo el mundo se llenaba la boca con críticas afiladas sobre ella. La llamaban despechada, caprichosa, llorona, y se remitían no ya a su herida, sino a su aún supurante reputación, para constatar que no había dado un solo paso hacia el remedio de su situación... si es que este existía. Pero él, que había estado presente desde el principio hasta el final de la historia, sabía que a Rebecca le dolía más el corazón roto que el orgullo. No había «perdido oportunidades matrimoniales», o, si las había perdido, poco le importaban esas posibilidades que flotaron en el aire pero nunca llegaron a materializarse. Había perdido al hombre al que amaba.

Ni siquiera Sonny podía alegrarse de la desgracia. Llevaba en lo más profundo del corazón a aquella niña pizpireta que hacía girar su vestido ante la sonrisa complaciente de su padre con el pecho henchido de esperanza y aguardaba el momento de la verdad para exponerse al rechazo con el valor de un general militar.

Entonces solo tenía quince años.

Cuando él le arruinó la vida, acababa de cumplir dieciocho.

Sonny odiaba a ese hijo de puta con toda la potencia de su gancho derecho, y sus contrincantes del cuadrilátero podían dar fe de que esto no era moco de pavo. Pero a veces pensaba, esto durante arrebatos de bondad humana en los que no se reconocía y que además deleznaba, que le habría gustado que Rebecca hubiera tenido su final feliz.

A fin de cuentas, él no figuraba en la lista de posibles maridos ni siquiera teniendo a Nile y el resto de Inglaterra fuera de su alcance. Ella lo había dicho con todas las letras. No se casaría con Sonny ni convertida en una enajenada mental ni apuntando a su hermano con un arma; palabras que habrían justificado la retirada del hombre más valiente.

Sin embargo, él no era valiente. Él era temerario y con un punto autodestructivo. Por eso dejó su copa de whisky en la bandeja que uno de los lacayos estaba paseando con un precario equilibrio y se disculpó con lady Jersey para ir al excusado.

Ya habían transcurrido quince minutos desde la precipitada salida de Rebecca del salón, y poco importaba que circulase la descabellada historia de que habían compartido un beso. Nadie sospecharía que iría detrás de la joven porque era de dominio público que ellos bien podían tener mucho sentido por separado, como tenían sentido el bien y el mal o el agua y el aceite. Pero ¿juntos?

Oh, no.

Eso habría sido una verdadera locura.

Capítulo 4

Lo malo de ser Sonny Kinross era que tomaba una decisión y la pensaba después de llevarla a cabo. El de esa noche fue el mayor ejemplo de su impetuosidad: había salido en pos de Rebecca y ahora le tocaba averiguar qué excusa pondría para justificar su persecución y así no lo mirase gravemente indignada. Claro que el pretexto no le serviría de nada, porque la honorable señorita Wargrave estaba curtida en sus andanzas y sabía que iba tras ella por nada distinto del capricho personal.

No obstante, esta vez había una muesca de preocupación en su deseo de torturarla.

Estaba tanto o más molesto que Rebecca por la sorpresiva aparición de Nile.

Sonny no se avergonzaba de admitir para sí mismo que se alegraría de saberlo muerto cuando le llegara la hora. Nunca le había caído en gracia, ni siquiera a pesar de saber que él sí encontraba admirable su dedicación personal, divertido su sentido del humor e interesantes sus planteamientos vitales, pero, en la fecha presente, esos reparos iniciales se habían convertido en un odio visceral.

El año del tercer aniversario de la muerte de la baronesa, Harding los invitó a pasar un fin de semana en Wargrave House. Estaba desesperado por un poco de distracción, y pensó que sus amistades universitarias, entre ellas Sutherland, Haven y Richmond —y, por supuesto, Haverford — lo alejarían temporalmente de sus miserias a través de reñidas partidas de *whist*, borracheras y tambaleantes paseos por la playa.

Sonny se presentó allí con la esperanza de coincidir con Rebecca, y maldita la hora. Nunca olvidaría lo insignificante que se sintió durante aquellas tardes de cartas y apuestas; el coqueto revoloteo al que la muchacha sometió al distante Nile, que no podía ser consciente de lo afortunado que era por recibir su atención estando concentrado en garantizar el bienestar de su amigo. Sonny había sido invisible salvo cuando se había hecho notar ante ella con un comentario totalmente fuera de lugar que le habían censurado cada uno de los presentes.

Pensaba en ello cuando, sin perder de vista el ruedo de la falda de Rebecca, tan torpe a la hora de hacerle de escolta que se le enredaba en los tobillos, se adentró en la biblioteca.

La mansión de lady Glasford era famosa en Londres por toda clase de razones, pero su colección de lecturas no era nada legendario o por lo que mereciera la pena prestarle una visita. No dejaba de ser una estancia amplia y ricamente decorada, aun así: las estanterías de madera noble ocupaban la totalidad de las paredes —echaban raíces en el suelo y trepaban como una hiedra hasta el zócalo superior del techo— y una inmensa lámpara de araña proyectaba sus luces ambarinas en la alfombra persa.

Rebecca se había detenido en el centro de la moqueta con las manos sobre el pecho cuando, con un veloz movimiento ocular, reparó en que Sonny estaba observándola bajo el umbral.

—Pues ya estaríamos todos —oyó que mascullaba, pellizcándose el puente de la nariz con cuidado de no mirarlo, ni siquiera de soslayo—. ¿No tiene mujer con la que flirtear o reservas de vino riojano que agotar, señor Kinross?

—¿No puede un hombre refugiarse en la grandiosa biblioteca de lady Glasford, al amparo de una gran lectura, para huir del mundanal ruido?

—¿Desde cuándo prefiere usted lo imaginario a lo mundano?

«Desde siempre», estuvo a punto de responder. Que se divirtiera más visualizándola en su sueños haciéndole carantoñas que recibiéndolas de otra mano en el terreno de la realidad así lo

confirmaba.

—Digamos que al menos prefiero una habitación solitaria antes que un salón donde se encuentra el marqués de Haverford.

Rebecca le lanzó una mirada rápida con los ojos inyectados en sangre.

Aún no había dejado de aludirse cuando se mencionaba a la razón de sus desdichas.

—¿Qué pretende? —exigió saber en tono amenazador.

Sonny aprovechó que pretendía entablar conversación para adelantarse con lentitud, a sabiendas de que un paso en falso bastaría para ahuyentarla. Observó que en realidad no esperaba una respuesta. Empezó a caminar de una punta a otra con agitación, atusándose los mechones que le enmarcaban el rostro y las arrugas del regazo de la falda. Tragaba saliva de forma compulsiva, tan perdida dentro de su propia conmoción que hasta le era indiferente que otra persona la viera en semejante estado.

Claro estaba que Sonny no era «otra persona». Precisamente porque era Sonny, alguien a quien no le importaba lo más mínimo impresionar, se permitía mostrarse tal y como se sentía: a la deriva de unos sentimientos y una debilidad que no podía perdonarse.

Le pareció que balbuceaba por lo bajo, enfrascada en una conversación consigo misma.

—¿Se encuentra bien, señorita Wargrave? —se arriesgó a preguntar.

A veces era preferible sacarle el mal genio que incitarla a desahogarse. Lo segundo implicaba reconocer en voz alta que Rebecca estaba dolida, y ella no soportaba saber que su angustia era evidente.

—Estoy reflexionando —masculló entre dientes. Se agarró los pliegues de la falda para que no interfiriese en su paseo sin sentido: parecía una muñeca a la que hubieran dado cuerda para caminar en línea recta hacia ninguna parte. Se detuvo en una esquina de la estancia y le espetó a Sonny—: Una mujer necesita soledad y silencio para tal propósito. Por eso me he marchado del salón. No tiene nada que ver con la presencia del marqués de Haverford.

Sonny levantó las dos manos.

—No osaría insinuar lo contrario.

—A fin de cuentas, sería ridículo reaccionar con una estampida —prosiguió ella, y retomó el frenético bamboleo de un extremo al otro—. Estaba claro que tarde o temprano aparecería en alguna que otra velada de temporada, como es su obligación social. Habría sido ingenuo pensar que no volvería a verle.

Pero bajo su tono implacable ardía una chispa de incredulidad. En el fondo sí había albergado la esperanza de no coincidir, y Sonny podía comprender por qué.

La mejor manera de superar un amor no correspondido era convencerse a uno mismo de que al objeto de sus afectos se lo había llevado la Parca. Podía parecer una determinación radical, pero en su caso había funcionado durante algunos inviernos: se repetía que a Rebecca Wargrave se la habían llevado unas fiebres, o que simplemente se había mordido la lengua y había muerto envenenada, y así lograba pasar unos agradables meses lamentando su pérdida, pero sin sufrir por su indiferencia, lo que, a su modo de ver, era bastante peor.

—Y tanto —corroboró Sonny en tono neutro.

—Ya lo vi durante la pretemporada pasada, aunque de refilón. Y a su esposa —no logró disimular el resquemor al referirse a lady Haverford—. Aún no se habían dejado ver juntos, algo cuanto menos sospechoso... —Se obligó a sacudir la cabeza para cortar de raíz la esperanza que se había atrevido a asomar en su corazón: la de que el matrimonio hubiera fracasado, con lo que eso podía significar para ella. Otra oportunidad—. ¡Que no es que me importe! —añadió de inmediato, y miró a Sonny con intención: «Asiente conforme conmigo», le ordenaba en silencio.

Sonny obedeció con mucho gusto meneando la cabeza de arriba abajo. Nada le gustaría más que creerse lo mismo que lo que ella insistía en aprender de memoria: que Nile le era indiferente. Pero apostaba por que en el fondo Rebecca seguía pensando que el celeste de la chalina favorecía la piel bruñida y los ojos negro azabache del marqués, y que no había hombre en todo el salón o en Londres en general que pudiera rivalizar con su encanto exótico.

—No le sienta bien el pelo corto —oyó que decía con el ceño fruncido, como si le hubiese leído el pensamiento. Rebecca alzó la barbilla con insolencia—. Y parece que los hijos lo haya alumbrado él, porque ya no tiene el aspecto fresco que le caracterizaba. Ha perdido la esbeltez de la juventud.

Sonny lo había visto exactamente igual que siempre salvo por el corte de la media melena oscura, pero fingió coincidir con otro cabeceo.

—Además de que no es apropiado llevar unas botas Wellington a una velada nocturna.

Los ojos de Rebecca emitieron un destello de complicidad.

—¡Eso es! ¿A quién se le ocurre? ¿Acaso no ha oído hablar de los zapatos Oxford un hombre que precisamente asistió a dicha universidad? ¡Qué manera de insultar el protocolo!

—Tanto o más lo ha insultado la señorita Gilmore con ese modesto cuello vuelto, más propio de carabinas que de jovencitas en busca de marido.

Rebecca chasqueó la lengua con desdén, conforme con su apreciación.

—Si vamos a hablar de vestidos, no podemos ignorar el absoluto despropósito de lady Glasford. ¿Cómo puede la mismísima anfitriona presentarse en una velada de esta importancia con un traje oscuro y de seda pesada?

—Estará de luto por su falta de sentido del humor... o por la ausencia de hombría de su marido, que todos sabemos que prefiere visitar a su hermana por las noches.

Rebecca se cubrió la boca con la mano para ocultar una carcajada malintencionada.

Sonny estuvo tentado de inflar el pecho con orgullo y corresponder el brillo que la risa había estampado en sus ojos con un guiño, con un gesto de ternura. Los momentos en los que se unían contra el mundo que había insistido en machacarlos una y otra vez eran infrecuentes, pero no imposibles de promover. Siempre que sucedían, Sonny regresaba a casa flotando en una nube de felicidad. Rebecca, en cambio, no tardaba en reparar con espanto en que se había dejado seducir por la malicia del señor Kinross, y menos todavía en actuar en consecuencia. Esta vez lo hizo borrando la expresión divertida de la cara y carraspeando con la severidad de una institutriz.

—Le sugiero que se marche antes de que alguien nos encuentre aquí a solas, señor Kinross —dijo con otro tono mucho menos cordial—. No deseo que me ponga en una situación delicada; especialmente ahora que le debo cierta fidelidad a mi pretendiente.

—Su pretendiente —repitió con las cejas arqueadas—. ¿Debo entender con eso que, a diferencia de la otra noche, ya no se opone a las galanterías del señor Strickland?

—No solo no me opongo, sino que he tomado la decisión de aceptar su mano tan pronto como me la ofrezca. Estoy segura de que siendo la esposa de alguien no me veré en situaciones de vulnerabilidad que me empujen a abandonar la estancia, como cuando...

«... cuando aparezca el marqués de Haverford», completó Sonny para sus adentros.

En lugar de acabar la reveladora frase, Rebecca apretó los labios, molesta con la constante traición de su boca, que desde siempre había tenido un tórrido romance con la verdad menos halagadora. Un romance imposible y sometido con la fiereza con la que su dueña los forzaba a callar y a mentir respectivamente.

—Así que ese es el asunto sobre el que quería reflexionar a solas —se obligó a comentar Sonny con relativo desahogo. Cruzó las manos a la espalda y se paseó alrededor de Rebecca sin

llegar a acortar la distancia—. Tuvo que ir de maravilla su primera reunión a solas con el caballero.

Rebecca alzó la barbilla con el objeto de hacer respetar su postura.

—Una mujer no puede pedirle más a la vida que un hombre gentil como Strickland.

—¿Está segura de que es gentileza lo que busca? —Enarcó una ceja—. Si precisa mi opinión...

—En absoluto.

—... creo que las mujeres apasionadas están condenadas al aburrimiento si se decantan por un talante insípido.

—Respetuoso no es sinónimo de insípido.

—Cierto. El sinónimo correcto sería neutral, y otro sinónimo que se me ocurre es «exento de pasión».

Rebecca se irguió con irritación, como cada vez que alguien le señalaba una verdad irrebatible. Le robó el aliento al llenar su escote con una profunda inspiración y entrecerrar los de por sí rasgados ojos de felino astuto.

—Pues yo estoy segura de que, en vez de aburrirme, el señor Strickland mantendrá a raya mi temperamento irascible y apaciguará mis terrores emocionales con su prudencia.

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco—. ¿Y no será que a estas alturas se casaría con cualquiera que se lo pidiese, aburrido o no?

Era un comentario desafortunado cuanto menos, y lo último que Sonny pretendía era herir sus sentimientos o agrandar el abismo que los separaba. Pero a veces no podía evitarlo. El suyo era un carácter vengativo por naturaleza y orgulloso como el que más. Cuando, tras un par de desmanes por parte de Rebecca, llegaba al límite de su tolerancia, se sentía impelido a devolverle la fechoría con la esperanza de que sintiera solo la mitad de su desazón.

—No me casaría con usted, por ejemplo —replicó ella sin inmutarse.

—Sin embargo, no fui yo quien pidió su mano en matrimonio en pleno St James, sino cierta señorita —contraatacó con regocijo.

—Y todos los días doy gracias al cielo porque me rechazara. Dios me estaba protegiendo a través de su sabia negativa.

Rebecca trató de poner fin a la conversación encaminándose hacia la puerta, lo que ya tendría que haberle dado una pista de cómo se sentía cuando comenzaba a recordarle los sucesos del fatídico día: prefería exponerse a un encontronazo con Nile que seguir alternando con él.

Sonny impidió que se escabullera tomándola por el codo y acercándola a su costado para hablarle con una sonrisa taimada.

—¿Está segura de eso? ¿Dónde está Dios ahora? ¿Dónde se mete cuando, por obra de la coincidencia, tú y yo nos quedamos a solas?

Ella tragó saliva y lo miró de arriba abajo antes de detenerse en sus ojos. Escasas eran las ocasiones en las que se dignaba a sostenerle la mirada; era como si su rostro le trajera recuerdos insoportables.

—Dios siempre está entre nosotros, señor Kinross.

—Eso lo dudo —la pinchó él, inclinándose más sobre el hueco de su clavícula, expuesta gracias al atrevimiento del vestido. A duras penas resistió la tentación de olisquearla como un perro famélico—, porque a veces ni siquiera el aire corre entre los dos.

—Eso no es culpa de la divinidad, sino suya y de quien lo crio para comportarse como un animal con las mujeres.

Rebecca no podía saberlo porque no se había molestado en conocerlo como él sí se había

preocupado de conocerla a ella, pero los comentarios de esa índole le sentaban igual que una puñalada trapera. Al perder Sonny la solidez de su agarre, a la joven no le costó retomar su camino a la salida, dejándolo momentáneamente aturdido por el dolor del equivalente a una violenta bofetada. Evocó el rostro de su madre, que tanto se había esforzado por que fuese un hombre de bien, todo esto en vano. Al recuerdo de la expresión benevolente con la que la señora Kinross contemplaba a su hijo, se impuso una de sus otras miradas de soslayo, a caballo entre el recelo y la decepción, que le había lanzado una y otra vez.

Nadie lo había criado para comportarse como un animal con las mujeres: más bien lo contrario. Pero el ardor de su sangre se había impuesto a la educación consciente con una tiranía que nadie osaba discutir; ante la que incluso él era impotente.

Rebecca frenó a unos pasos de la salida al oír un par de voces masculinas al otro lado.

—... mi colección no es particularmente vasta —decía el conde de Glasford—. No obstante, juraría que mi hermano menor adquirió en su día el volumen en cuestión...

A través del velo difuso de la mirada y todavía aterido por la terrible pero justa acusación, Sonny vio que Rebecca rehacía el camino con los ojos fuera de las órbitas. Buscó por toda la estancia un rincón donde esconderse. A él no le quedó otro remedio que reaccionar, como exigía la situación, y tomar la misma dirección que ella. Se refugió tras las pesadas cortinas de damasco estampado, por fortuna opacas, que enmarcaban el único ventanal.

—¿Qué hace? —masculló Rebecca en cuanto coincidieron detrás de la columna de tela.

—Esconderme. Igual que usted.

—¡No tenemos que escondernos los dos! ¡Basta con que lo haga uno! ¡Nadie pensará que sea sospechoso que usted, precisamente usted, deambule por habitaciones solitarias!

Rebecca tuvo que acallar sus recriminaciones en cuanto la puerta se abrió y los caballeros se adentraron en la biblioteca con total seguridad.

—¡Qué modesto es usted, milord! —exclamó a quien Sonny reconoció como Howard Welles, un burgués que se había incorporado a la bella vida en sociedad apenas unos meses antes. En cuanto heredó una fortuna considerable, siendo precisos—. ¡Cuánto no me gustaría a mí tener a mi disposición un templo de la sabiduría como este!

Glasford se rio con placer culpable, modesto como era pese al linaje que le precedía.

—Dese tiempo, Welles, y ya verá que un día, sin comerlo ni beberlo, habrá acumulado tal cantidad de libros que se preguntará en qué momento ha sucedido.

—Me sorprendería, milord. Me parece a mí que colecciones de semejante calibre han de agradecerse al afán acumulador de numerosas generaciones de aristócratas. No podré legarle a mi hijo todo este conocimiento...

—Me estás pisando el vestido —le reprochó Rebecca en voz muy baja. Sonny agachó la mirada para confirmar que tenía que apartar el pie de la esquina de tela dorada.

—Será mejor que nos distribuyamos de otro modo para evitar percances.

En un abrir y cerrar de ojos, Sonny estuvo presionando con la espalda el cristal de la ventana y rodeando con los brazos desde atrás la cintura de Rebecca, que no pudo ni debatirse ni emitir queja verbal por la conversación que seguía discurriendo en la biblioteca. Él inclinó el rostro hacia el moño dorado de la joven y se abandonó a la caricia indirecta de los mechones sobresalientes.

—... en tanto que su hijo crece y se convierte en un mecenas de la literatura, siempre puede pasarse por aquí y tomar prestado el volumen de su preferencia —decía Glasford.

—¿Lo dice de veras?

Algo en el tono de los caballeros le decía a Sonny que no estaban manteniendo una

conversación de besugos y que tampoco se dirigían el uno al otro con la fría cortesía que acostumbraba a ver —y deplorar— en sus allegados. Pero no podía concentrarse en el contenido de la charla cuando el cabello de Rebecca le hacía cosquillas en el mentón y lo único que impedía que su cintura se fundiera con la curvatura de sus nalgas era el volumen de la falda. Con gran tino, la joven había recogido el borde con las manos para que no volviese a arrastrar, si bien las cortinas sí lo hacían y habían podido cubrirlo en su totalidad.

—No se acerque tanto —oyó que mascullaba ella.

—¿Cómo pretende que quepamos, entonces?

—¡Es que no pretendo que quepamos! —rezongaba en voz baja—. Lo estará disfrutando.

—A lo grande —confesó él con una vaga sonrisa.

—Veo que ya se ha recuperado de mi última acusación. Ningún oprobio le cae tan mal como para sacrificar su lado coqueto en beneficio de la buena educación, por lo que veo.

—No soy rencoroso, señorita Wargrave —respondió, regocijándose en que su cabello rubio le rozara los labios al hablar. Olía a agua de rosas—. Quizá, si lo fuera, ya me habría dado por escarmentado con sus desprecios y me habría llevado mis encantos a otra parte.

—Pero le gusta sufrir, ¿no es así? —le reprochó.

Sonny supo antes de hacerlo que estaba cruzando un límite infranqueable, pero aun así movió las manos de la curvatura de sus caderas hacia el bajo vientre de la joven y se inclinó hacia delante para impregnarse los pulmones del aroma de su cuello.

Notó que la respiración de Rebecca se agitaba.

—No soy el único con esa afición de toda la sala, me temo —confesó con suavidad.

—... precisamente el señor Strickland me prestó *La suerte de Barry Lyndon* el otro día tras una conversación que mantuvimos sobre las joyas de la literatura más reciente.

Rebecca sacrificó el gusto de replicarle, como también el de apartarle las manos con impaciencia, para oír la conversación: le había rodeado los dedos con el propósito de arrancárselos igual que una espada del vientre, pero se le olvidó luchar contra él nada más oír el nombre de su pretendiente.

Y Sonny se tuvo que alegrar, porque ahora sus manos estaban en contacto.

—Tengo que devolvérselo; ¡lo devoré en apenas unos días! Con un poco de suerte, su señoría me concede unos minutos de su tiempo para charlar sobre el estilo de Makepeace Thackeray...

—Conque está usted en buenos términos con Cassius Strickland —comentó por lo bajo el conde de Glasford.

—Es difícil no estarlo, ¿no le parece? Se trata de un hombre íntegro, y su charla intelectual me resulta del todo placentera y revitalizante. ¿No coincide conmigo, milord?

—Bueno, sí... —contestó con ambigüedad—. No se pueden negar ni su elegancia ni su buen corazón. A fin de cuentas, es el gran benefactor de Londres, ¿no es así? Ha invertido buena parte de su fortuna en el hospital de enfermos de los bajos fondos, en viviendas para los huérfanos, en la educación de los niños excluidos por su clase social...

—¿Son imaginaciones mías, o creo intuir un «pero» en su comentario?

El corazón de Sonny se aceleró, y por un momento agradeció que Rebecca no estuviera del todo pegada a su pecho, o de lo contrario lo habría descubierto. Gracias a la descarada posición de sus manos percibió que se había tensado con el tema hacia el que viraba la charla.

—Han llegado a mis oídos ciertos... rumores. Conste en acta que no soy un hombre chismoso, pero hay habladurías cuyo escandaloso contenido uno no puede ni debe pasar por alto. A fin de cuentas, se ha de ser cauteloso a la hora de elegir con quién forjar amistades.

—Por supuesto, por supuesto. —Welles dejó correr un breve silencio por prudencia—. Es

cierto que a mí también me pareció oír en White's que debe una cuantiosa suma de dinero, pero opté por no creerlo cuando supe de su implicación en la construcción del hospital y el orfanato.

—No es una posible ruina económica a lo que yo me he referido, Welles, sino algo considerablemente más turbio —reconoció Glasford en tono lúgubre—. Dicen que se preocupa tanto de mejorar los recursos del East End porque ha tenido unos cuantos bastardos con prostitutas del barrio. Y si bien es cierto que algunos de mis conocidos e incluso caballeros a los que considero grandes amigos han engendrado criaturas con sus amantes, al menos las madres eran cortesanas de cierta categoría, no desharrapadas con sífilis. Ruego me disculpe por el vocabulario —añadió, apenado—. Me limito a contarle lo que sé con las mismas palabras con las que me lo transmitieron a mí.

—No se preocupe, milord; al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. ¿Cree usted que el señor Strickland ha contraído la sífilis?

—Explicaría que no se haya casado aún a sus treinta y cuatro años. Es una edad un tanto sospechosa para permanecer soltero cuando se tiene un patrimonio desorbitado, ¿no le parece, amigo mío?

—Tengo entendido que está interesado en desposar a la honorable señorita Wargrave.

—¿Y no sería esa otra prueba de que, en efecto, padece el mal francés[1]? Si Cassius Strickland no tuviera una historia sórdida a sus espaldas, ¿no habría optado por una novia menos... cuestionable? Atractivo, aún joven, bien educado y rico como se presupone que es, podría permitirse hasta a la hija de un duque.

Con sumo gusto les habría ladrado que ninguna hija de ningún duque, zar ruso o *shōgun* tendría jamás el encanto y la pasión que la señorita Wargrave podría ofrecer en un matrimonio. Sobre todo despertaron sus instintos de defensa cuando sintió a Rebecca tensarse aún más entre sus brazos, como siempre que alguien la despreciaba. Muchos habrían opinado que el hecho de que todavía no se hubiera acostumbrado a su condición de paria denotaba una lamentable falta de adaptación al ambiente, incluso de supervivencia, pero para Sonny era encomiable. Se reconocía a sí mismo en su espíritu rebelde, en que ninguna injuria tuviera el poder de convencerla del todo de que no se merecía un reino entero.

Porque nadie podía convencerle a él de que no se merecía exactamente lo que quería.

Y lo que quería era a Rebecca Wargrave.

—Tanto como la hija de un duque... No sabría yo decirle —vaciló Welles, que finalmente se animó a aportar su granito de arena enredando aún más la maraña—. Conste que le respeto y hasta le admiro, pero no deja de ser un hombre de linaje incierto. Su repentina aparición en Londres desde la paupérrima Gales, y digo Gales y no la ciudad porque se desconoce hasta el rincón del que procede; el misterio que gira en torno a su infancia allí y a la cuasi milagrosa consecución de su fortuna... Esto le hace cuanto menos sospechoso de turbiedades, al menos en los primeros años, ¿no le parece a usted?

—Lo mismo podría decirse de usted, Welles, que también se enriqueció de la noche a la mañana y para colmo tiene el mal gusto de pasearse de aquí para allá observándolo todo como un pueblerino deslumbrado —masculló Rebecca por lo bajini—. Desde luego, la envidia es el tributo que la mediocridad paga al genio.

—... no es un rumor muy extendido —oyó que continuaba Glasford en tanto que se dirigía a una de las estanterías. Lo supo por la proximidad de sus pasos, más o menos aplacados por la moqueta—, así que le recomendaría, sobre todo por el bien de Strickland, de la señorita Wargrave y hasta del suyo propio, Welles, que nadie se enterase por su boca. No me cabe la menor duda de que si no es *vox populi* se debe a que Cassius ha comprado el silencio de algún

que otro chismoso con una bolsa de monedas. Si me permite darle un consejo, de perro viejo a joven cándido que apenas se adentra en el *beau monde*...

—Faltaría más, milord. Soy todo oídos.

—No subestime jamás el poder de un hombre influyente. Demuestre que elige muy bien sus amistades y sus enemigos procurando codearse con los acaudalados, pero más aún con los peligrosos... ¡Ah, aquí lo tengo! ¡*Coningsby* de Disraeli! ¿Ve, Welles? ¡Mi hermano ve una novela política y no puede resistirse a traerla a casa...!

Las voces de anfitrión e invitado se fueron extinguiendo en su retroceso hacia la salida. Para cuando Glasford cerró la puerta tras de sí, los ecos ya se habían desvanecido del todo y se podía escuchar con claridad cristalina la respiración agitada de Rebecca.

Sonny podría haber soltado un comentario no del todo inoportuno, pero sí desagradable, como un paternalista «¿Sigue usted pensando en desposar a Strickland después de lo que ha aprendido esta noche?». No obstante, optó por guardar silencio y dejar que fuera ella la que tomara la palabra, si es que no estaba demasiado impactada por el descubrimiento.

Rebecca demoró en apartarse de Sonny, mérito que se habría atribuido si su lentitud no se hubiese debido más al shock que al deseo de permanecer a su lado. Salió de su escondrijo tras las cortinas, pálida como un fantasma y a la vez ardiendo por la indignación.

Solo en Rebecca Wargrave era posible aquella combinación de expresiones contrarias.

Viendo que no iba a romper el silencio, Sonny inquirió en voz alta:

—¿No me va a preguntar si es cierto que Strickland me debe dinero? Seguro que sabe que todas o casi todas las deudas de Londres pasan por la libreta de cuentas de mi club.

Rebecca sacudió la cabeza.

Que fuera reacia a conocer la verdad le extrañó.

—Son solo rumores desafortunados.

—¿Va a concederle el beneficio de la duda? Qué impropio de usted.

Ella se giró hacia él, recuperada ya la energía, para acusarlo con la mirada.

—Si lo dice en ese tono incrédulo porque a usted no se la he concedido nunca, ahí se equivoca. A diferencia de otros que yo me conozco, el señor Strickland nunca ha sido nada menos que amable y respetuoso conmigo. Por supuesto que no voy a arrojarlo a las vías del tren a la menor ocasión. No sin darle antes la oportunidad de defenderse.

—¿Pretende interrogarlo al respecto?

—Bueno... —vaciló—. Tal vez no. O sí... ¡No es de su incumbencia!

—Si me debiera dinero a mí, a mi padre o a alguno de mis clientes habituales, algo que estoy dispuesto a clarificarle ahora mismo si deseara saberlo, desde luego que sería de mi incumbencia —insinuó con malicia.

No pudo seguir hablando porque Rebecca sacudió las manos en el aire, impaciente, y se encaminó a la puerta.

—No me fío de su palabra más de lo que confío en el señor Strickland. Incluso si me enseñara sus facturas, me sentiría inclinada a pensar que son antiguas y solo quiere darle mala fama... ¡como el conde de Glasford! —sentenció con la mano en el pomo. Encaró a Sonny con una invitación implícita a desafiarla, si es que se atrevía; si es que *podía*, más bien—. Cassius es un buen hombre, me lo dice mi intuición, y eso es lo único que importa.

»Eso y que va a ser mi marido.

Capítulo 5

Como era su deber, Sarah Reeves estaba aconsejando a sus alumnas un *modus operandi* de cara a la velada de aquella noche. Rebecca lo sabía porque reconocería el tono razonable del que se valía para argumentar sus posiciones, pero no porque la estuviese escuchando con atención. Tenía la vista perdida en el paisaje urbano que se apreciaba a través de la ventanilla del carruaje.

Al imaginarse distraída, negándole el merecido interés a la maestra de costura, no se irritó tanto como al visualizar su ceño fruncido. Por acto reflejo, se enderezó bruscamente y se llevó la mano a la frente, donde trató de alisar las líneas de expresión como si de las arrugas del vestido se tratase.

Debía aprender a sumirse en sus pensamientos sin que esto afectara a su ceño. Era primordial no adelantar las señales de la vejez. Sería justo lo que le faltaba: adentrarse en ella prematuramente. Pero ¿con qué otra actitud iba a enfrentarse a las acusaciones que había oído en la fiesta de los Sheraton? No con una flamante sonrisa, eso por descontado.

Se estaba esforzando lo indecible por no caer en el pesimismo, y no siempre lo conseguía. A lo largo de la última semana, cada vez que los presuntos bastardos de Strickland le venían a la mente, se obligaba a levantarse del asiento y dar una vuelta por los modestos jardines de la mansión de los Wargrave, acudir en busca de un criado para que jugara con ella al ajedrez e incluso entablar una conversación por voluntad propia su odiosa cuñada. Lo que fuera con tal de ahuyentar los peores presagios.

Para colmo de males, la ahora señora Wargrave no tenía un pelo de tonta —nunca lo había tenido— y señalaba lo insólito de su interés por alternar con su característico e indecoroso sentido del humor. Al cabo de unos días de levantarle las cejas con la esperanza de que Rebecca le explicara el porqué de su ánimo dicharachero, al fin Verity se arriesgó a indagar de la única forma en que sabía indagar cuando se trataba de su archienemiga: echando más leña al fuego o, dicho de otro modo, acusándola de algo o espantoso o inconcebible para que sintiera la necesidad de defenderse.

—¿Has perdido una apuesta y por esta razón me diriges el saludo? ¿O, Dios no lo quiera, estás empezando a hacerte a la idea de que pasarás conmigo el resto de tus días si al final no desposaras al señor Strickland y has decidido adoptar otra actitud con la señora de la casa?

—¿Por qué no iba yo a desposar al señor Strickland, si puede saberse? —había contraatacado Rebecca, de por sí erizada y ahora más inquieta aún por si se había dado a conocer el supuesto talante del empresario.

—Bueno, querida... No quiero ser yo quien te lo recuerde —había contestado Verity, batiendo las pestañas y el abanico a la vez. Siempre estaba sofocada—, pero llevas dos partidas perdidas en el juego del amor. Si atendemos a la experiencia o a la mera estadística, es más que probable que te salga el tiro por la culata... —Hizo una pausa para morderse el labio y le dirigió a Rebecca una mirada que no era ni de lejos de disculpa—. No le dirás a Harding que te he provocado primero, ¿verdad? Por favor, haré lo que sea para que me guardes el secreto.

Habría estado encantada de regocijarse en el reciente poder que ostentaba sobre la señora Wargrave de no haber sido porque la preocupación que protagonizaba Strickland era prioritaria. En lugar de frotarse las manos, orgullosa de encontrarse a un despacho y cuatro palabras bien dichas de provocar una discusión entre los recién casados, soltó:

—¿Cuál es tu opinión sobre Cassius Strickland? ¿Crees que es un buen hombre?

Por si acaso los ojos como platos de Verity no hubieran sido lo bastante expresivos, se le escapó una interjección que encapsulaba lo sorprendente de que Rebecca quisiera conocer su parecer.

—Oh. Bueno... —Había cerrado el abanico y lo había apoyado sobre el regazo con aire pensativo—. Ahora que me paro a meditarlo, tu hermano y él son los únicos hombres que no me han hecho la corte. Mejor dicho —prosiguió, envalentonada—, y considerando que ahora estoy casada con Harding, me atrevería a decir que el señor Strickland es el único caballero en toda Inglaterra que jamás ha flirteado conmigo. Siempre me ha tratado con la más estricta cortesía.

—En eso no nos diferenciamos —había murmurado Rebecca con amargura.

Verity no desaprovechó la oportunidad de indagar.

—¿No te divertiste cuando te llevó de paseo en calesa?

—Claro que sí. Es un hombre seguro de sí mismo y muy inteligente, lo que hace las delicias de su conversación, y que se muestre respetuoso en todo momento evita que me sienta intimidada, pero cierto es que no hubo flirteo ni sentí que estuviera... —Al caer en la cuenta de que era Verity quien atendía a su exposición de los hechos con mucha atención, se envaró de golpe y espetó—: ¡Y no tienes por qué meterte en mis asuntos privados! ¡Te he preguntado simple y llanamente cuál es tu parecer acerca de su señoría, no te he prometido ningún relato de mis romances!

Se levantó del asiento y se marchó de allí, contrariada, para evitar otro rifirrafe que pudiera enturbiar el buen ánimo con el que su hermano aparecería a la noche. Bien podía encontrar insoportable a su cuñada, pero desde la boda se había resignado a evitar por todos los medios convertir la vida de Harding en un infierno. Y no por falta de ganas, pues era tan pueril como se la presuponía, sino porque eso era exactamente lo que él y su pariente esperaban de ella y Rebecca no se habría perdonado ser tan predecible.

Apartó un momento la vista de la ventanilla y posó la mirada en la señorita Reeves, que seguía sentando cátedra sobre el modo correcto de responder a las invitaciones a bailar.

Como si no lo hubiera explicado cientos de veces antes.

Pobre mujer.

Se compadecía de sí misma y de la otra alumna rezagada y presente en el viaje de regreso de la modista, Quitterie Tandye, por tener que someterse una vez más a las rígidas normas de una temporada social. Pero si se paraba a pensar en la tediosa tarea de repetir una y otra vez las mismas lecciones a un par de muchachas sin pronósticos optimistas, también se lamentaba por sus maestras. Más que nada porque hasta ellas sabían que trataban de arrastrar hacia su cómodo autoengaño a dos criaturas incasables. En el landó flotaba una verdad irrefutable, y es que el problema de que Rebecca y la francesa no hubieran hallado marido no residía en su incapacidad para asimilar que no se podía bailar con el mismo hombre más de tres veces, sino en algo que escapaba al control tanto del profesorado como del alumnado.

Sarah Reeves no podía arreglar ni su reputación marchita ni el carácter esquivo de la señorita Tandye.

Y, aun así, seguía parloteando sin descanso con una esperanza en ellas tan conmovedora como absurda.

—Recordad que ciertas miradas y algunas sonrisas pueden ser entendidas como una coquetería —repetía—, y que aunque durante un baile no sea educado mantener conversaciones que vayan más allá de las cortesías mínimas, de ningún modo se debe sustituir la ausencia de palabra por una mirada prolongada o una sonrisa elocuente. Un hombre podría sentir que lo estáis invitando a pasar un rato a solas en el jardín...

Rebecca estuvo a punto de bufar, molesta porque el sentido común formara parte de la lección. ¡Como si ella fuera a convidar a un hombre al jardín!

Aunque, si repasaba su pasado reciente, no necesitaba extender invitaciones para salir a tomar el aire en compañía. La señorita Reeves estaba olvidando mencionar que había hombres que no necesitaban miradas prolongadas o sonrisas elocuentes: se bastaban con su plena libertad y el capricho de lo que se le cantaba en las narices para perseguir a una mujer al exterior. Prueba de ello era la existencia de Sonny Kinross.

De nuevo con el ceño fruncido, ahora por motivos no mucho más agradables, echó un vistazo a la ventanilla. El corazón le brincó en el pecho al reconocer la esbelta figura dorada de Cassius, que caminaba con seguridad y cierta prisa por la acera. No le costó ubicarse en St James, una de las principales calles del West End de paso obligado cuando se pretendía acceder al corazón de la ciudad.

Se impulsó en el asiento y, con las manos apoyadas en el cristal, aprovechó que el carruaje se había detenido para concederle el paso a unos viandantes y observó muy de cerca sus movimientos. Rogó para sus adentros que su objetivo fuera, como decían los italianos, *fare una passeggiata*, y no irrumpir en el club de pugilismo que regentaba el hombre que había insinuado conocer su estado financiero.

Por desgracia para ella, el carruaje volvió a ponerse en marcha en el preciso momento en que el guardia de la puerta del establecimiento le abrió a quien parecía un cliente habitual.

Rebecca se aferró a la fina muselina del vestido de mañanas. ¿Qué podía hacer Cassius Strickland a una hora tan temprana en un lugar donde, nada más salir la luna, se desarrollaban peleas sangrientas? ¿Qué podía hacer alguien allí en general? Asistir a uno de los espectáculos que el tarado de Sonny denominaba «arte» no, eso seguro. Y le constaba que Strickland no practicaba boxeo, o de lo contrario su hermano, un gran aficionado, le habría comentado que habían coincidido en alguna ocasión.

—¡Pare el carruaje! —exclamó Rebecca con voz aguda.

—¿Parar? —Sarah Reeves miró por una ventanilla y por la otra con visible desconcierto—. ¿Aquí? ¿Por qué...? —Perdió todo color en las mejillas al asociar el barrio de St James con Rebecca. Sí, había hecho la misma asociación que todo Londres: el beso bajo la lluvia de (o con) Sonny Kinross—. Señorita Wargrave, no creo que sea adecuado...

—Volveré andando —decidió, y abrió la portezuela para salir a toda prisa.

La señorita Reeves se lo impidió agarrándola de un brazo.

—¡Pero Rebecca...!

Miró a la maestra por encima del hombro, y algo tuvo que ver ella en su expresión, una determinación capaz de mover montañas o la promesa de que haría correr la sangre si la frenaba de nuevo, porque no osó oponerse de nuevo.

—No voy a hacer nada que no haya hecho antes... ni tampoco algo que haya hecho antes, por otro lado, porque no pienso repetir el escándalo que usted ya sabe. Solo pretendo entrar en un establecimiento blindado por la seguridad y repleto de sirvientes para charlar con un buen amigo. Eso es todo.

Eso no era todo. Nunca era todo cuando involucraba a una joven soltera. Seguía siendo escandaloso. Pero la señorita Reeves no era como la señorita Vallans, la maestra de literatura: la segunda la habría agarrado del escote trasero del vestido o de las mismas orejas y la habría inmovilizado contra el asiento, empleando tácticas persuasivas aún no conocidas por el hombre —pero sí por ella—, hasta sacarle de la cabeza su absurdo afán investigador.

La señorita Reeves era tal y lo que uno pensaba al verla, tan redonda y sonrosada: un alma

cándida que no mataría a una mosca. Y la señorita Vallans era todo lo contrario a lo que uno imaginaría al admirarla de lejos, tan bella y distinguida: un animal de sangre fría.

Rebecca le lanzó una mirada de resignación a la rígida Quitterie antes de salir. En cuanto puso un pie en la acera, emitió un suspiro autocompasivo y echó a andar hacia la breve pero no por ello modesta escalinata que conducía al portón.

Cuántas veces no había soñado con que la señorita Tandye se comportaba como Clarissa o Prim, las dos grandes amigas de Verity. Siempre había querido una compañera de aventuras intrépida y con sentido del humor para replicar sus comentarios mordaces, pero Dios le había ofrecido todo lo contrario: a una niñita insípida, con mudez transitoria y consumida por el miedo a su padre que no podía llamar siquiera confidente, porque las escasas ocasiones en las que había tratado de contarle a Quitterie alguno de sus desvelos, esta no se había molestado en escucharla. Había levantado la cabeza al cabo de tres cuartos del monólogo con aquel gesto suyo de habitar una realidad distinta, con esa cara de desorientada que tanto la sacaba de quicio, y había tenido la osadía de musitar: «¿Me estabas diciendo algo?».

Rebecca sacudió la cabeza y se presentó a las puertas de peor humor si cabía.

Aquel debía de ser el único establecimiento de St James que respiraba aliviado gracias a la protección de un hombre, y no era un hombre cualquiera, sino un tipo de dimensiones únicas y con la tez tan morena como la de un gitano. Debía de ser gitano, se corrigió Rebecca, comprometida con la verdad de su aspecto. Esta consideración cruzó su pensamiento sin otra connotación, solo como un hecho descriptivo.

Pero estuvo a punto de describirlo como un auténtico imbécil cuando este le dirigió una sonrisa ladeada de gozoso reconocimiento.

—La brava Julieta —comentó con regocijo—. Nunca me atreví a soñar con volver a verla. Pensaba que las mujeres de clase se permitían como mucho una travesura en la vida.

—Antes que mujer de clase, soy humana, y ya sabe que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra... Incluso si la piedra tiene el tamaño de este infame edificio. Dicho esto —se llenó los pulmones de aire—, voy a pasar con o sin su permiso.

—No le hacen falta bravatas para cruzar el umbral, doña Capuleto —siguió mofándose en tanto que le abría despacio con una venia del todo burlona—. Para usted siempre habrá un lugar dentro de esta casa.

—Gracias —prácticamente lo escupió, y esperó a estar refugiada en la silenciosa calidez del recibidor para añadir en voz baja—: Imbécil.

Enfocó la mirada en el pasillo que la precedía en busca de los rígidos hombros del señor Strickland. Lo había visto acceder misteriosamente con sus propios ojos, pero no había ni rastro de él en las estancias comunes. En el salón de juegos, reconocible por sus tapetes de fieltro y los valets uniformados, apenas había una pareja de caballeros a las puertas de la ancianidad discutiendo si se habían hecho o no trampas en la partida; en el espacio reservado a los tentempiés, las copas y la buena conversación no había un alma por razones horarias.

Rebecca inspiró hondo para controlar un exabrupto impotente.

No le quedaría otro remedio que bajar al sótano, donde Kinross padre y Kinross hijo habían levantado los cuadriláteros que cada noche de apuestas les llenaba los bolsillos. Había quien pagaba con religiosidad la inscripción del club por el gusto de tener donde ir a tomarse un brandy o reunirse con amigos sin ceñirse a la exigente etiqueta que imponían otros clubes más selectos, como White’s, pero lo que de verdad había cubierto de gloria el apellido Kinross y multiplicado el oro de sus arcas era la violencia de los rings.

Allí se dirigió Rebecca con la sensación de estar haciendo una estupidez de proporciones

similares a la que terminó de arruinar su buen nombre, una sensación que despreciaba con especial ahínco. No le gustaría tener que describirse como una estúpida, pero debía reconocer que había acumulado suficientes experiencias bochornosas para merecer el apelativo. Y ahí estaba ella una vez más, persiguiendo a un hombre —que, la verdad fuera dicha, no le importaba — con el objetivo de averiguar unos secretos que en el fondo le aterraba conocer, para lo cual debía adentrarse en las entrañas de un edificio que le traía terribles recuerdos y con el riesgo de tropezar con el mayor estúpido de la historia de los estúpidos.

Porque por supuesto que se hallaba presente, se lamentó Rebecca al reconocer la silueta de Sonny Kinross. Iba desnudo de cintura para arriba, tenía los nudillos protegidos por unas vendas cuyo extremo había olvidado anudar, puesto que colgaba por un lado, y trotaba sutilmente de un lado al otro para confundir a su rival, otro tipo de la misma guisa.

Rebecca decidió no saludar para ahorrarse la irritación. Buscó a Cassius entre la concurrencia, que, aun escasa, era suficiente para confundir la visión de una mujer agobiada.

Bendita fuera su ingenuidad por pensar que podría pasar desapercibida e irse por donde había venido al confirmar que Strickland había desaparecido. Alguien dijo el nombre de la señorita Wargrave y, como si fuera un perro entrenado para atacar a la mención de una señal muy concreta, Sonny hizo un quiebro con el cuello en su busca.

Odió la sonrisa lobuna que torció sus labios. Odió la huella de sudor que el ejercicio le había formado en el arco de Cupido y que él retiró con la punta de la lengua. Odió el regocijo de su mirada cuando detalló su atuendo, apenas un simple vestidito celeste. Odió que un mechón de pelo castaño oscuro le cruzara la cara, improvisando un flequillo que podría haber sido acusado de melancolía en alguien que no tuviese un carácter fundamentalmente travieso.

—¿Qué habré hecho yo para merecer esta visita? —exclamó, extendiendo los brazos.

Odió también su efusividad, y odió, sobre todo, que nadie, jamás, la hubiera recibido nunca con tanto entusiasmo.

—Nada salvo haber madrugado, algo que me extraña bastante viniendo de usted.

—Me ha servido para confirmar que, a quien madruga, Dios le ayuda. —Entrechocó los nudillos como un niño tan emocionado que no podía parar quieto—. ¿En qué la puedo ayudar, señorita Wargrave?

¿La podía ayudar?, se preguntó ella, a caballo entre la exasperación y el cansancio. Se resignó a acercarse, sintiendo los ojos de todos los pugilistas a su alrededor.

A esas alturas no le preocupaba tanto su reputación como la del señor Strickland, y, en cualquier caso, los hombres con músculos hiperdesarrollados y sed de sangre que no se sonrojaban llevando el torso al aire en público no pertenecían a ninguna casta de aristócratas. Eran gentes humildes que habían encontrado desahogo o entretenimiento en un ring.

Nadie por quien cuya opinión debiera preocuparse, en definitiva.

—Me ha parecido ver entrar al señor Strickland —le dijo en voz baja en cuanto frenó a los pies del cuadrilátero. Sonny se había arrodillado y había apoyado los brazos en una de las gruesas guedejas que seccionaban el cuadrilátero para mirarla de frente—. Asumo que no ha venido para charlar contigo —añadió en un tono diferente, extraño, casi de reproche por exhibirse semidesnudo y sudando, por tener los músculos tan hinchados que el relieve de los tendones había aflorado en sus gruesos brazos.

A veces se le escapaba el trato informal con Sonny, pero no le daba importancia porque lo creía lógico. Los dos habían cruzado tantas veces y de tantas maneras distintas los límites del decoro que lo antinatural habría sido hablarse con distancia cortés...

... Aunque a Rebecca le habría gustado ponerla físicamente en ese momento.

El sudor había acentuado los aromas naturales del cuerpo de Sonny, expuesto de un modo escandaloso, y se sentía incómoda con las emociones que le provocaba.

Ninguna de ellas era repugnancia.

—Si el señor Strickland hubiera venido, me lo habrían informado. ¿No será que lo ves hasta cuando cierras los ojos, ahora que sospechas que podría no ser oro todo lo que reluce? —Rebecca se negó a responder apretando los labios. Sonny, que estaba muy por encima de la ofensa dirigida contra él y más lejos todavía de despreciar las niñerías de la joven, lanzó un suspiro colmado de ternura y la tomó de la barbilla para que lo mirase—. Estás preocupada, ¿no? Quieres confirmar o desmentir lo que escuchaste.

Ella se zafó de su caricia girando la cara.

—Incluso si así fuera, no es asunto tuyo.

—Y, sin embargo, soy yo el malvado usurero que en teoría colecciona pagarés expirados con su nombre y su apellido... y soy yo el hombre influyente y voluntarioso, con decenas de informantes en las calles, que podría ayudarte a resolver este entuerto. Fíjate en lo sabia que es la providencia, trayéndote hasta aquí por piernas cuando tu dura mollera se niega... ¡Es una señal!

—Me niego a pensar que nada relacionado contigo sea una señal... a no ser que hablemos de una señal apocalíptica a la altura de las diez plagas de Egipto.

Sonny se enderezó para mirarla con sorna a través de las pestañas.

—Nunca le he visto yo lo malo a lo que la Biblia vende como un peligro indeseable. Me tienta mudarme a Sodoma y Gomorra, que prometen diversiones paganas, y me habría enamorado de la traicionera Dalila, con sus ardides incluidos; ¿por qué no iba a entender el Apocalipsis también como una delicia bienvenida, solo que disfrazada de amenaza? ¿No será el fin del mundo igual que las ciudades prohibidas o las mujeres pertinaces; una gloria no apta para los débiles de espíritu o los paladares pobres?

Rebecca se obligó a poner los ojos en blanco, aun cuando jamás había podido despreciar los románticos soliloquios de Sonny, de un valor único.

—Ya vuelves a desvariar.

Él suspiró con una mano en el pecho.

—La belleza me inspira.

Rebecca se cruzó de brazos y dio un paso atrás por supervivencia, cada vez más incómoda con el hecho de que Sonny estuviera desnudo. Estaba intentando con todas sus fuerzas no saciar su curiosidad por el aspecto del cuerpo masculino evitando mirarlo de arriba abajo, pero aunque hubiera clavado la vista en su rostro, la visión periférica hacía de las suyas incitándola a fijarse en sus volúmenes. Aprovechó que alguien llamaba a Sonny a gritos y él levantaba la cabeza para recorrer con una mirada ávida los relieves de la zona pectoral. Tenía los pezones minúsculos, muy distintos a los de una mujer, los músculos de la espalda le sobresalían por los costados, como las aletas de un animal marino, y su piel, que ya sabía bruñida, parecía ahora más oscura de lo que habría imaginado.

No había nacido así, o le habría llamado la atención al conocerlo. ¿Cómo había conseguido, pues, que adquiriese esa tonalidad? ¿Acaso se tendía desnudo al sol?

Se forzó a tragar saliva al darse cuenta de que se le había secado la boca y apartó la vista deprisa para volver a centrarla en su rostro. Seguía vociferando quién sabía a qué al tipo que lo había interpelado sin cortesía alguna; desde su posición, Rebecca pudo apreciar la tensión de la vena del cuello, la discreta pero interesante hendidura en la que desembocaba entre las clavículas, las protuberancias hinchadas por el ejercicio que eran los hombros.

Tenía lunares, se sorprendió.

¿Todos los hombres tendrían lunares bajo la ropa?

—¿Por dónde íbamos?

Rebecca respingó al recibir de nuevo su atención, como si alguien hubiera disparado un cañón. Se ruborizó inevitablemente, consciente de que había cometido una infracción terrible al recrearse en un físico masculino.

¡Y en el suyo, para colmo!

Solo el orgullo y el convencimiento de que Sonny la había cazado —su expresión gozosa no daba lugar a dudas— la ayudó o más bien la instó a recomponerse.

—Íbamos por la parte en la que te decía que puedes irte al infierno con tu adorable disposición a ayudarme —masculló con desdén, más del habitual y esta vez inmerecido, tan solo avivado por la vergüenza—. Averiguaré si es o no cierto por mis propios medios.

Sonny se apartó el flequillo de la frente con los dedos que asomaban entre el vendaje.

—Y supongo que tus investigaciones empezarán y acabarán preguntándole al fulano si ha sido padre de un bastardo con una puta sifilítica, ¿no?

—¿Por qué tienes que emplear un vocabulario tan soez?

Sonny se defendió sacándole la lengua con una mueca divertida.

—Porque saltarse las normas del decoro agrega pasión al asunto... y porque me gusta que me regañes. Vamos, Rebecca... —Se agarró a la gruesa cuerda del ring, y, sin soltarla, se balanceó como una joven enamorada hacia delante y hacia atrás—. A no ser que te importe un rábano que pueda ser verdad, y, entre tú y yo, a ti no te ha importado un rábano absolutamente nada en esta vida, soy la única salida. No tienes dinero para un detective privado, y sabes que en el preciso momento en que le dijeras al mayestático Wargrave que Strickland puede contagiarte una enfermedad mortal en la noche de bodas, se las arreglaría para borrarlo del mapa solo por si acaso.

»Soy la persona indicada para echarte una mano —determinó, y acompañó su sincera conclusión de una mirada solemne—. Déjame hacerlo.

Capítulo 6

Por desgracia, no estaba diciendo nada que Rebecca no hubiera pensado antes.

—No eres la persona indicada ni para fugarme a Gretna Green por despecho, así que discúlpame si no coincido con tus planteamientos.

Sonny levantó las cejas.

No le gustaba cuando hacía ese gesto. Parecía más inocente de lo que era, más accesible y, por tanto, digno de empatía y consideración. Para colmo, le despejaba los ojos de tal modo que no le quedaba otro remedio que aceptar que eran de una tonalidad única en la paleta de colores y por eso mismo irrepetible.

La palabra indicada para describirlos era «anómalos».

—Entonces no permites que te ayude porque sigues molesta conmigo por aquello.

«Aquello», repitió para sus adentros.

Qué fácil le resultaba a todo el mundo reducir sus tragedias a una palabra abstracta.

—Y por cien mil razones más.

—Pero la cien mil y una pesa el doble, según parece —reflexionó sin quitarle la vista de encima.

—¡Kinross! —se quejó su compañero de combate. Era un tipo de aspecto tosco y con el físico de un gorila. Rebecca se encogió sin darse cuenta nada más mirarlo—. ¿A qué esperas para volver al ruedo? ¿Es que te doy miedo o qué? ¿Te has acobardado, superestrella?

Sonny ni siquiera se giró a mirarlo. Nadie existía más allá de ella.

Rebecca reconocería esa expresión pensativa en cualquier parte. Era la que se le ponía cuando empleaba todos sus esfuerzos en salirse con la suya.

—Perdóname ahora —le dijo en tono imperativo.

La cazó con la guardia baja.

—¿Disculpa?

—Te he dicho que me perdones, no que me pidas perdón.

Rebecca se envaró.

—Y yo he manifestado un exagerado asombro hacia tu osadía, y no porque me sorprenda a estas alturas. Estaba haciéndome la sorda para darte la oportunidad de corregirte antes de recibir todo el fuego de mi ira, que, como bien sabes, no es escaso.

Sonny sonrió de oreja a oreja como si encontrara tremendamente divertido su dramatismo, algo muy frecuente en él pero que ella aún no había terminado de asimilar.

Nadie reaccionaba de un modo tan sano y natural a sus demostraciones de carácter. Harding lanzaba suspiros y se encomendaba a Dios murmurándole lamentaciones al cielo, Verity ponía los ojos en blanco y sus maestras meneaban la cabeza con desaprobación. En general, sus allegados se sentían con la potestad de dar su opinión, cuando no escarmentarla lección moral a través. Sonny, en cambio, nunca había tenido ese atrevimiento...

... claro que sí se había concedido todos los demás.

—Si me perdonas —le explicó como si hablara con alguien con dificultades para el aprendizaje—, serás libre de aceptar mi ayuda sin poner en jaque tu orgullo.

—¿Acaso no pondrá en jaque mi orgullo el mero hecho de disculparte? —Enarcó la ceja.

Sonny volvió a entrechocar los nudillos vendados.

Era un niño impaciente por marcharse a jugar.

—Si así fuera, le habrían ganado las partidas de ajedrez a Jesucristo alrededor de setenta veces siete, el mismo número de veces que la Biblia reza que se debe perdonar.

—No te atrevas a meter las Sagradas Escrituras en esto, blasfemo idiota.

—Me ha parecido que venía a cuento; hace un rato mencionábamos el Apocalipsis, ¿no? Y ¿en serio? ¿Blasfemo idiota? ¿Qué funciona como adjetivo y qué funciona como sustantivo en ese sintagma nominal? —Viendo que Rebecca no se dignaba a contestar, insistió con una mano en el pecho—: Te pido perdón, honorable, alucinante, magnífica, MAYESTÁTICA señorita Wargrave. Ahora —dejó caer el brazo y la enfrentó con una mirada que podría haberla atravesado—, perdóname.

—¡No! —exclamó, ofendida con su descaro—. ¡Y menos aún cuando te burlas de mí así!

Sonny suspiró.

—No querías casarte conmigo, Becks. ¿Cómo ibas a querer, si ni siquiera disfrutas de nuestras coincidencias, de mi compañía, de mi conversación? Te habrías arrepentido de haberte dejado llevar por un impulso nada más comenzar el viaje a Escocia, y me habrías culpado a mí acto seguido por no comportarme como un caballero honorable negándome a tu autodestructivo capricho.

—¡Eso no puedes saberlo con certeza!

—Ni tú tampoco.

—¿Qué importa? La cuestión es que digas lo que digas y hagas lo que hagas, no pienso perdonarte.

—En ese caso —señaló con el pulgar a su impaciente contrincante—, voy a dejarme pegar por ese tipo de ahí hasta que cambies de parecer.

Rebecca perdió durante un instante el eje, impresionada por la expresión.

«Dejarse pegar».

—¿Qué?

—Lo que has oído.

Ni corto ni perezoso, Sonny se impulsó usando la elasticidad de las cuerdas para dirigirse a su oponente. Al principio, Rebecca no pensó que hubiera hablado en serio, pero debería haber imaginado que el hecho de que sus promesas o advertencias no tuvieran el menor sentido no quería decir que no fuera a cumplirlas a rajatabla. Pestañeó repetidas veces, no sabía si más perpleja por su absurda decisión o aturdida por el modo en que sus músculos se movieron al colocarse en posición defensiva ante su compañero de ejercicios.

Rebecca volvió a observar el impresionante físico del sujeto, ahora con el jesús en la boca. Se trataba de una monstruosidad de carne magra. Le sacaba una cabeza a Sonny —lo que ya era decir— y alrededor de veinte centímetros a lo ancho. La hipermusculación de la espalda otorgaba a sus costados aspecto de paréntesis aun visto de frente. Tenía el lomo de un toro; la rígida y pronunciada curvatura de las cervicales parecía enterrarle la cabeza entre los hombros. El exceso de vello oscuro, repartido en zonas del cuerpo donde Rebecca nunca pensó que pudiera crecer el pelo, le habría asemejado más a un gorila que a un humano si no contemplara el mundo a través de unos cálidos ojos castaños.

No quiso preocuparse por Kinross por una sencilla razón: incluso ella, que no tenía el menor interés en los combates cuerpo a cuerpo, había oído hablar de la condición invicta del futuro dueño del club. Pero, entonces, el oponente lanzó un primer golpe con el puño crispado; la clase de golpe que hasta Rebecca podría haber esquivado valiéndose exclusivamente de la agilidad y concentración mínimas.

Sonny no lo hizo, sin embargo.

Respingó, asustada, al oír el crujido que emitieron los nudillos del contrincante al incrustarse en la carne de Sonny. En lugar de lanzar un alarido, la víctima apretó los ojos y los labios con fuerza para no perder la compostura en público.

Verlo palidecer la atrajo de un modo morboso. No porque disfrutara siendo partícipe del sufrimiento de un ingrato, sino porque en general siempre le habían interesado desde un punto de vista antropológico las discusiones violentas, el descontrol; la humanidad en su estado más puro, que no era otro que el animal.

—¿Me perdonas ya? —le preguntó Sonny, aún tambaleándose por el efecto del golpe.

—¿Qué? —balbuceó ella—. ¡Cla... claro que no!

Pero temió por su vida cuando el oponente volvió a arrojar un puñetazo, y esta vez no a su vientre, sino directo a su hombro. Rebecca oyó un chasquido inquietante. Todo el vello se le puso de punta.

Abrió la boca para exigir que se detuvieran de inmediato, pero los años de experiencia tratando con aquel canalla le dijo que aquello solo era una puesta en escena y que él mismo se detendría cuando quisiera. Se aferró en su lugar a la indignación de que creyera que podía redimirla simplemente dejándose golpear.

«Tú solo te redimirás conmigo si es a mí a la que le permites zurrarte», pensó con desdén, pero la pulsante incredulidad luchaba por imponerse al resto de emociones. Incredulidad porque, si bien Sonny estaba curtido en el arte de la batalla, no estaba tan habituado a que le vencieran, o de lo contrario no asomaría a su rostro el asombro de la novedad cada vez que el gorila le encajaba los puños.

El tipo no había ido allí a prodigarle caricias a Sonny, estaba claro, y poco le importaba que fuera el dueño del club. No se estaba cortando un ápice. Casi parecía obrar en representación de los deseos de venganza de Rebecca. *Casi*, porque en ese momento descubrió que no estaba tan resentida como para desearle un virulento castigo.

El corazón empezó a latirle muy deprisa cuando el luchador derribó al famoso señor Kinross de un certero golpe. Sonny aterrizó en el suelo con la misma fragilidad que si fuera como todo el mundo; sus huesos tintinearon igual, su carne se magulló igual, su garganta se quebró igual, y ahí Rebecca se dio cuenta, también, de que una parte de sí no lo había percibido del todo humano hasta ese día, porque no había sido hasta ese día que se había mostrado distinto de invulnerable.

Pero todavía tuvieron que lloverle un par de puñetazos antes de que algo dentro de ella se rebelara en contra de tanta violencia gratuita. Bastó con que el contrincante dirigiera un golpe a su rostro, el primero del combate, para que Rebecca pusiera el grito en el cielo y se negara a seguir participando en tamaña salvajada.

—¡Ya está bien! ¡Basta! ¡Deteneos de una vez!

El gorila había agarrado a Sonny de una muñeca para levantarlo del suelo. Los dos miraron hacia ella, el primero, intacto; el segundo con el rostro salpicado de sudor y pálido salvo por el futuro moratón que empezaba a florecer, primero en carmesí, en su pómulo afilado. Ninguna de las lesiones le impidió hacer lo que le apeteció, porque nada podía impedir que Sonny Kinross hiciera lo que le apetecía: en este caso, esbozar una sonrisa de oreja a oreja cargada de ilusiones infantiles.

—¿Me perdonas, entonces? —preguntó con la placidez de los moribundos.

Rebecca se retorció las manos en el regazo, nerviosa, e iba a hacer una apreciación sobre su falta total y absoluta de vergüenza cuando observó que un hilillo de sangre discurría con la serenidad de un río de montaña desde su fosa nasal hacia el labio superior. En cuanto el oponente lo soltó, Sonny se llevó los dedos a la zona y la palpó para confirmar que estaba herido.

Ella odiaba la sangre. No soportaba mirarla. Y parecía que él tampoco, porque murmuró algo que no alcanzó a oír y perdió el equilibrio. Acabó cayendo de nuevo sobre sus posaderas y tendiéndose después sobre la espalda. Se cubrió la frente con el antebrazo, los ojos cerrados, y se rindió a lo que parecía la inconsciencia.

Todas las alarmas de Rebecca saltaron. Por un instante olvidó dónde estaba y lo que el decoro le había enseñado y, con torpeza, se precipitó hacia el cuadrilátero. Fue toda una odisea encaramarse a la plataforma elevada y esquivar las cuerdas para alcanzar a Sonny.

Se arrodilló a su costado y lo tomó por la sudorosa nuca para incorporarlo.

—¿Acaso es usted un completo idiota? ¿No sabe que, cuando uno está sangrando por la nariz, lo último que debe hacer es tumbarse? ¿Acaso pretende morir asfixiado por culpa del conducto nasal obstruido?

—No lo pretendo, doctora... Y tampoco lo sabía, no —reconoció él, turulato—. Es la primera vez que me sucede. La primera vez que me golpean, de hecho.

—Y no dudo que lo manifiesta en voz alta con el objetivo de conmoverme, pero no pienso apiadarme de un imbécil que se ha puesto en bandeja para que lo maten. ¡Lo mismo se podría decir de usted! —le espetó al gorila, que había estado observando la escena de pie con cierta turbación. Se quedó perplejo al recibir los reproches de Rebecca—. ¿Ve que su oponente no reacciona, que no se defiende, y usted sigue lanzando puñetazos a diestro y siniestro?

—Yo...

—¡Estará tan satisfecho con su adulterada victoria! ¡No es usted un pugilista digno ni nada que se le parezca, sino un matón del tres al cuarto! ¡Se le debería caer la cara de vergüenza! ¡No hay ninguna diferencia entre arremeter contra un inocente en plena calle para robarle la bolsa y esto que ha hecho usted ahora mismo! —En la vibración del cuerpo de Sonny reconoció los efectos de la risa irreprimible. La rabia dominó a Rebecca entonces y se desfogó con el alborotador—. ¡Y a usted ni se le ocurra tener el descaro de reírse de la situación! ¡Se ha colocado voluntariamente en una situación de vulnerabilidad que podría haberle enviado a la tumba porque es un manipulador de primer nivel! ¡Este no es el modo de ganarse el perdón de una dama!

Sonny la miraba con los ojos entrecerrados y una mano inerte sobre el pecho. Le temblaban los párpados y una sonrisa ida le suavizaba la mueca siempre socarrona. El sudor le había pegado a la frente los mechones de pelo, ahora tan oscuros que eran negros.

Parecía que acabara de despertar de un sueño de cuento de hadas.

—Pero lo he conseguido, ¿verdad? —inquirió en voz baja—. Me lo he ganado.

—Si le digo que no, ¿piensa levantarse para que le sigan golpeando?

—No le quepa la menor duda.

—¡Eres imposible! —se desesperó.

—Al contrario. Por mi honorable señorita Wargrave pasaría el resto de mi vida usando bastón.

No era la primera vez que la desarmaba con lo que ella entendía por una declaración de amor, pero en esta ocasión se ruborizó en contra de sus principios.

—¡No dices más que tonterías!

—¿Por qué? ¿No crees que me sentaría bien? Podría llevar un bastón con mucho estilo. Distinto es si tú me querrías aun siendo cojo. Probablemente no... —se respondió, pensativo. Tenía tendencia a enzarzarse en conversaciones unilaterales, pero esa mañana no lo hizo solo, sino con la inspiración del mechón rubio que le acarició alargando la mano hacia su rostro—. No me quieres ni corriendo con mis dos piernas y como alma que lleva el diablo en tu dirección.

Rebecca le cubrió la boca antes de que añadiera otra sandez y, tras comprobar con una mirada que el público del sótano empezaba a disolverse, se inclinó sobre su propio dorso para mascullar:

—Muy bien, Kinross. Le perdono... ¡Pero porque mi conciencia no puede permitirse la carga de una muerte violenta! ¡Ni siquiera si esa muerte se la hubiera buscado usted solo! Y, ahora —añadió en tono riguroso—, incorpórese del todo para que pueda limpiarle la herida.

Sonny aceptó la imposición con una obediencia impropia de él. Nada de lo que extrañarse, en realidad. Cuando un hombre cedía a los deseos de su interlocutor porque estaba de acuerdo con estos, ¿estaba siendo diligente o tan libre y egoísta como de costumbre?

Rebecca no quiso imaginarse la escena que componían, ella arrodillada sobre la muselina de uno de sus vestidos de mañanas más modestos y él sentado en posición de loto con la espalda encorvada, siguiendo sus movimientos con una sonrisa aturdida. No quiso fijarse en Sonny en tanto que buscaba el pañuelo con sus iniciales bordadas, R.W.

Siempre le había incomodado la intensidad de su mirada. Sentía que la estaba viendo desnuda, algo del todo imposible porque nadie había tenido el privilegio. Pero era innegable que, con el señor Kinross involucrado, muchas improbabilidades parecían no solo posibles, sino el pan de cada día.

Era uno de los rasgos positivos de que el fulano viviera en el mundo de la fantasía.

También lo despreciaba por eso: porque fuese un alma libre.

Apretando los labios para contener improperios de toda clase, Rebecca secó la sangre que seguía manando a toquecitos impacientes. En un momento dado, no pudo evitar menear la cabeza con desaprobación y mascullar una imprecación.

—Valiente manipulador...

—Preciosa mujer —contraatacó él, y le guiñó un ojo.

Rebecca sintió que las mejillas volvían a arderle y se dispuso a verter sobre Sonny toda la fuerza de su indignación, pero la reacción emocional le duró tan poco que abortó sus intenciones. Aquel tarado se había dejado golpear hasta casi la inconsciencia para merecer su perdón, y solo porque ese perdón le permitiría a ella pedir su ayuda sin avergonzarse de su propia hipocresía.

Se perdió en este hilo de pensamientos y olvidó seguir taponando la herida, con la mala suerte de que la sangre se deslizó más allá del labio y goteó sobre el pecho masculino, justo entre la zona pectoral donde florecía un vello negro tizón como crecían los caprichosos tréboles en parcelas aisladas del campo. Rebecca tragó saliva, turbada por la idea de limpiar más allá de su barbilla, pero se había comprometido con la tarea de enfermera e hizo de tripas corazón para secar también su torso. La sangre se mezcló con la humedad del sudor y, al barrer hacia abajo con el pañuelo, lo manchó hasta el ombligo.

—Puedes tocar ahí también, si quieres —la provocó él, que no había dejado de observarla a través de las pestañas con una expresión que solo podía describirse como morbosa y anhelante.

Rebecca perdió los papeles.

—¡Ni lo sueñes, pervertido!

En lugar de ofenderse, Sonny rompió a reír. Ella temió que el esfuerzo hiciera estallar otro capilar de la nariz, pero quedó demostrado que la risa curaba y no al revés, porque la hemorragia se había detenido ya por completo.

En un abrir y cerrar de ojos, Rebecca se vio envuelta en la espiral de alegría contagiosa que era Sonny... o que le escoltaba como a otros —u otras— les perseguían las sombras de su pasado: la había atrapado entre sus brazos a traición para expresarle su agradecimiento.

—¡Apártate ahora mismo! —aulló, horrorizada—. ¡Vas a mancharme el vestido! ¿No ves que es celeste, acaso? ¡Las manchas no salen fácilmente en telas diáfanas! ¡Te he dicho que te... que

te... quites...! ¡Sonny Kinross!

Él todavía tardó unos segundos más en concederle su deseo; segundos de importancia vital para que Rebecca cayera en la cuenta de que ser arrullada por el cuerpo firme de un hombre cariñoso no era la peor sensación imaginable.

Ni siquiera si ese cuerpo firme pertenecía a Sonny Kinross.

No era el primer espécimen masculino que la abrazaba, por supuesto. Antes habían estado su hermano Harding y, en un par de ocasiones tan aisladas entre sí y tan alejadas en el tiempo que apenas las recordaba ya, Nile. Pero sí era la única experiencia reciente y celebrada con un caballero en edad de amar... y que seguía teniendo el torso desnudo.

Olía tan distinto de una mujer, tan distinto de Harding o del marqués de Haverford —al sol, a la lluvia, a la naturaleza— que durante un momento no pudo reaccionar, como si su aroma corporal fuera una sustancia anestésica.

En cuanto Sonny se separó y la miró esperando el inevitable estallido colérico, Rebecca lo empujó por los hombros con vaguedad para manifestar la debida indignación hacia su comportamiento. Pero le quemaba la vergüenza en las mejillas y notaba los miembros flácidos, débiles, a merced de lo que el señor Kinross quisiera hacer a continuación.

Por eso tuvo que tomar la sartén por el mango y rehuir la vista mientras se levantaba.

—Espero que me compense por lo acontecido cumpliendo su palabra —dijo en tono áspero mientras se atusaba el pelo, que sobre seguro habría salido perjudicado—. Más le vale empezar a ayudarme a la mayor brevedad en el desenmascaramiento del señor Strickland.

Sonny hizo un saludo militar.

—Quedo a su entera disposición, magnánima señorita Wargrave. ¿Puedo quedarme el pañuelo? —Sacudió en el aire la tela bordada.

Rebecca se encogió de hombros y se dio media vuelta para abandonar el recinto. Le urgía desaparecer lo antes posible, alejarse de aquel sinvergüenza sin remedio, pero no quería demostrar su debilidad echando a correr, por lo que no le quedó otro remedio que hacer acopio de paciencia en su camino a la salida.

Por supuesto, Sonny tuvo que provocarla una última vez para quedarse con buen sabor de boca.

—Querido valet mío, ¿serías tan amable de acompañar a la dama a la salida? No queremos que su reputación se vea perjudicada, ¿verdad que no?

Rebecca le echó una mirada a tiempo para confirmar que le guiñaba el ojo con aire socarrón. «Como si no me hubieras perjudicado ya suficiente, estúpido», le replicó tan solo entrecerrando los ojos.

Lo último que vio antes de subir las escaleras airadamente fue la respuesta implícita en la sonrisa audaz del señor Kinross.

«Y no lo he hecho, señorita Wargrave… Te aseguro que esto no ha hecho más que empezar».

Capítulo 7

—¿Cuál dirías que es mi color? ¿El azul o el verde?

—¿Esas son las únicas posibilidades?

—También tengo una chalina anaranjada, pero siempre me ha parecido un tanto excesiva. Un hombre nunca debería llamar la atención con su vestimenta cuando puede hacerlo con su atractivo natural, ¿no crees?

Al ver que lady Jersey no contestaba, Sonny dejó de contemplarse críticamente en el espejo y giró sobre los talones con las dos manos ocupadas. Una corbatilla pendía de los dedos índice y pulgar de ambas manos como si de un par de trapos manchados se tratase.

La dama le observaba con indisimulable admiración desde la cama de matrimonio. Sonny se había acostumbrado a su sonrisa, la única que podía dirigirle una mujer madura a su amante veinte años más joven: era un gesto cargado del deseo irreprimible que la había mandado de cabeza a una aventura arriesgada, de tierna condescendencia y de desprecio hacia sí misma.

Al menos esto último había ido puliéndolo con el paso del tiempo hasta apenas sufrir arrebatos de inseguridad que, claro estaba, se cuidaba de exteriorizar en presencia de Sonny.

No había nada que la persistencia de un pecado —combinada con el transcurso de los meses — no pudiera curar.

Ni siquiera la culpabilidad de estar engañando a su marido en su propio dormitorio.

La decisión de citarse en la mansión de los Jersey y no en la vivienda de soltero de Sonny respetaba las preferencias de ambos: a la dama le gustaba asearse en su bañera y con la ayuda de sus criadas justo después del acto, y él prefería ser la visita y no el anfitrión, tanto por el trato de marajá que recibía como porque todavía no había encontrado el modo más galante de echar a alguien de sus aposentos cuando se cansaba de tener compañía. En alguna que otra ocasión previa a su acuerdo actual había tenido que fingirse dormido hasta que la amante se había hartado de zarandearlo en vano por los hombros.

Era bastante menos engorroso levantarse y despedirse cuando quería poner fin a la cita.

—Pareces una jovencita frenética minutos antes de su debut en sociedad —señaló lady Jersey con diversión.

Sonny se rio.

—En este momento comparto ese frenetismo, además del entusiasmo, con las debutantes en cuestión.

La dama jugaba con el colgante que le pendía del cuello, joya de la que nunca se desprendía. Era lo único que la vestía en ese momento salvo por la larguísima melena negra, que le cubría los pechos desnudos, y la sábana que, más por cuestiones estéticas que por pudor, se había subido hasta media cadera, insinuando con sensualidad en lugar de exhibiendo sin honor su cuerpo de sirena.

Todo en lady Jersey estaba calculado al milímetro, desde los rizos más cortos que le enmarcaban la cara ovalada hasta el ángulo del arco de las cejas, que le daba una expresión expectante.

Habiendo consagrado su vida al hedonismo, se dedicaba a refocilarse en las vanidades femeninas.

—No me digas que andas nervioso. ¿Qué ocurre esta noche, aparte del espectáculo de danza clásica que ha organizado Strickland en su club?

—Ocurre que empieza mi nueva vida, Adelaide.

Tuvo que pronunciarse empleando un tono particularmente solemne, o de lo contrario la dama se lo habría tomado como se tomaba la mayoría de sus comentarios jocosos; como una agradable confirmación de que el hombre que invitaba cada noche a su cama era un bromista encantador.

Adelaide se incorporó despacio, abandonando su elegante pose de maja desnuda. Dejó de flirtear con el collar y apoyó las manos a ambos lados del cuerpo, exhibiendo ahora los pechos maduros en todo su esplendor.

—¿Has seguido mi consejo? ¿Vas a renunciar a la dudosa herencia de tu padre y vas a tratar de mostrarte en público como un hombre digno de pertenecer a los círculos sociales más selectos?

—Me consta que el disfraz de Don Frías Cortesías se estila en los ambientes en los que coincido contigo, querida, pero a mí me gusta demasiado estar desnudo, sobre todo de pretensiones, así que nunca podré mostrarme en público como algo que no soy. En este caso, como alguien digno —apostilló con desahogo.

Lady Jersey disimuló su irritación controlando el tic de la comisura del labio.

Se le iba la vida manteniendo el semblante neutro con las provocaciones de su amante.

Sonny imitó su pose reprimiendo una sonrisita sabedora. Era encomiable y hasta conmovedor ver a una mujer esforzarse por aparentar serenidad cuando lo que quería era iniciar una discusión. Denotaba que le importaba enormemente en qué concepto la tuviera, y él era lo bastante arrogante como para henchirse de orgullo con semejante cesión de poder.

Lástima que lady Jersey eligiera una y otra vez los caminos equivocados hacia su corazón. La verdadera debilidad la sentía y siempre la sentiría por las jovencitas que no adiestraban al caballo desbocado de su temperamento; que lo dejaban cabalgar libre, arrollar inocentes, pisotear las flores.

—No pretendo inmiscuirme en tus asuntos, pero no te perjudicaría oír mis sugerencias, Sonny. Cualquiera que deseara disfrutar de una vida tranquila abrazaría la herencia aristocrática de su lado materno, comportándose en consecuencia, mucho antes de adoptar y perpetuar los... principios morales por los que se rige un padre con negocios turbios.

—Siempre me ha parecido más admirable la gente que se ha hecho a sí misma que los que nadan en la abundancia porque tuvieron la suerte de nacer en el lado luminoso de Londres —replicó, de nuevo concentrado en escoger una u otra chalina.

Pertenecían a lord Jersey, por supuesto, pero resultaba que Sonny disponía en casa de prendas de las mismas tonalidades.

Esa noche tenía el deseo, ¡no, la obligación!, de deslumbrar a su público.

—No hablamos de lo que sea más admirable, sino de lo más beneficioso para tu futuro.

—Gozaré de un futuro infinitamente más próspero en lo económico si tomo las riendas de un negocio que si empiezo a comportarme como un aristócrata cuando no heredaré título alguno. Además... —le hizo una cómica caída de ojos—, la vida del noble no brinda emociones fuertes. En cambio, si tengo unas cuentas que atender y un club que dirigir, no me aburriré en ningún momento.

Lady Jersey suspiró.

—Tú y tu forma de distinguir la buena de la mala vida en función de si es o no divertida.

También la distinguía en función de cuándo Rebecca le dirigía el saludo y cuándo no, pero eso la dama no tenía por qué saberlo. Igual que no tenía por qué saber que en el fondo desoía sus consejos porque, en el momento en que se atreviera a ponerlos en práctica, lady Jersey se daría golpes de pecho por haber conquistado otro terreno más en su vida.

Sonny estaba comprometido con el propósito de no insinuar jamás, ni con actos ni con palabras, que la vería alguna vez como algo distinto de una amante puntual.

—Hoy la vida va a ser muy divertida, eso seguro —sentenció Sonny—. Me he cerciorado de que la mujer que tengo en el punto de mira se preste por iniciativa propia, aunque sea por una vez, a alternar conmigo. Eso significa que me mirará a la cara más de lo habitual, por lo que... ¿Azul o verde?

Sonny procuró no fijarse en la expresión de lady Jersey, que de todos modos se habría ocupado personalmente de no parecer ni despechada ni herida en el alma por la mención de otra fémina.

—¿De qué mujer se trata esta vez? —inquirió en tono desenfadado, como si solo quisiera conocer los detalles sórdidos de un chisme impersonal.

«De la única de la que se ha tratado siempre», podría haber respondido, pero decidió cortarse lo justo para no poner a prueba el autocontrol de la dama.

En su lugar hizo un cómico puchero para restarle importancia a la breve descripción:

—De una que todavía no me quiere.

—Y se resiste a hacerlo porque le preocupa tu fama de canalla, ¿me equivoco?

—Yo no diría que «le preocupa». A ese respecto se debate entre el juicio implacable y la absoluta indiferencia —expresó, consciente de la admiración que destilaba pese a su tono jocoso —. Es como el Dios del Antiguo Testamento: si no tiene plagas que mandarme u órdenes que dictarme, no se manifiesta.

—¿Y cómo es que semejante perfil de mujer interesa a un hombre de tu quinta? ¿Un hombre que no cree en nada más que en sí mismo? Porque asumo que pretendes hacerla tu amante.

Sonny suspiró con teatralidad.

—No me entusiasma decir que mis intenciones son honestas. Solo por esta vez —la advirtió con el dedo en alto.

Lady Jersey compuso una mueca burlona.

—¿Acaso se puede seducir a una mujer honestamente?

—En principio solo pretendo que empiece a verme con buenos ojos.

—Y luego que te mire con ojos golosos.

—No me disgustaría eso que sugieres, no, pero no es lo primordial.

No mentía.

Se le había presentado la ocasión de oro para convencer a la señorita Wargrave de que sí, podía ser un mujeriego, un despendolado y un lenguaraz, pero también coleccionaba virtudes de las que podría beneficiarse si le gustaban los hombres inteligentes y con sentido del humor. Obviamente, llegado el momento no le importaría demostrarle que entre sus habilidades contaba con el buen besar, pero ante todo primaba limpiar su imagen.

Le habría sido imposible llevar a cabo este objetivo tan solo unos días atrás, y por dos razones muy simples: porque Rebecca había perfeccionado tanto sus métodos de escapismo que podía rehuirle más o menos educadamente incluso en situaciones en las que él la ponía entre la espada y la pared, lo que anulaba las posibilidades de desplegar un retorcido plan de deslumbramiento, y porque el propio Sonny dinamitaba sin querer sus oportunidades dejándose llevar por los sentimientos durante sus intercambios. Discutiendo día sí y día también no había conseguido resultados positivos.

Por otra parte, era sincero cuando le decía a lady Jersey que no soportaría presentarse como alguien con quien no se identificaba. Quizá pudiera pasar por el aro con individuos sin importancia, y solo en situaciones muy concretas; para sobrevivir a una insípida velada

masculina se podía ver, en última instancia, sonriendo y asintiendo conforme como respuesta a un monólogo político demencial. Pero a la señorita Wargrave en concreto no quería conmoverla vistiéndose de falsas apariencias y valiéndose de las cortesías recicladas que recitaba todo el mundo. Quería que lo apreciara tal y como era.

Incluso si era insufrible.

Por eso era habitual que la pinchara aun sabiendo que ya la había llevado a su límite con la ingenua esperanza de que apreciara su autenticidad.

Esto todavía no había sucedido, pero Sonny no se desanimaba.

—Por tu tono de piel y el color de tu cabello —dijo lady Jersey al cabo de un rato—, diría que te favorecerían un pañuelo blanco o incluso anaranjado. Cualquiera de los dos, aunque en especial el segundo, resaltaría la tonalidad de tus ojos, el que es tu rasgo más especial.

Sonny le lanzó un guiño por encima del hombro.

—Eres un encanto.

Se precipitó sobre ella para agradecérselo con un amistoso beso en la mejilla, ante el que la dama se resignó inicialmente sin hacer ninguna acotación.

Ese fue su último contacto.

Sonny se marchó silbando una melodía sin atender a las quejas que Adelaide se quedó profiriendo para intentar convencerlo de quedarse. Llegó incluso a cuestionar su hombría, pero fue en vano. El señor Kinross tenía una misión, la más noble que emprendería en su vida, y no podía llegar tarde.

Le había enviado a Rebecca una pequeña nota para garantizar que acudiría en su busca antes de que comenzara el espectáculo. En ella le explicaba que era menester que se sentara en una de las últimas butacas, preferiblemente de la esquina, para que su ausencia durante la danza no fuera llamativa. Tan pronto como apagaran las luces y las bailarinas salieran a escena, habrían de levantarse, Rebecca unos diez o quince minutos antes que él, y reunirse en el pasillo del tocador. A renglón seguido se encaminarían a indagar en los asuntos privados de Cassius Strickland al lugar que los habría visto nacer: su despacho.

A pesar de haberse escabullido más tarde, Sonny llegó antes al punto de encuentro. Vio aparecer a Rebecca envuelta en el halo de luz ambarina que las lamparillas, repartidas como las antorchas de un castillo a lo largo del corredor, proyectaban en su silueta. Se puso firme en el acto, con el corazón revolucionado de pensar en pasar no ya tiempo a solas con ella, sino en su mera compañía.

Se detuvo a tres pasos de alcanzarlo —una distancia no muy razonable, pero procuraría no indicarlo— y le hizo un gesto inquisitivo con las cejas.

Esa noche llevaba un semirrecogido de inspiración griega. Dos mechones dorados le enmarcaban la cara, y la sección de la melena ondulada que no había sido atrapada con un pasador de zafiros, a juego con las mangas de seda del vestido de noche, caía en cascada por su espalda.

Sonny ni siquiera se dio cuenta de que cerraba las manos para contener el irresistible impulso de hundir la mano en aquella cortina de seda dorada.

—¿No te ha seguido nadie?

—Si con «nadie» te refieres a mi hermano, puedes estar tranquilo. No saldrá en pos de mí ni si me demoro tres cuartos de hora.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Has puesto en práctica mis sugerencias para sacártelo de encima?

—No, y encuentro bastante ofensivo que te sientas dueño de un conocimiento superior al mío en lo que al comportamiento de Harding Wargrave respecta. A lo mejor hace unos meses habría tenido que pasarme el viaje entero en carruaje quejándome de que me aprieta el corsé para que luego el pretexto de tener que ir en busca de la doncella para que me lo afloje fuera verosímil, pero ahora que tenemos compañía no pone el grito en el cielo ni si desaparezco por una migraña repentina.

Con ese «tenemos compañía», pronunciado en tono desdeñoso, se refería a nada menos que a Verity Wargrave.

—Tu hermano sigue siendo en extremo protector.

—Mi hermano es un desvergonzado, eso es lo que es. No se corta a la hora de demostrar sus afectos ni en los espacios públicos. Es más, parece encontrar especialmente satisfactorio hacerle cosquillas a su esposa durante las funciones teatrales. —Puso los brazos en jarras, un gesto informal más propio de una lechera que de lo más parecido a una emperatriz bizantina que Sonny había visto en su vida—. Créeme: no se daría cuenta de que me ausento ni si la razón de mi desaparición fuera un secuestro a plena luz del día... siempre y cuando estuviese entretenido con su mujercita, claro está.

La preocupación enfrió la mueca divertida de Sonny. Ahí donde se le veía, alérgico a la seriedad de los conflictos intrafamiliares, debía reconocer que los rencores que habían afeado la relación de los hermanos Wargrave le hacían estremecerse. Se sentía impelido a mediar para que la inquina que Rebecca albergaba por su hermano, aun justificada, no le costara su más preciado vínculo.

—Es un síntoma recurrente cuando se padece la enfermedad del amor —se arriesgó a defenderlo—. Tú debes saberlo mejor que nadie. Tampoco te habrías dado cuenta de que la muerte súbita desplomaba a toda la humanidad si hubiese ocurrido durante alguna de esas partidas de cartas en las que Haverford estaba presente.

Rebecca le dirigió una mirada que era peor que gélida: estaba completamente vacía. Sonny tuvo la certeza de que si se hubiese tomado la molestia de responderle, le habría despedazado sin miramientos.

—¿Sabes dónde está el despacho de Strickland? —inquirió en su lugar con brusquedad.

—Sí, me invitó hace no mucho tiempo para interrogarme sobre el sistema de apuestas del club. Sígueme.

—¿Por el pasillo principal? —se extrañó ella. No se movió ni cuando Sonny llevaba medio corredor recorrido—. ¿Y si nos cruzamos con un criado?

—Como muy bien sabrá usted —le explicó en un tonillo resabido con el que esperaba relajar la tensión del ambiente—, entre otras cosas porque no ha crecido usted en una cuadra, los criados suelen montar guardia en los espacios donde se halla el groso de los invitados. Carece de sentido que vean morir las horas en un rincón desierto cuando han sido contratados para atender las necesidades del público. Además de que el señor Strickland tiene fama de buen empleador. Si hay una pieza de Adolphe Adam percutiéndose en el salón, va a invitar a la totalidad de la plantilla a deleitarse.

—Me alegro de que no todos los rumores que protagoniza sean sórdidos —comentó Rebecca para sí misma. Convencida ya con sus argumentos, echó a andar en la misma dirección que él, y esperó a haberlo adelantado por unos pasos para mirarlo por encima del hombro y añadir—: Respecto a su comentario irónico sobre crecer en las cuadras... Sepa que no me ha pasado desapercibido y que mi opinión es que es usted un tarado y un insolente.

Sonny suspiró.

—A lo mejor los rumores generales sobre mí no lo son —comentó en tono lastimoso—, pero está claro que las opiniones concretas de la señorita acerca de mi carácter sí son todas sórdidas.

—Todas y cada una —confirmó.

—Espero que al menos me conceda la virtud de la consideración por advertirla de que por ahí no se encuentra el despacho del caballero.

Rebecca frenó en seco su paseo agitado. Giró en redondo y lo miró con impaciente expectación hasta que él, conteniendo la risa, le indicó con el dedo un pequeño pasillo perpendicular. Desembocaba en el rellano desde el que se accedía a las escaleras de la segunda planta.

Con la barbilla erguida y la falda agarrada, inició su ascenso sin esperarle y con cuidado de no hacer ruido con el tacón de los zapatos. Sonny se rezagó adrede con las manos en los bolsillos para contemplar a sus anchas la porción de tobillo y pantorrillas enfundados en las medias blancas más afortunadas de la mercería.

Una vez llegaron a su destino, él hizo una reverencia hacia la puerta cerrada.

—Después de usted.

—Está cerrada con llave, señor Kinross. A no ser que me esté invitando a tratar de romperla de un testarazo, me parece que nadie va a... Un momento —se interrumpió—. Pensándolo bien...

Llevó las dos manos al cabello recogido y, tras hacer un par de muecas de dolor y despeinarse, luciendo así un aspecto desaliñado de lo más tentador, extrajo una gruesa horquilla.

Sonny se quedó perplejo viendo que se arrodillaba ante la cerradura y empezaba a trucar su mecanismo valiéndose de la aguja. Como no podía ser de otro modo, puesto que la peluquería era una ciencia aún más exacta que la química o la repostería, su recogido se vino abajo con el extravío de uno solo de sus accesorios.

La caída de la melena sobre los hombros le distrajo un instante.

—¿Qué trama usted? —se obligó a preguntar para ahuyentar el embeleso.

—Vigile que no viene nadie, ¿quiere?

—¿Dónde ha aprendido usted a forzar cerraduras? ¿Esto le enseñan a hacer a las jovencitas en la escuela de lady Mabry?

—Esto y mucho más. También nos impartieron una clase sobre cómo proponerle una fuga a Gretna Green a un hombre poco recomendable. En la práctica de esa lección obtuve un sobresaliente.

Sonny soltó una carcajada de pecho que le mereció una mirada hostil. «Silencio», exigía ella sin necesidad de palabras. Él se calló en el acto, pero no por la fiereza de su demanda, sino porque perdió el aliento al reconocer al animal salvaje que tenía dentro en su expresión vehemente.

—Cierre el pico, Kinross.

—Pues reserve su sentido del humor para más tarde —se defendió con la boca pequeña, en el fondo complacido por los privilegios de los que podía disfrutar.

Había comentado con Verity en alguna que otra ocasión, pues era la única que podía comprenderle, que ser enemigo de la señorita Wargrave tenía más ventajas que gozar de su admiración; con los hombres a los que ansiaba impresionar no se mostraba ni diabólicamente divertida en su mordacidad ni sincera en sus pasiones.

Sonny entrelazó las manos a la espalda y se encorvó hacia ella para indagar con inocencia.

—¿Qué pretendemos hacer aquí?

—Averiguar qué oscuros secretos esconde el señor Strickland.

—Con el propósito de decidir si sería o no un buen esposo para la honorable señorita

Wargrave, asumo.

Rebecca le lanzó un vistazo hastiado.

—¿Todo lo que sale de tu boca debe sonar condescendiente?

—A tu parecer, sí —se apresuró a tutearla también. No estaba para desaprovechar oportunidad alguna—, igual que todo lo que sale de la tuya suena a reproche. La mía pronuncia verdades como puños, los mejores chistes... y unos besos que hacen arder de pasión a las mujeres, por cierto.

Rebecca ni se inmutó con la provocación, ni siquiera cuando él se inclinó sobre su oído para susurrar la última parte.

Le pareció que ponía los ojos en blanco, pero era difícil saberlo en la oscuridad del pasillo.

—No sé a qué mujeres te referirás, porque yo volví a mi casa sin quemaduras en ningún grado.

Para su asombro —estúpido de él; debería haberle tenido fe a una mujer con recursos—, la cerradura cedió a su insistencia: el clic de la puerta les dio la bienvenida con el mismo secretismo con el que ambos se deslizaron a renglón seguido al interior del despacho.

Capítulo 8

—Buscamos pagarés, cartas, documentos... —enumeró Rebecca. Barrió la estancia con una mirada calculadora mientras se retiraba el pelo de la cara—. Quiero conocer el estado de sus finanzas, qué clase de usureros peligrosos pueden andar pisándole los talones, si mantiene algún tipo de relación continuada con una mujer, prostituta o no... —vaciló—. Supongo que, si es cierto que le contagiaron la sífilis, deberíamos toparnos con alguna receta con las instrucciones para la elaboración de un medicamento, o... o algún frasco con zarzaparrilla, compuestos de mercurio...

El asombro le detuvo a medio camino de cerrar la puerta tras él.

—¿Cómo es que conoces el tratamiento de la sífilis?

—Resulta que aprendí a leer hace mucho tiempo, como usted de sobra sabe puesto que acostumbro a leerle la cartilla —respondió sin mirarlo.

Su agilidad mental para replicar con ingenio le robó una sonrisa que, por fortuna, ella se perdió al darle la espalda.

—No es habitual que una dama lea tratados médicos o novelas en las que los personajes son sifilíticos, señorita Wargrave.

—Tampoco es habitual que una dama se escabulla de una reunión social con el regente de un club de pugilismo para revolver entre las pertenencias de un hombre..., pero henos aquí. —Decidió compadecerse de su curiosidad después de suspirar con cansancio—. Si tanto le interesa, leí sobre la enfermedad en un artículo del periódico.

Aquello tenía más sentido.

De hecho, le irritó no haberlo sacado en conclusión sin ayuda.

Le constaba que a Rebecca le importaba estar informada de las últimas novedades, y no solo en lo que refería a las telas y escotes que se habían puesto de moda. No le hacía ascos ni a los datos o anécdotas que en una primera instancia pudieran parecer inútiles de cara a la cotidianidad, incluso si eran tan escandalosos que no podría comentarlos en público. Casi nadie sabía que con la señorita Wargrave se podía mantener una conversación elevada sobre política contemporánea, economía e historia de Europa. Lo único que no le interesaba particularmente era el arte y la literatura, pero poco podía pesarle algo así a un hombre que dedicaba su tiempo libre a agitar los puños en el aire y cantar canciones de taberna con una jarra rebosante de cerveza en la mano.

—Los presuntos delitos del señor Strickland, tal y como los ha expuesto usted misma, le señalan como un elemento de abrigo —empezó Sonny como quien no quería la cosa—; tanto así que sorprende que se tome la molestia de confirmar o desmentir su inocencia. ¿Cómo es que va a concederle el beneficio de la duda a un hombre que podría haber cometido los siete pecados capitales?

—No es soberbio, no es perezoso, no es irascible ni se me antoja envidioso, y salta a la vista que el pecado de la gula no lo comete con frecuencia, o de lo contrario no sería grácil y esbelto como cualquiera de los bailarines que hemos visto en el salón.

—Oh, entonces podría perdonarle cualquier delito con tal de que fuera atractivo.

—Un dulce nunca amargó a nadie —respondió, concentrada en la tarea de husmear entre las estanterías.

Le hizo gracia la naturalidad con la que admitió su frivolidad, si bien le constaba que, ahí

donde se la veía, adicta a las fruslerías de los escaparates de Bond Street y celosa de toda joya que decorase un cuello distintos del suyo, Rebecca era lo contrario a superficial. Lo demostraba que inicialmente hubiera soñado con casarse por amor y que sus odios siempre encontraran justificación en las pasiones frustradas del alma, como un rechazo romántico, el imperdonable desprecio de a quien tenía por una buena amiga o la traición de su hermano.

Sonny cruzó las manos a la espalda y se unió a ella en la tarea de leer los tomos de los libros y comprobar que no había sobres sospechosos encajados entre los volúmenes. Lo hizo lo bastante aproximado a la espalda de la joven como para oler el agua de rosas con el que había impregnado su cuerpo. Incapaz de resistirse, rozó con la mayor prudencia las puntas de su melena.

Apenas habían transcurrido diez minutos en silencio cuando Rebecca dejó de sacar y devolver a su sitio las novelas políticas y se giró hacia el extasiado Sonny.

—¿Has oído aquello de «divide y vencerás»? Lo escribieron para que no te adhirieses a mis posaderas en la búsqueda de la verdad y respetaras la distancia mínima repasando la estantería de enfrente. ¿Qué sentido tiene que mires en los mismos rincones que yo?

—Solo intento ser preciso —se excusó sin la menor preocupación por sonar sincero—. Eficiente, incluso.

—¿Y qué te parecería ser civilizado dándome espacio para respirar?

—¡No, hombre! ¡Qué aburrido! —Pero cedió a su exigencia caminando hacia la estantería paralela. Su esforzado gesto sirvió de poco, porque Rebecca bufó de todos modos y abrió aún más la distancia dirigiéndose al escritorio de madera oscura—. ¿Qué sucederá si, en efecto, descubrimos que acumula deudas?

—Dependerá de si pueden o no sufragarse con mi dote —resolvió, entretenida abriendo cajones al azar y revolviendo el contenido para a continuación disponerlo en idéntica posición.

—¿Y si tiene una hija?

—El hecho de que no viva con ella significa que su madre se encarga de cuidarla, por lo que no será mi responsabilidad criarla, que es lo único que me podría atañer si su pasado libertino se solapara con nuestro presente conyugal.

—¿Y un hijo? —insistió.

—El señor Strickland no precisa un heredero puesto que no ostenta un título nobiliario. El sexo de la criatura es indiferente.

—Lo planteas con una frialdad impresionante.

—El matrimonio se ha convertido para mí en una mera transacción. Como siempre debería haber sido —añadió por lo bajo.

—¿Y qué será de tu matrimonio si su señoría padece el mal francés?

—Que seré su esposa, pero no su amante —atajó con una sencillez preocupante.

Sonny dejó de fingir que le interesaba el contenido de una caja de latón y la miró directamente.

—¿Me estás diciendo que no existe delito que no puedas perdonarle? ¿Tú, la mujer que si no inventó, al menos patentó el acto de guardar rencor y resistirse con garras y dientes a la misericordia, aun en circunstancias extremas?

—Si tuviera que practicar el bello arte del perdón, desde luego que mucho antes me estrenaría con mi futuro marido que con tu amiga Verity, por poner un ejemplo. Pero ¿es que acaso tengo yo que disculparle algo a un hombre que ha vivido una vida completa antes que yo? Ni una enfermedad, ni un bastardo, ni una deuda son heridas que se me infligieran a mí, y, por ende, no me corresponde juzgarlas.

Sonny sintió que un sudor frío le empapaba la camisa por detrás.

Había subestimado el lado calculador de Rebecca.

—Si piensas casarte con él sin importar quién sea o lo que haya hecho, ¿qué hacemos aquí? —jadeó, cada vez más perplejo.

—Necesito estar preparada para saber la magnitud de lo que me voy a encontrar una vez pronuncie mis votos. Y no subestimes el factor sorpresa, Kinross. Hay muchas posibilidades que no hemos ponderado ni vamos a ponderar porque no podríamos concebirlas. Quizá alguna de ellas me disuada de desposarme.

Aunque sonaba segura y decidida, frenó en seco con el aliento interrumpido en cuanto su mirada coincidió con un elemento sospechoso.

Sonny asomó la cabeza al cajón que Rebecca acababa de abrir. Dentro se apilaba una colección de cartas escritas para remitentes de renombre, como el nuevo director de Covent Garden, la escultora Marie Tussaud o el actor de teatro William Charles Macready. La que había llamado la atención de Rebecca, no obstante, era la primera de todas ellas: la que, a juzgar por la solemnidad de su semblante, creía destinada a aterrizar en sus manos.

El sobre aún no estaba sellado y se dirigía a la atención de Edelweiss Day.

—Esta mujer... Presiento que es ella —murmuró Rebecca.

—¿Ella?

—Sí, ella. La del rumor... si es que el rumor es cierto. Me lo dice la intuición.

Según apuntaba la caligrafía de Strickland, la señorita Day vivía en Fitzroy Street, una calle próxima a Tottenham Court Road, el barrio londinense más solicitado por las rentas modestas y empleos no tan nobles como artísticos. A Sonny le constaba de un par de visitas a la residencia habitual de la Reina del Chisme que allí se hacinaban actrices, cantantes y escritores.

Rebecca aprovechó que la carta aún no había sido lacrada para conocer su contenido. Cassius Strickland había firmado de su puño y letra un cheque cruzado con la exuberante cantidad de cincuenta libras.

—Eso es más que suficiente para pagar durante un año el alquiler de una casa decente —señaló Sonny.

—Lo sé —respondió ella con brusquedad—. Ha escrito una pequeña nota.

Observó que le temblaban los dedos al extraer el papel más enjuto. Buscó su mirada, pero tuvo que conformarse con interpretar su perfil.

Había renunciado a toda expresión, quizá porque tenía compañía y no podía permitirse que la viera... ¿herida? ¿Indignada? Era demasiado pronto para que se hubiese encariñado con Cassius, ¿verdad? Apenas habían disfrutado de una cita impersonal en la vastedad del parque y un par de intercambios aislados en fiestas de sociedad, donde un soltero no podía detenerse a hablar en profundidad con una joven si no pretendía pedirle matrimonio al final de la noche.

Sonny empezó a ponerse nervioso.

Era imposible que Strickland tuviera el poder de romperle el corazón con sus escarceos, se dijo para tranquilizarse. Pero no lo vio tan claro cuando Rebecca presionó con los dedos el papel extendido, contrariada por lo que acababa de leer.

Edelweiss,

Le mando esta carta con la esperanza de que su destino diste del aciago final de todas las anteriores: por favor, no la rompa en mil pedazos. Y, por favor, no le haga pagar a su criada la indiscreción de haberme advertido que mis malogrados acercamientos terminan consumidos en el fuego de la chimenea. Dotty solo le desea el bien a usted y a sus seres amados.

Sé que voy en contra de sus deseos volviendo a hacerle llegar una suma económica, pero confío en que no lo interpretará esta vez como una limosna... o como que pretendo comprar sus afectos, cuando nada más lejos de mis propósitos.

Como podrá ver, he reducido considerablemente el préstamo respecto de mi intención inicial. Sepa que es para mí insultante enviarle semejante miseria de monto, pero que me pliego a sus imposiciones sin rechistar.

Le ruego que no me siga alejando, que me perdone, que me permita estar a su lado.

No puedo seguir así.

—Tienen confianza. Le ruega y la llama por su nombre. Edelweiss... —musitó. La llamó en voz baja una, dos y hasta tres veces más, para luego girarse hacia Sonny con la expresión desprovista del rencor o el recelo con el que solía atacarle. Lo interpeló con mera curiosidad, como si ya no fuera el idiota de Kinross, sino un confidente—. ¿De qué me suena ese nombre? He oído Edelweiss Day en alguna parte.

—Es una famosa bailarina de ballet. Has tenido que verla actuar en Her Majesty's Theatre.

—Claro. La *prima ballerina*... —reflexionó para sí. De pronto se enderezó y volvió a mirarlo como si fuera otro; ese otro que Sonny deseó ser para siempre, no solo mientras durase su deseo de intercambiar opiniones—. No ha venido esta noche, ¿verdad? Me ha parecido oír a los invitados comentar que ni siquiera Strickland posee tanta influencia como para mudar a todas y cada una de las jóvenes promesas de Her Majesty's a su salón. La señorita Day ha debido de rechazar la invitación, y, en vista de esta carta... apuesto a que alegó razones de índole personal.

—¿Crees que es una amante despechada?

Sonny esperó con cierta resignación a que Rebecca volviera en sí misma y le acusara con un venenoso pero merecido «Tú sabes más de amantes despechadas que yo, ¿por qué no te respondes a esa pregunta?». Sorprendentemente, ella se encerró aún más en sus pensamientos, y así fue como tuvo que llegar hasta el antiguo dolor de su propio despecho, porque presionó los labios en una línea tensa.

—Juraría que sí, que hirió sus sentimientos tratándola como si fuera de su propiedad, llegando a proponerse comprarla con limosnas. De ahí la indignación que ha llevado a la señorita Day a negarle la palabra y arrojar al fuego sus cartas. No quiere ni siquiera su dinero; me atrevería a decir, incluso, que nunca se lo ha aceptado y siempre que lo ha acogido ha sido por amor...

Le tembló la voz al pronunciar la palabra prohibida.

—Y él también la ama —se arriesgó a apostillar Sonny. Rebecca alzó la barbilla y le dirigió una mirada interrogante. Tuvo que carraspear y explicarse—. Un hombre que ama es un hombre que insiste. Que no se haya dado por vencido en lo que se traduce como más de dos y más de tres negativas, implícitas en su silencio ensordecedor, indica, como mínimo, que ella no es un capricho para él.

Rebecca se envaró como si le hubiera dirigido un insulto imperdonable. Tanto la ofendió con una de las palabras más sinceras que habían salido de sus labios que ni siquiera lo miró a la cara. Volvió a fijarse en la dirección del sobre antes de dejarlo donde lo había encontrado, rígida como una estaca.

Sonny había perdido la esperanza de que contestara cuando ella repuso con frialdad:

—Eso solo lo dices porque no quieres que me case con Strickland.

Él pestañeó deprisa.

—¿Cómo?

—Pretendes convencerme de que el corazón de Strickland tiene dueña para que yo cese en mi empeño de aceptar su mano, y todo porque sabes que lo único que no podría perdonarle... —tragó saliva con dificultad— es que su amor devoto por otra mujer me relegara a un humillante segundo plano.

Sonny volvió a parpadear varias veces seguidas, desorientado por sus precipitadas conclusiones.

—En absoluto, Rebecca.

«Solo pretendía utilizar mi experiencia personal para establecer la que es mi verdad sobre el único tipo de amor que conozco», podría haber añadido. Pero había confesiones que ni siquiera él, aun revestido con esa armadura indestructible en la que rebotaban los reproches de Rebecca, se atrevía a hacer. Ni ante ella ni ante sí mismo.

La siguió en silencio hacia la salida del despacho, sin preguntarse en qué había errado porque lo sabía de sobra. Invocar los demonios de Rebecca era tan sencillo que había que ser un experto esquivando balas, un maestro de las palabras y un valiente soldado para solo asumir el riesgo de entablar una conversación con ella.

La vio frenar en la puerta con los puños crispados.

—Ten claro que hago todo esto exclusivamente para estar al tanto de las actividades de mi futuro marido, y que no he aceptado tu colaboración porque desee oír tus opiniones. Ni al respecto del cortejo del señor Strickland, ni en lo que refiere a los descubrimientos que puedan estar por llegar. Así que te exijo que, en lo sucesivo, no trates de manipular mi perspectiva. No van a servirte estos interrogatorios sutiles sobre lo que haré o no haré si su señoría resultara ser un demonio bíblico, pero menos todavía el carisma con el que desarrollas tus teorías románticas para debilitarme. No puedo caer en tus trampas porque te conozco y sé lo que quieres —recalcó, mirándolo a los ojos—. No lo olvides.

—¿Y qué se supone que quiero? —contraatacó con las manos entrelazadas a la espalda y las cejas levantadas en una expresión inocente—. ¿Tu cuerpo virgen? Porque te recuerdo que podría haberlo poseído no hace mucho y rechacé el privilegio.

—En efecto, rechazaste el privilegio. Por eso ahora te toca atenerte a las consecuencias, que no son más que tus nuevas obligaciones: mantener el pico cerrado mientras desposo a un hombre que sí se digna a pretenderme.

»Nos veremos tan pronto como se celebre el primer ballet de la temporada en Her Majesty’s Theatre —continuó sin darle pie a defenderse. Sonny creyó saber por qué: porque la había desestabilizado al insinuar que podría querer de ella algo más que una noche de pasión—. Necesitaré a un hombre con labia y contactos para llegar hasta la señorita Day y averiguar qué negocios se trae con el señor Strickland. Hasta entonces, disimulemos. Yo regresaré primero al salón...

Sonny impidió que se marchara enseguida tomándola del antebrazo. Ella ya se estaba dando la vuelta con la boca abierta para proferir un insulto, ese que llevaba quemándole en la lengua desde que osara pronunciar la palabra «amor», pero él fue más rápido extrayendo la horquilla de la cerradura y levantándola para que la luz del pasillo la hiciera destellar como un rayo de sol.

Rebecca tenía la intención de alargar la mano para cogerla. Sonny se le volvió a adelantar girándola para, con un par de movimientos rápidos y diestros, recrear con estricta precisión la exquisitez del semirrecogido original.

Ella guio los dedos indecisos al cuero cabelludo para palpar delicadamente el resultado, y grande tuvo que ser su asombro, porque lo encaró con ojos redondos. Sonny le restó importancia a la hazaña de peinarla con un encogimiento de hombros y una media sonrisa, y se guardó las manos en los bolsillos.

Las huellas dactilares aún recordaban y recordarían toda la noche el tacto de su melena.

—No habría pretendido presentarse en el corazón de Strickland’s con el aspecto de una muchacha que ha sido besada con pasión en la oscuridad, ¿verdad? —preguntó en voz baja, más porque se había quedado sin fuerzas después de entrar en contacto con ella, después de su dura reprimenda, que por mantener la discreción.

—No, claro... —contestó Rebecca en el mismo tono, mirándolo o más bien vigilándolo a caballo entre la perplejidad y la cautela—. ¿Dónde ha aprendido usted a peinar a las mujeres? —le devolvió la pregunta con las mismas palabras—: ¿Esto le enseñan a hacer a los jovencitos en Eton y Oxford?

—En Oxford se aprende a despeinarlas, más bien —corrigió, procurando que su expresión no se impregnara de la depravación que ella tanto deploraba—; a peinarlas aprende uno cuando tiene la hermana pequeña más coqueta del mundo entero. Para pasar tiempo de calidad con Sabrina Kinross uno debe demostrar ciertas habilidades. Y plegarse a sus caprichosos deseos, eso por descontado.

Rebecca se acarició distraídamente la media melena libre de sujeciones y asintió, tomando por válida su palabra. No solo conocía a la menor de la familia, sino que tenía que coincidir a menudo con ella en la escuela. Su hermana era seis años menor que la señorita Wargrave, pero lo bastante espabilada para hacerse notar incluso entre las veteranas.

Ella no dijo nada más. Le lanzó una mirada curiosa de arriba abajo que tendió hacia la ternura, aunque no sin las reservas habituales. Con toda probabilidad lo estaba imaginando sentado en una minúscula sillita de té, con las rodillas casi tocándose con su propia barbilla, mientras trenzaba el cabello negro tizón de la pequeña. Tuvo que encontrarlo casi por primera vez respetable, incluso digno de cariño, porque una levísima sonrisa divertida amenazó con curvar sus labios un instante.

—Eso me habría gustado verlo —confesó en un murmullo antes de marcharse, dejándolo con la palabra y el corazón en la boca.

La mente de Sonny se quedó estancada en el gesto que no había llegado a florecer, pero que había salvado y también coronado el primer asalto de su combate a muerte con la testarudez de Rebecca Wargrave.

Debía concederle un tiempo de ventaja antes de volver él mismo al salón, pero, aunque hubiese querido regresar a la vez, no habría podido, tal era la magnitud de su asombro.

La señorita Wargrave no sonreía de forma sincera desde aproximadamente el año 1843, y desde entonces había transcurrido un trienio; un trienio de una oscuridad escalofriante y preñada de pesadillas para quienes la querían. Se dijo que entonces su objetivo no podría ser solo restaurar su reputación ante ella, convencerla de que era un hombre digno, sino también arrancarle una sonrisa, y respiró aliviado al saberse encaminado.

A fin de cuentas, Rebecca le había reconocido que era carismático. Empleaba el carisma para «desarrollar las teorías románticas» con las que pretendía manipularla, esa había sido la frase casi completa, pero ¿y qué?

Una victoria era una victoria.

Capítulo 9

Rebecca se quedó mirando las últimas palabras que había garabateado en su cuaderno.

En los últimos días había conseguido recabar suficiente información para ocupar la totalidad del espacio de una de las páginas de su diario. Había empezado escribiendo Edelweiss Day en el centro, luego lo había subrayado, después había dibujado un círculo a su alrededor y, a continuación, se había lanzado por la colección de periódicos antiguos de su hermano para recortar los pies de página o pequeñas menciones que se hacían en los medios a la flamante bailarina.

A fin de seguir documentándose, también había tenido que hundir la mano hasta el codo en el baúl donde atesoraba como oro en paño su colección de columnas de la Reina del Chisme. Y es que algo que le llamaba la atención de Su Chismosísima Majestad era, además del hecho de que llevara alrededor de cuarenta años dificultando la vida de aquellos sobre quienes escribía —se rumoreaba que el cargo de monarca cotilla lo habían ostentado ya más de dos sujetos anónimos, en teoría mujeres—, que no hacía distinciones de clase o género. Apuntaba con el dedo a duques, burgueses y artistas, siempre y cuando sus historias personales fueran lo bastante interesantes, y vomitaba su vitriolo indistintamente con el ingenio que la caracterizaba.

A Rebecca le había querido sonar, pues que la Reina del Chisme se había referido en alguna que otra ocasión a la señorita Day, y pudo confirmarlo gracias a la prudencia de conservar las revistillas mensuales; semanales si acontecía antes de tiempo un hecho lo bastante sonado como para merecer la gloriosa puntualización de la fisgona.

Ahora, Rebecca contemplaba con sentimientos encontrados el magnífico resultado de su investigación. Entre los recortes de prensa y los fragmentos subrayados del puño y letra de la sabia Reina, había podido extraer una breve pero iluminadora biografía de Edelweiss Day: había nacido en el seno de una familia en extremo humilde, pero con talento para la vocación artística, hacía veintiocho años —lo que, como habían insistido en recalcar en cada una de sus menciones, significaba que contaba con una edad demasiado avanzada para volcarse en una dedicación tan exigente como la danza... o como el sagrado matrimonio—. Sin embargo, su don innato y sus asombrosas condiciones físicas le habían permitido destacar no solo en Londres, sino también llamar la atención de grandes compañías en países europeos donde el ballet había ganado mayor popularidad, como Francia.

Uno de los retales de un artículo del *Times* aludía sin ambages a su belleza. Se decía de ella que era una sílfide; un regalo para la vista que Dios había enviado a la Tierra para aplacar los rencores de los hombres, una disculpa divina encarnada en un cuerpo femenino. Rebecca no había esperado menos que una descripción semejante considerando que se trataba de la mujer que le había sorbido el seso al esquivo y misterioso Cassius Strickland. Estaba convencida de que era rubia, como le había halagado su señoría la noche que expuso sus honorables intenciones, y que tendía a vestir de color lavanda. Rebecca los imaginaba el uno al lado del otro, ambos gráciles como practicantes de esgrima, inalcanzables de tan bellos, y, en lugar de arrebatarse de celos, se conmovía inexplicablemente.

Si hubiera tenido una buena amiga con la que compartir sus impresiones, habría confesado que hacía tiempo desde que había asumido que el amor era una gracia que nunca la tocaría con su céfiro, pero que esta discriminación contra ella no la hacía renegar de su magia exquisita y ni mucho menos erigirse en contra de su consumación. Por el contrario, Rebecca se inclinaba por

apreciar la complicidad de los matrimonios que se profesaban afecto, por asomarse a esas vidas compartidas e idílicas atestiguando de lejos una caricia de manos bajo una mesa de Gunter's, unos brazos bien agarrados y un par de rostros inclinados durante un paseo por Hyde Park; el riesgo de ceñirse más al cuerpo del otro durante un vals especialmente apasionado.

Aun siendo una mujer de naturaleza envidiosa, era incapaz de sentir celos hacia el amor correspondido. Las indulgencias beatíficas habían de ser respetadas.

Por desgracia, como esa buena amiga no existía, como, al final del día, Rebecca estaba sola en el mundo, volcaba sus reflexiones en el cuaderno donde ahora investigaba sobre la señorita Day. Las páginas anteriores estaban repletas de análisis pormenorizados de las que habían sido sus rutinas y cambios de humor en los últimos meses; años, si contaba los diarios que ya había completado de principio a fin y ahora descansaban en el olvido de su entierro bajo la cama.

Tomó la estilográfica, la mojó en el tintero y se puso cómoda en el tocador para saludar a su más vieja y leal amiga: la escritura. Ya estaba vestida para el paseo matinal y el picnic que se había fechado en la colina de Hampstead Heath una semana atrás, pero no le importó arriesgarse a que la tinta le salpicara la falda de organza.

Querido diario,

Soy consciente de que debería molestarme que me pretenda un hombre que aún ruega por el cariño de su antigua amante. Y, sin duda, me ofende, pero me temo que solo a un nivel superficial y por exigencias del guion. Mucho antes me sorprendo atraída por la historia que esconde el desafortunado cheque, la rica caligrafía que sin embargo se tuerce por efecto del tembloroso pulso de quien sufre al expresar sus sentimientos no correspondidos.

¿Cómo voy a despreciar al señor Strickland, cómo no voy a sentirme inclinada por comprenderle, si yo he estado en su lugar?, ¿si yo misma habría estado y sigo dispuesta a desposar a quien sea el indicado a pesar de tener el corazón comprometido...? Cierto es que el dolor se ha ido desprendiendo de mí por azote del tiempo, y que ya no soy la joven enamorada de antaño. ¿Cabe entonces albergar esperanzas hacia el matrimonio con el señor Strickland? Si yo he logrado sobreponerme a la adversidad, ¿no significa eso que Cassius podrá, también, olvidar a la señorita Day en aras de un futuro compartido?

—¿Rebecca? —la llamó Verity. Tocó a la puerta con los nudillos para advertir de su inminente avance y asomó la cabeza de voluminosos bucles cobrizos bajo el umbral—. El carruaje espera... —Arrugó el ceño al verla encorvada sobre el papel. Una sonrisa sabedora se formó en sus labios—. ¿Una carta de amor, quizá?

—¡Por supuesto que no! —rezongó ella, apresurándose a cerrar el cuaderno. Lamentó su impulsividad enseguida. La tinta no se había secado aún, y mucho se temía que cuando regresara encontraría el texto emborronado y la página anterior salpicada de manchas negras—. ¡Te tengo dicho que llames a la puerta y esperes a mi señal antes de abrir! Puede que seas la señora de la casa, ¡pero este es mi dormitorio! ¡Mío!

—¿Y dónde está tu dormitorio, si no es en mi casa? Porque no veo que lo construyeran en la acera. —Enarcó una ceja. Antes de enzarzarse en una acalorada discusión, soltó el pomo y se alejó por el pasillo. Desde allí insistió—: Date prisa, Rebecca. Ahora mismo el sol está en su cénit, pero algo me dice que si postergamos un poco más la salida, nos acabará sorprendiendo la lluvia.

Se resignó a obedecer escondiendo el cuaderno en el cajón de los polvos para el rostro y se levantó como si la falda le pesara un quintal. Unos minutos más tarde ya estaba sentadita como una niña obediente en el que había decidido que fuera su asiento del landó, con la cabeza girada hacia la ventanilla para evitar ser cómplice de las indiscretas carantoñas que se dirigían los recién casados.

No tardaría en agachar la vista, víctima de un ramalazo de tristeza incontrolable.

Rebecca se miró las manos entrelazadas sobre el regazo y apretó los labios.

Cuando Verity aún era la señorita Burton y compartían habitación en la escuela de modales, emplazada en Canterbury, se sentía en igualdad de condiciones con ella, incluso si en el fondo esta era una sensación engañosa. A fin de cuentas, la conocida como «Wit» o «Witty» por su carácter siempre había sido más rica, más popular, más querida.

Pero al menos estaba soltera, como Rebecca.

Eso significaba que las dos se hallaban en una situación de desconocimiento similar.

Desde que se había casado, sin embargo, no podía mirarla del mismo modo. No porque hubiera elegido a su hermano entre todas las opciones —que se extendían al groso total de la población masculina—; no porque hubiese cumplido el propósito vital de la mujer gracias a la aceptación de un hombre que la amaba y nunca la traicionaría, sino porque ahora era más sabia que Rebecca.

En cuanto pudo atribuirse el mérito del amor correspondido, Verity recibió de la mano de Dios una visión más plural, más amplia, más benevolente del mundo. Conocía los entresijos del amor, tanto en un plano físico como espiritual, y eso se le notaba en el modo en que hablaba ahora, en el que miraba a los demás, con una magnanimidad impropia de su personalidad juvenil.

Incluso en cómo caminaba.

No era la misma Verity que antes, y con esa Verity no sabía cómo comportarse. La antigua Wit era más terrenal, más frívola. Era una niña que no conocía la incondicionalidad, en definitiva. Ahora se presentaba como una mujer de mundo, una mujer con plena seguridad en sí misma. Rebecca se había fijado en que ya no la miraba con desdén, sino con cierta ternura condescendiente, como los adultos se dirigían a los niños; como si supiera algo que a ella se le escapara y le apenase que nunca fuera a descubrirlo porque ese algo solo podía aprenderse mediante la experiencia, nunca mediante generosa explicación de terceros.

Había observado este florecimiento en otras de sus conocidas una vez habían contraído nupcias con un buen hombre o, mejor dicho, con un hombre amado. Primrose Insley, ahora Connor; Clarissa, la esposa de Nile, también.

Rebecca era la única cría que quedaba por convertirse en una mujer de toda su promoción escolar; la única que permanecía al otro lado de esa esfera de conocimiento que le había susurrado a sus compañeras el secreto de la felicidad plena.

—Becks —oyó que la llamaba Harding. Alzó la vista forzando una expresión neutral, pero su hermano ya estaba mirándola compungido—. ¿Qué sucede?

—Nada. Solo estoy cansada. Anoche no descansé.

Pensaba en los ámbitos de sabiduría que nunca descubriría, apenada, cuando se apearon del carruaje a las puertas del parque más famoso de las afueras de Londres. Era poco habitual que se fechara un picnic con días de antelación, pues no había forma de anticipar el tiempo con el que los recibiría la antojadiza mañana. Por fortuna, había amanecido tan excepcionalmente soleado que, subiendo hasta Parliament Hill, desde donde se obtenían unas vistas panorámicas espectaculares del resto de la ciudad, empezó a sudar.

Tuvo que desprenderse del chal de gasa para no cocerse de calor. Presionó la pamela contra la cabeza, evitando así el influjo implacable del sol sobre los ojos.

—Cualquiera habría dicho que Londres se ha mudado a la costa mediterránea —oyó que farfullaba Verity, y tentada estuvo de darle la razón.

Cuando llegó arriba, Rebecca descubrió que habían sido los últimos en presentarse a la cita. Sobre un enorme mantel de cuadros extendidos sobre la hierba, más verde que nunca por cortesía de las recurrentes lluvias primaverales, y refugiados bajo la copa de un abedul joven, se hallaban

los condes de Glasford, los condes de Jersey, Sonny Kinross, Cassius Strickland y...

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Los marqueses de Haverford, Nile y Clarissa Inglefeild.

La pareja no se percató de su aparición, enfrascados como estaban el uno en el otro.

La joven esposa se había sentado frente a su marido con las rodillas recogidas a un lado, una postura natural e insoportablemente femenina, como siempre lo había sido toda ella. Sonreía con dulzura a lo que él le estaba contando utilizando una sola mano, harta de aspavientos, para apoyar su discurso. Nile, por su lado, se había recostado sobre la manta echando todo el peso sobre el costado y el codo libre. Solo se interrumpía para arrancar una uva turgente del racimo y ofrecérsela a Clarissa casi de forma inconsciente, como si sus impulsos involuntarios fueran cubrirla de regalos y carantoñas. Ella aceptaba que la alimentara formando un cuenco con las manos y se lo agradecía con un guiño o un beso distraído en la frente.

Huelga decir que ese no era un comportamiento apto para desplegar en público. De ahí que hubieran tomado la prudente decisión de reclinarse a una esquina del mantel para pasar desapercibidos.

No lo conseguían, por supuesto.

Rebecca se quedó tan devastada con la visión que no se percató de que una brisa le volaba la pamela. Pensó que era lógico que de pronto notara la influencia del sol con particular insistencia en el cuero cabelludo. Igual que le ardía el corazón, donde florecía el amor, era comprensible que le ardiese la cabeza, el espacio físico donde se desarrollaban y enquistaban las obsesiones.

Vio pasar la vida ante sus ojos anticipando toda una jornada de mañana y tarde en la compañía de los marqueses de Haverford. Sabía que controlarían sus demostraciones de afecto en cuanto ella se acercara, comprometidos como le constaba que habían estado en los últimos tiempos con no provocarle una crisis nerviosa. Pero esto, lejos de hacerla sentir mejor o bien frotarse las manos con malicia, solo avivó su dolor.

Ya no quería que nadie tuviera que disimular en su presencia.

Que sus enemigos fueran considerados con ella le recordaba que era débil.

No podía soportarlo.

Pensó que no podía sentirse peor, plantada como una estatua de sal en medio de la colina, pero la casualidad le hizo ver que se equivocaba. Nile apartó la vista de Clarissa para dirigirla a los recién llegados. Le sonrió con afectuosa camaradería a los Wargrave y luego desplazó la vista a los alrededores, con toda seguridad buscándola a ella.

La encontró más pronto que tarde, rígida y con los ojos vidriosos.

Pese a la distancia que los separaba, observó que Nile tragaba saliva y que la sonrisa de Clarissa se disolvía en el acto. No la odiaban, comprobó Rebecca al no reconocer nada distinto de la incomodidad y la compasión en sus expresiones. La gente que tenía una vida propia, la gente que era feliz, no odiaba. Invertía el tiempo en nutrir sus experiencias revitalizantes, en amar a sus hijos, y no en alimentar sus rencores.

No pudo aguantarlo más.

—Se me ha volado la pamela —se justificó en voz alta con una sonrisa temblorosa. Harding se giró enseguida con una mueca muy parecida a la que los Haverford estaban tratando de moderar—. Voy por ella. Volveré antes de que te preguntes dónde me he metido.

—Becks... —empezó su hermano en un murmullo preocupado.

Ella no permitió que completara la frase, aterrada por si se atrevía a decir con claridad que sabía que solo pretendía huir. Giró en redondo con una seguridad impostada, para que al menos de lejos pareciera que de veras le faltaba apetito y prefería pasear a solas, y se encaminó colina

abajo.

Apenas avanzó veinte o treinta metros hasta adentrarse en la frondosidad de una agrupación de olmos y fresnos, cuya frescura le dio la bienvenida ofreciéndole refugio y aplacando las contracciones de su pecho.

El corazón todavía le latía desaforado cuando recostó la espalda contra el tronco de un abedul y se llevó una mano al esternón. Lo presionó con el canto de la palma, como si quisiera atravesarse la carne y aplastar aquel órgano insurrecto y estúpidamente sensible que no cesaba en su empeño de amargarle la vida.

Lloró de pura impotencia.

Durante mucho tiempo había reprimido las lágrimas, convencida de que regodearse en su desgracia no haría sino empeorarla, pero en los últimos meses había descubierto que era el único modo de aflojar el nudo en la garganta.

Además, la aliviaba.

Solo llorando atinaba a comprender que la validez de su sufrimiento había expirado.

No supo cuánto tiempo pasó allí, apretando la espalda contra el tronco, la mano contra el pecho, las lágrimas contra las mejillas. La cuestión era que no conseguía serenarse.

Lo único que la apremió a controlar los hipidos fue el crujido de las ramas marchitas bajo un peso humano. Alguien se aproximaba, y aunque por un momento pensó que se trataría de Sonny Kinross, irrupción que habría agradecido porque se las arreglaría para hacerla pensar en otros asuntos —en cómo ponerlo a caer de un burro de un modo original, por ejemplo—, supo que no era él porque no se hizo notar antes con un comentario desahogado y absolutamente fuera de lugar. Él acostumbraba a alertar de su llegada cuando la sabía en pleno arrebato autocompasivo para darle tiempo a recomponerse, una gentileza por la que siempre le había estado agradecida en secreto.

Cassius Strickland emergió entre los verdes y ocres de la vegetación como un explorador de la selva disfrazado de príncipe austrohúngaro. Vestía la etiqueta exigida, ni la brisa osaba despeinar las ondas doradas de su cabello y llevaba en la mano una pamela con un lazo de seda amarillo pálido, a juego con el vestido de organza que lucía la honorable pero ahora destrozada señorita Wargrave.

Rebecca estuvo tentada de esconderse de él cometiendo la niñería de cubrirse la cara con las manos, pero la rotunda serenidad que lo convertía en un ser de otro mundo la convenció de relajar los hombros y aceptar el sombrero cuando se lo tendió galantemente.

—Gracias, señor Strickland —atinó a murmurar sin voz.

—No hay de qué. Tiene usted una pamela que es un tesoro. —Acompañó la mirada al complemento de un gesto de barbilla—. Cuánto no me habría beneficiado de una así de inteligente cuando hubiera necesitado que me arrancaran de un escenario incómodo.

—No era un escenario incómodo —se apresuró a explicar. Aun sin tener fuerzas para afrontarlo, buscó el juicio en un rostro en el que no encontró nada más que dignidad—. Yo solo... Ha sido una ráfaga que... No iba a pedirle a mi hermano que fuera detrás de... Tampoco es que tenga mucho apetito, y... —Desistió de justificarse recordando lo que el señor Strickland le había dicho unas semanas atrás con su mirada de advertencia burlona: «Por favor, no me trate como si fuera idiota». Acabó suspirando y agachando la cabeza—. Seguro que un hombre tan popular como usted también ha tratado con sujetos con los que preferiría no coincidir.

—Constantemente, y por razones mucho menos respetables que las que tiene usted.

Rebecca alzó la barbilla para valorar de nuevo su reacción. Se le escapó una sonrisa resignada al toparse de nuevo con aquel semblante cifrado.

Nadie conocía el sortilegio que lo desentrañaba.

O quizá sí.

«La señorita Day».

—Respetables —repitió ella tras suspirar.

—No era la palabra adecuada. He dado a entender que el quid de la cuestión, lo importante, es cómo perciban los demás nuestros sentimientos, cuando nada más lejos de la realidad —se disculpó él, y no por miedo a que ella le retirase el voto de confianza, sino decepcionado consigo mismo por no haber sido meticuloso al expresarse—. Nunca se habla de lo que duele, ¿verdad?

Rebecca lo miró con curiosidad.

—¿El qué?

—El rechazo de un ser querido. Las implicaciones sociales son objeto de debate en las grandes mesas, pero ¿las emocionales? Eso nunca.

Fue bastante rápida al contestar considerando que la había dejado pasmada.

—Por supuesto que no. Si se sopesaran, se llegaría a conclusiones benevolentes; incluso se consensuaría compadecer generosamente al afectado en tales casos.

—Y entonces la alta sociedad tal y como la conocemos se destruiría ante nuestras narices para abrir paso a un mundo ideal. Eso sería intolerable.

Rebecca soltó una carcajada sincera que la sorprendió incluso a ella. Iba a cubrirse la boca, abochornada, pero repitió para sus adentros el instante de complicidad y decidió que Strickland ni la habría juzgado, ni la juzgaría.

—Supongo que habría sido mucho pedir que una sola persona en esta ciudad no estuviera al tanto de mi desastrosa vida sentimental. Al menos puedo consolarme con que usted en concreto lo sabe porque yo lo decidí así —suspiró—. De todos modos, quiero que sepa que esto no es un impedimento para el cortejo, y que... y que si me ha sobrevenido un acceso emocional es porque me he despertado más sensible de la cuenta, no porque aún...

Calló, aduciendo que el señor Strickland no le exigiría una rigurosa explicación.

Se equivocaba.

Cassius le sostuvo la mirada, parado con las manos en los bolsillos a una prudente zancada de distancia. Con mucho gusto le habría reprochado que no tuviera la caballerosidad de dejar correr el asunto, pero no pudo porque él le preguntó sin acritud:

—¿Sabe usted por qué sufre, señorita Wargrave?

—¿Disculpe?

—¿Sabría identificar qué es lo que la ha hecho llorar? Es importante llegar al fondo de la cuestión, no tanto para evitar que se repita como para conocerse a uno mismo —continuó en tono amable, y alargó una mano para secarle las lágrimas con la yema del pulgar. Más que romántico, fue un gesto protector; propio del hermano del que tan alejada se sentía Rebecca—. Yo tampoco creo que lo ame aún, si le soy sincero. Tampoco creo que siga resentida. Y lo creo así porque, en realidad, y aunque lo desconozca usted misma, sospecho que alberga dentro de sí más sentimientos hermosos que puro odio.

—Hay quien sostiene que nunca lo amé —respondió con resentimiento, ladeando la cabeza hacia la curva de la colina para ocultar su dolor—, así que no me sorprende su análisis.

Pero sí le sorprendió presentir que Cassius sonreía sin enseñar los dientes, transigente con la inquina que rezumaban sus palabras.

Confirmó que su rostro se había dulcificado observándolo de reojo.

—El que quiera jugar a la audacia, tendrá que ser el más audaz. Por desgracia, los que se consienten la osadía de decirnos cómo nos sentimos nunca son particularmente avispados,

¿verdad?

Rebecca volvió a relajarse sin darse cuenta.

Incluso se animó a devolverle la sonrisa con timidez.

—Se creen que han vivido nuestras vidas mientras nosotros estábamos dormidos, o algo así —le devolvió ella la ironía—. Por eso saben más que uno sobre los entresijos de su alma.

Cassius suspiró con un cabeceo de conformidad. Aprovechó que el tronco del árbol era lo bastante ancho para imitar la postura de Rebecca apoyando la espalda también. Le gustó el toque desenfadado que le dio a la postura escondiendo las manos a la espalda y agachando la barbilla para mirarla con complicidad.

—Decirle a una persona lo que siente y lo que no es una estrategia de control tiránica con un objetivo tan simple en apariencia como inhumano en conclusión . Al final, no pretende otra cosa que adaptar cuantos elementos componen la escena a la narrativa que más conviene al manipulador en cuestión.

Rebecca bufó como si no pudiera estar más de acuerdo.

—No me cabe la menor duda de que los Haverford y sus amiguitas, Verity y Primrose, llevan años repitiéndome que Nile era un mero capricho para sentirse mejor consigo mismas. De este modo, yo no soy una víctima, sino una estúpida caprichosa e incluso la villana... —Se mordió el labio al repetir el comentario para sus adentros. Lo encontró tan personal e inadecuado para conversar con su pretendiente que se disculpó con la mirada—. Quizá no debería aludir a historias pasadas en su presencia.

Cassius correspondió su mirada vulnerable con unos ojos dorados que parecían encerrar la sabiduría de diez bibliotecas de Alejandría. Como todo lo que era sabio, era también nostálgico.

—No hay nada más presente en nosotros que nuestro pasado, señorita Wargrave.

Sarah Reeves le había advertido que mantener la mirada de un hombre durante más tiempo del establecido por el decoro podía considerarse una coquetería escandalosa, pero Rebecca no encontró el valor de apartársela. Por primera vez desde que había llegado al mundo, sintió que alguien la comprendía, que no la juzgaba, y eso trajo consigo un alivio capaz de insuflar vida a su corazón marchito, de inspirar su renacimiento.

—Ni siquiera mi hermano mayor ha tratado de apaciguarme nunca con una filosofía compasiva —se sorprendió confesando con un hilo de voz—. Es más; no olvido que Harding se hartó no hace demasiado de lidiar con mi eterno sufrimiento, llegando a emprender acciones egoístas para sacarme del pozo de la amargura.

—¿Se refiere usted a su amistad con el marqués de Haverford? —tanteó con la cautela que exigía el asunto.

—Y a su matrimonio con la señorita Burton. Harding ha insinuado y luego proclamado a viva voz, sin ápice de vergüenza, que, en gran medida, obró de este modo por mi bien... y no puedo negar que trago con menor dificultad a mi cuñada desde que lo es. Pero jamás podré perdonárselo, ¿sabe?

El corazón se le encogió nada más admitir en voz alta lo que no se había atrevido a decir ni siquiera ante sí misma. Cassius debió notar en su gesto de rodearse la garganta con aire desvalido que había realizado una confesión de importancia soberana, porque dijo:

—¿Qué desea que haga con su verdad, señorita Wargrave? ¿Quiere que le ofrezca un consejo?, ¿que le aporte mi perspectiva de la situación? ¿Quiere que solo calle y la escuche?

Rebecca intercambió con él una mirada sin reservas.

—¿Estaría dispuesto a hacer todo lo que menciona?

—Sí.

Un alivio aún más profundo que el que había experimentado minutos antes la cazó desprevenida. La embargó la culpabilidad al recordar que llevaba días investigando su pasado romántico, pero impidió que esto la coartara y le dirigió la primera sonrisa sincera desde solo Dios sabía cuándo.

—¿Por qué es tan amable y compasivo conmigo, señor Strickland? —se animó a preguntarle —. ¿Será que usted ha librado sus propias guerras y es más consciente que nadie de lo que un simple acto de empatía puede llegar a significar para alguien?

Le sorprendió que su iniciativa no estuviese guiada por el propósito de destapar su relación con Edelweiss. Ni siquiera era la curiosidad sana lo que la motivaba. Le estaba tendiendo la mano con la ilusión de devolverle la tranquilidad que él le había brindado al consolarla.

Cassius curvó los labios en esa sonrisa escueta con la que empezaba a familiarizarse.

—Llevo en el mundo unos cuantos más años que usted, señorita Wargrave. Si usted ya acumula experiencias lo bastante dolorosas para aislarse, es de suponer que yo también he pasado fatigas.

—¿Por eso no me juzga?

Cassius sacudió la cabeza.

—No la juzgo porque enjuiciar los sentimientos es una villanía. Lo único criticable son los actos, que es lo que podemos controlar y por eso mismo debe exhibir cierta altura moral.

—Entonces podría criticar que aceptara este cortejo estando aún dolida por un antiguo rechazo. Es una decisión que muchos verían reprobable, cuando no egoísta.

Cassius perdió la mirada en un punto lejano del bosque.

—Si tuviéramos que permanecer confinados hasta que se nos curasen las penas, no viviríamos ni cinco años. Ni cinco minutos. Además de que sostengo que el único tratamiento eficaz para el mal del corazón roto es fingir que a uno no le duele nada hasta que se lo cree.

Rebecca le regaló una sonrisa más o menos jocosa.

—Espero que no esté fingiendo que le intereso para olvidarse de sus propias tristezas, señor Strickland.

—Cassius, si no le parece demasiado informal —la corrigió con gesto afable—. En mi opinión, señorita Wargrave, el fingimiento debe de estar enfocado al estado de ánimo en todos los casos. Por ejemplo, aun si no estoy de humor para divertirme, actúo como que me he levantado con el pie derecho y acudo a donde soy requerido. Con un poco de suerte, me alegraré de haberme rebelado contra mis demonios y haber asistido. Por otro lado, actuar con falsedad ante terceros, adulterar las intenciones... —Meneó la cabeza—. Eso es algo distinto. Algo imperdonable.

Rebecca se mordió el labio inferior nada más darse por aludida. Se sintió avergonzada por haber invadido los espacios privados del señor Strickland y haber seguido maquinando en la sombra aun después.

En casa le había resultado la mar de sencillo tomar a los protagonistas de su investigación como dos personajes de una pantomima irrelevante, pero ahora que tenía delante en carne y hueso al hombre que había escrito un ruego de amor frustrado, se estremecía de puro desprecio hacia su falta de escrúpulos.

¿Cómo había podido?, se preguntó, horrorizada. Carecía de excusa para justificar su delito, porque podía imaginarse fácilmente cómo habría reaccionado ella misma si alguien se hubiera infiltrado en su dormitorio y hubiese leído sus diarios.

—Para no estar de humor para divertirse, señor Strickland, no solo asiste a numerosas fiestas, sino que las organiza usted mismo —dijo con tal de alejar los remordimientos.

Él le lanzó una mirada cargada de ironía.

—La asombraría descubrir lo poco que me gustan los convites y espectáculos, señorita Wargrave...

—Rebecca —lo invitó con un guiño jovial.

—Rebecca —aceptó él. No llegó a sonreír, pero la luz del agrado hacia su acompañante sosegó la expresión severa que le habían pintado las reflexiones previas—. ¿Le gustaría dar un paseo por los alrededores antes de regresar al picnic? No creo que constituya una violación del decoro considerando que el parque está hoy abarrotado.

Esperó a que ella asintiera antes de acercarle el codo, gentileza que agradeció para sus adentros: cuando un hombre le había extendido una invitación parecida, había coordinado la propuesta verbal con el gesto físico, forzándola consciente o inconscientemente a aceptarlo con tal de no afearle la galantería. A diferencia de como le había sucedido con Robert Landon, entre otros pretendientes que barajó durante la pretemporada anterior en su incesante búsqueda de marido, con el señor Strickland no se sentía obligada a nada.

Era el lado positivo de haber abandonado toda esperanza.

Cuánta ligereza se sentía en la tierra de la resignación. Qué aire tan puro se respiraba.

Rebecca alzó la cabeza hacia su acompañante, que había clavado la vista al frente para sortear los obstáculos naturales en dirección al campo abierto, y llegó a la conclusión de que había aspectos más interesantes acerca del señor Strickland que su pasado o su presente con Edelweiss Day; ámbitos de su vida personal que solo podía conocer a través de él.

Descubrió que le apetecía seguir oyéndolo hablar como había hablado esa tarde, sin tapujos ni atenerse a las convenciones sociales, y le sonrió amistosamente.

—¿Por qué un salón de fiestas, señor Strickland? —inquirió de buen humor—. ¿Por qué no un astillero o la explotación de las minas de carbón del sur? Tengo entendido que son los negocios más prósperos de la actualidad… Aunque claro, quizá por eso mismo, por la proliferación de empresas navieras e industrias metalúrgicas, se decantara por el mundillo del entretenimiento; no iba a encontrar competencia más allá del decadente Almack’s...

Capítulo 10

Sonny había intentado mantener la calma por todos los medios. Se había esforzado por aportar a la conversación de sus acompañantes, incluso si encontraba de lo más soporífero el carácter insincero y totalmente banal de tanta cháchara. Al no lograr seguir el hilo o siquiera hallar la concentración para defender su papel de alivio cómico, se limitó a dar buena cuenta del almuerzo que había preparado su cocinera, la señora Sanderson, mientras él atendía a sus cuitas familiares aupado en la encimera de la cocina.

Pero no importó que su empleada fuera una maestra culinaria, porque cada bocado le supo más amargo que el anterior. Sus ojos se desviaron con cada vez mayor frecuencia al paisaje en el que en un principio habían desaparecido Rebecca y su pretendiente.

Si no le hubiera preocupado defender el honor de la señorita Wargrave, habría interrumpido la charla general para acusar la falta total y absoluta de decoro de aquellos dos. «¡Irse a pasear juntos y sin carabina! ¡Habrase visto!», habría exclamado con voz aguda. Pero dudaba que los Jersey, los Glasford y ni mucho menos los Haverford o los Wargrave hubieran puesto el grito en el cielo: los que no opinaban que Rebecca estaba ya más que echada a perder, no osarían criticar comportamientos que ellos mismos habían reproducido unos años o unos meses antes.

La situación no fue a mejor para él cuando la pareja reapareció en su campo de visión, porque no tuvieron la decencia de regresar al picnic. El señor Strickland retuvo a la pobre muchacha en contra de su voluntad haciéndola dar vueltas y vueltas por el adorable pasaje de olmos en su pleno apogeo primaveral, llegando a arrancar un puñado de flores recién abiertas al mundo para regalarle un modesto ramo. Hasta tuvo el descaro de colocar una fragante violeta en la curvatura de su oreja, gesto que lady Glasford alabó desde su posición de cotilla con la voz impregnada de ternura.

Sonny cambió de postura quince veces sobre el mantel. Debió hacer acopio de un autocontrol por el que no era especialmente famoso para no gruñir por lo bajo como un perro enfermo de rabia. Llegado cierto punto, no le quedó otro remedio que aferrarse con desespero al tictac del reloj de bolsillo que el conde de Glasford cargaba consigo y consultaba a cada tanto con ansia de retirarse a sus aposentos.

Ni siquiera era consciente de que Harding le lanzaba miradas inquisitivas que confirmaban la excentricidad de su comportamiento, ni de que lady Jersey se esforzaba por distraerlo redirigiéndole las preguntas generales y hasta tocándolo de forma indiscreta en cuanto su marido se distraía.

El atardecer estaba desdibujando el horizonte urbano con sus fastuosos naranjas y amarillos cuando por fin se vio relevado de su obligación de disimular. Sonny se levantó como si llevara toda una vida esperando aquel momento, y a Dios dio gracias porque Strickland tuviera la decencia de separarse de Rebecca también, aunque solo fuera porque cada uno regresaría a casa en un carruaje distinto.

Pero antes de mandar llamar a su coche, el atrevido besó los dedos enguantados de la señorita Wargrave y la ayudó a ascender el escalón hacia el interior de su landó.

Sonny observó la escena en la distancia con el cuerpo tan en tensión que pensó que estallaría igual que un recipiente con agua congelada. Había acudido al dichoso picnic con la esperanza de intercambiar unas palabras con ella, aunque fueran un puñado de cortesías envenenadas de las suyas, y Strickland no solo le había arrebatado la oportunidad, sino que para colmo había tenido

que soportar durante horas la proximidad del condenado Nile Inglefeild.

No sabía quién odiaba más al marqués, si ella por el menosprecio al que la sometió en su día o él porque hubiera rechazado la mayor de las gracias divinas: no ya el amor, sino la admiración de Rebecca. Le había resultado insoportable oír su voz, tener que reconocer el espacio que ocupaba por culpa de la precisión de la vista periférica; ver cómo Harding le reía las gracias cuando solo unos días antes su hermana había proclamado pasivamente que, a causa de sus simpatías, ahora le reservaba con mucho cariño un sinnúmero de rencores asfixiantes.

Para cuando el carruaje de los Wargrave desapareció en dirección a la ciudad, Sonny estaba tan furioso que pensó que no le harían falta los puños para matar a Strickland: le bastaría con pronunciar una palabra de odio para que el gas tóxico que rezumara acabase con él en el acto.

Lo alcanzó antes de que pudiera internarse en su propio carruaje, que se había detenido en el mismo punto donde se había despedido de Rebecca. Los Jersey, los Glasford y los Haverford se habían retirado ya, y a esas horas de la tarde ya no había un alma en la extensión natural de Hampstead Heath que pudiese atestiguar el modo en que Sonny Kinross gustaba de resolver los conflictos. Esto le permitió dar rienda suelta a sus bajos instintos agarrándolo por el cuello de la chaqueta por detrás y atrayéndolo hacia sí de un tirón violento.

Cassius abrió la boca y levantó el brazo en una acertada posición defensiva que, en su rol de maestro púgil, le habría aplaudido, mas no en ese momento. El susodicho renunció a arrearle una tunda al atrevido y hasta se relajó de un modo ofensivo al reconocer el rostro de Sonny.

—Ah, Kinross —dijo, como si fuera habitual que se saludaran en esos términos.

—¿A qué diablos estás jugando? —le espetó entre dientes. Le había soltado la parte trasera de la prenda para sacudirlo por la estúpida chalina oscura.

Todo lo relacionado con Strickland era estúpido esa tarde.

—¿Qué quiere decir? —replicó con un parpadeo—. A nada que no hubiéramos acordado.

Sonny tiró de él para hablarle a un palmo de la cara.

—No te hagas el inocentón conmigo, Strickland —le advirtió con una sonrisa amenazadora y ojos de loco—, porque venimos sabiendo desde hace tiempo que yo soy muy listo, y ahora está quedando muy claro que tú eres un listillo.

Cassius posó la vista en cada una de sus facciones, como si pretendiera retratar más tarde la viva imagen de la ira capital. Solo que no tenía vocación artística y sí un carácter muy prudente; con toda seguridad estaría valorando la magnitud del daño para decidir el curso de acción.

—Me dijo usted que pretendiera a la señorita Wargrave, ¿no es así? Que se haya replanteado sus objetivos para acabar concluyendo que no está haciendo lo correcto y quiere ponerle fin es una cosa, y que yo haya infringido nuestro acuerdo es otra muy distinta. Una que no puede reprocharme...

—¡Por supuesto que lo has infringido! —le interrumpió a voces—. ¡Te expresé con claridad que tenías prohibido acapararla cuando yo estuviera presente!

Cassius apartó la mano de Sonny con cuidado de no ser brusco y esperó a haberse arreglado la corbatilla para mirarlo a través de las pestañas.

—Y no pretendía acapararla, pero ella no ha querido separarse de mí —respondió con sencillez.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Sonny como la espada Excalibur.

Nadie salvo Rebecca, legítima dueña, reina de Camelot, podría arrancarla de allí.

—Qué diablos estás insinuando —masculló él, sin emplear siquiera el tono interrogativo. Sonó simple y llanamente conminatorio—. ¿Que te ama? ¿Que la has conquistado con una salida a Hyde Park y un paseo por Hampstead Heath? No me hagas reír.

—No me atrevería a atribuirme tamaños méritos, pero es un hecho que la señorita Wargrave no se sentía cómoda en presencia de los Haverford y no me pareció correcto quedarme de brazos cruzados sabiendo que ella sería capaz de aislarse toda la tarde. Le concedí unos minutos de cortesía para que fuera usted quien saliera en pos de la dama —añadió, mirándolo con una intencionalidad de la que solo él mismo estaba al tanto—, pero en vista de que no reaccionaba, decidí tomar cartas en el asunto.

—¡Vete al maldito infierno! —siseó, de nuevo a un palmo de su cara. Le clavó el dedo en el pecho—. No me vas a convencer de que un tipo que se las apaña para traer al ballet ruso a Inglaterra escribiendo una carta de dos párrafos no puede encontrar el modo de persuadir a una mujer mediante la palabra de regresar a un picnic.

—Ah, pero la señorita Wargrave no es solo «una mujer». Es lo bastante inteligente como para haber deducido mis intenciones si las hubiera manifestado abiertamente...

—¡No tienes que decirme cómo es Rebecca! —vociferó—. ¡La conozco mejor que a las líneas de mi mano!

—Y, sin embargo, es usted el primero en tomarla por necia, o ya habría pedido su mano sin enrevesadas maquinaciones como la que nos ha traído hasta aquí.

Sonny apretó los labios y los puños para contener un exabrupto y algo mucho peor, como un puñetazo que diera de qué hablar a la Reina del Chisme cuando se topara con un Cassius Strickland al que le habían borrado media cara.

—No es tan sencillo —farfulló, aun así, con la cabeza gacha—. Ella me... Ella me odia ahora mismo, no podría... Primero tengo que demostrarle que puede confiar en mí, que la ayudaría en cualquiera que fuese su empeño; que admiro su tesón y su sensibilidad incondicionalmente, y... Y yo todavía no sé si soy digno. No sé si podría, algún día, convertirme en un buen marido, yo...

El suspiro casi compasivo de Strickland cortó sus balbuceos impotentes.

—¿Siquiera sabe usted lo que quiere, Kinross? —le preguntó sin tapujos, en lo absoluto ruborizado por plantear una cuestión tan personal en una conversación masculina—. Porque debería haber decidido qué espera obtener de todo esto antes de tomarse tantas molestias. No lo digo por mí, vaya a pensarse; encuentro mucho más que vivificante la compañía de la señorita Wargrave. Este acercamiento no me pesa. Lo digo por usted.

—¿Por mí? —repitió.

—Así es. Veo más que loable que la dama se encariñe conmigo en este proceso, y le confieso aquí y ahora no me disgusta la idea de corresponderla. Aún no estoy seguro al cien por ciento, señor Kinross; me gustaría conocerla en mayor profundidad antes de lanzarme a un compromiso, pero puede que la farsa deje de serlo y me plantee cortejar a la señorita muy en serio. Por eso no me quedaría otro remedio salvo apiadarme de usted.

Sonny sintió que la tierra se abría bajo sus pies, pero mucho antes de permitir que lo enterrasen vivo, se agarraría con las uñas afiladas a Strickland para arrastrarlo consigo.

Le dirigió una sonrisa vacía que habría estremecido a un hombre más impresionable.

—¿Y por qué no se apiada mejor de usted mismo, que es quien se presenta periódicamente en la puerta de mi casa, arrastrándose como un gusano, para que le ponga en contacto con mis mejores hombres? Le recuerdo, Strickland, que tengo su felicidad aquí —se señaló la palma de la mano—, y que igual que me he prestado a conseguírsela a cambio de este pequeño favor con Rebecca —la cerró en un puño de golpe—, puedo revocársela y condenarlo de por vida en un instante.

Cassius escuchó su amenaza con gesto impasible.

—Es de una ingenuidad sonrojante que asuma que la felicidad es un camino único, Kinross.

He recurrido a usted un par de veces porque he insistido en perseguir una determinada estela creyendo que era la única, pero igual que he entretenido mi obsesión durante años, puedo renunciar a ella y buscar estímulos más agradables... como la señorita Wargrave.

El simple hecho de que se pusiera su apellido en la boca hizo que le quemara la sangre.

Tuvo que sacar la artillería pesada.

—Si no continúa cumpliendo nuestro trato ateniéndose a las estrictas indicaciones que le di, o, lo que es peor: si se atreve a soñar con algo más que el falso cortejo de Rebecca, no dudaré en contarle lo que esconde de principio a fin.

Cassius se concedió el raro capricho de una sonrisa de oreja a oreja.

—Pensaba que eso ya lo estaba haciendo infiltrándose en mi despacho durante el espectáculo de baile, Kinross. —La sonrisa desapareció igual que había aparecido, sumiendo su rostro en una penumbra escalofriante—. Le sugiero que renueve sus amenazas para que al menos me tiente sopesar sus consecuencias.

—Entonces has hecho todo esto, retener a Rebecca, enamorarla con tu fachada, por habernos inmiscuido en tu vida secreta; por haber involucrado rumores perjudiciales que yo y nadie más puse en la boca de Glasford y Welles. Por venganza —comprendió en un murmullo—. Y tú tratando de disfrazarlo de romanticismo y caballerosidad...

Cassius no dio muestras de hallarse preocupado porque le tomaran por un genio del mal.

—Si no supiera matar dos pájaros de un tiro no tendría éxito en los negocios, Kinross. Y lo mismo digo en relación a mi perspicacia: ¿qué habría sido de mí si no supiera detectar la reciente presencia de una dama en el modo en que su perfume dulzón altera los aromas de mi madriguera?

—¿Por eso has sabido que nos infiltramos?

—Por eso y porque recuerdo con exactitud dónde y en qué posición guardo los documentos importantes. Créame; no es de la señorita Wargrave de quien querría vengarme, que no solo es inocente de todo, sino absolutamente deliciosa. Por eso le sugiero que no me provoque —añadió en tono de ultratumba. Esta vez fue él quien transgredió los límites de su espacio vital para intimidarlo—, porque bien sabe que tengo recursos sobrados para enfrentarme a usted, y con una muy notable posibilidad de victoria. No os metáis ninguno de los dos en mis asuntos, Kinross. Es mi última palabra.

Sonny no solo no se achantó, sino que permaneció regio y seguro en el sitio.

—Mucho me temo que llevo años metido en tus asuntos, Strickland... o, al menos, mi padre, que es quien te ha proporcionado datos que no habrías descubierto de ningún otro modo y quien te puso en contacto con los detectives. Y déjame decirte que tú bien puedes tener tus recursos, pero yo también los míos. Y mis recursos me permitirían encontrar lo que tú tanto buscas para hacer exactamente lo mismo que a ti se te ocurriera hacer con Rebecca. Si es conquistarla, conquistarla. Si es seducirla, seducirla. Si es casarme con ella... —lo dejó al aire un delirante segundo— casarme con ella.

Cassius palideció como palidecía siempre que se mencionaba de forma explícita o de soslayo la razón de que llevara diez años desvelado.

—Mi *cariad*[2] no miraría dos veces en su dirección —respondió con desprecio.

Sonny le sonrió, encantador.

—Los dos sabemos que eso no es cierto. Soy la clase de hombre al que se mira cada vez que entra en una habitación. Me basta con hacerlo en una ocasión para que las mujeres se aprendan mi nombre; dos para que sueñen conmigo esa noche; tres para que se propongan no volver a dejarme escapar. Además: si sé que se pirra por los hombres como tú, y que Dios la ayude en tal

caso, ya tendría una referencia en la que inspirarme para ponerla a comer de mi mano.

Cassius inclinó su cuerpo casi en un ángulo de cuarenta y cinco grados para arremeter contra Sonny, pero en el último momento se lo pensó mejor. Dudó que fuera porque hubiese recordado que su oponente era imbatible en los combates cuerpo a cuerpo. Más bien había recobrado el sentido común a tiempo. A Sonny le gustaba hacer negocios con tipos lo bastante fríos para saber lo que les convenía, incluso si a esos tipos fríos les movía la misma clase de amor pasional que echaba a perder la razón humana.

Se arriesgó a darle una palmadita condescendiente en el hombro.

—Tú quieres a una mujer y yo quiero a otra. Tú puedes conseguirme a la mía y yo puedo conseguirte a la tuya. No hay necesidad de celebrar un intercambio de pareja; sería una forma absurda de complicar la situación. Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo?

Cassius no le contradijo, pero le sostuvo la mirada durante un buen rato, desafiante.

—Le daré un consejo en relación a algo que ha dicho hace unos minutos, Kinross. Uno no «se convierte» en un buen marido —le dijo al cabo de largos y tensos segundos—, como tampoco es uno mismo quien se autoproclama como tal. Es la esposa la que decide si su cónyuge merece el adjetivo, y solo cuando ha acumulado suficiente experiencia conyugal para dictaminarlo con seguridad. ¿Sabe cuál es la primera condición que ha de darse para que esto sea posible? Que se celebre una boda.

Sonny desestimó su insinuación —¿o su consejo? ¿O su advertencia?— con un aspaviento aburrido, aun habiéndosele formado un nudo de impotencia en el estómago. En el camino hacia el carruaje sintió la presión de los ojos dorados de Strickland, esa muralla impenetrable tras la que Troya podría arder de por vida.

Era consciente de que no le convenía granjearse un enemigo de su talla, y no solo porque fuese rico e influyente con independencia de los rumores que Sonny hubiera divulgado falaciosa e intencionadamente para atraer a Rebecca a sus costas, sino porque le parecía de cajón que dos empresarios del mundo del entretenimiento —uno hecho a sí mismo y otro de segunda generación, pero en cualquier caso ambos ricos mirados con recelo por la *ton* londinense— debían hacer buenas migas. El mundo aristocrático esperaba frotándose las manos una oportunidad de oro para desterrarlos de su ensoñado edén; así pues, debían mantenerse unidos y proteger sus intereses mutuos.

Pero poco importaría —poco estaba importando ya— su filosofía de negocio y su deseo humano de forjar alianzas para combatir la soledad si el rubio miserable jugaba con Rebecca. Cierto era que la historia la había empezado Sonny, pero se autoconvencía a diario de que su objetivo no era malintencionado. Y aunque pudiera parecérselo a la involucrada en un momento dado —por supuesto, solo si lo averiguaba, cosa que evitaría en la medida de lo posible—, Sonny contaba con que se lo perdonaría como su amigo Harding le había disculpado tejemanejes similares a su ahora esposa.

Pensó en ellos en el camino de regreso a Londres.

Cansado de no poder penetrar el muro que Rebecca había erigido para repelerlo, Sonny se había inspirado en la historia de amor y manipulación de los Wargrave, creyendo que una trampa parecida la ayudaría a ver que él no era el canalla por el que le tomaba y que en el fondo siempre había pretendido venerarla como se merecía. A raíz de esta reflexión solo se le había ocurrido el plan que ya estaba poniendo en práctica: presentarse como un heroico aliado de sus intereses ayudándola a investigar a un pretendiente muy cuestionable y, en última instancia, a deshacerse de él.

A lo mejor era una rematada estupidez, pero por el momento le estaba garantizando tiempo a

solas con ella. No lo estaba aprovechando siendo el hombre más encantador del mundo, eso era cierto. Tendría que esforzarse algo más en los próximos encuentros. Aunque ¿cómo debía mostrarse sin sacrificar la esencia que le hacía único, que le hacía él? ¿Más educado? ¿Más romántico? ¿Más seductor? Eso dependía de su verdadero objetivo, el que quiera que hubiese detrás del logro de que Rebecca dejara de despreciarle.

Cómo no, Strickland tenía razón al señalar que Sonny aún no lo había desentrañado.

«No pretendía acapararla», había dicho también. «Pero ella no ha querido separarse de mí».

«Veo más que loable que la dama se encariñe conmigo en este proceso», repitió Cassius en su de por sí trastornada cabeza. Sonny cambió de postura entre los almohadones del lujoso landó y, con la mandíbula desencajada por la contrariedad, consultó en qué altura de la ruta de regreso se encontraban.

Strickland le había robado preciadas horas con Rebecca, y no solo eso, sino que le había aventajado atribuyéndose la medalla de salvador haciéndola reír y acariciándole el pelo. No estaría en paz hasta situarse a la misma altura que el pretendiente.

O, más bien, hasta haberse asegurado de que la joven no se había enamorado de él.

—¡George! —le gritó al cochero—. ¡Cambio de rumbo! ¡Vamos a Mayfair!

—¿A estas horas, señor Kinross? —le replicó, como siempre le replicaban todos y cada uno de sus criados, igual que si de un chiquillo rebelde se tratara. Su padre, Robert, los había entrenado de tal manera que solo respondieran ante él, nunca ante su hijo. Ni siquiera ahora que tenía una vivienda propia—. Son las seis y media. El horario de visita concluyó hace más de una hora.

—Concretamente al número veintisiete de Mayfair —especificó, ignorando sus quejas.

—Usted sabrá —se resignó George.

Aquella era la coletilla con la que suspiraba al aire la totalidad de la plantilla. Incluido Robert Kinross, que no formaba parte del servicio pero era quien había puesto de moda exigir al cosmos una compensación moral por lo exasperante que su primogénito podía llegar a ser.

Llegaron al barrio residencial unos minutos más tarde. George intentó persuadirlo de prorrumpir sin invitación en una casa elegante a horas intempestivas, pero fue en vano. Sonny cerró la portezuela del carruaje de un golpe y saltó de dos en dos las escaleras hasta el porche de la mansión neoclásica. Harding la había adquirido recientemente con las ganancias de toda una vida administrando las tierras de su padre.

Inspiró hondo para relajarse antes de que las ganas le convencieran con su insidiosa insistencia de emprenderla a golpes impacientes con la puerta principal.

En su lugar tocó una sola vez y esperó con las manos entrelazadas en la espalda.

El joven mayordomo aún se estaba haciendo a la nueva casa y a su nuevo patrón, como advertía la falta de soltura con la que se enfrentó a un visitante imprevisto.

Lejos de apiadarse de él, Sonny se aprovechó de su vacilación para internarse en el rellano.

—Soy el señor Kinross. La señorita Wargrave me está esperando —anunció antes de echar a andar por el pasillo—. Solo que ella aún lo sabe —añadió cuando ya no podría alcanzarlo.

—¡Pero...! ¡Se... señor...! Oh, Dios, ¡me van a despedir! —le pareció que balbuceaba cuando ya había abierto la tercera puerta en busca del saloncito donde le constaba que Rebecca pasaba la hora previa a la cena.

Conocía las rutinas de la muchacha al dedillo: las que había aprendido en la escuela de señoritas, allí, en Canterbury; las modificaciones que esta sufría cuando se hospedaba en Mabry’s Place, en Eaton Square; a las que llevaba tratando de hacerse desde que compartía techo con su cuñada. Estaba familiarizado incluso con las que adoraba repetir cuando su padre aún no

se había casado por segunda vez y juntos hacían de la ahora inhóspita Wargrave House un hogar encantador.

Por eso la encontró justo donde pensó que estaría: no en el salón principal, porque no le gustaba que el eco atronador propio de una estancia amplia le recordara su soledad. No en su dormitorio, porque sentía que el techo se le caería encima encerrada con sus pensamientos. Y no lo sabía porque ella se lo hubiera contado, sino porque había visto la mueca que se le escapaba cuando oía la intensidad especial del tintineo de la cucharilla del té, señal de que no había conversaciones agitadas a su alrededor; el crujido de sus huesos durante un estiramiento rápido o el suspiro autoprovocado, más por melancolía que aburrimiento. Rebecca prefería resguardarse en una habitación igual de equipada, a poder ser con un papel de pared alegre —azul, verde, rosa — y al que llegaran los ruidos de la calle, de los que podía fingir formar parte mientras se masajeaba los pies doloridos por un estilo de zapatos creado para torturar sus dedos egipcios.

La salita donde la encontró tenía las paredes estampadas de flores de loto celestes, sillones de terciopelo color zafiro y una mayoría de mobiliario blanco con tiradores dorados.

La ventana daba a Mayfair, por donde en ese momento pasaba una calesa descapotada.

Sonny no cruzó el umbral enseguida, porque antes que la calesa o los zócalos, antes que sus pies descalzos, vio a Rebecca erguida ante un gran espejo enmarcado con un estilo barroco. La había cazado en plena ensoñación romántica, canturreando por lo bajo las notas de una hermosa melodía y contemplando el favorecedor contraste de la violeta que aún decoraba su oreja con el rubio vibrante de su pelo, ahora suelto.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que, igual que acudieron raudas, acuciadas por el terror de haber actuado demasiado tarde, se le helaron en las cuencas por el mismo motivo. Un sudor gélido le corrió por la espalda, llegando a inmovilizarle la columna.

Rebecca seguía sin percatarse de su llegada, o de lo contrario habría borrado la cálida sonrisa de los labios.

«No, no, no, no, no. Otra vez no. Otra vez no», era el único pensamiento coherente que podía formular su mente. Si hubiese logrado mirarlo con racionalidad, se habría espantado de la intensidad de un sentimiento al que nunca había pretendido dar cuerda. «Dime que no te has enamorado de otro de nuevo. Dime que al menos ahora no llego demasiado tarde».

Capítulo 11

Sonny se obligó a tragar saliva y forzar una sonrisa en la que cualquiera de sus conocidos habría percibido una anormalidad preocupante; incluso un síntoma de apoplejía. No así Rebecca, que, cuando se giró hacia él con sorpresa, lo miró como la miraba la mayoría de las veces: como si quisiera ver la pared ubicada a su espalda y su cuerpo estuviese en medio.

Lejos de avergonzarse por haber sido pillada jugando con la violeta de Strickland, la mantuvo atrapada tras la oreja haciéndola girar a la vez entre los dedos.

—¿Qué haces aquí? —se extrañó—. ¿Harding te ha invitado a cenar?

No detectar en su voz un ápice de desdén o irritación por la inesperada visita no hizo sino empeorar la corazonada que le tenía con el jesús en la boca. Estaba todavía tan dichosa por la tarde compartida con Cassius que ni la presencia de Sonny podía eclipsarla.

—No —respondió él, adentrándose en el salón. Tuvo que esconder las manos a la espalda para que no notara que le temblaban—, pero podrías invitarme tú, ya que lo mencionas. Así cumplimos con el programa habitual; por ahora no has recibido tu tortuosa dosis diaria de Sonny Kinross. Estamos a tiempo de arreglarlo. Todavía no ha concluido el día.

Rebecca devolvió la vista a su reflejo y se observó de perfil para averiguar en qué posición quedaba mejor la flor, si sobre la oreja derecha o en la inmediatamente contraria.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si no la recibiera? —preguntó sin verdadero interés en la conversación—. ¿Que esta noche durmiese a pierna suelta y mañana amaneciera con el cutis liso y resplandeciente? A lo mejor hasta me levantaría con la cabeza tan despejada que podría componer un poema legendario.

—Desde luego pareces de humor para componer poemas, aunque serías la primera poetisa que se inspira en un hombre con una doble vida y un posible diagnóstico de sífilis —espetó con impaciencia.

Estaba ansioso por romper el hechizo que Strickland había entretejido alrededor de ella.

No debería haber subestimado el encanto personal del empresario.

Había mujeres que encontraban deseables a los hombres mortalmente aburridos.

Rebecca tardó en salir de su ensoñación, pero terminó frunciéndole el ceño a través del espejo. Sonny se había posicionado a su espalda, a dos pasos de distancia.

—¿De qué estás hablando?

—De esto.

Sin más rodeos, le quitó la flor del pelo y la sostuvo entre el índice y el pulgar delante de sus narices.

Rebecca reaccionó como si le hubiera arrancado de los brazos a su recién nacido en pleno acto de amamantamiento. Luchó para que se la devolviera.

Él evitó que la recuperase levantándola por encima de sus cabezas, a dos metros del suelo.

—¿Ya te has olvidado de Edelweiss Day, Becks? Parece mentira, viniendo de ti. Habría jurado que llevabas siempre contigo una libretilla para apuntar cada uno de los menosprecios que recibes, no vaya a ser que se te olvide infligir luego un castigo a los atrevidos que te los dirigen.

—¿Qué menosprecios habría de escribir bajo el nombre de Cassius Strickland, si se puede saber?

—¿Te parece poco que tenga la osadía de pretenderte pensando en otra?

—¡Nada nos asegura que piense en ella como su futuro —exclamó, manoteando en el aire—,

y no como un simple amor abortado que aún le llena de nostalgia! ¡Si en el pasado mantuvo una relación carnal o amorosa con la señorita Day, no es asunto mío!

—¿Ni siquiera si la siguiese manteniendo? ¿Algo que, por cierto, todavía no sabes, y que se debe en gran medida a que él no te lo diría mientras perjudicara sus enigmáticos intereses?

Rebecca dejó de pelear contra la determinación de Sonny —y contra los límites de la física— para alcanzar su adorada violeta. Se cruzó de brazos con el gesto torcido y lo miró más perpleja que furiosa, como si no pudiera entender por qué le arruinaría la ilusión.

Sonny se odió por ser, una vez más, el caballo de Atila de su cuento perfecto. Ella estaba feliz hasta que él había llegado. Parecía que, ahí por donde pasaba, no crecían las flores.

A veces se preguntaba por qué no podía simplemente dejarla en paz, como tan a menudo le había exigido y hasta suplicado.

«¡Porque no!», rugió una poderosa voz interior.

—Yo apenas acabo de aparecer en escena —se justificó, en sus trece—, y, según leí... Según leímos ambos —recalcó con retintín—, la señorita Day ya no quiere saber nada de él.

—Y eso es a lo que aspiras ahora: a un tipo al que no quieren ni las bailarinas, que todos sabemos que ocupan el último de los escalafones sociales por ser muy ligeritas de cascos y se refugiarían bajo el ala de un hombre rico incluso si estuviese momificado. —Sonny extendió los brazos con una sonrisa de oreja a oreja, fría como un témpano de hielo—. ¡Enhorabuena por tu futura boda con un hombre que irá en busca de otra mujer momentos antes del casamiento para decirle que lo dejará todo si ella se lo pide!

—Estás exagerando —masculló Rebecca, e iba a continuar con sus acusaciones cuando decidió que no tenía caso. Sacudió la cabeza para enfrentarse a un alterado señor Kinross con otra actitud. Una sorprendentemente conciliadora—. Los asuntos del corazón no son tan sencillos como los planteas, ¿sabes, Sonny? —Él contuvo el aliento, como cada vez que pronunciaba su nombre—. Que aún nos aflijan nuestros viejos fracasos, que aún escribamos cartas en las que nos desgarramos por amor, no significa que el afecto todavía perdure, intacto en su pureza original..., y ni mucho menos que deseáramos regresar al lado de quien nos ocasionó el daño.

—¿Y qué significa, entonces?

—Que la herida duele. —Se encogió de hombros—. Nada más que eso.

Un chispazo de esperanza prendió los ánimos apagados de Sonny, que abandonó toda prudencia, si es que alguna vez se había dignado a ponerla en práctica, para preguntar:

—¿A esta conclusión has llegado después de coincidir con Haverford?

La sola idea de que pudiera haberse curado de su enfermiza fascinación con el hombre más mediocre que hubiera conocido le aceleró el pulso. Estuvo a punto de abrazarla a pesar de que la respuesta de Rebecca fuese un vistazo fulminante.

—Eso no es algo que vaya a poner en común contigo.

—Pero lo has puesto en común con Strickland.

La mirada de la joven se desvió a la violeta que aún sostenía.

—Así es —murmuró con una vaga sonrisa, y alargó los dedos para acariciar sus suaves pétalos—. Lo que me recuerda —prosiguió en cuanto se recompuso del ataque de debilidad. Lo miró a los ojos— que ya no estoy dispuesta seguir entrometiéndome en su pasado, menos ahora que sospecho que fue infeliz. Temo perderme el respeto a mí misma sacrificando todo escrúpulo para convertirme en una miserable fisgona.

El alma se le cayó a los pies por segunda vez en el día. Tenía la primera puñalada tan reciente que le ardió en el pecho como si hubieran vertido sal en una herida: «No pretendía acapararla, pero ella no ha querido separarse de mí», había dicho Cassius.

«De ti, en cambio, siempre está ansiosa por alejarse», se regodeó la autodestructiva voz interior.

—¿En serio? —se oyó contestar con una mezcla de incredulidad y desdén. Arrojó la violeta al suelo, pero Rebecca mantuvo la mirada en la lóbrega expresión de Sonny—. ¿Un simple paseíto por el parque, una flor y una caricia envenenadas, y ya no te importa si Strickland pretende endilgarte la crianza de un bastardo en cuanto volváis de la luna de miel?

Rebecca tragó saliva.

—Claro que me importa —murmuró con las manos unidas en el regazo—. Es decir; no me es por completo indiferente, pero también es cierto que no me inquieta desde que he decidido brindarle mi confianza. En cualquier caso, creo que sería preferible que aprovechara esta nueva (e, intuyo, próspera) amistad para preguntarle sin ambages. Así no corro el riesgo de sabotear el comienzo de una bonita relación.

—Preguntarle sin ambages —repitió, perplejo—. ¿Y crees que te dirá la verdad? ¿Eso piensas que hace un inmigrante de Gales para amasar una riqueza de dudosa procedencia y ningún parangón en cuestión de tres, cuatro años?

Ella frunció el ceño.

—No me parece que su estado financiero guarde relación con su cortejo.

—Y a mí no me parece que las galanterías con las que ha logrado distraerte de un problema de considerable gravedad guarden relación con su verdadera naturaleza. O quizá sí: su facilidad para llevarte a su terreno indica que está curtido en el arte de tergiversación.

—Te dije que no intentaras manipularme —le recordó con la mandíbula desencajada.

—Y ahora veo que es porque ya estás ocupada dejándote manipular por Strickland. No hay sitio para otro más.

—¡No es así! —le espetó, harta de acusaciones—. ¡No voy a seguir prestándome a continuar esta conversación! ¡Solo olvídate de nuestra infame investigación, y, ya de paso, olvídate de mí también!

Aprovechó que Sonny se quedaba frío en el sitio para agacharse en un visto y visto y recoger la violeta que acabaría apareciendo en sus pesadillas. Rebecca todavía tenía la frente arrugada y le temblaban las manos cuando intentó volver a encajar la flor en su sitio, el hueco tras la delicada curvatura de la oreja.

El forcejeo y posterior aterrizaje había alterado la corola, suave como la seda.

—No es la primera vez que me lo exiges —señaló Sonny en tono aséptico, inmóvil en el sitio —. Que te olvide.

—¡No, no lo es! ¡Y no debería haber tenido que repetirlo hasta la saciedad!

—De hecho, en la velada de apertura de la temporada me dijiste que te olvidara; que «lo decías de corazón» —prosiguió, ignorando su berrido desesperado. Hizo una pausa para no atragantarse con las palabras, que solían darle esquinazo, resistírsele, burlarse de él, cuando ansiaba sincerarse. Caminó hacia ella despacio, aprovechando que estaba de espaldas y no podría oponerse a que la acorralase por detrás—, pero ¿lo decías de mente? ¿Lo decías de espíritu? Lo dijo tu boca, pero ¿lo decían tus ojos?

Rebecca viró sobre los talones para mirarlo directamente a la cara.

—Dímelo tú —lo retó con cansancio—. ¿Lo dicen?

Sonny se humedeció el borde del labio superior con la punta de la lengua, un movimiento que descompensó momentáneamente la férrea determinación de la joven. Alargó los nudillos a su mejilla sonrosada por la discusión y le prodigó una caricia apenas insinuada, como el roce de unos labios indecisos.

—Prefiero pensar que no —reconoció Sonny en voz baja—, porque mi única condición para dejarte en paz es que me lo grite cada fibra de tu ser, desde el primer pelo de tu cabeza hasta tus dedos de los pies. Y no ya para actuar en consecuencia, sino solo para aceptarlo.

Rebecca abrió los ojos más de la cuenta un segundo antes de decidir que no quería que la viera ruborizarse. Se apartó de él agachando la cabeza, y había empezado a frotarse un brazo con impotencia cuando masculló:

—No sé qué pretendes, pero no vas a convencerme con tu labia y tus... turbadores cambios de registro para continuar por la senda del ladrón. No pienso traicionar a Cassius.

—Cassius —repitió con voz hueca—. Al final será verdad que un clavo saca otro clavo.

Rebecca reaccionó como si le hubiera arrojado una acusación imperdonable, pero antes que la ira, fue el asombro lo que asomó a sus ojos, más verdes ahora que estaba sensible.

—¿En serio crees que renuncio a la obtención de la verdad mediante métodos heterodoxos porque me he enamorado de él? ¿Tan ruin es tu opinión sobre mí que piensas que esto es una rara indulgencia mía?, ¿que soy incapaz de hacer lo correcto solo porque no deseo importunar o herir a un hombre bueno?, ¿que he de involucrar sentimientos profundos y egoístas para actuar desde la decencia?

—¿No te has enamorado? —fue lo único que preguntó él, lanzando la pregunta como habría arrojado una retahíla de disparos.

—¡Claro que no, por Dios!

—Ha tenido que suceder algo para que cambies de parecer, porque hace unos días estabas muy segura. ¿Qué es, si no se trata del amor? ¿La desesperación? ¿Tanta prisa tienes por abandonar el estatus de soltera que...?

Rebecca se hartó de su tono acusador y lo calló antes con una mirada en la que cabían todas las fuerzas magnas de la naturaleza que con la respuesta.

—¡Me ha tratado bien, ¿de acuerdo?! —le gritó. Se derrumbó acto seguido, como si proclamar esa verdad le hubiera exigido ceder en sacrificio una parte de sí misma. Se quedó quieta, respirando con dificultad, pero con los hombros hundidos; la barbilla temblando débilmente y los ojos anegados en lágrimas. Sin embargo, lo repitió con un hilo de voz, sin poder disimular el asombro que aún le producía la amabilidad de los extraños—. Me ha... me ha tratado bien.

—Por favor —se obligó a poner los ojos en blanco en cuanto pudo recuperarse de su arrebato, en el fondo acongojado—. Ni que fuera el primer fulano sobre la faz de la Tierra que te seca las lágrimas y te invita a pasear entre los olmos.

Esperó a que Rebecca admitiera que había sido diana de galanterías similares mil veces antes, si no por honrar a la verdad, al menos para proteger su orgullo de una realidad humillante. Pero ella no pudo ni siquiera sostenerle la mirada por culpa de la vergüenza. Se cubrió de nuevo el brazo con la mano, ahí donde se le había puesto la carne de gallina, y alineó la barbilla con el hombro con gesto entristecido.

Sonny no supo qué hacer al verla tan vulnerable.

—Ha visto que me marchaba de forma precipitada y me ha seguido con la caballerosa excusa de devolverme mi pamela cuando, en el fondo, su deseo era proteger mi sensibilidad. No ha sido él quien ha mencionado mis lágrimas; ha esperado a que yo quisiera desahogarme para ofrecerme su sabio consejo y un hombro en el que llorar. Y el hecho de que la señorita Day exista, si bien me llena de curiosidad —confesó, ahora con la barbilla alzada—, no solo no me preocupa ya, Sonny, sino que lo celebro, porque significa que no ha sido gentil conmigo con la finalidad de encandilarme para el matrimonio o, peor, para seducirme en la oscuridad, sino

porque él es así. Y un hombre así es lo que deseo, no, lo que preciso, lo que *necesito* a mi lado. Aunque creas lo contrario —añadió con rencor—, no está en mi naturaleza hacerle daño a quien me ha tratado con cariño.

Sonny reprimió sus impulsos para hablar sosegadamente, y, aun así, sonó tosco.

—Mereces algo mejor que un hombre que te trata con cariño.

—No hay nada mejor que eso. Ni siquiera un hombre al que amo pudo ser mejor que eso —apostilló por lo bajo con tristeza.

Volvió a girarse hacia el espejo para retomar la recién instaurada costumbre de soñar frente a su reflejo, pero no logró atraer los mismos ánimos que tenía antes de la llegada de Sonny.

Él perdió la paciencia y se adelantó por la espalda para arrancarle la violeta de la mano y destrozarla en el encierro de su puño. Acto seguido la arrojó sobre la moqueta, convertida en apenas un gurruño sin perfume, y se limpió la palma en el pantalón.

Rebecca se quedó tan perpleja con su exabrupto que no pudo decir nada.

—¿Y un hombre que te... que te...? —No logró pronunciar la condenada palabra, quizá porque no la había dicho aún ni en la soledad de sus aposentos; ni en la intimidad de su mente. Furioso consigo mismo por cobarde e inútil, acabó tergiversando el significado—. ¿Un hombre para el que eres una condena de obsesión? —le soltó a la desesperada—. ¿No es eso lo mejor de todo a lo que podrías aspirar?

A ella le costó despegar la vista de la violeta destrozada, visión que debía de haberla impactado especialmente por el simbolismo que encerraba. Su mirada revoloteó por la estancia unos segundos más, estirando el silencio, hasta aterrizar, vacilante, en el rostro de un Sonny sobrepasado.

Rebecca pestañeó, ceñuda, como si no entendiera lo que estaba sucediendo, y, a la vez, intimidada por el complot de emociones tiranas que trataban de dominar a su acompañante.

—El deseo no sirve para nada —le dijo con sencillez, incapaz de creer que tuviera que ser ella quien le informara a él de un principio tan básico.

Sonny pudo respirar aliviado.

—Eso lo dices porque aún no has deseado a nadie —murmuró.

No solo se sintió el más afortunado de los hombres, el más libre ahora que le habían retirado un peso insoportable del pecho, porque ella misma hubiera confesado de forma inconsciente no sentir nada por Strickland, sino porque asimismo había revelado no haber experimentado verdadera pasión por Nile.

—Lo digo porque es la razón más absurda por la que una persona tiraría su vida por la borda —replicó a la defensiva. Cada vez más inquieta por la actitud de Sonny, fue retrocediendo sin quitarle la mirada de encima—. He visto a suficientes mujeres sacrificar su honorabilidad, su pureza y su brillante futuro por un capricho momentáneo que podría haberse reprimido con una pizca de sentido común.

—El deseo no es un capricho, Rebecca. Es una revelación —le dijo Sonny en voz baja—; el descubrimiento de que otra forma de vida existe y es la más deseable. Te hace sentir como si hubieras recibido una gracia divina —continuó hasta acorralarla contra la repisa sobre la que colgaba el espejo. La joven lo vigilaba sin pestañear, preocupada por el que fuera su siguiente movimiento—, porque de pronto todos los sabores explotan en tu paladar, el sol brilla mucho más en el cielo, se te limpia el alma de rencores y te deshaces de amor por quienes te rodean. El deseo es un despertar; el primer paso hacia el conocimiento de la virtud.

—¿Eso es lo que has aprendido de tus visitas al burdel? —atinó a tartamudear ella.

Pero Sonny no pudo soportarlo más e improvisó un modo de silenciar su mordacidad: le retiró

el pelo de la cara ahuecándoselo por las sienes, y en lugar de apartar las manos enseguida, las dejó enredadas entre las guedejas de oro viejo de su cabello, en la posición perfecta para que nada importunara el milagroso espectáculo de su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceó ella en tono de alarma. Intentó mirar de reojo a qué profundidad había hundido Sonny los dedos en su melena. Al no serle anatómicamente posible el movimiento ocular, empezó a hiperventilar, más por incomprensión y contrariedad que por miedo.

—Todavía no entiendo cómo es que los hombres te ven la cara y consiguen continuar su rumbo —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Son inmunes al rayo que les ha caído encima o no quieren ser conscientes de que les ha cambiado la vida, porque siguen caminando, siguen rectos. Siguen, a secas. Menos yo... —añadió en voz aún más baja, ido—. Yo aún sigo en el mismo sitio. Impresionado... Torcido.

Rebecca abrió mucho los párpados. En el corazón de sus pupilas hubo un estallido de luz que podría haber sido una revelación, un cortocircuito o un pedido de socorro.

—Kinross —lo llamó ella en tono severo—, no hagas nada raro.

Sonny la calló plantándole un beso corto en los labios entreabiertos, rápido como un chasquido de dedos; tal y como un niño pulsaba la tecla de un piano. La velocidad del atrevimiento la desconcertó tanto que puso los ojos como platos.

A él se le escapó una sonrisa nerviosa, rayana en la clase de histeria que tenía tratamiento médico, y probó a robarle un segundo beso que la aturdió más aún.

—Kinross... —lo intentó de nuevo en tono de advertencia, solo que débilmente.

Sonny continuó su estrategia de ablandarle los labios con besos. No todos dieron en el blanco a la primera, porque Rebecca se revolvió entre sus brazos y le giró la cara balbuceando algo que no eran palabras ni sonidos, un idioma que se estaba inventando ella, como se inventaba su absurda resistencia, por la cabezonería de impedirle ganar. Pero terminó dejándole, no supo si por curiosidad o porque a base de prolongar el tiempo que se recreaba en el contacto con su boca, Sonny había conseguido convencerla de su teoría sobre el deseo.

No sabía cuántos besitos de niño inexperto había vertido ya sobre ella, a lo mejor diez. A lo mejor veinte. En el vigésimo primero abandonó ya toda prudencia. Le cubrió la nuca con una mano y ladeó la cabeza para besarla como Dios había pretendido que la besaran cuando los pusieron a ambos en el mundo. Porque Sonny siempre había pensado, solo en la oscuridad de su habitación o fingiendo reírse alegremente a plena luz del día, que si había coincidido con Rebecca Wargrave en tiempo y espacio habiendo tantos millones de mujeres en el mundo, se debía a que solo estar con ella era el sentido, el destino y la justicia.

Ya la había besado antes, pero había decidido no tenerlo en cuenta por orgullo y en deferencia a la joven: ni Rebecca querría admitir que su primer beso había tenido lugar en un momento tan doloroso, ni él quería aceptar que ni después de haberla besado con pasión había conseguido convencerla de perdonárselo todo.

Ese era el primer beso, pues.

El primero y a lo mejor el último, lo que hizo de su arrebato algo especialmente ardoroso.

En tanto que exploraba los labios tersos de Rebecca, Sonny apretaba más de lo que sujetaba su delicada nuca. Pasando el brazo libre por su espalda, la bloqueó contra su torso de tal manera que ella tuvo que oír el martilleo agitado de su corazón. No le importó delatarse; en el fondo, llevaba toda la vida esperando que Rebecca descubriera lo que él no era capaz de decirse ni a sí mismo por miedo a equivocarse y decepcionarla.

Cuando sintió que ya empezaba a quedarse laxa en el encierro de su abrazo, apartó la mano de

su cuello y deslizó los dedos por la longitud de la melena hasta el punto donde acababa, la estrecha cintura de avispa que apresó como si quisiera imprimir la huela de su brazo. Le dio un suave beso, tan casto y sutil como los que había empleado para desconcertarla, y lo repitió en su barbilla, en la esquina de su mentón y en la garganta que dejaba a la vista.

—Sonny —gimoteó con los ojos cerrados—, te lo... advierto...

—¿El qué me adviertes? —le preguntó con la boca enterrada en su cuello, ahí donde alternaba besos y sugerentes lametones con profundas inspiraciones de perro famélico—. Cristo mío... Quiero que así huelan mis sábanas; así, así, como tú.

Sintió que ella se estremecía y mandaba las manos a cubrir las muñecas masculinas, pero no las empujó hacia abajo ni trató de desasirse; solo las posó allí, débil y temblorosa.

—Si sigues con esto, voy a...

—¿Qué vas a hacer? —la apremió él, ascendiendo de nuevo hacia su rostro. Esta vez se lo preguntó a la comisura de sus labios, tentadoramente cerca de un beso que ella pareció pedir al entreabrirlos.

—Te voy a... Me voy a... Nosotros...

Un jadeo aliviado la interrumpió cuando Sonny volvió a introducir la lengua en su boca. Ella le facilitó el acceso con la discreción de una señorita de su clase, como si no quisiera que se enterara de su disposición, a lo que él soltó una risita estrangulada cuyo eco murió en la garganta de Rebecca.

—Abrázame —le rogó Sonny, estrechándola más aún por la cintura.

Tuvo la precaución de besarla de nuevo para frenar ese impulso natural suyo de hacerle daño a través de la palabra. Ella no solo no luchó por su derecho a denostarlo, sino que le devolvió el contacto con una impaciencia tan halagadora como elocuente. Sonny gruñó en voz alta y ahondó tanto en el beso que pensó que se morirían por falta de aire, que tardarían tanto en apartarse que los encontrarían inconscientes al uno sobre el otro, como a Romeo y Julieta; que al mundo le daría tiempo a destruirse y renacer de sus cenizas. Él no quería irse y parecía que ella tampoco, y estaba tan dispuesto a que pasara lo que Dios quisiera que pasase que el golpe de conciencia lo pilló con la guardia baja.

«Eres igual que tu padre», oyó la voz de su madre, con esa perfecta combinación de afecto y desengaño que le había perseguido toda la vida. «Ya puedo verte echando a perder a una dama respetable, fugándote a Gretna Green con una jovencita con un futuro prometedor por delante; dedicándole las mismas palabras de amor a dos mujeres diferentes... Eres su digno sucesor. Has nacido para tomar, tomar y tomar, sin pedir perdón ni permiso.»

Sonny se apartó de repente, como si hubiera sido Rebecca la que le hubiera sentenciado fríamente. Una reacción que le extrañó a él mismo, porque nunca se había tomado a pecho las premoniciones de lady Hailey, siempre pronunciadas en tono jocoso pero con un fondo de preocupación maternal.

Al menos, eso había pensado hasta que tropezó con la mirada vidriosa de Rebecca.

Verle el cuello enrojecido por las atenciones de la áspera lengua, la boca hinchada por la presión de su insaciabilidad, despertó en él un instinto sexual bestial a la par que una vergüenza paralizante.

«Ya puedo verte echando a perder a una dama respetable».

«Has nacido para tomar, tomar y tomar, sin pedir perdón ni permiso».

Y, por último, la voz de Rebecca.

«Kinross, no hagas nada raro».

Sonny tuvo dificultad para tragar saliva mientras retrocedía rascándose compulsivamente la

cabeza. Ella no osó moverse o pestañear, de seguro más atormentada por lo que había sido capaz de hacer que por lo que le habían hecho. Sintió la ferviente necesidad de arrodillarse y rogar su absolución; decir en voz alta, por si su madre además de Rebecca podían escucharle, que él no era así, no era así, no era así.

Él no era su padre.

Pero bastó con que separara los labios para reparar en que no estaba en condiciones de hablar.

Solo de huir.

Salió de la salita sin decir nada y se precipitó por el pasillo hacia el recibidor. Quiso la casualidad que en ese tracto coincidiera con Harding y Verity, que bajaban juntos las escaleras enfrascados en una conversación.

—Sigo pensando que dejarla sola reflexionando no era la mejor idea después del encontronazo de esta tarde —decía el señor Wargrave—, pero supongo que tengo que aprender a tomar tus consejos de vez en cuando...

—¡Sonny! —lo interrumpió la exclamación de Verity—. ¿Qué haces aquí?

Él respingó, como si lo hubieran cazado robando una joya familiar —y la comparación no quedaba muy lejos de obedecer a la verdad—. Apenas se atrevió a devolverle el saludo con una mirada veloz por encima del hombro antes de desaparecer en silencio. La perspicacia le había valido el apodo de «Wit», y no quería que ese día en concreto echara mano de su habilidad para captar al vuelo lo que había ido a hacer allí.

Porque la respuesta a su pregunta era muy sencilla.

Nada bueno.

Capítulo 12

Cansada de las estupideces que había estado viendo y padeciendo los últimos días, Rebecca había decidido tomar las riendas de la situación.

¿Cómo?

Haciéndole llegar a Sonny Kinross una carta aséptica que le exigía que planeara un modo de entrevistarse con la señorita Day esa noche, cuando se representaría en Her Majesty's Theatre la versión inglesa de *Pas de Quatre*.

Rebecca ya había visto el ballet de Perrot el preciso día de su estreno, del que ya había transcurrido un año entero. Las grandes estrellas del momento, Marie Taglioni, Carlotta Grisi, Fanny Cerrito y Lucile Grahn, habían protagonizado la coreografía. Si bien no creía en asistir a las mismas representaciones una y otra vez —no hasta que las hubiera olvidado; no si no la habían calado especialmente—, y menos todavía cuando el elenco original se presuponía insuperable, estaba dispuesta a resignarse a la repetición en aras del cumplimiento de sus objetivos.

Que no eran seguir investigando a Cassius Strickland, por cierto.

Pero eso debería pensar el necio y escurridizo Sonny Kinross.

En el curso de la última semana, Rebecca había detallado en su querido diario el errático comportamiento del susodicho. Dios, la casualidad o ambos los habían sentenciado a tropezar el uno con el otro con mayor asiduidad de la frecuente, lo que de forma inconsciente había recalcado el cambio de actitud de Sonny hacia ella. Cuando no la había rehuido —y no con la astucia de un hombre reacio a sacrificar la cortesía, sino de un modo flagrante y, por ende, ofensivo—, había guardado un silencio sospechoso en el corrillo de charlatanes que se formaba en las fiestas, privando a la totalidad de la concurrencia de su gracia natural para la chanza.

En un primer momento, a Rebecca le había resultado tan insólito que Sonny le escamoteara su sentido del humor al resto y se limitara a beber de manera compulsiva que, más que irritada, se había quedado perpleja.

Luego había comenzado a desconfiar.

No había habido sigilosas persecuciones, no había habido ataques por la espalda, no había habido comentarios procaces. Nada de eso a lo que él la había acostumbrado en los últimos tiempos. Y Rebecca, en vez de alegrarse porque se hubiera cumplido el que había sido su deseo durante años que parecían siglos, se sorprendía maquinando en su habitación el modo de vengarse por haberse atrevido a ignorarla después de propasarse.

No podía presentarse a las puertas del club con los brazos en jarras y exigirle una audiencia para reprenderlo, claro estaba. Si Sonny no había perdido por entero los rasgos de personalidad que le hacían insufrible, se regodearía de lo lindo en lo que Rebecca habría dado a entender indignándose con su indiferencia. Eso sería inadmisible. Pero si hacía la vista gorda y no pronunciaba media palabra al respecto, Sonny podría interpretarlo, también, como que ella estaba impresionada por lo acontecido en su salón.

Eso tampoco podía permitirlo.

De ahí la determinación de hacerle llegar una carta lo bastante informal para que no se notara que en el fondo seguía desconcertada y, por encima de eso, andaba furiosa..., pero sin perder el tono exigente con el que siempre se había dirigido a él, no fuera a creerse ni por un instante que la dinámica había cambiado entre los dos.

A fin de cuentas, ¿qué diantres era un beso? ¿Qué podía significar, sobre todo cuando era la segunda vez que sucedía? «Nada de nada», se decía Rebecca, forzando su indiferencia. Mientras, pasaba las hojas del periódico con el gesto tenso, ya espabilada y lista para el desayuno tras las abluciones matinales.

Había madrugado más de lo habitual para hacerle llegar su carta a través del pertinente mensajero. Pésima decisión. Le constaba que Verity desayunaba a esa misma hora y, por desgracia, había coincidido con ella en el pequeño comedor.

Rebecca estaba siendo fiel a sus obligaciones morales ignorándola con una insolencia descomunal. Verity era igual de constante correspondiendo sus esfuerzos en la misma medida. Las dos, sentadas en la mesa redonda en una posición diagonal respecto de la otra, habían desplegado el *Times* a la vez delante de sus rostros para fingir que no había nadie más en la sala.

Cuando se le empezaron a cansar los codos de mantener la incómoda postura, Rebecca apoyó el periódico en la mesa y trató una vez más de concentrarse en las últimas noticias.

Fue en vano. Acabó frotándose de manera compulsiva las sienes, que parecían conjurar el nombre de Sonny Kinross a la menor oportunidad para crispar sus sensibles nervios.

A esas alturas ya le habría llegado la nota, pensaba en un bucle desesperado. Tendría que estar respondiendo, si es que aún quedaba un vestigio de caballerosidad en sus principios después de tan inclemente abordaje...

«Oh, por supuesto que no», se contestó, y emitió sonoro bufido, enemistada con su propia necedad. «No son ni las nueve de la mañana, y es de dominio público que ese gandul no sale de la cama hasta bien entrado el mediodía».

Meneó la cabeza, imaginándoselo espatarrado en diagonal sobre una cama gigantesca, con media sábana fuera del colchón y un puñado de almohadones rodeándolo como si quisieran protegerlo de la caída. La boca abierta de par en par alteraría la paz del cuadro con guturales ronquidos.

Le habría gustado torcer el gesto, asqueada, pero en su afán por ser precisa con la imagen, lo concibió también íntegramente desnudo, sudoroso por el calor concentrado en la estancia y los labios entreabiertos.

Se le escapó un gruñido de contrariedad.

Verity bajó el diario de golpe y miró a Rebecca con sus avispados ojos castaños. La joven se preguntó a qué se debería su repentino interés, y enseguida cayó en la cuenta de que había estado chasqueando la lengua y mascullando imprecaciones en voz muy baja.

—¿Tienes algo que decirme, querida? —tanteó en tono sabedor.

La señora Wargrave había adoptado la costumbre —sin pedir permiso— de llamarla así, quizá porque ni siquiera «odiada» tendría el mismo retintín irónico.

—¿Yo a ti? No, nada. Desde nunca. ¿Por qué? ¿Tan rápido se cansa del silencio una mujer tan habituada al sonido de su propia voz que se asusta si deja de oírla?

—No me asusta tanto como ese ceño fruncido que arrastras de un lado para otro desde hace días. —Una pausa deliberada—. Me pregunto si tendrá algo que ver con la visita intempestiva que Kinross nos prestó la semana pasada.

Rebecca sintió cómo se le iba cerrando la garganta.

—No sé de qué visita me hablas —dijo con la boca pequeña, tratando de concentrarse en la lectura del periódico.

Pero las letras habían empezado a bailar ante sus ojos, burlándose de ella.

—El mayordomo me informó de que entró como una tromba con la excusa de que se había citado contigo —replicó Verity sin rodeos. Había doblado el periódico en tres cuartillas y lo

había depositado sobre la mesa, al lado de su adorada bandeja de dulces—, y me lo creo, porque considerando la premura con la que se despidió de nosotros, rayana en la descortesía, seguro que no eran el señor y a la señora de la casa a quienes pretendía honrar con su presencia.

Rebecca se mordió la lengua para no hacer un comentario malintencionado sobre el reciente uso del «nosotros» de Verity. Era uno de los detalles que le llamaban la atención del matrimonio o que, dicho de otro modo, la hacían arder de celos. Una mujer casada no volvería a estar sola jamás. Ni siquiera en sus expresiones verbales. Ni siquiera en el sujeto de sus oraciones. Los Wargrave —«nosotros» cuando lo pronunciaba Verity— «no iban a asistir a la fiesta», «gustaban de desayunar antes de las nueve de la mañana» o, como en ese ejemplo, «no eran a quienes Sonny iba a visitar».

Formaban parte de un todo.

Rebecca fingió desentenderse removiendo su café con la cucharilla.

—¿Desde cuándo la descortesía de Kinross es sospechosa y no el pan de cada día?

—Desde que no la atenúa con un comentario ingenioso o la compensa con su encantadora sonrisa de truhan. ¿Qué quería de ti, querida?

—En sus palabras textuales —acabó cediendo Rebecca—, vino a darme mi tortuosa dosis diaria de Sonny Kinross.

—Y, por lo que vi, esta vez te la administró vía oral —comentó con naturalidad, alisándose mientras las arrugas del vestido. Para llegar a las que se habían formado casi en el ruedo de la falda se tuvo que inclinar sobre el costado, adoptando la postura de una niña chismosa que se asomaba por el lateral de la puerta. El brillo de regocijo con el que la estaba mirando no ayudaba a desmentir su infame interés por el cotilleo—. ¿Puedo preguntar, solo por preocupación hacia la integridad de mi cuñada, a qué se debe este... repentino cambio en vuestra relación?

Por supuesto, Rebecca se había ruborizado hasta la raíz del pelo. Más que besada por los rayos, parecía que se hubiera quemado la piel bajo un abrasador sol tropical.

—No sé de qué estás hablando.

—Eso ya lo has dicho antes. Permíteme recordarte tus responsabilidades, Rebecca —prosiguió con brío. Ya había recuperado la postura vertical. Enderezada, atacaba de nuevo el platillo de las pastas—. La primera y principal es procurar que parezca que sabes absolutamente todo lo que sucede en el mundo; y, en especial, que lo sabes mejor que yo.

Rebecca abrió la boca para ladrarle que cerrara el pico y le dejara disfrutar del desayuno en paz. Pero ya fuera porque estaba cansada de callarse sus sentimientos —y no en la última semana, sino desde hacía años— o porque el consejo de una persona cercana a Sonny la ayudaría a dilucidar un asunto que la tenía desorientada, acabó estallando.

—¡No entiendo a ese hombre!

—No sé qué misterios hay que desentrañar acerca de la colisión de dos bocas —suspiró Verity, llevándose a la boca la taza de té. Viendo que Rebecca se la quedaba mirando a la espera de una explicación, prosiguió—: Cuando acudimos a tu salita de uso personal —empezó con el tono de un narrador de historias. «Ahí está de nuevo», pensó Rebecca. «“Acudimos”, en plural»— después de tropezarnos con el agitado Sonny, te estabas enroscando un chal al cuello como si hubiera entrado por la ventana una brisa siberiana. Me temo que tu hermano es tan inocente en lo que a su hermana respecta que fue incapaz de sumar dos y dos —señaló con una sonrisa tierna en los labios, dirigida en exclusiva al ausente señor Wargrave—, pero yo me figuré lo que estabas intentando cubrir con las mejillas sonrosadas.

»La próxima vez, querida, dile a Kinross que o bien se controle o bien desplace sus apasionados besos unos veinte centímetros más abajo. —Y señaló la zona que le invitaba a

explorar colocando la mano aplanada en horizontal a la altura de los pezones.

—¿Cómo que «la próxima vez»? —se indignó Rebecca. A punto estuvo de ponerse en pie de un salto para recalcar su sentir al respecto—. ¡No va a haber próxima vez!

—¿Lo dices porque no ha dado señales de vida desde entonces?

—¡Lo digo porque fue un despropósito, y...! Un momento. No irás a decírselo a mi hermano, ¿verdad?

La señora Wargrave compuso una mueca de espanto.

—¡Claro que no! ¿Crees que albergo el menor deseo de enterrar a uno de mis grandes amigos? ¡Harding se presentaría en su casa esa misma tarde con la escopeta de caza!

—Pues espero que mi hermano me llevara consigo para no perderme la feliz escena.

—Oh, por favor... —Aspaventó con indiferencia—. No digas sandeces.

—Puede que no quiera verlo muerto —aceptó a regañadientes—, pero tampoco me importaría que lo alejaran de mi vista para siempre.

Verity dejó de menear la cabeza, entre incrédula y en negación por los apasionados —y preocupantes— odios que manifestaba Rebecca, y clavó en ella una mirada que pretendía ver más allá de su fachada.

—No lo dices en serio. —Y no era una pregunta, sino una conclusión. Una que ella misma tomó por cierta, porque asintió nada más dictar la sentencia—. Dependes tanto de Kinross para ser quien eres como dependes de mí.

—¿De ti? Querrás decir de mí.

—No, quiero decir de mí, de Verity Wargrave. Tus antagonistas son igual de importantes para el desarrollo de tu historia que tus seres queridos. De todos modos, algo me dice que él en concreto es algo más complejo en la trama de tus relaciones que un mero enemigo.

—¿Ah, sí? ¿El qué te lo dice? ¿Él en persona, cuando repite sin cesar que soy la mujer más bella sobre la Tierra o que vive fascinado por mí? —se burló. Hasta puso los ojos en blanco para hacer énfasis en su desdén. Pero, por alguna razón, el menosprecio no abandonó el terreno de la superficialidad para reverberar en su corazón, como era costumbre.

El aliento del recuerdo sopló en su oído un murmullo vehemente:

«Todavía no entiendo cómo es que los hombres te ven la cara y consiguen continuar su rumbo... Yo aún sigo en el mismo sitio».

Rebecca apartó la vista, incómoda y sonrojada. Entre su absurda declaración y el bochornoso comentario sobre el olor con el que deseaba rociar sus sábanas, había demostrado una gran originalidad para halagar a las damas.

¿Qué clase de hombre decía semejante sarta de tonterías?

Era mejor si no pensaba en ellas.

—Te dio tu primer beso, ¿no? —insistió Verity—. Eso le convierte, si no en alguien importante en tu vida, al menos en un personaje relevante.

—Mi primer beso corrió a cuenta de Nile. Sucedió una tarde en el pasillo principal de Wargrave House cuando yo aún no había cumplido dieciocho años. Los amigos de Harding, Sutherland y Haven, estaban al otro lado de la puerta. Todos habían bebido, Nile incluido, y... —Se mordió el labio con fuerza para contener el impulso humano de desahogarse con alguien que, por los motivos que fuesen, se estaba prestando a escuchar—. Y tú no tienes por qué saberlo —acabó mascullando.

Pero ya había captado la atención de Verity, y por mucho que Rebecca deseara odiarla, en el fondo no podía evitar sentirse halagada cuando conseguía interesar en sus asuntos a una mujer como ella.

La ahora señora Wargrave nunca había sido nada menos que culta, ingeniosa y divertida.

—Oh. Pensaba que tu obsesión con Nile era meramente sentimental; que nunca hubo atracción física. Ya sabes... —volvió a sacudir la mano en el aire—. Deseo.

«Estoy hasta la coronilla de la dichosa palabrita», refunfuñó para sus adentros. Tenía muy presente la reflexión de Sonny al respecto, y más aún cómo la llevó a la práctica.

—Es cierto que el beso de Nile no fue...

Buscando una palabra o expresión que no faltara al decoro, acabó con la mente enmarañada. Se preguntó si el término que necesitaba existiría. Todo concepto relativo a la carne se le antojaba de una sonoridad insoportable; una blasfemia impronunciable.

—¿Apasionado?

—No —murmuró—, para mí sí fue... especial y bonito, y... y sentí calor.

—¿No fue sensual, entonces?

—No...

—¿Sexual?

Rebecca se agarró a la falda con fuerza.

—Solo utilizó los labios. No hubo... accesorios bucales involucrados. Es decir, no...

—Ah, ya. No usó la lengua. —Hizo una pausa para meditar lo que le parecía—. Me alegro. No es de recibo abordar a una jovencita de dieciséis o diecisiete años en su propia casa, pero si tienes que hacerlo sin otro remedio, mejor que el beso sea casto.

Rebecca apretó los labios antes de vociferar:

—¡Lo que no es de recibo es presentarse en mi casa convertido en un energúmeno, reprocharme que me divierta con el señor Strickland, y luego...!

—Y luego use la lengua.

—¡Pues sí! —rugió Rebecca.

A esas alturas, el rubor le había insensibilizado el rostro.

Verity asintió con aire comprensivo, como una amiga exenta de prejuicios.

—¿Y qué te pareció? —retomó al cabo de un rato, justo cuando la señorita Wargrave había empezado a recuperarse de la impresión de haber puesto palabras a un momento tan íntimo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —se ofendió.

—La que corresponde hacer en estos casos. Si no te sorprendió gratamente ni te gustó en ningún sentido, no hay más que hablar. Si, por el contrario, experimentaste...

—¡Me dio asco y miedo! —la interrumpió con los párpados cerrados. Sintió un dolor agudo en las palmas de las manos; se había hundido las uñas en la carne—. ¡Fue... fue... insultante, estuvo fuera de lugar, y... y...! ¡El señor Kinross nunca me ha resultado atractivo o interesante en lo más remoto!

La vocecita interior rompió a reír en cuanto la escuchó, y Verity, como si estuviese compinchada con ella, no tardó en advertirla.

—Dios tiene oídos en todas partes, Rebecca, y lo falacioso no le gusta ni pizca. Ten cuidado.

—Quiero decir... —se corrigió a regañadientes. Odiaba darle el gusto a Verity, pero hasta ella comprendía que acusando a Sonny de adefesio estaba extendiendo límites infranqueables—. Sé que las mujeres suspiran cuando pasa por su lado, y que es... un hecho objetivo que posee unos rasgos... armónicos, y apolíneos, y... Es muy alto para lo que se espera de un hombre, y el deporte le ha... moldeado el cuerpo de una forma... diferente, y... y luego tiene unos ojos... —se interrumpió en cuanto la imagen de Sonny relampagueó ante sí, como si lo hubiera invocado. En lugar de enfurecerse por su intromisión, Rebecca se relajó con un suspiro resignado y admitió—: Sus ojos no son de este mundo.

—Ya.

Al alzar la cabeza y ver que Verity sonreía, satisfecha con lo que creía estar entreviendo en su descripción, volvió a encabritarse.

—¡Puede que sus ojos no sean de este mundo, pero yo sí lo soy, y eso solo recalca lo incompatibles que somos en todos los aspectos! ¡Empezando por el hecho de que no hay nada más incompatible para una mujer que un hombre al que detesta!

—Depende de cómo la mujer en cuestión viva los afectos. Yo siempre he pensado que en tus odios hay amor verdadero, o, como mínimo, la fascinación que pone la primera piedra del castillo de ilusiones. Te tomas bastante a pecho el evangelio, ¿sabes? «Amad a vuestros enemigos (...) y orad por los que os ultrajan y os persiguen.»[3]

—¿De qué diantres estás hablando? ¿Acabas de citar la Biblia?

Verity suspiró.

—Usaré otro ejemplo. Mira a tu hermano, que no me guardaba especial afecto. O a tu antiguo prometido, que se casó con su archienemiga. Y fíjate que no he dicho «supuesta» archienemiga, sino archienemiga a secas, porque su desprecio no era fingido.

Rebecca se estremeció al recordar la bucólica escena de los Haverford.

—¿Por qué tienes que recordármelo? —masculló, rabiosa.

—Porque ha pasado —respondió sin agachar la cabeza, en absoluto enternecida por su reacción vulnerable. Empleó un tono estricto, casi como el de una madre—. Hace mucho tiempo, además. Tienen hijos, Rebecca. Dos hijos sanos y muy queridos. Y tú tienes a tus pies a un hombre con unos ojos que no son de este mundo. Lo has tenido besándote a unas escaleras de distancia de donde se hallaba Harding, es decir: más que dispuesto a morir a manos de un hermano protector con tal de abrazarte una vez.

Rebecca soltó una carcajada desdeñosa.

—Ese tipo no moriría ni por sí mismo, a quien él más quiere en todo el planeta Tierra. Si de veras hubiera soñado con hacerme suya, me habría llevado a Gretna Green cuando me ofrecí en bandeja. O antes, cuando buscaba un marido desesperadamente... O ahora —añadió por lo bajini —, cuando también busco un marido desesperadamente. Lo máximo que haría por mí, y esto me lo ha demostrado con su escandaloso modo de tratarme, sería quitarme el corsé y arrojarme a una cama para tenderse luego él encima. ¡Y no pienso someter a discusión con nadie una verdad inamovible como esa!

—¿Le habrías dicho que sí? —Rebecca se desorientó, a lo que Verity, demasiado seria para tratarse de ella, tuvo que especificar—: ¿Le habrías dicho que sí en el caso de que hubiera pedido tu mano ayer? ¿Y hace un año?

—Es probable —le soltó con la espalda muy recta.

—Dios sigue escuchándonos, Rebecca.

—Qué cristiana te ha vuelto el matrimonio, ¿no? Olvidas que el milagro del beneplácito que tuvo que darse para que vuestro amor triunfara corrió de mi cuenta, no de la del Señor —refunfuñó por lo bajini. Pero Verity no se dejó distraer por la provocación e insistió en obtener su respuesta sosteniéndole la mirada sin pestañear. Rebecca acabó suspirando—. Como último recurso, a lo mejor habría aceptado su propuesta, sí. O a lo mejor no; a lo mejor habría pensado hasta el final que, tarde o temprano, aparecería alguien más apropiado, y que no debería comprometerme con él por si esto saboteaba una oportunidad con un duque o con un conde.

—Eso ya suena más sincero. Y cruel —añadió, censurándola con los párpados entornados.

Rebecca no soportó que se atreviera a juzgarla y la reprendió apretando los puños.

—Es que pasas por alto que una de las razones por las que le tengo ojeriza es que no actúa

conforme al decoro. Pidiendo mi mano, algo que, te recuerdo, no ha sucedido, me habría respetado a mí y se habría respetado a sí mismo. De haberse dado el caso, es probable que mi opinión sobre él hubiera cambiado significativamente y me hubiese planteado el matrimonio. Pero es tan incapaz de comprometerse con una mujer, de vivir más allá del instante presente, que ni se sintió tentado de arruinar mi futuro en un carruaje destino Escocia.

—Yo tampoco me habría casado con Harding si me lo hubiera propuesto para vengarse.

«Oh, ¿no es eso lo que hicisteis? ¿Casaros para vengaros de mí o, al menos, para destruir mi relación con mi ser más querido?», estuvo a punto de espetar. Se lo reservó porque quería que, por una vez, la conversación versara sobre ella y nadie más que ella; que la traición de su hermano no empañara su desahogo.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que no puedes reprocharle que no te desvirgara en un landó en marcha mientras llorabas a lágrima viva porque Harding se había enamorado de mí. Estás muy equivocada si crees que Sonny tiene esa sangre fría.

—No, es cierto. La tiene demasiado caliente.

Rebecca se levantó del asiento para dar por zanjada la conversación.

Había decidido, por intereses propios, ignorar lo que Verity estaba sugiriendo sobre el antiguo desprecio de Sonny, así como las absurdas insinuaciones de su conciencia. Ambas coincidían en lo mismo: que, en el fondo, el señor Kinross la apreciaba... por no decir algo peor, como que la quería.

—Sonny solo me desea —recalcó en su camino a la puerta, empecinada en convencerla a ella y en convencerse a sí misma—, y el deseo no significa nada para mí.

—¿Y qué significa algo para ti? —preguntó Verity en voz alta, picada de curiosidad.

—La amabilidad, por ejemplo. Algo de lo que carecéis tu amigo y tú.

—Señorita Wargrave —intervino uno de los lacayos, que se irguió con rigidez al otro lado de la puerta—, señora Wargrave —añadió con un educado cabeceo en dirección a Verity antes de devolver la atención a Rebecca—. Disculpen la interrupción, pero acaba de llegar la respuesta a la carta que me mandó enviar a primera hora de la mañana.

Le pareció que el corazón le dejaba de latir, más por la incomprensión que por la sorpresa o el entusiasmo. Consultó el reloj de cuco de la pared y arrugó el ceño. No eran ni las nueve y media, ¿y Sonny Kinross ya había contestado a su reclamo?

La habían arrojado de pronto y sin previo permiso al mundo al revés.

«Seguro que no ha dormido en toda la noche. No: acaba de volver de alguna juerga», se dijo, alargando la mano en silencio hacia el lacayo para aceptar la nota. Porque ¿cuál era la explicación alternativa?, ¿que había estado esperando con el alma en vilo a que contactara con él?, ¿que le había ordenado a sus criados que le despertaran si llegaba correo urgente del veintisiete de Mayfair?

—No vendrá eso, por casualidad, del castillo del rey de Roma —insinuó Verity mientras Rebecca rasgaba el sobre sin miedo a destrozarlo.

No se había molestado en poner su nombre, una discreción que tuvo que agradecerle.

Her Majesty’s Theatre a las siete en punto.

Rebecca intentó moderar su reacción, pero la incredulidad, dada de la mano de la decepción, terminaron conjurando una mueca.

Era la letra de Sonny. La reconocería en cualquier parte: cursiva y con los rabillos de las consonantes exagerados, mas no de un modo tan elegante como caótico. Lo que no sonaba como

él era el contenido.

¿Desde cuándo desaprovechaba la oportunidad de ser infame o ingenioso, aunque fuese en una carta?

«Condenado idiota», pensó, irritada. «Espero que no te comportes con esta frialdad con todas las mujeres a las que has besado, o de lo contrario me sorprendería que te quedara alguna amante con ganas de verte a escondidas».

—Vaya —comentó Verity—. A juzgar por tu expresión, diría que no es una carta de amor.

—De amor a la prudencia y al decoro —masculló con sarcasmo. Cansada de estar dándole razones a la señora Wargrave para divertirse a su costa, se dirigió al pasillo con la nota apretada en una mano y atajó—: Tú misma has dicho que es de Kinross. Claro que no es ni podría haber sido una carta sobre algo que ni ha conocido ni conocerá.

A Rebecca le encantaba tener la última palabra y, por primera vez en largo tiempo —con honrosas excepciones intermedias, todo había que decirlo—, había vencido a la ingeniosa Wit en su propio juego. Pero no sintió la tentación de sonreír por eso, sino por lo liviana que se había quedado después de compartir con alguien sus íntimos secretos y haber recibido en respuesta una perspectiva más o menos amable, más o menos certera, pero siempre honesta de alguien que la había escuchado con atención.

Si no sonrió, sin embargo, fue porque en el fondo era consciente de que había ganado Verity. Y estaba más segura aún de que la muy listilla lo sabía. Porque Rebecca bien podía haber aclarado que Sonny Kinross le parecía repulsivo y se había ganado a pulso su eterno desprecio por su en teoría vago intento de seducción..., pero se dirigía a sus aposentos para acicalarse para la noche, es decir; para su cita clandestina con él.

Como su hubiera leído sus pensamientos, Rebecca oyó reír a Verity en su camino por el corredor. Se planteó rehacer sus pasos y encararla al respecto, convencida de que no habían sido las noticias políticas del *Times* lo que le había arrancado una carcajada, pero por una vez prefirió tener la fiesta en paz y subió las escaleras.

Lástima que se perdiera el comentario final de la señora Wargrave.

—«Accesorios bucales», dice, la criatura... No se da cuenta de que ella es tan poco de este mundo como Kinross.

Capítulo 13

Sonny llegó a la cita en Her Majesty’s Theatre con quince minutos de antelación, tales eran los nervios que llevaban todo el día consumiéndolo.

Había sido una idea pésima decidirse a verla a tan temprana hora de la mañana. Debería haber imaginado que pasaría la jornada yendo de un lado para otro, sin poder fijar la vista en nada, sin concentrarse en lo que le decían los aficionados que frecuentaban el club; tan distraído que más de uno había conseguido atribuirse el orgullo de acertarle un golpe.

Se arregló el cuello del chaqué que había estimado adecuado para lo que se proponían, que, en principio y por desgracia, no era asistir al ballet. No se lamentaba porque tuviera intereses artísticos, sino porque no dejaba de ser un hombre, y ¿qué hombre no encontraría irresistibles los delicados movimientos de un elenco de bellas mujeres en corsés ajustados y faldas por la rodilla? Ni siquiera un hombre enamorado —si es que él lo estaba, porque se resistía a aceptarlo— sería inmune al espectáculo.

Al igual que la mayoría de los edificios levantados para uso y disfrute de las clases altas, el teatro se encontraba en el West End, concretamente en Haymarket. Dentro de lo que cabía considerando que Londres era una de las capitales más antiguas de Europa, se trataba de una construcción más o menos nueva: recurriendo al estilo neoclásico que había estado en boga a principios de siglo, John Nash había diseñado un glorioso centro de acogida para la ópera y la danza con espacio para nada menos que dos mil quinientos espectadores.

Sonny no era asiduo de las representaciones teatrales o musicales; prefería entregarse a placeres más mundanos, como una copa en buena compañía, una partida de cartas con apuestas involucradas o la tortura mental a la que sometía a la señorita Wargrave... o a la que la señorita Wargrave le sometía a él.

Al menos hasta ese momento.

—Te noto... diferente —había señalado lady Jersey aquella mañana.

Era la primera vez que alguna de sus amantes se presentaba en su casa sin avisar, como también la primera que no cazaba a Sonny con legañas en los ojos. El reloj daba las doce menos cuarto cuando Adelaide se personó. Se trataba de una hora a la que no era imposible pillarlo despierto en condiciones normales, pero lo cierto era que llevaba viviendo en condiciones totalmente anormales desde que se marchó apresurado de la casa de los Wargrave. Tanto así que no dormía en toda la noche y, si lo hacía, apenas descansaba por ráfagas de quince minutos hasta que la culpabilidad le apretaba en la garganta y debía salir del encierro de su dormitorio para distraerse.

El servicio de la casa estaba tan preocupado por él que, cómo no, se lo habían comunicado a su padre, al que informaban de cada movimiento que hacía aunque ya viviera solo y, para más señas, a apenas quince millas de distancia de su familia directa.

—¿Qué tienes? —había exigido saber Robert Kinross.

—Un constipado —se había inventado él para aplacarlo.

—Y un cuerno. Eso es mal de amores.

Le había resultado tan difícil convencerlo de abandonarlo a la suerte de su ánimo huraño como a la esposa de lord Jersey.

—No estoy de humor para hacerte carantoñas, Adelaide —le había advertido, pasándose la mano por el cabello revuelto en el mismo recibidor de la casa.

Recordaba haberse alejado de ella, no con la intención de despacharla sin miramientos, pero tampoco pretendiendo invitarla a pasar. Debería haber imaginado que lady Jersey, por su condición privilegiada, asumiría que tenía derecho a ponerse cómoda en su sala de estar y hacerle compañía como una bondadosa amiga... porque eso fue justo lo que hizo.

Se planteó acostarse con ella solo para proclamar de un modo no verbal pero muy elocuente que no quería ni su conversación, ni su empatía, ni nada que pudiera profundizar en la sencilla relación que mantenían: la de amantes ocasionales. Pero encamarse con una desconocida —porque eso era de repente— ahora que había recordado cómo olía y sabía Rebecca había quedado fuera de toda cuestión. Tuvo que zafarse de ella haciendo lo que se había convertido en habitual en los últimos días: huir.

Sonny se marchó de su propia casa y se refugió en el club, donde, para su mala suerte, se topó de nuevo con su padre.

Robert Kinross lo había mirado de arriba abajo, sin girarse del todo y con los brazos cruzados, de esa manera en que acostumbraba a medir al enemigo. Los cincuenta y siete años le habían salpicado el negro cabello de destellos plateados y suavizado la crueldad de la mirada, pero su cuerpo permanecía recio como una torre vigía y ni las decepciones acumuladas ni la obligación autoimpuesta de seguir siendo rico le había hundido los hombros o la moral.

Su madre decía que se erguía con el mismo impulso orgulloso que con tres décadas menos.

—Hoy me apuesto tres libras a que me ganas tú —fue lo que le dijo al verlo demacrado.

Sonny era el único adversario por el que el gran Robert apostaba... a no ser que luchara contra él, en cuyo caso ponía el dinero a su propio nombre. El veterano ganaba en todos los casos, porque conocía a su hijo como a la palma de su mano, le había enseñado lo que Sonny se jactaba de conocer y sabía en todo momento cuándo se levantaba con el pie izquierdo.

Habían establecido un lenguaje competitivo de golpes y desafíos a muy temprana edad. A diferencia del mismo Harding, entre otras amistades y conocidos, quienes tendían a compadecerse de sí mismos porque sus padres fueran distantes o tuvieran un modo particular —o directamente grotesco— de relacionarse con ellos, a Sonny le gustaba su dinámica familiar.

Por supuesto, todo el mundo tenía sus esqueletos en el armario, y nadie amaba a su progenitor con la misma intensidad cada día de su vida.

Pero él estaba feliz con el padre que le había tocado.

Esa mañana en concreto, Sonny le había vencido en el cuadrilátero por una razón muy simple, y es que no podía sacarse de encima la espantosa impresión de que la profecía de su madre se iba a cumplir.

Si es que no se había cumplido ya.

Era curioso, porque Sonny no solo no despreciaba a Robert pese a lamentar que los comparasen, sino que lo admiraba. No de un modo ciego, sino como debía de hacerse; las bases de su veneración se sustentaban sobre la lógica básica.

El señor Kinross era humano..., pero qué humano. Había aspirado a la riqueza y conseguirla no había sido pan comido. Le había costado sangre, sudor, lágrimas, la bancarrota, el odio de sus socios, la ruptura total con sus amigos y casi el amor de las dos mujeres de su vida. Pero la había obtenido, y, nada más atribuirse el mérito, había salido en pos de sus derrotas y errores para sembrar éxitos en su lugar.

Porque algo debía saberse sobre Robert, y es que no se conformaba con poco. Soñaba a lo grande. No creía en Dios, porque eso significaba que había alguien por encima de él; era acaparador y acumulativo; quería morir y reencarnarse en estrella, pero no en cualquier estrella; en la Estrella Polar. Era exigente consigo mismo y con los demás, era orgulloso de un modo tan

absurdo que solo quedaba reírse, exasperado, tras uno de sus arrebatos infantiles; era temperamental y no sabía decir basta porque opinaba que nunca había suficiente. Era adicto al éxito y un obseso de la perfección.

Él mismo había admitido todo esto, pero con el pecho henchido de amor hacia sí mismo.

Veía sus defectos, mas no los consideraba tales.

Y la cuestión era que Sonny lo adoraba. Quería todo lo que él poseía, lo de fuera y lo de dentro. Pero no quería ser como él si al mismo tiempo no podía desprenderse de sus principios, si es que aquello tenía algún sentido.

Querría ser Robert Kinross, no *como* Robert Kinross.

Sin duda sería maravilloso moverse por el mundo con total impunidad, sin pronunciar las palabras «perdón» o «por favor» ni por obra de un malentendido, pero como Sonny había observado de cerca las heridas que su carácter producía en otros, no podía enorgullecerse de haber heredado sus rasgos.

De igual manera, le fascinaba el amor que sus padres se profesaban.

Y, aun así, no querría algo así para él.

Le era difícil ponerlo en palabras. A veces le era difícil incluso reflexionarlo sin acabar llamándose necio. No sabía de dónde provenía tanto desprecio hacia las características legadas de Kinross, no sabía de dónde salían la vergüenza, el miedo a seguir inconscientemente sus huellas en la arena. Solo sabía que había cometido una insensatez besando a Rebecca, una insensatez que, por mucho que hubiera estado abocado a reproducir porque tenía la sangre caliente y una profecía de egoísmo crónico pendiendo sobre la cabeza, no quería perdonarse... Como tampoco podía prometer que no fuera a repetirse.

Un carruaje se detuvo a las puertas del teatro cuando empezaba a pensar que se lo llevaría el demonio. Sonny se enderezó, como si tuviera que enfrentarse a la mismísima reina. Algo muy parecido descendió a la acera en cuanto un diligente lacayo le abrió la puerta: una mujer rubia envuelta en un halo de belleza celestial, como los personajes de las leyendas celtas, favorecida por el tono de azul que solo vestían con su desnudez las náyades a las orillas del río.

Aunque había coincidido con ella en veladas de sociedad desde el beso robado, le costó tragar saliva, como si llevara un siglo sin verla.

Rebecca comprobó que no había nadie sospechoso vigilando que se reuniría con él y acudió a su encuentro con gesto expectante. El recelo le tensaba sutilmente los músculos más pequeños de la cara; los que nadie, a excepción de un hombre obsesionado con un rostro como él lo estaba con el de Rebecca, sabría que estaban allí.

El amor estaba muy ligado al descubrimiento.

Al descubrimiento de lo anatómico, también.

¿Le creería capaz de abordarla sin rodeos en plena calle, y de ahí su cautela? Porque no sería justo para su reputación; si acaso, consecuente con la de Rebecca, que era la que había iniciado lo que quisiera que fuese aquello entregándose al primer beso en pleno St James.

—¿Y bien? —preguntó ella con las cejas enarcadas, escrutando su expresión como si quisiera adivinar sus pensamientos—. ¿Cuál es el plan para acercarnos a la señorita Day?

Sonny refugió las manos en los bolsillos del gabán. Se adentraban en el mes de abril, temporada de lluvias y frescores nocturnos.

No supo si alegrarse o lamentar que no le hubiera exigido una explicación sobre su comportamiento. Habría aceptado —incluso agradecido— hasta que lo sacara a colación con su mala baba habitual.

—Fingir que nos dedicamos al periodismo, señorita Wargrave —respondió con una ligera

sonrisa. Debía parecer relajado—. Es lo único que la inclinará a perdonarnos si durante el interrogatorio cruzamos el límite de la discreción: que nos escudemos en que es en aras de un relato profesional, digno de publicación. Aunque mucho mejor si no llegáramos al punto de incomodarla, claro.

—¿Fingir que nos dedicamos al periodismo, has dicho? —repitió ella en cuanto Sonny emprendió el trayecto hacia la parte trasera del teatro, donde le constaba que se hallaba la puerta para los empleados, bailarinas, técnicos y curiosos como ellos—. ¡Qué idea tan espantosa! ¡No se me ocurre otro lugar mejor que este en el que podrían reconocerle como Sonny Kinross a primera vista! ¡Por si no se ha dado cuenta, es usted famoso en la ciudad por su club!

—Pero por popular que la señorita Wargrave pudiera haber sido en su día con sus escándalos, ningún modesto ciudadano o artista de la farándula sabría dibujar su rostro —replicó, manteniendo la leve sonrisa en los labios. La miró por encima del hombro y vio que lo seguía muy de cerca, pasmada. Frenó en seco cuando ya se habían refugiado entre las sombras del callejón que colindaba con la puerta trasera. Buscó en el bolsillo el broche esmeralda—. Me he encargado personalmente de crearle una identidad adecuada para el asunto que nos ocupa. Le aseguro que esto —continuó, y se tomó la libertad de acercarse, no sin la necesaria prudencia y conteniendo el aliento para evitar tentaciones, para colocarle el accesorio en el escote— le abriría hasta las puertas del infierno. —Se lo pensó antes de especificar—: O *precisamente* las puertas del infierno, mejor dicho.

—No lo entiendo —murmuró Rebecca, observando con la cabeza gacha el lujoso destello de la piedra—. ¿Es porque las joyas indicarán que soy rica y, por ende, deben concederme el capricho de mi curiosidad? ¿De qué identidad estás hablando?

—De Su Majestad —respondió con sencillez. La reacción de Rebecca no tuvo precio: se puso de todos los colores, tan anonadada que se olvidó hasta de respirar—. Por una noche, será usted nada menos que la Reina del Chisme.

En lugar de decepcionarse al comprender que no se refería a Victoria de Hannover, sino a la tan buscada escritora de cotilleos, Rebecca puso los ojos como platos, más entusiasmada si cabía.

Sonny estuvo cerca de romper a reír.

—¡La Reina del Chisme! —gritó sin pensarlo. Sonny se dejó llevar por un impulso y le cubrió la boca con la mano, gesto del que enseguida se arrepintieron los dos: él se separó dando un paso atrás, carraspeando, y ella, que contaba con la ventaja de estar ya traspuesta por la noticia, solo se rascó el cuello—. ¿Cómo es eso posible? ¡Uno no puede hacerse pasar por ella sin más! Cierto es que nadie conoce su rostro...

—Por eso tendrá que cubrirse con esta otra prenda que Su Majestad ha tenido a bien prestarme para la aventura —explicó Sonny, y sacó del discreto morral un pequeño sombrerito de luto con una redecilla tan opaca que apenas se distinguieron los detalles de su mano cuando la colocó debajo para mostrarla en su extensión.

El encaje de la prenda era de una delicadeza exquisita; la clase de confección profesional que no estaba al alcance de todos los bolsillos.

—Ese negro no combina con el celeste de mi vestido —rezongó Rebecca con la boca torcida, sosteniendo el sombrerito—. Deberías habérmelo dicho y así me vestía de un tono más adecuado, como un verde esmeralda, o incluso un dorado, algo que haga destacar el... ¡Un momento! —se interrumpió alzando la cabeza de golpe—. ¿Dices que te lo ha prestado... te lo ha prestado...? ¡Sonny! —jadeó, y se agarró a sus hombros con ojos redondos—. ¿Quieres decir con todo esto que... que... que... conoces en persona a la Reina del Chisme?

Sonny no la había visto tan deslumbrada por algo jamás. Debería haberlo imaginado, porque

le constaba que guardaba como oro en paño la colección de oprobios que Su Majestad vertía a destajo y sin distinciones de clase o género en todo sujeto que mereciera un escarmiento.

Muchos opinaban que la Reina estaba a un párrafo osado de la sentencia a muerte, pero había otros que, pese a haber sido víctima de su mortífera pluma, como la propia Rebecca, valoraban su ingenio y la profundidad de las investigaciones que llevaba a cabo para ofrecer el mejor entretenimiento escrito.

—Te he dicho en más de una ocasión que tengo contactos —respondió, ambiguo, aun cuando el orgullo de haberla sorprendido gratamente hacía arder su pecho.

—¡La Reina no es «contactos»! ¡Es *el* contacto! ¡Es única en su clase, en su especie, en su condición y en su naturaleza! ¡Su trabajo es brillante, es...! ¿Por qué no me lo habías contado? —insistió, llegando a sacudirlo por los hombros.

Sonny enterró la barbilla en el pecho para sofocar una risita.

—Porque no pensé que fuera a impresionarte. Si no, por supuesto que lo habría desvelado antes —comentó con fingida sorna, pero bastaba con fijarse en la inevitable ternura de su expresión para saber que hablaba de el corazón—. O no —se corrigió—, porque, como comprenderás, si Su Majestad me ha confiado su identidad además de brindarme su amistad, es porque está segura de que no revelaré sus secretos.

—¡Brindarte su amistad! —seguía aullando ella.

—Aquí donde me ve, señorita Wargrave —se quitó sus manos de encima con cuidado y se arregló las arrugas de la chaqueta—, soy un miembro muy apreciado en la comunidad. Hace tiempo desde que la Reina vio en mí a un hombre digno de dedicarle su tiempo.

—¿Cómo es posible? —mascullaba Rebecca. Algo le decía que la impresión había sido tan fuerte que se había olvidado de lo que habían ido a hacer allí—. Es verdad que te codeas con toda suerte de vagos y maleantes, y que la Reina del Chisme, por talentosa y culta que sea, tiene colgada la etiqueta de persona *non grata*..., pero dudo que Su Majestad acudiera al club a practicar unos golpes y coincidiera allí contigo. ¡Estoy segura de que la susodicha es una señora sin tacha, de una elegancia innata!

Sonny procuró no confirmar ni desmentir su descripción con una mueca elocuente. Porque eso era lo que Rebecca quería: lanzar adjetivos al azar hasta que él se delatara.

—Le recuerdo que estamos aquí para entrevistar a la señorita Day —cambió de tema—, no para chismorrear sobre si mi querida amiga prefiere el té o el café.

—Su querida amiga —repitió para sí—. Entonces no puede ser una anciana, sino alguien de su edad... o de la mía... Sí, tiene que ser cierto eso de que el título de Reina del Chisme es hereditario... De hecho, yo misma investigué al respecto en su día removiendo cielo y tierra por encontrar columnas de principio de siglo, cuando ya estaba en activo, y comparar así sus antiguos escritos con su estilo actual...

—Señorita Wargrave —la llamó, divertido. Posó una mano sobre la cabeza rubia, donde no pudiera desbaratar el sencillo moño. La hizo respingar—. ¿Le parece bien si nos enteramos de la relación que mantiene su cortejador con la bailarina? ¿O prefiere que nos marchemos a alguna taberna a teorizar sobre la Reina?

Rebecca cuadró los hombros, como si le hubiera dado un discurso alentador para enfrentarse a las tropas francesas. Su determinación le divirtió casi tanto como le devolvió la confusión del principio del día.

No había dejado de reflexionar el porqué de su cambio de opinión sobre Strickland. Habría jurado que estaba decidida a actuar como una buena ciudadana.

Se preguntó cuál sería el modo correcto de plantear sus dudas mientras Rebecca se encajaba el

sombrerito en la cabeza. Desdobló la redecilla para cubrir su rostro con la experiencia de quien había vivido un luto.

Como cada vez que imaginaba a una señorita Wargrave de doce años de pie ante la tumba de su querida madre, Sonny tuvo que reprimir un acceso de sentimientos: la impotencia de no haber podido acompañarla entonces porque aún no la conocía unida a la tristeza de carecer de experiencia propia para decirle con pleno conocimiento que la entendía.

Sonny no había perdido aún a ningún familiar al que hubiera amado.

Se podía decir que era un privilegiado en según qué cuestiones.

—Pensaba que la Reina tenía informantes —comentó Rebecca, empecinada en sonsacarle información por un medio o por otro. Sonny suspiró discretamente, más conmovido por su curiosidad infantil de lo que parecía exasperado—; que no se tomaba la molestia de salir a recorrer Londres en busca de relatos jugosos.

—No tiene ni un solo informante; dice que cuando se involucra a terceros es cuando se fracasa —le contó para aplacarla, esperando que se contentase con poco—. Todo sobre lo que escribe lo ha descubierto ella. Incluso lo ha presenciado. Ya ves que ha conseguido mantener a salvo su identidad, y no podría haberlo hecho si no hubiese llevado las medidas preventivas hasta sus últimas consecuencias. —Abarcó el disfraz de Rebecca—. Siempre lleva ese sombrero con la redecilla, además del broche distintivo. En las altas esferas no se conoce la historia de la joya porque no es habitual que la Reina plantee cuestionamientos a la *ton* londinense, pero en los bajos fondos, por donde acostumbra a moverse a la caza de secretos, es un símbolo popular. Prefiere sentarse a charlar con criados de grandes casas. Dice que la gente humilde es más abierta y observadora y, por ello, descriptiva en sus relatos... Claro que también está el hecho de que, a diferencia de la aristocracia, el servicio no siente tentaciones de matarla a golpes por haber escrito sobre la honra de sus hijas... o la falta de ella —apostilló con un cabeceo divertido—. La servidumbre de un noble de alto rango no solo aprecia un soborno, me dice siempre, sino que le viene de maravilla para reactivar su economía. Me ha confesado que solucionarle el año o la vida entera a un mayordomo hastiado o a una doncella embarazada de su patrón es una de las alegrías de su vocación.

Rebecca lo escuchaba con una atención halagadora. Si hubiera sabido que explayándose sobre la identidad y el carácter de la Reina del Chisme conseguiría ganarse el corazón de la joven, no habría implicado a Strickland en sus retorcidas maquinaciones; se habría arriesgado a que Su Chismosísima Majestad patrocinara su muerte social con un escrito vengativo por haber revelado su identidad.

Como llevaba sucediéndole unos días, pensar en Strickland le hizo repetir para sus adentros una de sus sabias apreciaciones; una que podría haber entrado en el terreno del consejo.

«¿Siquiera sabe usted lo que quiere, Kinross?».

Su padre le había preguntado algo parecido cuando, en pleno combate, ambos sudando a raudales y con magulladuras que luego compararían con un orgullo propio de salvajes, él le había contado que una mujer noble le traía por la calle de la amargura. Tal era su confianza en Robert, y tantos demonios lo habían estado persiguiendo, que se había animado a desahogarse relatando la historia desde el principio.

—Hijo, estás complicando una situación la mar de sencilla —le había dicho mientras se deshacía de las vendas—. O la quieres o no la quieres. Por supuesto, puedes pedirle matrimonio tanto si la quieres como si no; está en boga eso de condenarse a uno mismo a una vida acompañado de alguien que te hace sentir solo, y, cuando no, miserable.

—También puedo no pedírselo si la quiero —había planteado Sonny con la boca pequeña.

Su padre había girado todo el cuerpo hacia él para mirarlo con esa sorna incrédula con la que convencía a sus interlocutores de que no decían más que sandeces.

—¿Qué sentido tendría eso, Emerson?

—No siempre hay que actuar desde la lógica, papá.

—O actúas desde la lógica o actúas con el corazón en la mano, pero actuar como un cobarde no es ni será jamás una opción, ¿me oyes? —Puso los ojos en blanco y se levantó, exasperado con su hijo—. ¡Incluso pensar con la polla está justificado en estos casos, por el amor de Dios!

«¿Siquiera sabe usted lo que quiere, Kinross?», le repitió de nuevo la voz interior, trayéndolo de vuelta al momento presente.

Miró de reojo a Rebecca, que expresaba con agitación las conclusiones a la que había llegado tras mucho reflexionar sobre la Reina del Chisme, y sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

¿Quería casarse con ella?

¿*Podía* casarse con ella?

Nunca, en sus veintisiete años de vida, había conseguido contentarse con una sola mujer. Cuando se había creído abducido por la chispeante personalidad de una fémina, consumido de obsesión por la promesa de su cuerpo, la vida le había demostrado que no estaba hecho para entregarse a una sola poniendo a otra igual de tentadora en su camino.

No podía exponer a Rebecca a sus impulsos caprichosos; no podía condenarla a la infelicidad de un matrimonio con un tipejo desleal.

Ya había sufrido suficiente.

Él lo había visto con sus propios ojos.

Pero tampoco podía permitir que lo odiara y pensara lo peor de sus intenciones. Eso sí lo sabía: sabía que quería que Rebecca lo mirara con buenos ojos. Quería que Rebecca escuchara con benevolencia, con la pasión con la que oía el relato de la Reina, lo que él tenía que decir. Quería que le sonriera, sincera, cuando entrara en una habitación, feliz de contar con su presencia. Quería que lo buscara para compartir con él un cotilleo reciente, una carcajada, un desahogo íntimo. Quería que se sintiera cómoda para ser ella misma y que le dejara abrazarla a deshoras.

Quería que Rebecca lo amara. Esa era la verdad.

Terrible y egoísta, porque Sonny no sabía si podía corresponderla.

Podría hacerle el amor día y noche, podría coserse a su costado para no separarse de su lado, pero ¿y si aparecía otra mujer, como siempre aparecía otra mujer, y la defraudaba, como siempre defraudaba?

Rebecca no era una persona a la que pudiera permitirse herir.

«Eres igual que tu padre».

«Ya puedo verte echando a perder a una dama respetable».

«Has nacido para tomar, tomar y tomar, sin pedir perdón ni permiso».

Incluso la voz de lady Jersey: «Asumo que la tienes en tu punto de mira porque pretendes hacerla tu amante». Porque ¿qué otro objetivo cabía cuando Sonny era el sujeto activo de la acción, si no la seducción? ¿La simple aceptación? ¿El afecto? *Que no les hicieran reír.*

—Espere. —Rebecca se paró ante la puerta por la que iban a acceder a los camerinos—. ¿Y cómo vamos a explicar que me acompaña usted?

Sonny pestañeó para concentrarse en ella.

Sus turbios pensamientos seguían rodeándolo como una bandada de pájaros hambrientos.

—La Reina del Chisme suele ir acompañada de alguien. No será sospechoso. Y las buenas

gentes de los estratos más bajos saben de buena tinta que Sonny Kinross y la polémica escritora gustan de tomar el té algunos miércoles de temporada.

—Los miércoles —repitió Rebecca, y sus ojos brillaron de emoción detrás del copioso tejido de solo imaginarse la escena. Enseguida se obligó a carraspear y centrarse en el objetivo—. ¿Algún consejo o advertencia a la que deba atenerme sobre la forma de hablar o el vocabulario de la Reina? Algún tipo de acento, tono específico o expresión viciada.

—No voy a decirle de dónde es, señorita Wargrave —se rio él, y Rebecca le fulminó con la mirada—. A tanto no llega el conocimiento popular, descuida. Se muestre encantadora u opte por una actitud distante, no creo que a nadie se le ocurra que está usted haciéndose pasar por Su Majestad.

—¿Lo sabe ella? —susurró—. ¿Sabe ella que soy yo, Rebecca, quien, esta noche...?

—Lo sabe —le confirmó con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo es posible que haya cedido?

—Digamos que me debe un favor... o un carro de favores, y, además, a ella también le interesa enterarse de los trapos sucios de Cassius Strickland, a quien nunca ha podido sacarle un defecto. No para escribirlo en la columna si es especialmente delicado, conste —añadió con las palmas en alto—. Digan lo que digan sobre su injustificada malicia, la Reina hace rigurosísimas cribas con los graves rumores que le llegan y descarta historias que podrían perjudicar de más a sus protagonistas. Es una mujer muy prudente.

—¡Entonces es oficial que es una mujer! —Rebecca dio un saltito batiendo las palmas—. Hay quien dice que, como su estilo narrativo es excepcional y su ingenio es comparable, si no superior, al de la señorita Austen, solo podía tratarse de un hombre. Por otro lado —prosiguió con seriedad—, celebro que se haya comprometido a no escribir sobre el señor Strickland. No quiero dañar su reputación y menos aún sus sentimientos, sean cuales sean estos.

A Sonny le molestaron las tinieblas, que le impidieron verle la cara al mencionar el nombre de su pretendiente. No había podido sacarse de la cabeza la escena con la que se topó en su visita a la residencia de los Wargrave, a esa Rebecca que canturreaba, sumida en una ensoñación, después de pasar el día entero del brazo de otro hombre.

«Estás enfermo de egoísmo», le dijo su madre una vez durante una regañina. «No puedes pretender arrebatarle a tu hermana un juguete que tú mismo rechazaste solo porque no quieres que lo tenga ella. ¡Yo no he criado a un avaro!».

Sonny tragó saliva. Se dijo que no tenía derecho a interrogarla sobre su cambio de parecer sobre Cassius y Edelweiss. Se dijo, también, aunque sin interés por enterarse ni él mismo, que era mejor no hacer preguntas si se temía la respuesta.

Quién sabía cómo podría reaccionar si descubría que Rebecca estaba empecinada en casarse con Strickland.

Dios sabía que no lo había hecho como un hombre de bien en el salón de su casa.

—Vayamos adentro —la invitó, forzando un tono relajado. Empujó la puerta que los empleados habían dejado abierta, al tanto de que la Reina y él prestarían una visita—. Detrás de usted, señorita Wargrave.

Capítulo 14



«Señorita Wargrave» por aquí, «señorita Wargrave» por allá.

De pronto, Sonny se había convertido en un colmo de educación supina.

Además de insufrible, emplear la coletilla era de una desfachatez demencial, fuera él consciente o no. Empezar a tratar a una mujer con la mayor de las cortesías después de haberla besado como no se besaba ni a las esposas encerraba un retorcido sentido del humor.

Ya sabía que Sonny era proclive a las bromas pesadas, pero no que se prestaba a esa clase de ironías cuando el asunto se tornaba de una seriedad considerable.

¿Debería acusarlo de descarado?, pensó. No, porque entonces creería que le importaba lo que había sucedido y, si lo había citado en Her Majesty's Theatre, era porque tenía que demostrar que el beso no la había alterado en lo absoluto; que, en todo caso, le había servido para darse cuenta de que quería casarse con el señor Strickland.

Tenía sentido, ¿verdad? A ratos le parecía que sí, que era un plan maestro, pero luego la asaltaban las dudas.

Como en ese momento.

Conforme se adentraban en las entrañas del edificio a través de un corredor descuidado, Rebecca le iba lanzando miradas furtivas a Sonny. No servía para nada; le costaba apreciar el conjunto de una expresión a través de la tela, fina pero fiel a su propósito de ocultarle el rostro.

Por suerte, que la falta de visión fuera bidireccional garantizaba protección a sus muecas, como la que compuso para desahogar su molestia.

Siempre le había costado entender por qué se convertía en un manojo de nervios sin autocontrol alguno en presencia de Sonny, pues Clarissa o Verity la sacaban de quicio igual o más y había podido atacarlas desde la frialdad. Comprendía aún menos el modo en que su cabeza maquinaba y ejecutaba cuando el plan lo involucraba a él... o incluso lo tenía como su centro.

«¿Su centro? ¡Ja! ¡Ya le gustaría!».

Se olvidó de todo en cuanto un empleado del teatro elegantemente uniformado les dio la bienvenida a la habitación donde se cocía la magia. Al otro lado de un portón de doble hoja estallaba el ruido de las conversaciones a viva voz que solo podían mantener mujeres a las que el decoro les era indiferente. Los recibió un festival de telas de colores, de aromas entremezclados; las partículas de polvo que se quedaban flotando en el aire cuando una mano apresurada se aplicaba el maquillaje con impaciencia. A pesar de llevar el velo cubriéndole la cara, gracias a la amplitud de la habitación y la profusión de candelabros pudo apreciar el frenético aleteo de los brazos que marcaban la coreografía, los saltitos que parte del elenco daba dentro de sus faldas de tul, el intercambio de horquillas y zapatillas de media punta.

Rebecca no tuvo que proponerse buscar a la señorita Day para localizarla como un diamante entre el carbón. La comparación le vino a la cabeza sin el menor deseo de desmerecer el encanto delicado de sus compañeras, que no debía ser subestimado. Sin embargo, saltaba a la vista que ella era una criatura de otro mundo; uno de esos seres que Dios había puesto en la Tierra con una vocación marcada.

La suya era bailar o, lo que era lo mismo, domar los ritmos. Someter el tiempo.

Edelweiss estaba de espaldas a ellos y, aun así, supo que era ella. No tenía una melena espectacular, sino un cabello fino y liso como los rayos del sol primaveral. Era de un castaño almelado que, alumbrado por la colección de velas desordenadas en su tocador, parecía más

líquido que sólido. Un maillot del mismo tono que su piel se ajustaba a su estrechísima cintura de manera que, a primera vista, Rebecca creyó que estaba desnuda. Aunque su delgadez era llamativa, no se le antojó una mujer frágil, sino todo lo contrario: en el gesto de llevarse las manos a la cabeza para empezar a recogerse el pelo, exhibiendo así la perfecta curvatura de la nuca y la línea simétrica de sus hombros afilados, los músculos de la espalda se le tensaron igual que había visto tensarse los de Sonny.

No pensó que fuera posible que una joven fuese femenina aun poseyendo características masculinas.

Como si la hubiera presentido llegar y quisiera complacer su curiosidad, Edelweiss se puso de perfil para pedirle algo a su compañera con una mano extendida. Esta le hizo entrega enseguida de un puñado de horquillas que procedió a introducir en el moño redondo con la destreza funcional de la costumbre.

Rebecca contuvo el aliento al descubrir su perfil.

Para su asombro, tenía la nariz totalmente recta, varonil.

El deseo de compartir su admiración la instó a mirar hacia la derecha.

No le gustó descubrir que Sonny se mostraba igual de fascinado.

—No parece sifilítica —fue lo que aportó él al percatarse de su expectante observación.

Rebecca le dio un manotazo en el brazo a modo de queja por su falta de tacto, en el fondo aliviada porque no hubiera soltado una de sus aberrantes obscenidades. El golpe y el «ay» de Sonny detuvieron el movimiento en la habitación como si de un cañonazo se hubiera tratado.

Todas las miradas, a excepción de la de Edelweiss, se clavaron en los recién llegados.

Rebecca se quedó helada. Durante un segundo estuvo convencida de que la habían reconocido como la señorita Wargrave, incluso si esto era imposible. No tardaría en darse cuenta de que, si bien hubo valoraciones de su aspecto por parte de algunas bailarinas, la inmensa mayoría volcó exclusivamente su atención —y, luego, la potencia de su encanto— en el caballero.

—*Quel bel homme!*[4] —comentó una con desahogo, los brazos en jarras sobre la cinturilla de la falda. Exhibía las pantorrillas envueltas en las medias—. ¿Buscas a alguien en especial?

—A mí, seguro —decidió la muchacha que había estado agitando los brazos en el aire al ritmo de un tarareo. Avanzó decididamente hacia él con una sonrisa sugerente y le tendió la mano con la elegancia que solo tenían las personas con un control absoluto sobre su cuerpo. Se presentó con acento italiano—. Soy Giorgia, *signore*.

Rebecca fue testigo en primer plano de cómo se las gastaba Sonny en la presencia de mujeres atractivas. En lugar de rechazar la invitación con una sonrisa gentil, aceptó besar su mano desnuda y acompañar la respuesta de una mirada provocativa.

—*Piacere, mia bella*.

—*Tu parli la mia lingua?*[5] —se sorprendió con los brillantes ojos negros abiertos de par en par.

—*Un po'*.

—¿Y la mía la habla? —se hizo oír otra de las bailarinas. Acababa de levantarse del suelo, donde había estado estirando un costado doblándose sobre el contrario—. *Je m'appelle Aimée, monsieur*.[6]

—Amada —tradujo su nombre con un cabeceo aprobador—. No me cabe duda de que su nombre es la profecía de su vida, *mademoiselle*.

Giorgia evitó que la conversación con su recién proclamada competidora se extendiera agarrando del brazo a Sonny y acercándolo a su torso sin miedo a rozarlo con sus pezones erectos, marcados bajo la fina tela de la prenda.

—Yo lo he visto primero, así que con el permiso de nadie y nada más que su beneplácito, voy a reclamarlo para hacerme compañía después de la función... —Giorgia se giró hacia Sonny batiendo las pestañas con clara intención—. ¿Qué le parecería, *signore*? No vivo muy lejos de aquí y tengo una *bottiglia di vino bianco* en casa para ocasiones especiales.

—¿Y yo soy la ocasión especial?

—*Esatto*.

Rebecca agradeció que el velo cubriera su rostro, o todo el mundo habría descubierto que no estaba acostumbrada al descaro de las mujeres libres.

La vergüenza hacía arder sus mejillas.

—No se trata de quién lo vea primero, sino de cuál de nosotras le gusta más —replicó Aimée, acercándose también para reclamar lo suyo. Lo agarró del brazo contrario como si estuviera soplando un viento capaz de arrancar un árbol de cuajo—, y seguro que yo le gusto más; *je suis plus belle*[7], a fin de cuentas...

Como si hubiera pronunciado una palabra en clave que llamaba al zafarrancho, la mitad de las bailarinas acudieron dando gráciles saltos al punto que los presuntos periodistas ocupaban en el espacio. Una tras otra —y varias a la vez—, se fueron abalanzando sobre Sonny para palparle las mejillas y el pecho, para revolverle el pelo, para exclamar en distintos idiomas lo *bello*, *beau*, *schöner* o incluso *przystojny* que era de cerca.

—*Welche Farbe hat das?*[8] —musitó una de las austrohúngaras, una jovencísima rubia con un exceso de colorete en las mejillas. Se había acercado a Sonny, llegando a violar su espacio vital, para valorar de cerca la tonalidad de sus ojos—. *Wunderbar...*[9]

—¡Son rojizos! ¡Como la piedra granate!

—¿Qué sabrás tú de los granates? ¿Acaso te han regalado alguna joya alguna vez?

—¡Más que a ti seguro! ¡Soy una de las cuatro *ballerinas* del elenco *prinzipale*!

—¡Porque le hiciste *un petite gâterie*[10] al coreógrafo!

—¡Cree el ladrón que todos son de su condición! ¡Yo tengo el gusto más refinado que tú, que le regalas tu amor a cualquiera...!

Por razones de física y espacio, la bandada de sílfides había ido obligando a Rebecca a retroceder unos pasos, y ahora observaba desde un rincón, inmóvil, cómo las criaturas no más bellas, pero sí más excepcionales que hubiera visto nunca se deshacían en amores por el hombre al que ella despreciaba. Y él se dejaba querer sin la menor incomodidad, como si estuviera acostumbrado a ser el centro de atención en los espacios frecuentados por mujeres.

A la pequeña austrohúngara la sustituyó otra italiana, esta con unos vivos ojos verdes que escrutaron a Sonny como si fuera un milagro.

Había tomado su rostro entre las manos.

—*Bello, bellissimo...* —susurró—. *Come la notte dei luppi.*[11]

Rebecca se estremeció al oírla englobar a Sonny en lo que sonaba a poesía de lengua romance. El escalofrío no se le llegó a calmar del todo, sino que se heló, dejándole el cuerpo como un témpano, al presenciar su siguiente movimiento. La italiana se puso de puntillas para regalarle un tierno beso en los labios; uno muy parecido al que le había dado Sonny unos días atrás para ablandarla antes de profanarla del todo.

«Basta», dijo una voz dentro de sí.

En vez de pararse a averiguar el porqué de su reacción, Rebecca se enderezó como si fuera la madre superiora entre las díscolas novicias y se abrió paso en el gallinero casi a codazos. Sin el menor reparo, agarró a Sonny del cuello de la chaqueta que no le habían arrancado de milagro y

tiró hasta sacudirle de encima las manos de la italiana.

Como no era el primer beso que le daban, solo el más atrevido, tenía el rostro cubierto de distintos carmines. Debajo del cuadro libre que habían pintado entre todas, estaba él, todavía aturdido por el recibimiento y ciertamente intrigado con la actitud de Rebecca.

—No hemos venido a entretener a nadie, sino a trabajar —le recordó con severidad.

Dicho aquello, y sin soltarlo por si acaso volvían a abducirlo las aguas infestadas de sirenas, echó a andar en línea recta hacia la única bailarina que no se había comportado como si fuera el primer hombre que veía.

Rebecca se preguntó si acaso tendría el corazón comprometido; si estaría siendo fiel a Strickland o solo esperándolo.

—Señorita Day —la llamó con voz aterciopelada.

Edelweiss apartó la mirada crítica de su reflejo en el espejo y prestó atención al velo del que provenía la voz. Ya se había recogido el cabello de hilos de seda en un moño tirante. Tenía el rostro anguloso, pero no resultaba amenazante. Quizá por los ojos, para los que Rebecca no había estado preparada: había imaginado a una mujer fría, porque en su limitada concepción de las cosas había creído que una persona capaz de despachar a un enamorado carecía de alma.

Ahora se daba cuenta de que más bien tenía demasiada.

No había visto una mirada tan dulce jamás.

Ni siquiera en los niños amados.

Ni siquiera en sus madres felices.

La bailarina dejó el cepillo sobre el tocador y la midió en silencio hasta que determinó que no era peligrosa. Solo entonces le dirigió una sonrisa que extremaba prudencia.

—La Reina del Chisme, si no me engaña la vista —dijo con un acento extranjero. Señaló el broche con un ademán. Luego desplazó la mirada a Sonny, que trataba de alisar las arrugas de la camisa—. Y el señor Kinross, claro está. No se tome a pecho el comportamiento de mis compañeras, se lo ruego. No hablan en serio ni la mitad de las veces que abren la boca. Buscan el divertimento fácil y causar polémica.

—¿Entonces la invitación a tomar vino blanco no se mantiene? —fingió lamentarse.

—*Ovviamente!* —rugió Giorgia, agitando la mano desde el fondo—. ¡Le espero después!

Rebecca reprimió el impulso de gritarle que cerrase el pico y se centró en Edelweiss.

Le había sorprendido que fuera tan educada considerando que los modales del resto de las bailarinas había brillado por su ausencia. Se acordó de la exquisita cortesía de Strickland y se preguntó si eso era lo que le había llamado la atención de ella; que tuvieran opiniones parecidas sobre el modo de conducirse por el mundo.

—Descuide —fue Rebecca la que contestó, áspera—, que el señor Kinross les ha venido que ni pintado a sus amistades. La polémica le gusta tanto o más, o, si no, se habría apartado.

—¡Me han abordado sin compasión! —se defendió él.

—Y lo haría otra vez —dijo la francesa desde el otro extremo del camerino.

Para colmo, tuvo el descaro de lanzarle un beso.

—Esta mañana ha llegado a mis oídos que la Reina del Chisme me prestaría una visita antes de la función —retomó Edelweiss. Fue rápida para evitar el derramamiento de sangre que prometía la postura tensa de Rebecca—. He de reconocer que me sorprendió. Me temo que no dispongo de cotilleo alguno con el que entretener a Su Chismosísima Majestad, cuyo exquisito paladar sospecho que no se conformará con un relato mediocre. Tampoco podría servirle de recluta. No formo parte de la vida pública, y si asisto a una velada, procuro que no sea exclusiva.

—¿Por qué? —se extrañó Rebecca. Siempre había pensado que las mujeres en su situación,

que no podían vivir con excesiva holgura pero sí de forma respetable, celebrarían con júbilo una invitación a los espacios aristocráticos.

Edelweiss le sostuvo la mirada, inexpresiva.

A Rebecca le pareció que le estaba viendo la cara con total claridad pese al velo.

—Odio sentir que formo parte de la discriminación a la que inevitablemente se somete a quienes no son invitados, a menudo por razones de clase... Las que para mí resultan ser imperdonables. —Hizo una pausa para cruzar las piernas lentamente bajo la copiosa falda. Sus largas extremidades inferiores terminaban en unas zapatillas de punta con lazos de satén entrecruzados en el tobillo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Su Majestad esperaba elaborar una publicación... diferente para el número de la semana que viene —se adelantó Sonny con brío—. En lugar de extenderse sobre los escándalos actuales, le gustaría escribir una breve biografía sobre usted. Es natural que, después de tanto tiempo contando intimidades de las clases altas, le apetezca dar un giro a su carrera tocando cuestiones sociales... sin sacrificar el interés por lo exótico, claro, que siempre apela al morbo popular.

Edelweiss asintió.

Su expresión no había cambiado en ningún momento.

Era un papel en blanco, solo que de una dignidad sobrecogedora.

—Yo soy lo exótico, imagino.

—Es lo interesante —corrigió Rebecca. No habría soportado ofenderla, y no porque entonces no sería sincera y dejaría de servir a sus propósitos, sino porque la respetaba—. Le vendrá de perlas un impulso publicitario a su carrera artística, señorita Day. Por supuesto, recibirá una compensación económica por lo que decida compartir con nosotros.

Edelweiss no vio motivos para negarse y, tras consultar el reloj y advertirles —en tono informativo, que no insolente— que podía concederles un total de quince minutos, se prestó a responder escueta pero diligentemente las preguntas que fue improvisando Rebecca.

Capítulo 15

Rebecca descubrió que la señorita Day había nacido en un barrio humilde de la capital y tanto ella como su hermana mayor se habían quedado huérfanas a muy temprana edad. Ninguna de las dos se resignó a hacer las calles y en su lugar entraron a trabajar con solo doce y quince años a un taller de costura. Fue allí, cosiendo los espectaculares trajes que luego lucían las bailarinas de ballet inglesas en sus reposiciones de clásicos austriacos, franceses e italianos, cuando ambas se enamoraron de la danza y decidieron probar suerte en el mundo artístico.

Su hermana no había tenido tanto éxito como la pequeña Edelweiss, pero nunca le guardó rencor por ello.

«Y el resto es historia», había concluido.

Sin dejar de escucharla, Rebecca había estado fijándose en los detalles del tocador. Uno le había llamado poderosamente la atención. Sobre todo porque no había pretendido esconderlo, aunque tampoco estaba colocado en un espacio estratégico para airear lo que otras entenderían como un privilegio.

Se trataba de un sobre a su nombre escrito con la letra de Cassius Strickland.

Lo había abierto porque la parte superior estaba rasgada, pero igual que había leído la nota, la había vuelto a introducir en su envoltorio. Ahora descansaba, arrugada e inútil, en una esquina.

Parecía que Edelweiss la hubiese arrastrado con desprecio lejos de su campo de visión.

—¿Hay algún aspecto de mi vida que les interese en particular? —preguntó ella al caer en la cuenta de que ninguno de los dos se había dado por extasiado con el monólogo.

—Las grandes historias de amor se asocian a las mujeres que pueden permitirse la pasión —señaló Rebecca. Le costó Dios y ayuda pronunciar aquellas escandalosas palabras sin que le temblara la voz—, y, según se dice, son las bailarinas y las actrices las que poseen esa suerte. ¿Cómo vive usted el cortejo de sus admiradores, señorita Day? ¿Hay algún hombre esperándola en casa? ¿Es habitual que las artistas de su clase contraigan matrimonio?

Edelweiss se tensó, primera y única prueba de que no era una muñeca con aspecto de cristal pero revestida de acero, sino una persona de carne y hueso con una historia trágica y una opinión firme.

La que tenía de los hombres no era positiva, eso saltaba a la vista.

—Tengo admiradores, sí —respondió con ambigüedad. Vaciló un momento, indecisa entre seguir la senda de la prudencia y abrazar la inquina que trataba de sofocar sin éxito. Terminó decantándose por lo segundo; Rebecca supo que lo haría antes de que arrancara a hablar por la mirada que le dirigió—. Debe usted entender que a las mujeres de mi calaña las persiguen, pero no las aman. Un hombre puede desplegar una pasión devota por una bailarina, por una cantante de ópera, por una actriz..., y puede que esa pasión dure mil años y cueste ciento veinte libras anuales, mensuales; incluso semanales —compuso una sonrisa gélida—, pero el precio de una boda no lo pagarían ni borrachos.

—Aun así, hay bailarinas, cantantes y actrices casadas —señaló Sonny, más con la intención de aplacarla que por llevarle la contraria.

No había sido ajeno al dolor que encerraba su actitud defensiva.

El señor Kinross no era tan insensible, después de todo.

—No con hombres que pueden permitirse gastar ciento veinte libras en su amante, señor Kinross. Y no me malinterprete; nunca me ha parecido que el amor de un aristócrata o un

adinerado burgués conceda deseos u obre milagros que no estén en la mano de una buena persona que trabaja el metal u hornea hogazas de pan. Solo digo —continuó, esta vez siendo precavida— que los hombres que desean no son los hombres que respetan. Y solo los hombres que respetan ofrecen el futuro.

Rebecca y Sonny se pusieron rígidos a la vez, reconociéndose en la conclusión de la señorita Day. No era nada que ella no hubiese defendido en cientos de ocasiones, dos de ellas ante el señor Kinross, pero oírlo en labios de otra mujer, una curtida en las batallas amorosas y marcada por el desprecio del sexo opuesto, le recordó lo sucedido en el salón y la hizo avergonzarse.

—Ha hablado del reto de ser una bailarina a la que los hombres aman —irrumpió de repente Sonny—, pero ¿qué hay de la complejidad de ser la mujer que ama a los hombres?

—No lo sé, puesto que no la conozco. Yo soy Edelweiss Day.

—¿Y Edelweiss Day nunca ha estado enamorada?

—No.

Se levantó con un débil suspiro, carente de nostalgia o pena. Parecía parte de su calentamiento antes de la función. Resultó no ser tan alta como había imaginado, claro que las bailarinas solían dar esa impresión dentro y fuera del escenario por su flamante postura. Sorprendió a Rebecca encarándola para decirle:

—Si me permite una petición, deje manifiesto en mi biografía que el privilegio de formar parte de mi familia no está en venta, y que aún no ha nacido hombre, al menos en esta Tierra, que pueda convencerme de abandonar mi profesión.

—Por supuesto —se apresuró a prometerle.

Rebecca la vio inclinarse hacia el espejo para ver dónde se alojaban con exactitud las partículas de perfume que vertió en sus dos clavículas. Un puf, otro puf, ambos ante la mirada perpleja de una joven que se maravillaba con el hecho de que se concediera una coquetería para un baile en un escenario; para sudar y luego asearse.

Edelweiss abandonó el camerino acto seguido.

Fue la primera, la que marcó el ritmo: las demás la siguieron de puntillas, replicando el silencio digno con el que la *prima ballerina* había decidido enfrentarse a su público esa noche.

En cuanto se quedaron a solas, Rebecca se quitó el sombrero de un tirón. Respiró aliviada al sentir el aire en la cara, incluso si estaba viciado por los aromas a sudor, tul y colonia de una guardia de bailarinas.

—Bueno —rompió el silencio, mirando de reojo a Sonny—. Es obvio que no entra en sus planes más cercanos perdonar al señor Strickland por sus burgueses desprecios.

—No quiso casarse con ella, y ella se ofendió tanto que hasta reniega de él —resumió. Se rascó la coronilla con una mueca—. Eso es lo que parece, al menos, pero no sé qué pensar, Rebecca. No se me antoja la clase de mujer que se toma a pecho que no le pongan un anillo en el dedo. Ya ves que no alberga ambiciones inasequibles, que es sencilla; que no se altera ni se emociona con visitas de renombre como la de la Reina del Chisme.

—O la de Sonny Kinross —apostilló ella con rencor. Se dejó caer sobre el taburete acolchado donde había estado arreglándose Edelweiss y se quitó el sombrerito con la redecilla. No pudo contenerse y agregó, mirándolo a la cara—: ¿Y ahora soy Rebecca otra vez?

Sonny enarcó una ceja, como si no comprendiera el cambio de actitud.

—¿Quieres seguir siendo la Reina del Chisme?

—No era eso lo que quería decir —gruñó. Pensó en continuar la conversación, tener la fiesta en paz, pero se rebeló contra la costumbre de reservarse sus pensamientos, que, a fin de cuentas, era costumbre con todo el mundo menos con él. Alzó la barbilla—. Has estado dirigiéndome a

mí con frialdad, como «la señorita Wargrave», desde mi llegada al teatro.

Sonny fingió sorprenderse, y sabía que lo fingía y no lo hacía porque conocía al dedillo el repertorio de expresiones con el que le gustaba contentar a las mujeres y desafiar a los hombres.

A decir verdad, llevaba el curso de la noche comportándose de un modo natural y al mismo tiempo anómalo; empleaba el tono guasón de siempre, sonreía, no se cortaba a la hora de mirarla, pero había algo en él, o quizá en ella, o tal vez flotando entre los dos, que alteraba la intencionalidad de las palabras. La fachada de Sonny era la misma, y, sin embargo, parecía un impostor, una versión esbozada o como mínimo apagada de Sonny.

No sabía si hacía bien al abordarlo al respecto o por el contrario se estaba poniendo en peligro. O, peor, en evidencia.

—¿Ahora te molesta que te trate de usted? Llevas años reprochándome que te tutee.

—Y decides dejar de hacerlo después de besarme.

Él no se dio por aludido con la pulla.

—Cada uno reacciona y actúa sobre las situaciones como puede —respondió sin más, y empezó a arreglarse los puños de la chaqueta con aire distraído—. Si no recuerdo mal, tú, después de besarme, optaste por no decir ni mi nombre ni mi apellido. Por no reconocer mi existencia en lo absoluto, de hecho.

Rebecca se levantó muy despacio del taburete, ceñuda.

—¿Te estás vengando porque me indignara tu actitud y eligiera ignorarte en las veladas?

—¿Vengando? —Abrió los ojos—. ¿Qué es «vengarme» con exactitud? ¿Llamarte «señorita Wargrave»? ¿Por qué, en el nombre de Dios, te trataría cortésmente para hacerte pagar un desaire? Creo que las represalias han de estar equilibradas; por eso, en todo caso, me vengaría de ese beso tuyo devolviéndotelo... que es lo que hice. Ese era el segundo, Rebecca.

Ella entrecerró los ojos, determinada a parecer indignada.

—No sabía que los besos fueran como las cartas, que se dan y se reciben.

La expresión contenida de Sonny se relajó para abrir paso a una emoción más sincera.

—Y se corresponden, y se dedican, y cada uno de ellos tiene un estilo personal. También se les parecen en que pueden insinuar palabras de amor.

—Sí, supongo que es una buena analogía. Por ejemplo, tú te dejaste tu beso sin firmar. Es más: fue una carta-beso incompleta en el momento en que interrumpiste su escritura para salir corriendo.

—No salí corriendo —se defendió—. Me fui caminando.

—Caminando a toda prisa.

—A toda prisa, tampoco. Solo me marché... rápido —corrigió, para nada dispuesto a ceder—. En ningún caso fui tan veloz como tú la tarde que me agarraste del pescuezo en St James, de todos modos.

—¿Por qué insistes en mencionar aquel día? Sobre todo cuando luchaste, y en el sentido más literal, para que te perdonara por ello. Si es para restarle importancia a lo que... hiciste el otro día alegando que yo lo hice antes, no es lo mismo. ¡No es lo mismo ni de lejos!

Él la miraba sin parpadear.

—¿Por qué no?

—Porque yo tenía el objetivo de persuadirte para que me llevaras lejos. Lo hice creyendo que funcionaría como soborno. Tú, en cambio... Tú... —Apartó la vista, intimidada por la intensidad de su hipervigilancia—. No sé qué objetivo tenías tú.

—¿Seguro que no? Cosa rara. Siempre has tenido una idea muy clara de quién soy y por qué hago lo que hago. ¿Por qué dudas ahora? —Empezó a enumerar sacando los dedos de una mano

—: Es obvio que te besé porque soy un cerdo, un depravado, un pervertido...

—¡Y lo eres! —lo atacó cargada de inquina—. ¿O acaso no has disfrutado de las carantoñas de las bailarinas? ¡Hasta te has dejado besar, por Dios!

Sonny extendió los brazos y exclamó, recalcando cada palabra:

—¡Me tenía agarrado por las mejillas y el factor sorpresa estaba de su parte!

—¡Y un cuerno! ¡Si no quieres que alguien te bese, te apartas!

Creyó ver que una emoción visceral relampagueaba en los ojos de Sonny, pero Rebecca no se atrevió a insultar su inteligencia engañándose con que era rabia o molestia porque volviera a arremeter contra él. Lo que destelló en sus ojos como el granate, bellos, bellísimos, como la noche de los lobos, fue lo mismo que le instó a dar un paso adelante y replicarle en voz baja.

—Tú no te apartaste. Supongo que eso significa algo.

Rebecca sintió que el estómago se le daba la vuelta.

—Tú sí te apartaste. Incluso te largaste sin despedirte, y ahora me llamas «señorita Wargrave». Supongo que eso —subrayó con rencor— significa algo.

—Había un combate importante esa noche y recordé que me estaban esperando con una hora de antelación para disponer los preparativos.

Rebecca perdió los papeles al reconocer el tono neutro del que se valía para mentir.

—¡Vete al diablo, embustero! ¡Ni siquiera llegaste a decirme por qué viniste a casa en primera instancia! ¡No era horario de visitas y nadie te había extendido una invitación!

—No necesito una invitación para visitaros.

—A mi hermano tal vez no, pero no querías ver a mi hermano.

—¿Qué es lo que quieres que te diga, joder? —la interrumpió con brusquedad—. Al final voy a pensar que quieres que te bese otra vez. ¿Quieres que lo haga? —insistió, alzando la voz, y la agarró del brazo de un modo que habría sido una amenaza en toda regla si no hubiera acompañado el gesto de una mandíbula tensa de pasión y una mirada vulnerable—. Porque te beso. Te juro que te beso, Rebecca, señorita Wargrave, como diablos quieras llamarte o que yo te llame.

Rebecca se estremeció inexplicablemente.

Se convenció de que se debía al miedo a lo que era o al menos debía ser una intimidación; de que tenía tan reciente el terrible recuerdo de su boca explorando la suya, de sus manos haciendo peripecias para cubrirla en todas sus partes, que había reaccionado igual que una víctima de asalto.

Pero...

«Pero. Ahora siempre hay un “pero” antes de decir “Sonny”. “Sonny el embustero, pero”».

Y ahí iba el «pero» de verdad: que tenía los ojos de la noche de los lobos enmarcados por pestañas que no eran negras. Y qué. Por mucho tiempo, Rebecca había pensado que las pestañas negras y tupidas eran lo más bello del mundo. Eso sí que era mentira. Las suyas eran como la madera quemada, como el flequillo que a menudo se cansaba de obedecer órdenes y se levantaba para apuntar al cielo, diciendo «Dios está allí, sí, allí, y es amigo mío».

¿Por qué de pronto le parecía atractivo? ¿Por qué, de pronto, era algo más que eso? Los hombres atractivos eran agradables a la vista, pero a él le daba pavor mirarlo demasiado o de manera directa. Un mechón le cruzaba uno de los ojos, como imaginaba que el cabello entorpecería el rostro del villano de una novela. El absurdo manoseo de sus admiradoras le había desplazado la camisa a un lado, mostrando una porción de piel morena que terminó de ponerla nerviosa.

Previendo que él se disponía a besarla con la misma energía que lo había impulsado hacia

delante, Rebecca agarró el sombrero de la Reina del Chisme y se lo colocó a toda prisa. Logró cubrirse el rostro con la redecilla a tiempo para evitar el contacto con sus labios, pero de todos modos el corazón se le desbordó en el pecho al apreciar a través de los encajes la mueca de dolor que le contrajo el rostro.

Dos respiraciones agitadas, calientes como el viento del desierto, chocaron con la tela.

Rebecca no se atrevía a pestañear.

Él sí, y, además, cerró los ojos.

Sintió su mano en la cintura y luego cómo la punta de su nariz empujaba la redecilla al inclinarse sobre ella. No pudo escapar de la presión de sus labios ni con el disfraz: él la besó en la boca con suavidad por encima del encaje, primero con la cabeza ladeada hacia la derecha, y luego ladeándola hacia la izquierda.

Rebecca no se había fijado en que tenía el puño comprimido contra el escote del vestido, ahí donde apretaba el nudo que se le subió a la garganta y la persuadió de derramar una lágrima.

¿De qué? ¿De incomprensión? ¿De miedo?

No era disgusto. ¿Era nostalgia?

—No te... no te tomas nada en serio, Emerson Kinross —musitó ella.

—¿Y no será que tú te lo tomas todo demasiado a pecho? —contraatacó con paciencia—. A mi modo de ver, yo soy lo único que no te tomas en serio tú, y tú eres lo único que yo me tomo a pecho.

Rebecca apretó los labios, en desacuerdo con su teoría.

El anonimato del velo le dio el valor para desahogarse.

—Eso es una valiente mentira. Si me guardaras la cara solo un poco, Sonny, no me habrías humillado al rechazarme delante de Harding y de Verity, al dejarme sola en medio de la calle. ¡Y estaba lloviendo! No es que yo lo tome a pecho, canalla. ¡Es que es un relato digno de una maldita novela de Dickens!

—Eres demasiado bella y vanidosa para una novela de Dickens. Solo podrías ser el personaje malvado, y no quiero —susurraba, persuasivo—, porque para mí no eres malvada ni nada que se le parezca. Si tuvieras que ser algo que se escindiese de mis sueños y mis fantasías, serías, más bien, la caprichosa princesita que se burla, y no sin razón, de una protagonista austeniana. Y no por maldad, sino porque ella es la más divertida de todas.

El corazón le brincó en el pecho.

No podía ser posible —como no era justo— que la primera vez que reafirmaban su deseo de ser buena hubiera tenido lugar allí, en el camerino, y gracias a la compasión de Sonny. Pero por poco se dejó llevar por la ternura y la sinceridad de sus palabras.

Por poco.

—Me humillaste —insistió.

—Tu hermano...

—Mi hermano te importa muy poco a la hora de disfrutar de tus mujeres, o de lo contrario no me habrías besado teniéndolo a él a unas escaleras de distancia. No insultes mi inteligencia tratando de convencerme de un argumento buenista que es la antítesis de la veleidad por la que se te conoce.

Sonny se cansó del juego y le quitó el velo para mirarla de nuevo a los ojos.

—Tú no me querías. —Dejó que su sencilla justificación llenase el espacio, tornando la atmósfera irrespirable, antes de continuar—. No querías casarte conmigo, Rebecca, sino vengarte de Harding a través de mí. Si me hubieras dicho cualquier otra cosa... Si me hubieras dicho: «Siempre te he amado» o solo «Te deseo», no sé si hubiera sido capaz de obrar correctamente.

Pero lo hice. Obré como lo habría hecho un caballero; como yo no lo habría hecho en otras circunstancias… y supongo que eso significa algo —añadió con un hilo de voz—. Significa... significa... significa que te tomo muy a pecho.

Sonny emitió un sonido que no era humano con la garganta, un sonido que sin embargo se explicó en el gesto impaciente con el que le ahuecó el rostro con las manos. Rebecca sintió la gentil presión de sus pupilas, ávidas de belleza, al recorrerla un momento antes de besarla.

—Deja de odiarme —le rogó entre besos—. Deja de odiarme. Lo repetiré como si fuera un conjuro, un hechizo de hipnosis. Invocaré a las brujas y les daré mi sangre. Deja de odiarme. Te lo ordeno, Rebecca Wargrave, y también te lo imploro.

Rebecca se quedó laxa entre sus brazos. De su cuerpo sentía nada más que la parte superficial; de pronto no tenía ni huesos ni músculos, solo piel, una piel en llamas con el único accesorio de una boca que se abría y se cerraba para succionar los sabores de los labios ardientes de aquel hombre divino.

No tenía sentido negarlo. Era tan insoportable como absurdamente irresistible, bello de un modo único, en sus movimientos y en su hablar, y quería que la besara tanto como quería que la dejara en paz. Quizá porque ni siquiera era insoportable, o porque esa no era la frase completa. Era insoportable que la llenara de anhelos imposibles. Era insoportable pensar que pudiera haber perdido el tiempo deseando a otros cuando él estaba justo ahí.

«Dependes tanto de Kinross para ser quien eres como dependes de mí misma», había dicho Verity.

Rebecca no estaba de acuerdo. Odiaba tanto a Kinross como se odiaba a sí misma. Así había sido desde siempre. La obsesionaba tanto el potencial desperdiciado de Kinross como le obsesionaba su propio potencial desperdiciado. Ella podría haber sido la reina de la fiesta igual que él podría haber sido emperador, y, sin embargo, eran los dos esperpénticos bufones de las noches de velada. Tan esperpénticos, tan bufones, que se refugiaban en el camerino de un teatro para tocarse frenéticamente.

O quizá su potencial no estuviera del todo desperdiciado, pensó de repente.

Cassius.

Cassius Strickland.

Él estaba soltero e interesado en ella. Él podía restaurar su nombre, darle una oportunidad de felicidad, curar su soledad. Nunca volvería a ser la joven y bellísima Rebecca Wargrave que presentó sus respetos a la reina, pero podría convertirse en la modesta y callada esposa del hombre dorado.

Apartarse de Sonny le tomó un sobreesfuerzo tanto porque él se había aferrado a ella como un buitre aferraba su presa como porque ella no se veía con el valor de soltarlo. Pero lo hizo en señal de respeto a sus posibilidades, a sus deberes de soltera, a los esfuerzos económicos de su familia, al miedo a ser una eterna carga, a seguir avergonzando a su padre en la distancia; a vivir para siempre bajo el techo de una pareja amorosa que no hacía sino subrayar su inferioridad y su miseria con el simple hecho de existir cerca de ella.

—No —barbotó—. No, no, no.

Sonny se quedó tambaleándose sobre su eje débil, mirándola sin poder creérselo, igual que a un traidor; como si hubiera pasado de largo al verlo desmadejado en el suelo.

—¿No?

—No. —Le entregó el sombrero y el broche y se separó, necesaria medida de seguridad—. No, porque me voy a casar con el señor Strickland, así que… No. Eso es. No.

Capítulo 16



—¡Ah! —Sonny relajó los hombros nada más doblar la esquina del pasillo y ver a su visitante cómoda en la sala de té privada. Se colocó una mano en el pecho, como si en su mera contemplación intervinieran las flechas de Cupido—. Aquí estás.

Donde se reunían por lo habitual, en el caso de que alguien deseara concreción.

La Reina del Chisme no citaba a nadie en su vivienda, en parte porque, si a Sonny no le habían fallado las investigaciones —llevadas a cabo al margen de los deseos de la susodicha—, la leyenda local rezaba que no la tenía y debía fingir que vivía de acuerdo a esta para evitar problemas. Así pues, para reunirse con sus amistades se tomaba, como mucho, la inconcebible molestia de prestar una visita a la residencia de quien correspondiera.

Visita concertada y autorizada por el anfitrión, por supuesto.

Nada de aparecerse de pronto.

Ante todo, Su Majestad era bien educada.

No obstante, esas eran sus normas con los jóvenes y señoritas con los que pretendía cerrar un trato profesional, a menudo consistente en obtener información a cambio de otros secretos, una cantidad monetaria o una cita con la mejor cortesana de Londres. Todo dependía de la compensación que exigieran los interrogados, a la que la escritora no le importaba plegarse.

Como no podía ser de otro modo, la Reina se presentaba a estos trueques con su disfraz.

No así con Sonny.

Siempre que se veían, y la frecuencia dependía de la disponibilidad de ambos, se presentaba con el rostro bien visible y sin adulterar ni sus maneras, ni su caligrafía, ni su tono de voz. Con él no le había quedado otro remedio que ser franca desde que descubriera su identidad, pero para asombro de los dos, que en su día se declararon archienemigos por razones de peso, habían acabado forjando los cimientos de una curiosa amistad lo bastante firmes para que ni a ella le importase mostrarse tal cual era, ni Sonny sintiera tentaciones de vengarse de su mala baba literaria.

Cuando no se reunían los miércoles en la casa del señor Kinross, se citaban en el club de pugilismo, en la planta baja. Nunca en la salita de tentempiés, que rara vez se hallaba despejada, sino tras una celosía de cristales de Murano que conducía a una pequeña pero ricamente decorada sala privada.

La Reina del Chisme en carne y hueso enarcó las cejas, de un rubio ceniza un par de tonos más oscuros que su cabello de princesa sueca.

—¿No te dije acaso que estaría? Si no recuerdo mal, me debes un broche de incalculable valor y un sombrero con velo de encaje. Yo no tengo prisa por recuperarlo —añadió, tomando la taza que ya le habían servido. Dio un sorbo mirándolo a través de las pestañas. Eran de un rubio casi transparente, pero tan largas que no pasaban desapercibidas—, si bien se me ha ocurrido que estarías ansioso por deshacerte de este par de objetos inculpatorios.

—Estaba más ansioso por verte y charlar contigo, querida.

Ella, que solo se expresaba utilizando los ojos y las cejas —hasta la fecha, Sonny no la había visto sonreír; no de pura alegría, al menos—, volvió a arquear las segundas a conveniencia de su recelosa expectación.

—Ya sabes que no ando sobrada de tiempo durante la temporada. Puedo concederte quince minutos después de recuperar lo que es mío; veinte, si luego me prestas un coche de caballos sin

blasón para estar donde se me espera justo a tiempo.

En su paseo hacia el asiento libre, Sonny no apartó la vista de la criatura que tanta curiosidad le había suscitado siempre. Arrastró la silla por el respaldo y la giró para sentarse con el pecho tocando la superficie acolchada. Apoyó los codos encima de la madera recién pulida y descansó la barbilla sobre el dorso de una mano con una sonrisita traviesa.

—¿Puedo preguntar qué velada te requiere esta noche?

—No —respondió ella sin mirarlo. Se detuvo a paladear los sorbos de pajarillo que daba a su taza predilecta; la que se había agenciado de pleno derecho después de prestar suficientes visitas al club como para exigir indulgencias y que le fueran concedidas. Depositó en el platillo la porcelana pintada a mano por un famoso artista francés y lo encaró con toda la intensidad de su mirada desvaída, de un gris que recordaba a la plata recién abrillantada—. ¿Cómo se desarrolló la visita a Her Majesty's Theatre? ¿Ha descubierto ya la honorable señorita Wargrave lo que te traes entre manos? O, no lo quiera Dios, ¿te has dado por satisfecho de una vez por todas y has decidido poner fin a este sinsentido?

Sonny alargó la mano hacia el té de la Reina y, sin pedir otro permiso que lanzarle un guiño cómplice, dio la clase de trago generoso que se veía en las tabernas del muelle.

Se lo devolvió tras emitir un suspiro placentero.

Aún seguía caliente.

Cómo no. La Reina no bebía nada que estuviera frío.

—Sí y no.

—¿Sí y no?

—He consultado mi situación con la almohada y me ha dicho que es hora de tomar una decisión que cambiará el curso de mi vida. Y, con suerte, de la suya. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas y se humedeció los labios despacio—. Verás... Rebecca se comportó de un modo con el que cabe albergar esperanzas. Un modo que justificaría seguir insistiendo, ¿entiendes? Sintió celos cuando las bailarinas del elenco se arrojaron a mis brazos, me reprochó que la hubiese ignorado después de besarla, y... y aceptó mis labios en una segunda ocasión, esta vez como si me hubiera estado esperando.

El reciente recuerdo le quemó la sangre. Se tuvo que esforzar por disimularlo para no escandalizar a la regia mujer que lo escuchaba con atención.

Si no confiara plenamente en ella, Sonny se habría reservado los detalles de su última aventura. A fin de cuentas, estaba hablando con una escritora cuya fuente de ingresos principal provenía de escribir sobre intimidades ajenas, y no para retratar a sus cabezas de turco en buenos términos. Pero entre que Su Majestad le profesaba a Rebecca un afecto especial —o, siendo justos con la verdad, la compadecía demasiado como para atacarla una vez más por la espalda— y que él y ella hicieron un pacto largo tiempo atrás, Sonny no tenía motivos para pensar que los pondría en un aprieto.

Dicho pacto se asentaba sobre la base de la justicia pura y dura: él expuso el argumento en su día y, gracias al cielo, contó con la aprobación de la Reina.

—Tanto si fue usted la urdidora original de la caída en desgracia de mis padres como si corrió a cuenta de su antecesora, la cuestión es que las columnas de marras han infligido suficiente daño a mi familia como para que Su Chismosísima Majestad pase el resto de su vida haciendo la vista gorda a las que sean las faltas de los Kinross —le había dicho Sonny allí mismo, sentado en aquella misma silla, largos años atrás—. Permitiré que largue sobre mí cuanto guste, siempre y cuando no repercuta en mis seres queridos, pero jamás sobre mi hermana, mi madre o el señor Robert Kinross. A cambio de las jugosas historias que sé que le escamotearé al impedirle escribir

sobre personajes tan célebres, le regalaré información sobre todo aquel sujeto interesante que pase por mi club; sobre toda historia que llegue a mis oídos. Incluso sobre mí mismo.

La Reina no halló inconveniente en concederle su deseo. Ese día condenó al olvido a lady Hailey, a Robert Kinross y a la jovencísima Sabrina, y es que una de las consecuencias negativas de que la susodicha no escribiera sobre alguien era que ese alguien empezaba a pasar desapercibido para la alta sociedad inglesa... para bien o para mal. Por eso había quienes se esforzaban por destacar, incluso si no era en un buen sentido: para que la Reina se enterase y lo convirtiera en alguien relevante con su punzante ironía.

—Entonces la señorita Wargrave se está ablandando —resumió la escritora en falso tono reflexivo, como si estuviera preguntándose cuál sería el curso de acción correcto. Era una sensación engañosa, porque la Reina (aquella en particular, no sabía las demás) había nacido con una idea sobre lo justo y sobre lo que no lo era tan estricta que averiguaba en el acto el camino recto. No solía dar a conocer sus conclusiones, sin embargo—. Quizá haya llegado el momento de pedirle matrimonio.

—¡No! —exclamó, espantado—. No, claro que no.

La Reina agachó la barbilla para mirarlo con una frialdad sobrecogedora.

A veces, Sonny había pensado que podía escribir columnas tan crueles sin inmutarse porque carecía de sentimientos. Al cabo del tiempo, por fortuna, aprendió a leer más allá de su rigidez y comprender que debajo no había otra cosa que el deseo de proteger a los perjudicados de un mal mayor que ella.

—No pretenderás tomar lo que para una mujer soltera es tan valioso e irte de rositas.

—Nunca he querido que Rebecca acepte mi mano porque no le queda otro remedio —se defendió, indignado porque lo insinuase siquiera—. Ya te conté en su momento que descubrí cuánto significa para mí su bienestar cuando me ofreció su cuerpo en bandeja y me sentí profundamente ofendido. Recuerda la clave de este plan que tomas por absurdo: conseguir que no me vea como un buitre en busca de carroña, y...

—¿Y luego? —lo apremió con la amenaza en la punta de la lengua, por si se le ocurría decir algo impropio—. Porque si no vas a ofrecerle a la señorita Wargrave lo que tanto desea, que es una vida tranquila con un hombre respetable, deberías dejarla en paz.

Sonny desvió la mirada a donde sus antebrazos seguían cruzados.

Movió los dedos que se le habían arrugado por la tensión.

—Sé que la deseo, V. Sé que me dejaría cortar una pierna entera antes de hacerle daño. Pero también sé que no soy... No soy de fiar. Las personas que mejor me conocen me han definido toda la vida como un egoísta y un empedernido amante informal, demasiado irresponsable y distraído para centrarse en una sola mujer. Mi madre, mi padre, Harding... La propia Rebecca —concluyó con un hilo de voz—. Y, aun así, no puedo permitir que se case con Strickland, como ha amenazado con hacer. Antes debo... debo... debo darme la oportunidad de averiguar qué siente por mí, y si sería suficiente para... No sé. No lo sé.

Alzó la cabeza al oír el suspiro con el que la Reina interrumpió su monólogo.

—¿Qué crees que conlleva la certeza de que te dejarías cortar una pierna por alguien, sino que estás enamorado? —le preguntó en tono condescendiente, más exasperada con su inocencia que con aire despectivo—. Haces bien en temer lo que sientes por ella, no me malinterpretes. Amar consiste en aceptar una debilidad, en ponernos en las manos del otro, y eso produce un vértigo sobrecogedor. Pero negarlo, cerrar los ojos al sentimiento, es una auténtica necedad.

—No lo niego y tampoco lo temo. No es Rebecca quien me da miedo, sino yo mismo y la profecía que pesa sobre mis hombros. Ya sabes de dónde vengo, V., tú mejor que nadie —le

recordó con las cejas alzadas y una mueca impotente, jugando con el mantel bordado de la mesilla igual que un niño enfurruñado—. Me las gasto igual que mi padre.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Quieres decir que tú también amas intensamente?

—Quiero decir que tengo impulsos egoístas que hacen infelices a mis allegados.

—Tu padre no es santo de mi devoción, y tampoco de mi antecesora, como se encargó de dejar por escrito en las revistillas de entonces —reconoció con un cabeceo, en lo absoluto avergonzada y para nada dispuesta a disculparse en nombre de la anterior columnista. Las reinas se protegían entre ellas con lealtad incondicional—. Si algo has podido aprender del estilo narrativo y la preferencia de tópicos de Sus Chismosas Majestades, es que no toleramos ni a los violentos ni a los infieles; mientras sostengamos una pluma, estos canallas quedarán retratados ante los demás. Pero Robert Kinross no es lo peor que se ha visto —concluyó.

—No lo parecía cuando te ensañabas con él incluso estando ya casado con mi madre.

—Debatimos sobre esto en su día, Sonny. No puedes reprocharme nada. Cumplí mi promesa de no volver a plasmar su nombre en un papel.

—Sí, es cierto. Parece que hayan transcurrido siglos —murmuró, perdido en la rueda del tiempo. Se recuperó esbozando una sonrisa pilluela—. Y pensar que nos hicimos buenos amigos cuando yo te odiaba por haber arruinado mi inocencia, y tú a mí por haber destapado tu secreto.

—Nadie había buscado a la Reina del Chisme con tanto ahínco —señaló ella con una sonrisa ladina, la mirada gacha, fija en la translucidez del té. Aunque lo disimulaba, en el fondo admiraba su tenacidad—, y eso ya es decir.

—Era una cuestión personal.

—Siempre es una cuestión personal cuando se trata de vengarse de una columna explícita, pero supongo que no todos los ofendidos tenían una voluntad capaz de mover montañas... ni contaban con tantos recursos. Los duques pueden ser ricos, pueden contratar detectives si lo desean; sin embargo, a la vista está que las clases altas nunca podrán descifrar el modo en que piensa una mujer humilde. Nunca con la astucia que demostró el hijo de un púgil, al menos.

Sonny se quedó reflexionando con una nostálgica sonrisa en los labios.

Había crecido en el seno de una familia que, más que quererse, se devoraba. Con la mirada, con las manos, con las palabras que se dirigía. Todo lo que sus padres hacían estaba destinado a provocar al otro; afortunadamente, con el legítimo objeto de compartir un final feliz. Sonny se recordaba, siendo muy niño, tratando de entender por qué la atmósfera se tornaba irrespirable cuando se hallaba en la misma habitación que sus padres. A diferencia de lo que le sucedía a su hermana, que se sentía abrumada y acababa esfumándose, arrebolada, él se ponía cómodo bajo la nube densa de su deseo y observaba, embelesado, cómo la caricia de su madre domesticaba a su padre, de normal temperamental, y cómo la seducción de su padre encabritaba a su madre, de una serenidad y dignidad irreprochables.

Por eso se le había venido el mundo encima al leer en la columna de la Reina del Chisme que Robert estaba casado cuando se acostaba con lady Hailey; que la trató como a una vulgar amante durante años pese a ser la hija de un conde, y que solo la muerte de la primera señora Kinross salvó a su madre de quedar reducida a una damita venida a menos, a poco más que una prostituta con sangre azul.

Cuando confrontó a sus padres al respecto, sacudido por la revelación, estos se esforzaron por ampliar sus miras contándole una historia de una complejidad que se negó a aceptar. Arremetió contra el señor Kinross por injusto y falacioso. También contra su madre, que poca o ninguna culpa tuvo de enamorarse de un rufián.

Sobre todo le ofendió ver reflejadas sus propias correrías en las veladas acusaciones que ella

le dirigía: las de ser exactamente como su progenitor.

Pero arremetió contra la Reina del Chisme con más ímpetu que con nadie. Abandonó la universidad de repente, sin dar explicaciones, para dedicarse en cuerpo y alma a buscarla. Movió cielo y tierra, pagó desorbitadas cantidades de dinero a personajes desapacibles con información, se coló en propiedades privadas para abrir cajones y baúles, le puso un cuchillo en el cuello al editor de la revista...

Hasta que por fin la localizó.

La Reina del Chisme con la que se topó, una mujer algo mayor que él con una decencia que ya de lejos recomendaba extremar la precaución, no era la que arruinó la reputación de lady Hailey en su día. Y, por ende, tampoco era la que había manchado los adorables recuerdos de la infancia con asquerosos y pormenorizados relatos sobre la infidelidad de su padre. Pero la trató de embustera y ruin aun así, y desahogó contra ella la rabia que le había poseído hasta convertirlo en un energúmeno insufrible.

Recordaba cómo su ahora amiga V. había atendido a sus violentos reproches con la espalda erguida y el gesto inexpresivo, como si estuviera acostumbrada a lidiar con compradores descontentos o, simple y llanamente, con la furia de los hombres.

Lo único que se le alteró fue uno de los mechones rubios cuando Sonny le arrojó a la cara la colección de columnas de su antecesora.

La Reina jamás se disculpó con él, pero a él no le importó porque entendía que no le correspondía a ella. Siempre le estaría agradecido por el simple hecho de haberle escuchado con los ojos bien abiertos y el oído afinado, y por haberle contestado lo que necesitaba oír:

—Su padre puede haber sido infiel, señor Kinross, pero también ha sido y es otras muchas cosas, la inmensa mayoría positivas y beneficiosas tanto para usted como para su madre.

Sonny nunca olvidaría cómo se derrumbó en el asiento de la salita donde había ido a acusarla de todo género de tropelías. Si echaba la vista atrás, se sentía más inclinado por ser quien le rogara unas disculpas que al revés: el trabajo de escritora no era el único que ostentaba, y había ido a irrumpir maliciosamente, con ninguna otra intención que arruinarle la vida, al noble lugar donde desempeñaba su verdadera vocación.

Suerte que sus empleadores no lo escucharon, ni ese día ni ninguno de los que vinieron.

Ni ninguno de los que vendrían, porque Sonny no desvelaría su secreto ni bajo amenaza.

Era una mujer que se ganaba la vida, no ya entreteniendo a la alta sociedad, sino dándole una dura lección a quien lo merecía. Y era la persona indicada para hacerlo, porque la Reina era de una altura moral incuestionable.

Sonny no podía juzgarla por nada de lo que hiciese. Solo la había hecho una vez con anterioridad, y fue el día que se publicó en la revistilla que Rebecca Wargrave había besado al señor Kinross en una calle del barrio de St James.

—¿Por qué le has hecho eso? —había vociferado con la columna enrollada en una mano. La blandía como un policía su arma—. ¡Le has arruinado la vida! ¡Peor aún: la has obligado a casarse conmigo para salvar su honra! ¡Si ahora me busca y se entrega a mí, será por las razones equivocadas!

—La señorita Wargrave no quería desposar al señor Landon —fue su única justificación. La Reina tenía una habilidad encomiable para calmar los ánimos de quien se atreviera a importunarla. Sonny había llegado hecho un basilisco y se sorprendió bajando los hombros y la guardia en cuanto ella proclamó su verdad con su a veces irritante serenidad—, y yo tampoco deseaba que lo hiciese, así que me limité a contar un suceso para evitarlo. Un suceso no muy halagador, eso no lo voy a negar, pero al menos lo planteé como algo que «me ha llegado», como

un mero rumor, y no como un hecho probado.

—¡A nadie le importa si el beso ocurrió o es un cuento entretejido por las malas lenguas! ¡A efectos prácticos trae las mismas consecuencias! ¡Has vinculado su futuro con el mío sin su consentimiento!

—¿Tú crees? —se había limitado a replicar, y lo había acompañado de un vistazo tan aburrido como cargado de significados que aún en el día presente Sonny trataba de descifrar.

Por supuesto, la Reina había tenido razón, porque no tuvieron que casarse para arreglar el despropósito. La importancia de Harding Wargrave en la alta sociedad, redoblada por su reciente matrimonio con Verity Burton, a quien nada ni nadie habría osado retirar el pase de Almack's, evitó que la señorita Wargrave saliera tan perjudicada como para no volver a poner un pie en los mejores salones. Se decidió de forma unánime que no merecía que se le dirigiera una reverencia debido a su comportamiento impropio, mas la seguirían invitando, aunque fuese en calidad de comidilla para los grupos maliciosos.

Él, que tuvo el oído afinado los días posteriores para captar comentarios malintencionados que mereciesen reprimenda, no oyó que se dijera o solo se insinuase que el señor Kinross debía pedir su mano para reparar una honra que, a fin de cuentas, llevaba unos años perjudicada por el rechazo de Haverford.

«Todo lleva al condenado Haverford», gruñía Sonny cada vez que se acordaba.

Sacudió la cabeza para alejar los comienzos y altibajos de su amistad con ella y se puso de pie para recalcar su determinación a actuar.

Apoyó las palmas sobre la mesa y esperó a que la Reina lo mirase con una ceja enarcada.

—Después de besarme me dijo que pretende casarse con el señor Strickland.

Ella se envaró, manifestando una clara repulsión.

—Por el amor de Dios. —Puso los ojos en blanco—. ¿No aprendió la lección de que no debe arrojarse a los brazos de cualquiera a raíz del desenlace con Robert Landon? Porque no me temblará el pulso a la hora de escribir lo que sea necesario para que no termine en un matrimonio infeliz.

Sonny sonrió, aliviado.

—Eso mismo pensaba yo. Está claro que no le ha bastado con descubrir que Strickland tuvo un romance apasionado con una bailarina de ballet de los bajos fondos para despreciarlo. Es más; creo que piensa que, como la relación se fue a pique, aún tiene la oportunidad de ser amada.

V. entrecerró los ojos y volvió a llevarse la taza a los labios.

—Entonces llévala al número siete de Fitzroy Street y asegúrate de que permanece asomada a alguna de las ventanas principales hasta que aparezca la bastarda de Strickland —resolvió con una sencillez pasmosa—. Sé que cuando a la honorable señorita Wargrave se le mete algo entre ceja y ceja, en este caso la boda con el empresario, es capaz de pasar por alto auténticos atentados contra la humanidad para ver cumplidos sus objetivos. No creo que le sea indiferente la existencia de una criatura, aun así.

Sonny ni siquiera se inmutó con la noticia de la hija ilegítima. Se había relacionado con suficientes hombres en teoría rectos que luego escondían los peores esqueletos en el armario como para estar curado de espanto.

—Yo no estaría tan seguro. Te sorprenderías con su obstinación, V. —se lamentó con un suspiro—. Creo que, para evitar riesgos, es menester que intercedas tú. Utiliza tus contactos para conseguirle a Cassius la información que lleva siglos desesperado por obtener, o bien tu pluma para escribir una columna lo bastante escandalosa sobre el tema para que ni siquiera Rebecca se digne a dirigirle la palabra.

—No.

Sonny se extrañó al reconocer en su tono la fiera voluntad que solo demostraba en casos extremadamente graves.

—¿No? ¿Por qué no? Quizá no sea un infiel o un violento, pero no irás a negarme que se trate de un tipo muy cuestionable que merece un escarmiento. Siendo un inmigrante al que le sacudió un golpe de suerte, es decir, alguien que no tiene un linaje que salvaguardar y sí medios económicos para sufragar los gastos de una familia, se ha negado a reconocer la criatura que ha engendrado con una dignísima bailarina. No es como si fuese el duque de Sutherland y se hubiera encamado con una puta sifilítica de St. Giles, en cuyo caso entendería que fuera precavido, pero no es así. Su crueldad no tiene perdón de Dios.

—Tengo entendido que el señor Strickland se encarga de costear el sustento de la niña, o, al menos, lo intenta, por lo que escribir una columna al respecto no serviría para llamarle la atención a un padre ausente para que, aunque fuese por vergüenza, se hiciera cargo de sus necesidades. Sí serviría, en cambio, para situar a la señorita Day y a la criatura en el punto de mira, algo que podría repercutir en las vidas anónimas y por completo desvinculadas de Strickland que llevan por ahora. Por otro lado, sé lo que el galés está ansioso por averiguar, y poniéndolo en su conocimiento estaría firmando la sentencia de muerte de alguien muy querido para mí. En conclusión, no voy a destruir la paz de nadie para que tú no tengas que mover un dedo o siquiera abrir la boca para convencer a Rebecca Wargrave de que eres mejor partido que Strickland.

Sonny procuró moderar su sorpresa, entre otras cosas porque habría hablado muy mal de su inteligencia demostrar que no había atado cabos hasta ese momento.

Claro que la Reina del Chisme no quería perjudicar a los inocentes allegados de Strickland. La prueba estaba en que, aun conociendo datos lo bastante sensibles sobre él como para propiciar el escándalo de la temporada, se hubiese negado a escribir un solo renglón al respecto.

No solo eso, sino que no lo había mencionado, ni a él ni a su club, en ninguna ocasión. Era como si, en el mundillo de sus columnas, Cassius Strickland no existiera, lo que sin duda había contribuido a la fama de que el tipo era un misterio andante.

Lo era, sí..., pero con la aquiescencia de la Reina.

¿Sabría él que lo único que lo salvaba de la ruina era un rostro anónimo?

—¿Qué hago, entonces? —murmuró Sonny con las manos en la cabeza—. ¿Cómo convenzo a Rebecca de que no se case con él y me dé una oportunidad, si no es llevándola a Fitzroy Street?

V. esbozó una de las escasas sonrisas de su repertorio: aquella con la que apenas estiraba las comisuras de los labios hacia arriba, formando una especie de mueca incrédula.

—¿Has probado a enviarle flores e invitarla a dar un paseo por el parque?

—¿Qué? No he oído nada más estúpido en todos los días de mi vida.

—Me puedo imaginar que encuentras soporífera la idiosincrasia del cortejo formal —suspiró ella, cambiando de postura en el sitio—, pero le ha servido a todos aquellos que están casados hoy. Y ni siquiera la señorita Wargrave, con su cabezonería y ese orgullo que no le cabe en el cuerpo, es inmune a las demostraciones de afecto de un hombre que trata de impresionarla.

—Rebecca no se dejaría impresionar por mí.

—Seguro que no tengo que decirte cómo es su carácter, pero te recuerdo que la señorita Wargrave tiene un corazón sensible y para colmo magullado por los sucesivos rechazos... empeorados por la mala fe con la que se habla a sí misma, todo hay que decirlo —cabeceó ella, resignada a no poder hacer nada al respecto—. Basta con que la hagan sentir querida para que se derrita.

—No quiero que se derrita porque la haga sentir querida; eso de las flores y los halagos es algo que cualquiera puede hacer por ella. Quiero que se derrita porque soy yo. Quiero que se derrita por mí.

La Reina suspiró.

—No la llamemos ni idiota, ni fácil, ni desesperada, ¿quieres? Pongo la mano en el fuego por que no se derritió ni por Landon, ni por el marqués de Tremaine, ni tampoco lo hace por Strickland. Se derritió por ti, créeme..., pero porque la hiciste sentir querida. Lo que no comprendo es que te atrevas a esperar, incluso a exigir que se conmueva cuando la humillas.

—Yo no he hecho eso jamás —protestó.

—Recuerda que la Reina tiene ojos en todos lados, Sonny... —achicó los párpados— y que no se cayó de un guindo.

Él se resignó a suspirar, aceptando su parte de culpa.

—Debía destacarme de algún modo en su universo, V.

—Y decidiste hacerlo a través del menosprecio. Para sorpresa de nadie, esta táctica no te funcionó. ¿Qué te parece si probamos una distinta?

Sonny se metió las manos en los bolsillos y encogió los hombros, como si de pronto le hubiera entrado frío. Buscó la mirada firme de Su Majestad, a la que tanto el seudónimo como el tratamiento le venía que ni pintado. Quién sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, y aún no se le había doblado la espalda ni se habían visto mermadas sus capacidades deductivas.

—Sonny, ¿no crees que el hecho de ansiar hacerte notar ante ella, de haberla perseguido durante tantos años, es el mayor indicador de que la amas? No solo que la amas, sino que estás preparado para comprometerte con sus necesidades. Proclamas que cometerás un error similar al de tu padre porque tienes la sangre caliente, pero olvidas tres detalles importantes. Cruciales, diría yo. El primero es que tú puedes albergar remordimientos, piensas antes de actuar, eres crítico contigo mismo. El señor Kinross no se plantearía haberse equivocado ni si ante él se irguiese una casa ardiendo. El segundo es que tu padre, infiel y arrogante como puede ser, no ha tenido ojos para nadie distinto de tu madre en casi treinta años. Estamos ante el único hombre que eligió bien a la mujer con la que engañar a su esposa, y si de veras has heredado esto de él, el buen ojo y la lealtad a sus pasiones, no veo cuál sería el problema. Y el tercero, Sonny —suspiró— es que no me has hablado de ninguna otra joven desde que te conozco.

»Desde que me siento hasta que me levanto, es Rebecca, Rebecca, Rebecca. Desde que entras en una habitación hasta que te marchas, tus ojos buscan a Rebecca, las puntas de tus zapatos apuntan a Rebecca, tu sonrisa aflora cuando oyes la voz de Rebecca. Desde que urdiste con Strickland esa estupidez de plan y te has acercado a Rebecca, has desatendido a tus amantes e incluso despreciado a lady Jersey... algo que, por cierto, no te recomiendo, porque la dama es vengativa. ¿Qué otra prueba de lealtad te exiges para entender que tu amor no solo es sincero, sino entregado, y que el cuerpo caliente de una mujer no bastará para quebrar tu vínculo con ella? Ninguna —se respondió ella misma, y entonces le dirigió una levísima sonrisa comprensiva—, pero esto tú lo llevas cargando a sabiendas largo tiempo, ¿verdad? Porque no eres idiota, y porque tú mejor que nadie sabes quién te roba el sueño y en quién piensas nada más abres los ojos.

Sonny tenía las manos aún apoyadas sobre la mesa, como un estratega a punto de señalar los puntos susceptibles de invasión en un mapa. Agachó la cabeza en señal de rendición y se le escapó a él también una triste sonrisa de aceptación. Porque sí, lo aceptaba. No que se hubiera engañado a sí mismo, sino la debilidad de no haber podido o no haber querido admitir sus sentimientos.

—Lleva toda la vida rechazándome, V. —murmuró con la mirada perdida en el borde de la mesa, lejos de los ojos compasivos que tanto necesitaba de su parte—. Toda la vida acusándome de pobre infeliz, de canalla sin escrúpulos, de diablo consumido por la lujuria. Era más fácil digerir su odio si me decía que no la quería y que, aun si la quisiera, la haría profundamente desgraciada. Pero ella... —Alzó la barbilla y clavó en la Reina una mirada tan sencilla que, así de desprovisto de ambiciones y retorcimientos, no pareció Sonny Kinross—. Ella ha sido el sueño de mi vida desde que la vi. Y creo que me la merezco. Todo lo que he hecho ha sido porque me la quiero merecer.

—Y, sin embargo, no has hecho lo que te habría valido su afecto desde el principio: disculparte, cortejarla, decirle lo que me estás diciendo a mí. Trata de arreglarlo, Sonny. Por tus medios —especificó en tono de advertencia—. Sin involucrar nada ni a nadie más aparte de tu encanto personal y tus recursos.

—¿No puedo involucrarte a ti ni una pizca? —replicó con una sonrisita suplicante. Unió las manos en un rezo y batió las pestañas—. Resulta que Rebecca te adora. Creo que una buena manera de llegar a su corazón sería regalándole algo relacionado con su ídolo.

V. meneó la cabeza con exasperación.

—Se debería estudiar por qué la Reina del Chisme obsesiona tanto a las mujeres con una reputación endemoniada. He escrito sobre ella más de una y más de dos veces. Debería odiarme.

—A mí también debería odiarme, pero parece que se le está pasando —canturreó Sonny, de buen humor ahora que había renovado sus esperanzas—. Al final, que no sea tan rencorosa como le gustaría va a jugar en nuestro favor por una vez.

Capítulo 17

Sonny regresó a casa con los ánimos renovados.

Había hecho todo el viaje a pie con las manos en los bolsillos de la fina gabardina, que le había protegido de la suave llovizna, y canturreando la melodía que la cocinera le había contagiado. Porque por más que hubiese luchado por su derecho a independizarse de la vivienda familiar, Sonny echaba de menos muy a menudo el calor humano de la compañía, y acababa bajando las escaleras al sótano para charlar con la señora Sanderson en tanto que preparaba uno de sus deliciosos manjares. Esta nunca lo decepcionaba una vez arrancaba a hablar sobre las insufribles manías de su marido o las cuitas sentimentales de una hija rebelde de quince años.

Entró en la casa con su propia llave —no le había cogido el gusto aún a molestar al mayordomo con una tarea que podía completar él—, tarareando todavía por lo bajini. Se alegró de que le recibiera el olor de las petunias que el ama de llaves había colocado en el jarrón del hall. Con mucho gusto se habría acercado a olerlas, feliz en su recién estrenado papel de hombre enamorado y preparado para hacer algo al respecto, pero una violenta intrusa lo inmovilizó arrojándose sobre él sin previo aviso o compasión alguna.

—¡SONNYYYYYYYYYYYY! —aulló una voz aguda.

Forzadamente aguda, cabía decir.

Poniendo los ojos en blanco con fingida exasperación, Sonny se dejó avasallar hasta el punto de perder el equilibrio y acabar tirado de cualquier manera sobre la moqueta del recibidor. Encima de él, una jovencita se apartaba los revueltos cabellos negros de la cara para que no perdiera detalle de su flamante sonrisa.

—Un día de estos vas a romperme la crisma, Sab —se quejó Sonny, frotándose la cabeza.

Sin embargo, no podía disimular cuánto se alegraba de ver a su hermana pequeña. Sonreía como un idiota, en el fondo feliz de que ni dos años interna en la mejor escuela de modales del reino hubieran domesticado sus impulsos salvajes.

—¡Encima que te demuestro que te quiero! ¡Desagradecido!

—Podrías demostrarlo como una persona normal. Ahora levantas algo más de un palmo del suelo, ¿sabes? Si te lanzas sobre mí, puedes matarme. ¿Es que tus maestras no te han enseñado todavía a saludar a los caballeros como Dios manda, y esto es, sin atentar contra su vida? Diría que esa es la primera lección...

—Todavía tengo quince años —se regocijó mientras se incorporaba alisando las arrugas de la falda color melocotón. Como siempre, la llevaba arrugada, el precio a pagar por revolcarse aquí y allá sin pensar en las consecuencias—. Puedo comportarme como una energúmena un poco más antes de interiorizar ninguna ley decorosa, ¿no crees? ¡Hasta los dieciocho como mínimo!

Sonny soltó una carcajada, encantado con el sentido del humor de su hermana. No tardó en manifestársele el impulso de amor destructivo que le incitaba a estrecharla entre sus brazos hasta cortarle la respiración.

Sabrina se quejó, como era habitual cuando no era ella la que iniciaba los acercamientos.

—¿Qué haces aquí, renacuaja? —preguntó con los labios pegados a su pelo—. No me digas que te has vuelto a escapar de la escuela porque te aburrías.

Ella lo miró desde abajo con esos ojos tan especiales; los únicos que podían dejar en un segundo plano la rara tonalidad rojiza de los de Sonny. Los de Sabrina, aparte de ser más dulces, grandes en lugar de rasgados, eran de un ámbar meloso tan intenso que parecía permanentemente

a punto de llorar.

—Algo así. Pasado mañana es el cumple de papá y quería venir antes a la capital para comprarle un regalo. Me gustaría que me acompañaras a Bond Street para ojear unos relojes de bolsillo, que es lo que a priori se me ha ocurrido. Aunque, quizá, lo más apropiado sea unas botas nuevas para montar a caballo... Tú lo sabrás mejor que yo, porque, como podrás imaginarte, necesitaré que me prestes de tu bolsillo el monto que corresponda...

Conforme se adentraba en una argumentación que se excedía en los detalles, Sonny iba comprendiendo lo que le estaba diciendo entre líneas: que no estaban solos. Solo eso justificaba que no hablara con la voz con la que había nacido, de una tonalidad bastante más grave, casi como la de un hombre.

Se calló en cuanto él asintió con la cabeza dando a entender que lo había captado.

No tuvo que preguntar quién había seguido el ejemplo de Sabrina colándose en su casa aprovechando que no estaba. Nada más alzar la cabeza hacia el pasillo, reconoció la silueta femenina que se había asomado bajo el umbral de la salita principal. Rebecca observaba a los hermanos con las manos ocultas a la espalda y una expresión difícil de interpretar.

El pulso se le disparó de un modo incomprensible, casi como si la hubiera encontrado desnuda y preparada para recibirle entre las sábanas deshechas.

—Vaya —fue lo único que atinó a decir—. ¿A qué debo el honor de su visita, señorita?

Sabrina se apartó de Sonny y corrió hacia la invitada dando saltitos entusiastas. La cogió de la mano sin que Rebecca pudiera preverlo y desde allí le lanzó una sonrisa beatífica a su hermano.

—Resulta que la señorita Wargrave retuvo la información que le diste acerca de la Reina del Chisme, en especial el detalle de que los miércoles os reunís en esta casa para tomar el té. Me ha costado sonsacárselo, pero parece ser que se ha presentado aquí con la esperanza de toparse con Su Chismosísima Majestad en su camino hacia la salida. Aunque ella no te lo dirá, apuesto a que se siente decepcionada e incluso engañada porque no se haya celebrado el encuentro.

Decepcionado y engañado podría haberse sentido Sonny al conocer las razones de Rebecca para prestarle la primera visita voluntaria en seis años. Pero estaba tan feliz de tenerla allí que esbozó una sonrisa de oreja a oreja; sonrisa que solo se ensanchó cuando vio que ella se ruborizaba de vergüenza, como la niña pillada en plena travesura que era.

—Pues precisamente acabo de regresar de mi cita con la Reina, que, por razones de comodidad, y solo por una vez, decidimos trasladar de mi casa al club. Qué desafortunada coincidencia —fingió lamentarse, y arrancó a andar hacia el salón con la tranquilidad de estar bajo su techo—. En cualquier otra ocasión habría conseguido usted toparse con su ídolo, señorita Wargrave.

Rebecca se rascó el brazo con timidez. Igual que él se sentía cómodo en el terreno familiar de su residencia, ella debía de encontrarse fuera de lugar, a merced de los deseos del anfitrión.

«Que lo hubiera pensado antes».

—Supongo que tenía que devolverle usted sus prendas —murmuró.

—¿Sus prendas? —repitió Sabrina, alternando una mirada curiosa entre Rebecca y él—. Sé que mi hermano mantiene una relación cercana con la Reina, y que gracias a esto tengo la tranquilidad de que nunca se teorizará malintencionadamente sobre mis andanzas, pero no tenía ni idea de que os prestabais la ropa.

Sonny soltó una carcajada.

—Créeme, niña... —le puso una mano cariñosa sobre la coronilla y se la palmeó—, ni te interesa ni te conviene conocer las particularidades de lo que la señorita Wargrave y yo nos trajimos entre manos. ¿O nos traemos? —le preguntó a Rebecca—. ¿Iba a aprovechar la visita

para matar dos pájaros de un tiro? ¿Conocer a la Reina y seguir tramando conmigo?

Ella sacudió la cabeza enseguida.

Se había arreglado a conciencia para deslumbrar a la escritora en el caso de encontrársela: sabía que el tono que más la favorecía era el verde, y Sonny había descubierto que su vestido predilecto era aquel, el de raso con escote que enseñaba los hombros.

Esta vez había optado por recogerse el pelo en un rodete tirante que le despejaba el rostro.

—No, no —se apresuró a responder—. De hecho, iba a marcharme en cuanto la señorita Kinross ha aparecido para no molestar durante su reencuentro con su hermano mayor.

—Yo le he dicho que no molesta en absoluto —interrumpió Sabrina, todavía aferrada al brazo de Rebecca. Imprimiendo más fuerza de la cuenta, por cierto— y, además, la he convencido de sentarse a jugar una partida de cartas conmigo. Estábamos enfrascadas en la primera mano y en una conversación la mar de interesante cuando has llegado.

—¿Me estás invitando a marcharme de mi propia casa? —se burló Sonny, y le pellizcó la mejilla sin poder resistirse.

Sabrina lanzó un gritito y luego se rio.

—¡No! ¡Únete a nosotros! Quedan un par de horas para que se sirva el almuerzo, y la señorita Wargrave me ha dicho que no la esperan en ninguna otra parte hasta entonces. ¿Verdad?

Sabrina se refirió directamente a la inmóvil Rebecca, quien no sabía cómo zafarse de la joven sin herir sus sentimientos. Era tan obvio que no quería estar allí como que su hermana pequeña se había propuesto, Dios sabía por qué, retenerla a toda costa.

Sonny podría haberse apiadado de la señorita Wargrave mintiendo acerca de unos recados pendientes o una visita que le permitiría retirarse sin desairarlos. En su lugar, decidió aprovechar el regalo de la providencia y comprometerse a hacerla disfrutar de una velada completamente inofensiva.

Se la quedó mirando con las cejas alzadas, ejerciendo presión, hasta que a Rebecca no le quedó otro remedio que ceder con una débil sonrisa.

—Verdad —confirmó—. Además... Dejar una partida a medias no es mi estilo.

—¡Hurra!

Sabrina la apremió a entrar en el salón con unos empellones que viniendo de otra persona menos encantadora habrían sido el colmo de la mala educación. Para asombro de Sonny, Rebecca obedeció y recuperó su asiento en la mesa reservada para el ajedrez, las damas y las cartas.

No quiso interpretarlo como una victoria: la muchacha solo era manipulable cuando estaba conmocionada, y, esta vez, lo que la había conmocionado había sido la insistencia de Sabrina.

Retuvo a su hermana por el codo cuando quiso reunirse con Rebecca y le dijo en voz baja:

—Sabrina Rose Kinross, ¿qué es lo que te propones secuestrando a la señorita Wargrave en mi salón?

Ella lo miró a través de las pestañas con inocencia forzada.

—Lo mismo que te propones tú al no oponerte a que la recluya en contra de su voluntad: que, juntos, disfrutéis de un rato agradable.

—¿Y a qué se debe el tejemaneje maestro? ¿Quieres estrenar cuñada... o estás aburrida?

—Anoche presté una visita a nuestros padres y papá me contó en confidencia que cierta joven te tenía sorbido el seso. —Se encogió de hombros con una naturalidad que solo podía inspirar simpatía—. Digamos que me he levantado colaborativa.

—Eres magnánima. Y tu padre, un bocazas —apostilló sin rencor.

En el fondo le divirtió imaginarse la escena. Era como si los estuviese viendo: las cabezas

morenas de Robert y Sabrina orientadas la una a la otra en un rincón de la sala principal, contándose batallitas, metiendo cizaña a los rumores más escandalosos y, por último, tramando estrategias entre cuchicheos.

En un sillón al margen habría estado su madre, fingiendo que tejía cuando en el fondo ponía la oreja con la discreción por la que era conocida. Lady Hailey habría escondido sus sonrisas maliciosas dándoles la espalda, y todo para nada, porque su marido le habría lanzado miradas de falso juicio y verdadero regocijo cada vez que Sabrina hubiera hecho un comentario con madera para divertirla.

—¿Por qué no jugamos mejor al dominó? —propuso su hermana en cuanto se pudo librar de él. Entró en el salón como una tromba, proyectando la voz como si quisiera invitar a los vecinos a la partida—. ¿Qué prefiere usted, señorita Wargrave?

—Lo que sea que se le dé mejor para ganar sin esfuerzo —completó Sonny, arrastrando una silla libre hacia la mesa—. Es decir: el *whist* o el *backgammon*.

Rebecca reaccionó a la provocación como cabía esperar, retándolo con los ojos entornados.

—El dominó está bien. No lo controlo tanto, eso es cierto, pero puedo ganar igual.

En son de paz, Sonny alzó las manos con las palmas apuntando hacia ella. Se sentó con el pecho pegado al respaldo, una informalidad que Rebecca observó con más curiosidad que juicio, y alargó las manos hacia el bloque de fichas para repartirlas.

—No vayas a hacer trampas —le ordenó Sabrina, apuntándolo con el dedo—. Que nos conocemos.

—¿Perdona? La fullera de la familia eres tú, ¿o te tengo que recordar que, con tal de quedarte sin cartas en la última partida navideña, estuviste con un nueve de bastos apretado en la manga durante las ocho horas que duró la velada?

—Eso es mentira —le dijo ella a Rebecca con un descaro pasmoso—. Lo dice para que ahora te fijes solo en mí y así ser él quien gane mediante estafa.

—¡Mentira, dice! —fingió indignarse Sonny—. ¡Si cada vez que jugamos a algo en familia, cambias las reglas a tu conveniencia!

—Yo propongo pequeñas modificaciones y vosotros las aceptáis. ¿Quién es el culpable, entonces? —contraatacó, disponiendo sus piezas de dominó ante sí con la espalda muy recta.

—Las aceptamos porque, si no, te marchas a tu dormitorio. Sin cenar. Y no nos diriges la palabra en una semana. —Se dirigió a la silenciosa Rebecca, que los escuchaba con los ojos muy abiertos, y señaló a su hermana con el pulgar—. Es una sinvergüenza como no conocerá usted a otra, señorita Wargrave. No le crea ni media palabra. Si uno le tiende la mano a esta canalla, ella agarra del codo, del hombro, ¡y hasta del último pelo de la cabeza!

—Entonces ya es algo que tienen ustedes en común —comentó Rebecca sin juicio, solo por el gusto de unirse a la dinámica de reproches inofensivos.

Recalcó que no pretendía provocarlo dirigiéndole una leve sonrisa que él atesoró para sus adentros y no dudó en corresponder.

—La sangre de nuestro padre se impuso a la fuerza —suspiró Sonny.

—Si llego a saber que se me denosta en mi ausencia, me habría ahorrado la obligación de la descendencia —se quejó el rey de Roma.

El dueño de la casa se giró hacia la puerta, y cerca estuvo de romper a reír al ver que su padre se abría paso con la chaqueta apoyada en el brazo y toda la intención de unirse a la fiesta. Nadie le impidió que dejara la prenda en el primer sillón que se cruzó y tomase asiento al lado de la señorita Wargrave después de saludarla con un beso en la mano.

A su hija le lanzó un guiño cómplice, y a Sonny le regaló una sonrisa que solo entendieron

ellos dos.

—¿Con cuánto has sobornado al mayordomo esta vez para que no anuncie tu llegada?

—Con un total de cero libras. ¿No te has dado cuenta de que el servicio de tu casa no trabaja, hijo mío? Me han abierto la puerta de puro milagro.

—¿Y para qué has venido? ¿Porque te has enterado de que íbamos a jugar al dominó... o solo porque quieres molestar? —se mofó él.

—Quiero molestar —respondió su padre con desahogo. Cogió sin permiso el número de fichas de la primera partida—. Y también comprobar que andabas mejor de ánimos, que me dejaste preocupado tras nuestro encuentro en el club. Tendré la gentileza de no contar lo que te torturaba delante de la señorita Wargrave; aquí todos hemos de estar a la altura de nuestras reputaciones.

Rebecca se había quedado rígida en un primer momento, angustiada por si Robert exigía conocer la razón de que estuviera allí, en casa de Sonny, sin carabina y sin vergüenza. No tardaría en comprender que juzgar no era el estilo del patriarca, y se lo agradeció en secreto a los dioses relajando los hombros.

La partida apenas comenzaba cuando Robert sacó de un bolsillo una cajetilla de habanos.

—¿Un puro? —le ofreció a su hijo. En cuanto Sonny sacudió la cabeza, se giró hacia Sabrina y repitió con la misma inflexión—: ¿Un puro?

Ella se encogió de hombros y lo aceptó.

—Vale.

—¿Y usted? —invitó a la perpleja Rebecca.

—¿Yo? Eh... eh... No, gracias. No... fumo.

—Mejor para usted. Deja un olor a rayos y centellas. Mi esposa lo detesta —se lamentó con un cabeceo resignado. Prendió el borde del puro de Sabrina con una cerilla, luego el suyo, y, como coordinados, dieron a la vez una calada pausada—, por eso solo puedo fumar cuando ella no está delante.

Rebecca le sonrió. Robert debía de estar pareciéndole excéntrico, y eso como poco.

—Que respete los límites de su esposa para no disgustarla es un gesto caballeroso que le honra, señor Kinross.

—Oh, le puedo asegurar que la disgusto, la disgusto muy a menudo; más de lo que a ella le gustaría... —le guiñó un ojo que la ruborizó—, pero hay que saber cómo hacerlo y con qué.

Acto seguido, Robert compuso el ceño fruncido que auguraba una victoria dudosa y se concentró en la partida.

Aun participando en la caótica conversación que proponía Sabrina y procurando hacer lo posible para ganar, a Sonny le sobraba el tiempo para lanzarle miradas furtivas a Rebecca.

Necesitaba asegurarse en todo momento de que se divertía.

Sin embargo, no habría sabido decir a ciencia cierta si lo estaba consiguiendo. Lo que saltaba a la vista era que tenía la cabeza en cualquier cosa excepto en las fichas de dominó. Estaba más pendiente de los comentarios procaces de Robert, que no coartaba su vocabulario lenguaraz ni en presencia de la dama, ni mucho menos de la de sus hijos; del modo en que Sabrina provocaba a su hermano mayor para desestabilizarlo y que así cometiera un error.

Inevitablemente, las distracciones a las que no fue inmune terminaron desembocando en su estrepitoso fracaso, porque, por supuesto, Rebecca no atinó a colocar todas sus piezas.

—Menos mal que es usted de una belleza única, señorita Wargrave —comentó Robert con sorna—, porque con el dominó no se iba a ganar la vida.

—Ni tú habrías prosperado si hubieras dependido de las galanterías que diriges a las mujeres

—le reprochó Sonny, meneando la cabeza. En un movimiento que no se detuvo a pensar, le palmeó el dorso de la mano a la inmóvil Rebecca, captando así parte de su atención dividida—. No le hagas caso a este viejo bravucón.

—No me lo he tomado a pecho —le aseguró ella en voz baja.

Tanto en su respuesta como en la mirada que le dirigió, Sonny creyó ver un guiño a la conversación que habían mantenido en el camerino del teatro. Le pareció comprender entonces qué era lo que la tenía, si no incómoda, al menos cortada: la última vez que se habían visto habían compartido un beso tórrido, y, sin antes haberlo hablado para normalizar la situación, se veía de golpe y porrazo lidiando con su familia, como si ahora fuera su prometida.

—¿Has hecho trampas? —le preguntó Robert a su hija, que se había alzado ganadora.

—¿Yo?

Su hermana batió las pestañas con una coquetería aprendida de solo Dios sabía quién. No de su madre, eso por descontado. Lady Hailey podía ser bella como un amanecer en la playa, pero también tan elegante en sus maneras y delicada al proceder como cabía esperar en la hija de un conde.

Sabrina tenía su propio encanto.

—Sí, tú, pequeña camorrista —se quejó Robert.

—Puede que sí... o puede que no —confesó con una sonrisa adorable—. ¿No es acaso imposible hacer trampas al dominó? Ni que esto fueran las cartas. Sea como sea, nunca lo sabrás, y si no lo has atestiguado, entonces poco importa lo que diga; ¡lo que no se ha visto, no existe!

—Serás... —masculló su padre en tono amenazador. Soltó las dos piezas que le habían quedado sobrando en las manos y atacó a la muchacha con unas cosquillas que la doblaron sobre sí misma. Sabrina rompió a reír y trató de huir de él levantándose de la mesa, pero Robert fue igual de rápido, si no más, y la alcanzó—. ¡Pagarás por tus crímenes, insensata!

—¡Sonny! —aullaba ella entre carcajadas—. ¡Sálvame!

—¡De eso nada! —intervino el aludido—. ¡A ver si así aprendes la lección!

—Disculpadme —oyó que murmuraba Rebecca. Sonny fue a mirarla con extrañeza, pero ella ya se había levantado con la cabeza gacha. La sombra que la postura proyectaba en su rostro no impidió que apreciara su sonrisa temblorosa.

Ceñudo, la vio abandonar el salón con precipitación. Fue el único que se percató, distraídos como estaban padre e hija con el combate improvisado.

Convencido de que no los perseguirían para exigir explicaciones con su total y absoluta falta de prudencia, Sonny salió en pos de la joven.

No esperó encontrársela nada más cruzar el umbral. Rebecca apenas había avanzado unos pasos hacia el fondo del pasillo. Estaba de espaldas a él con los hombros encorvados hacia delante.

Inquieto, Sonny le puso una mano en la nuca desnuda y se la acarició con suavidad.

—¿Qué tienes? —preguntó en voz baja.

Ya fuera porque se habían acercado más en las últimas semanas o porque la esperanza le convencía de no ser pesimista, Sonny estuvo seguro de que ella no le ladraría la respuesta; de que no la enfurecería lo que antes habría entendido como un entrometimiento simple y llano.

Y acertó. Rebecca se dio la vuelta, aún con la vista apuntando al suelo, y lo dejó de una sola pieza al hacerlo cómplice de su tristeza. Tenía los ojos anegados en lágrimas y las mejillas empapadas: debía de haberlas estado conteniendo hasta pedir permiso para retirarse, o no entendería cómo había llegado a tan crítico estado en cuestión de un minuto.

—¿Becks? —murmuró él, preocupado. Le pasó un brazo por los hombros, vacilante, y al ver

que ella daba un paso adelante para dejarse consolar, le rodeó la cintura con el otro—. ¿Qué ha pasado? ¿Es que habías venido a verme por otra razón...? ¿Está todo bien?

Rebecca solo atinó a sacudir la cabeza antes de apoyar la frente en su pecho. Allí se refugió, con los brazos apretados contra el torso, sin poder frenar la riada de sollozos. Sonny consultó con una mirada rápida que no había criados o familiares en la costa y, sin soltarla, la condujo muy despacio a una salita más modesta con el objeto de darle intimidad.

Cerró la puerta tras ellos.

—Me estás asustando —musitó cuando pensó que había transcurrido demasiado tiempo. La separó de él sujetándola por los hombros e intentó secarle las lágrimas—. Dime algo, te lo ruego. Becks...

—No... puedo.

—Deja de llorar, vamos.

—Yo...

—Deja de llorar.

—Sonny...

—Deja de llorar —insistió en tono inclemente—. Ya.

El truco de ordenar en tono imperativo copiado de su padre nunca le había fallado, y esa no fue la excepción. Rebecca se lo quedó mirando con los ojos inundados, a caballo entre el pasmo por su raro método de consuelo y la extraña diversión, y apenas sorbió por la nariz una última vez: al cabo de unos segundos, había parado de llorar.

—Siempre haces eso —señaló ella con una mezcla de resentimiento y admiración. No podía forzar la voz, que sonaba entrecortada—. Insistes hasta que consigues lo que quieres, más porque nos dejas perplejos con tu actitud que porque seas el mejor hombro en el que llorar.

—No quiero ser el hombro en el que lloras porque no quiero que llores. ¿Qué te pasa?

Rebecca apretó los labios y se obligó a recuperar la compostura antes de enfrentarlo con la cara congestionada.

—Tienes... tienes una familia preciosa.

—Gracias —respondió, en un principio desorientado.

No tardaría en comprender el porqué de su arrebato emocional.

Hacía años que Rebecca no veía a su padre, y no porque ella hubiese perdido el interés. Tras la boda del barón con su segunda esposa, la relación con los hijos de la primera se había enfriado hasta el punto de que Harding había roto el vínculo con él. Rebecca había sido, como en otras situaciones no menos trágicas, la víctima indirecta de esta decisión. Ella intentó cultivar el afecto de su padre los años siguientes, desesperada por el calor del único pariente vivo; por salvar la memoria de su madre y seguir conociéndola a través de quien más tiempo disfrutó de ella. Pero después del nacimiento de la segunda tanda de herederos a la baronía, esos hermanastros que ni Rebecca ni mucho menos Harding habían mencionado jamás, la situación familiar se tornó insostenible y ni ella, que de vez en cuando sacrificaba su orgullo por amor, encontró en su corazón el perdón o el cariño suficientes para continuar intentándolo.

Debía haber visto en Robert y en Sabrina la mecánica de la relación que siempre había soñado con tener con su padre.

Sonny apretó la mandíbula para contener una maldición que no haría bien a ninguno de los dos. Esta vez fue él quien tuvo la iniciativa de abrazarla con fuerza.

—¿Ves por qué he de casarme con el señor Strickland? —oyó que decía ella con un hilo de voz—. Yo quiero una familia. Quiero una familia como esta, como la tuya... o solo la mitad de especial y sincera en sus afectos. No solo la quiero, sino que la necesito, porque de la mía no

queda nada, ¿entiendes? —Lo miró a la cara con los ojos más verdes del mundo—. Yo... yo ya no tengo madre. Tampoco tengo padre; nunca lo tuve, si entendemos a los padres amorosos como amoroso es el tuyo con sus hijos. Mi hermano eligió a alguien que no era yo. Los dos hombres de mi casa priorizaron a la segunda opción, a la segunda familia, ¿entiendes? —insistió a la desesperada—. Por eso necesito la mía propia. Esa para la que yo sería la primera, la única, la más importante. ¿Entiendes? —repitió una tercera vez.

A Sonny le costó tragar saliva.

—¿Por qué suena como si quisieras convencerme? El tuyo es un deseo muy legítimo.

—Lo sé, pero... —agachó la barbilla— mi comportamiento no ha sido tan legítimo, ni se ha correspondido con mis objetivos vitales. Me refiero al que he tenido a tu alrededor en los últimos encuentros. He sido... imprudente, egoísta al complacer mis deseos momentáneos e hipócrita, porque he subrayado tu falta de honradez cuando era yo la que permitía que te propasaras y hasta participaba activamente en el... En eso. —Se mordió el labio interior—. Siento que tengo que disculparme contigo por haber aceptado tus besos para luego decidir que me casaré con otro. No cuento con haber herido tus sentimientos, pero de seguro habrá afectado a su orgullo, y sé lo importante que eso es para...

—¿Vas a casarte con Strickland? —la interrumpió él.

Se había dado enseguida por aplacado con sus disculpas. No era una venia que Rebecca concediera a la ligera, y le llenaba de esperanza que se sintiera culpable por haberlo usado cuando nada más lejos de la realidad.

No lo había usado, aunque ella lo pensara así. En su historia, Sonny era lo que Rebecca quería, y, Strickland, la opción adecuada.

Se enorgullecía de ser el personaje verdaderamente relevante, el que podía cambiar el curso de las cosas.

—Eso pretendo —reconoció ella, sin embargo.

Sonny se obligó a inspirar hondo para no prorrumpir en condenaciones.

—¿No te parece ingenuo pensar que podrás formar la familia que tanto anhelas con un hombre al que no amas? El marido es la primera piedra, Rebecca. Si te equivocas al ponerla, los cimientos se pudrirán y la casa se te vendrá encima.

—No le amo, pero sí le aprecio —se defendió, ceñuda.

—¿Y a Harding? ¿Lo amas o lo aprecias?

Ella pestañeó rápidamente.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una que viene al pelo. Quieres una familia feliz y, en vez de tratar de limar asperezas con la que ya tienes, con la que te recuerdo que convives y la que hasta aquel fatídico día lo significó todo para ti, estás dispuesta a condenarte a un matrimonio infeliz con un hombre al que no conoces.

Rebecca arrugó el ceño, de pronto sintiéndose traicionada. Intentó deshacerse de su agarre. Sonny lo impidió sujetándola con firmeza y la mantuvo pegada a su pecho.

Ella ya estaba abriendo la boca para protestar cuando él acunó su rostro entre las manos.

—Ni se te ocurra decirme que no te entiendo —le dijo en tono de advertencia—, que estoy de parte de tu hermano, que te manipulo para que se cumpla el plan secreto de dominación Wargrave que emprendió Verity con la complicidad de todos; que soy un insensible y que no me importan tus sentimientos, porque nada más lejos de la realidad. Entiendo que los dos te hicieron daño, que a Verity no se lo vas a perdonar menos solo porque no depositaras expectativas en ella, y opino que tu hermano fue un hijo de puta miserable. Yo sé lo que es desear tanto a alguien que

no quieres pasar ni cinco minutos de tu vida lejos de su abrazo —reconoció con ternura—, así que no puedo jurarte que, en su lugar, hubiera renunciado a Verity en tu nombre. Pero habría actuado de otra manera, eso sí te lo puedo prometer.

Rebecca tuvo que parpadear muy deprisa para reprimir otro acceso de llanto.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Quiero ir a parar a que todos somos unos hijos de puta miserables de vez en cuando. Mi padre se ha levantado hoy encantador, es un tipo divertido y admirable en los negocios, pero también ha sido un esposo lamentable y me ha dirigido oprobios que no querrías que repitiera en voz alta, y esto por simplemente estar en desacuerdo con él. Y mi hermana es una ricura, ya la has visto, pero no hay día que no se aproveche de que me tiene en la palma de su mano para que se cumpla su voluntad. Es egocéntrica, ahí donde la ves, y todo es para ella un juego. Quiero ir a parar, pues —repitió—, a que Harding hizo algo que te partió el corazón. No lo voy a negar. No voy a invalidar tus sentimientos. Y yo, Rebecca, no se lo voy a perdonar. Pero tú sí deberías hacerlo. Porque lo quieres, ¿comprendes? Y no hay forma más rápida y dolorosa de arruinarte la vida que empecinarte en odiar a alguien en contra de tu primerísima naturaleza. Es tu hermano y nacisteis para adoraros pese a todo.

Rebecca lo había escuchado con la misma y halagadora atención que en el teatro, cuando se había dignado a darle datos sensibles sobre la Reina del Chisme. Estuvo tan orgulloso de haber logrado conmoverla, de haberse acercado un paso más a la línea de meta, que por poco le pasó por alto la mirada seria que ella le dirigió.

—¿No se lo vas a perdonar? —inquirió, solo para estar segura.

Él sonrió y le acarició la curvatura del mentón con el pulgar.

—No, nunca. Así puedes perdonarlo tú —apostilló con un guiño—, y con la tranquilidad de que alguien se quedará alimentando el rencor que se merece.

—Pero tú formaste parte de las maquinaciones de Verity. Lo sé porque ella misma lo contó una noche. Es más; eras la esencia del plan. Sin ti, no habría funcionado. Harding no se habría fijado en ella.

—Te repito que lo que me asquea no es el matrimonio o la pareja que forman, que tendrás que admitir que es encantadora —la miró con intención hasta que ella suspiró a regañadientes—, sino el secretismo de Harding; cómo te arrojó de la noche a la mañana y de manera forzosa al papel de cuñada de la serpiente que Witty puede llegar a ser.

—Si lo sigues planteando así, con esas palabras tan rimbombantes, se me va a acabar evaporando la vocación del perdón —refunfuñó.

—Anda ya. Es una vocación que, en el fondo, siempre has tenido. Mírame a mí —extendió los brazos—: me has perdonado, y eso que no me quieres ni la mitad que a Harding. No me quieres ni un poquito, de hecho... Nada de nada, ¿verdad?

Rebecca se arriesgó a mirarlo a los ojos con los labios sellados y la mente más aún. Desde el refugio de esa expresión aislada de la que se valió para ocultar sus pensamientos, pudo murmurar:

—Nada de nada.

Sonny fingió dolerse profundamente con una mano en el pecho. Luego la dejó caer y le volvió a sonreír, con el corazón solo dolorido por la verdad a la que pronto pondría remedio: haría que le quisiera, por Dios que sí.

—Estamos de acuerdo, entonces. Persigue tus sueños cuando no tengas nada ni a nadie persiguiéndote a ti; ni el pasado, ni el rencor... O llegarás tan cansada y desmoralizada a tu destino que no podrás valorar lo que se ofrezca. Sobre todo porque es un error pensar que no te

alcanzarán las llamas de la casa que dejas ardiendo a tu espalda.

—Qué sabio eres de repente —rezongó, aparentando una molestia que en realidad no sentía.

—El más sabio del mundo. —Y se inclinó sobre ella para zanjar la discusión con un beso en los labios.

—¡Sonny! —se quejó con, tal vez, unos segundos de retraso—. ¡Que me voy a casar con Strickland!

—Pero todavía no has pronunciado los votos, ¿no? —Le robó otro beso rápido que la dejó turulata—. Entonces voy a hacer lo que me dé la gana.

—¿Alguna vez has hecho otra cosa diferente, acaso?

—No. Y tampoco la haré —sentenció, y la cogió de la mano como un niño feliz de poder enseñarle sus juguetes a su nuevo mejor amigo. Tiró de ella hacia el pasillo y exclamó—: ¿Qué te apuestas a que ahora gano yo al dominó?

Capítulo 18

Las maestras de la escuela le habían enseñado múltiples lecciones, pero una a la que Rebecca le había dado especial importancia señalaba que no se debía, bajo ningún concepto, tomar la iniciativa con un hombre.

Si un caballero estimaba adecuada a una jovencita para un baile, un paseo o un futuro matrimonial, se ocuparía de dejarlo patente a través de las pertinentes fórmulas de cortejo que existían; si una jovencita, por otro lado, estimaba adecuado a un caballero para lo mismo, se cuidaría de expresarlo más allá de correspondiendo sus avances en la justa medida, o de lo contrario sería etiquetada de buscona.

Rebecca estaba en una situación tan crítica por tantas razones que no le importó que Strickland la tomara por una cualquiera. Le hizo llegar una nota en la que lo invitaba a salir de paseo por Hyde Park aprovechando que abril se estaba portando de maravilla.

Para su inmensa fortuna, Cassius no había tardado en contestar con una afirmativa: él se había encargado de proponer la hora y de prometerle que pasaría a buscarla en su carruaje.

En lugar de esperarlo leyendo en el salón o departiendo con los Wargrave, y esto es, fingiendo un sano desinterés por la cita que estaba al caer, Rebecca terminó de enderezarse las cejas con la yema del meñique y de ajustarse los guantes en la misma puerta de la mansión.

No apartó la vista del lado de la calle por donde esperaba verle aparecer.

Desde la última coincidencia con Sonny, no había dejado de repetirse —y con una insistencia cuanto menos sospechosa— que Strickland era su única oportunidad. Debía zanjar de una vez por todas el asunto que flotaba entre los dos; ponerlo contra la espada y la pared para que accediera a comprometerse con ella y procurar que no se echase atrás.

De esto dependía no ya su futuro en los salones y su reputación, sino su felicidad.

Estaría a salvo de las habladurías, de la convivencia con Verity y de la enfermiza atracción por el hombre equivocado desposando a un caballero tranquilo con una buena posición económica y que sabía tratar a las mujeres con respeto.

Eso era algo que Sonny no había aprendido aún en sus veintisiete años.

Ni por las buenas, ni por las malas.

«¿Por qué insistes en compararlos? ¡Sonny no es una opción!», se reprendió. No se dio cuenta de que presionaba los labios, quizá no en rotundo desacuerdo con su propia advertencia, pero sí contrariada.

No estaba enamorada de Strickland. Eso era una realidad. También era un hecho que había resultado no ser perfecto; sus averiguaciones habían servido para descubrirlo. Pero lejos de sentirse incómoda en su presencia por estos defectos que le achacaba, ahora se veía legitimada para cometer errores, pues, a fin de cuentas, él era el primero que no podía describirse como el colmo del virtuosismo. Y lo que era más importante, Strickland no la hacía sentir fuera de sí, ni a su lado corría el riesgo de que la sorprendiera no solo con un apasionado beso capaz de ahuyentar al sentido común, sino con la promesa de preservar sus odios para que ella pudiera seguir adelante sin que estos la lastraran.

Rebecca agarró con fuerza el parasol cerrado que llevaba en la mano.

«Deja de pensar en Sonny», se espetó.

—¿Por qué no entras al menos al recibidor, querida? —oyó que preguntaba Verity en tono casi burlón—. No querrás que piense que su visita es lo mejor que te ha pasado no en todo el día,

sino en la vida.

—Si en el recibidor estás tú, prefiero quedarme aquí. O a tres metros bajo tierra. Cualquier alternativa es preferible.

Le pareció que su cuñada suspiraba a su espalda, pero no se movía del sitio.

—¿A qué se debe ahora este renovado interés por Strickland? Pensaba que, después de nuestra conversación sobre Sonny, te replantearías dónde depositar tus afectos...

—¿Eso pensabas? Me alegro de que lo hicieras, Verity. Es positivo que sometas a tu débil intelecto a tamaños esfuerzos intelectuales para que la enfermedad de la estupidez no acabe devorándote el cerebro.

Esta vez sí que suspiró. La escuchó con total claridad.

—Eres consciente de que hace tiempo desde que tus enemigos no somos tales, ¿verdad? Ni Sonny, ni yo... y juraría que tampoco los Haverford. Y eres consciente, también, de que si te encuentras en una situación complicada, no es porque no tratemos de ayudarte, ¿no? Ojalá madures pronto, Rebecca —añadió antes de echar a andar hacia el pasillo; lo supo por el familiar frufrú de sus faldas y el eco que persiguió a su voz como una cola—, o vas a tirar tu vida por la borda. Aun y con todo, algo me dice que habría quien se arrojaría al agua en plena tormenta para recuperarla por ti... Espero que, para cuando aceptes de quién se trata, no sea demasiado tarde.

Rebecca fue a girarse para espetarle que se dejara de acertijos; que no volviera a dirigirle la palabra, incluso, porque no necesitaba ni sus consejos ni su sabiduría; porque no le servían ni como chiste a costa del que reírse. Pero se le había formado un nudo en la garganta, y, en ese preciso momento, el carruaje del señor Strickland dobló la esquina.

«Algo me dice que habría quien se arrojaría al agua en plena tormenta para recuperarla por ti», repitió para sus adentros mientras bajaba las escaleritas con prisas por que comenzara el primer día del resto de su vida. Necesitaba que pidiera su mano esa misma tarde, y lo necesitaba para que Sonny dejara de susurrarle palabras desestabilizadoras al oído.

«Yo sé lo que es desear tanto a alguien que no quieres pasar ni cinco minutos de tu vida lejos de su abrazo», le había dicho tres días atrás. Aún no se había recuperado ni de la declaración pasiva, ni de los celos injustificados y recalcitrantes que le pararon el corazón pensando que pudiera referirse a otra mujer, ni de la ternura que había colmado su mirada al pronunciarse.

No podía soportar a ese Sonny sensible y afectuoso.

Pero ¿acaso no era ese el único Sonny que existía?

De nuevo, la voz de Verity: «Estás muy equivocada si crees que Sonny tiene esa sangre fría».

—¡Buenos días, señor Strickland! —exclamó con más entusiasmo del pertinente, feliz porque fuera a distraerla al menos unas horas—. ¿Nos ponemos en camino?

Unos minutos después de ahuyentar sus pensamientos, cortejador y cortejada arribaban a Hyde Park. Habían realizado el camino sentados el uno frente al otro conversando sobre naderías.

Por primera vez desde hacía años, Rebecca había sentido que se ahogaba en tanta banalidad; que tenía prisa por estar en otra parte, con otra persona, charlando sobre otros asuntos. Experimentó algo parecido cuando su vínculo con Nile se rompió de manera irreversible y tuvo que entretener a sus posibles pretendientes sin profundizar en los temas propuestos, no solo porque echaba de menos el cariz serio o al menos especial que tenían todas y cada una de las charlas amistosas en las que él y ella se enzarzaban, sino porque era con el marqués con quien quería estar alternando, con quien deseaba seguir compartiendo. Era cierto que reprimía su carácter y sus opiniones con Nile, temerosa de espantarlo, pero, tarde o temprano, y llevada por nada menos que la comodidad que le inspiraba, acababa mostrándose tal cual era.

A fin de cuentas, antes que su pretendiente o su primer amor, Nile había sido su amigo.

Sintió algo parecido en el carruaje, solo que no comparó a Strickland con el lejano marqués de Haverford. Se le ocurrió pensar, en pleno delirio, que si se hubiera montado en el landó de Sonny, habría podido quejarse de cuánto le dolían los pies con aquellos endemoniados zapatos antes de decirle buenas tardes. Podría haber insultado sin miedo a Verity por tener la osadía de aleccionarla, como si no tuviesen la misma edad y su sabiduría la superase por mucho. Podría haberlo abrazado como hizo en su casa tres días atrás. Él se lo habría permitido todo sin juicio, y hasta habría correspondido sus quejas con comentarios maliciosos que la habrían forzado a contener una carcajada inapropiada.

«Pues claro que la dinámica se habría dado así, pero no porque sea único en su especie, sino porque estamos hablando de un completo bufón. De un descarado», se dijo.

La invadió una punzada a la altura del estómago, como si una parte de sí no hubiera podido evitar protestar. Allí se llevó la mano, molesta porque ya ni su propio cuerpo —no se dijera la conciencia— soportara sus críticas hacia Sonny. Y es que no era la primera vez que su rostro acudía raudo y veloz a su mente en las compañías más insólitas: lo había invocado la noche anterior, cuando entró sin llamar al despacho de su hermano y lo cazó enzarzado en una divertida discusión con Verity.

—Tiene usted un descaro que no es de este mundo, señor Wargrave.

—Y usted tiene una cara que le envidiaría hasta la luna, señora Wargrave.

«Suenan como Sonny y yo», había pensado, sin saber muy bien cómo sentirse al respecto.

Cuántas veces no lo habría atacado ella con la esperanza de cerrarle el pico, de detener los halagos maravillosos con los que parecía decidido a ablandarla, y le había salido el tiro por la culata. Sonny nunca se daba por aludido con sus toques de atención, por virulentos que fuesen, y aprovechaba las ocasiones más singulares para seguir alabándola.

El señor Strickland descendió primero del carruaje y le ofreció una mano amable para invitarla a bajar. La doncella que había viajado en silencio con los dos, impuesta por Harding y seleccionada entre el modesto servicio de su casa, los escoltó a un par de metros de distancia en su paseo por la avenida principal.

Hacía una mañana nublada, pero la temperatura era agradable, señal de que detrás del gris plomizo del cielo seguía brillando un sol obstinado.

—¿Cuál es la agenda del club para esta semana, señor Strickland? —le preguntó Rebecca por supervivencia. Estaba tan aturdida que no se veía capaz de hablar, por lo que tendría que ser él quien llevara la voz cantante.

—Cassius, ¿recuerda? Y todavía estoy barajando algunas posibilidades —contestó sin apartar la vista del horizonte, el que sería su destino.

Luego darían media vuelta, él besaría el dorso de su mano con languidez y, como guinda del pastel, le aseguraría que se había divertido como nunca. Más tarde se iría cada uno a su guarida, y ninguno de los dos dedicaría un pensamiento extra a una salida por lo demás olvidable.

A Rebecca le dieron ganas de llorar.

Y de bostezar.

Todos los planes parecían predecibles y aburridos comparados con fingir ser la Reina del Chisme ante un elenco políglota de bailarinas de ballet. Y si los comparaba con besar al hombre con los ojos más bellos de los siete cielos en un camerino...

«Basta».

—Estoy abierto a sugerencias —seguía diciendo Cassius—, por si algo le hiciera especial ilusión.

—Hace tiempo que a mí no me ilusiona nada, señor Strickland —se le escapó. Enseguida se arrepintió y buscó su mirada con los ojos muy abiertos—. ¡Quiero decir que...! Bueno, es que... Verá, cuando una joven cumple su cuarta temporada en la capital, es difícil sorprenderla. Todo lo que se le pueda ocurrir a usted para entretener al vulgo es...

—He entendido lo que quería decir —la cortó en el momento justo, cuando ella ya no sabía cómo justificarse.

Rebecca alzó la mirada hacia él y respiró, aliviada, al ver que la observaba con la cabeza inclinada y expresión benigna. Había olvidado que el señor Strickland era un aliado y no un pretendiente al uso como pudo serlo el señor Landon. Si bien no era el más divertido de los hombres ni regentaba un club de pugilismo, al menos destacaba por su atractivo, la escuchaba y la comprendía a un nivel al que pocos lo habían hecho.

—¿Usted también es difícil de sorprender?

—Y de conmover. Son muchos los años que llevo en el mundo, y pesan tanto sobre los hombros como podría cansar contar todos sus días. He acumulado demasiadas experiencias irrepetibles; tanto así que a veces me desalienta pensar que las que van llegando nunca estarán a la altura. Claro que usted está siendo una agradable novedad —añadió con gentileza.

Podría haber empleado un tono amable, incluso coqueto, pero mantenía la misma inflexión dijera lo que dijese. Parecía que hubiera intentado venderle su alma al diablo y este la hubiese rechazado precisamente por carecer de emociones que pudiera tentarle drenar.

Agachó la mirada hacia sus manos enguantadas, fingiendo la obligada timidez después de un halago pese a estar en compañía de un hombre que ya la había visto en su peor momento.

La complicidad que compartieron el día del picnic no había desaparecido, pero Rebecca se había empecinado en encauzar la relación para que se asemejara al modelo de pretendiente y pretendida, no a la de dos buenos amigos.

—Se lo agradezco, señor Strickland.

—¿Cómo se ha encontrado estos días? He tropezado con el marqués de Haverford en tres veladas desde entonces. La busqué en todas ellas para asegurarme de que hallaba sosiego.

—Me limito a evitarle —resumió con ambigüedad, aun cuando su corazón le rogaba que se desahogase con él. Era la única persona que le preguntaba al respecto, y no con la intención de chismorrear, sino con verdadera consideración—. Milord me evita a mí, así que ambos salimos ganando.

—No me ha dado esa impresión —replicó Cassius con su conocida prudencia.

Rebecca lo miró de soslayo y acabó resignándose a sincerarse.

—No se la ha dado porque la lamentable verdad es que milord no me devuelve la descortesía negándome la mirada. Aunque no termina de encontrar las agallas para acercarse, sí que me hace consciente con miradas esperanzadas de que sueña con solucionar nuestras diferencias.

—Bonito eufemismo.

—Y tanto —bufó Rebecca—. Interviene con un desahogo impostado en las conversaciones en las que yo meto baza, y se ríe con mis apreciaciones. Es como si me dijera: «Por mi parte, no quedan rencores». ¡Solo habría faltado que fuera él quien me guardase rencor a mí! Arg, el solo hecho de frecuentar los mismos espacios que milord me mina el ánimo. Pero...

—¿Pero?

—No se lo diga a nadie, Cassius, pero debo reconocer que tres años no pasan en vano. Voy notando, y no sin horror, que me voy desprendiendo de los viejos rencores, más por la necesidad de abrir espacio a otros sentimientos menos dañinos que por el deseo de prosperar.

—Esa clase de emociones no laten de por vida dentro de uno.

—No, no lo hacen. La inquina ya no me insta a vengarme, como tratara de hacer al principio en mi infame obsesión por defender mi orgullo herido. Orgullo y no corazón, porque eso crecía de arreglo.

—¿Cómo se siente ahora, entonces?

Rebecca acogió en su pecho la oleada de calor que le produjo el interés de Cassius. Pensó que no habría mejor manera de agradecer y corresponder su determinación a acompañarla en sus sentimientos que siendo franca.

—Ahora solo estoy triste —admitió sin derrumbarse. Mantuvo los hombros rectos, la barbilla erguida—. Y no hablo de esa tristeza narcisista y hasta cierto punto dramática que se lamenta con la mirada perdida en el cielo, que se pregunta por qué todo nos pasa a nosotros.

—Es una tristeza resignada, y no hay retorno en la resignación —completó Cassius.

Rebecca asintió sin decir nada. No se podía hacer otra acotación; él, honrando su talento para encapsular las verdades en el menor número de palabras posible, lo había dicho todo.

—Me duele la amistad perdida, los años desperdiciados... Lo que es irrecuperable. —Hizo una pausa antes de detenerse en medio de la ruta y musitar—: Y, sobre todo, esto en lo que me he convertido.

—No veo que se haya convertido en nada que no merezca la pena, Rebecca. Pero sí creo que existe un accesorio que le sentaría de maravilla al cuadro casi perfecto que es usted —la sorprendió diciendo, girado hacia ella. Le dedicó una sonrisa muy escueta, pero no por ello medida o insincera—: el perdón. Porque por tentador que pueda ser pasar la vida desquitándonos con quien nos hizo daño, a veces, el acto más egoísta y, por ello, mejor para nosotros, es olvidar. Y el olvido solo pasa por la disculpa.

»Tarde o temprano, Haverford tomará la iniciativa de acercarse a usted para arrodillarse de nuevo en el nombre de la familia que pretende formar, si no de sangre, al menos de nombre, con los Wargrave: su esposa, lady Clarissa, es muy buena amiga de la señora Wargrave, al igual que el honorable Harding está en los mejores términos con milord. Cuando esa conversación suceda, usted tendrá todo el poder. Habrá de elegir entre continuar sembrando la discordia, porque no dude que es usted la que sostiene el cetro... o enterrar el hacha de guerra.

Cassius todavía siguió filosofando un buen rato sobre el perdón y la venganza, dos temas que siempre habían interesado a Rebecca y que la tentaron a participar. Sin embargo, estaba allí con un propósito, y no era estrechar los lazos amistosos con su pretendiente. No podía dar pie a que sucediera con Strickland lo mismo que había pasado con Nile: que acabara viéndola como una hermana pequeña, una ovejita descarriada a la que ayudar.

Debía dejar patentes sus intenciones y asegurarse el matrimonio, o sería demasiado tarde.

—Señor Strickland —se decidió a interrumpir con voz aguda pero firme.

Él continuó hablando por debajo de su interrupción unos segundos más hasta que, poco a poco, y por obra de la sorpresa, su discurso se extinguió. La miró de reojo, en un primer momento extrañado por la falta de respeto impropia de ella, y, al ver que se había ruborizado y se retorcía las manos en el regazo, levemente interesado.

—¿Sí?

—Perdóneme por cortarle así, tan abruptamente, pero temo no reunir el valor para decirle lo que... lo que necesito que sepa. Verá, yo... yo... He estado reflexionando sobre mi futuro matrimonial, sobre...

Como si pudiera verse desde los ojos de alguno de los viandantes, se imaginó a sí misma allí de pie, balbuceando de forma miserable ante un hombre por el que no albergaba el menor sentimiento romántico, y sintió tal vergüenza que se calló de golpe. No porque la abochornara

mostrarse vulnerable ante Cassius, ya que, si alguna vez se había dignado a desahogarse de corazón con alguien, había sido con él. Lo que no pudo perdonarse fue lo que su puesta en escena estaba dando a entender: que lo amaba tanto que los nervios le estaban jugando una mala pasada.

No iba a falsear sus intenciones con un caballero al que le había tomado afecto.

Así pues, no retomó la esperada confesión hasta haberse serenado.

Capítulo 19

—Señor Strickland —proclamó con solemnidad—. Quiero que sepa que le respeto profundamente, como hombre y como empresario; que admiro el culto al entretenimiento que ha levantado de la nada y con la única colaboración de su buen hacer, su responsabilidad y su obstinación, y que me siento halagada, ¡no, entusiasmada!, porque me haya elegido a mí para replicar su éxito laboral en su vida privada.

—Rebecca...

—Sin embargo, no lo he demostrado como Dios manda. De hecho, lo he demostrado como no es de Dios hacer —prosiguió con seguridad; la que daba saber que se estaba obrando con la justicia por delante. Observó que Cassius la miraba ahora con una especie de curiosidad recelosa, como nunca antes—. En lugar de ser paciente y esperar el momento indicado para manifestarle mis legítimas dudas sobre su pasado, de un misterio irresistible, me he inmiscuido en sus intimidades. No solo en las suyas, en realidad, sino en las de quien entiendo que es un ser muy querido para usted: la señorita Day. —Se sintió tan culpable al ver que la tensión se apoderaba de Cassius que tardó en reorganizar sus pensamientos para continuar, y, cuando lo hizo, le costó no tartamudear—. Yo misma entiendo como inadmisible que una completa extraña haya revuelto sus documentos privados y haya prestado una visita a la joven en cuestión para sonsacarle datos sobre usted. Sabe el Señor que yo no lo habría disculpado, o no sin someter antes al atrevido a un largo tormento. Pero, si de algo sirviera, quiero que sepa que he parado justo a tiempo, que no osaría juzgarle por lo que quiera que sucediese entre ustedes dos, y que estoy a su entera disposición si aún desea casarse conmigo.

Adoptó una postura remilgada para escuchar su respuesta: manos entrelazadas en el regazo para no delatar su crispación, espalda recta, cabeza más o menos gacha en señal de disculpa.

Viendo que el señor Strickland no mediaba palabra, pensó que se habría vengado dejándola en pleno Rotten Row con un palmo de narices. Buscó su semblante para confirmarlo y, para su inmenso asombro, comprobó que seguía inmóvil en el sitio, para colmo mirándola con calidez.

¿Había afecto en su expresión o acaso estaba soñando?

—Debería —dijo él al fin.

Rebecca pestañeó hasta cinco veces, desconcertada.

—¿Disculpe?

—Debería juzgarme. Sería lo más sabio que podría hacer, de hecho.

—¿Por... su historia con... la señorita Day? —indagó, no menos desorientada.

—La verdad, Rebecca, no sé por qué no esperaba una confesión semejante viniendo de ti —confesó Cassius en tono amistoso. Un hondo suspiro transformó la rigidez generalizada que sufría su cuerpo en una pose informal. Pareció rejuvenecer diez años—. Al fin y al cabo, te tengo por una joven sincera y generosa con aquellos que le dispensan un trato benévolo.

—Y me gustaría decir que lo soy. La cuestión es... —se interrumpió en cuanto asimiló la respuesta—. Un momento. ¿Qué ha querido...? —El alma se le cayó a los pies—. ¿Lo sabías?

Cassius se guardó las manos en los bolsillos de la fina gabardina beis y echó las caderas hacia delante, convirtiéndose, ahora sí, en un hombre totalmente diferente, en lo absoluto huraño. Acompañó la novedad de su espontaneidad de una sonrisa cómplice.

Rebecca sintió que el pulso se le aceleraba en presencia de aquel Cassius distraído.

—Por supuesto que lo sabía —respondió con ternura—. Quizá debería haberte advertido de

que suelo estar al tanto de todo... o de casi todo —añadió en voz baja con un trasfondo de agonía del que se recuperó inspirando hondo—. No te mentiré: es poco o nada lo que me divierte saber que importunaste a la señorita Day con tu indiscreción, pero, conociéndote como te conozco, estoy seguro de que no te atreviste a tensar la cuerda; que fuiste educada con ella y la trataste como se merece que la traten. Esto y saber que te motivó el miedo a vincularte con un hombre de naturaleza incierta, nunca la curiosidad malsana o el deseo de venganza, basta para aplacarme.

—¿No estás enfadado?

—Te sorprendería saber con cuánta frecuencia y malevolencia he sido blanco de graves ofensas; de muchas de ellas me estoy recuperando aún, pero, por suerte, mi bagaje no es algo que te corresponda cargar. O tal vez sí, pero como la buena amiga en la que espero que te conviertas —concluyó con una mirada elocuente.

—Entonces puede que no te haya herido con mi ingratitud, pero sí te he decepcionado lo suficiente como para dejar de barajar el matrimonio conmigo —murmuró Rebecca.

No se lamentó porque haber dinamitado su oportunidad con Cassius no le afectó ni siquiera al orgullo.

¿Sería posible que en el fondo no hubiera querido casarse con el señor Strickland en ningún momento, y en parte por esto se hubiese inmiscuido en sus asuntos? ¿Porque, en realidad, lo que pretendía era arruinar el compromiso?

—Nunca lo he barajado —reconoció él.

«De acuerdo, esto sí hiere mi orgullo», pensó con rencor.

—¿Y por qué diantres...?

—Permíteme corresponder tu honestidad y tu bravura. Si bien me pareces una mujer única en tu especie, además de inconmensurablemente bella, las razones que me llevaron a cortejarte no pudieron distar más de las que he citado. Asumo que no lo has averiguado por tu cuenta pese a haberme sondeado en profundidad —se la quedó mirando con fijeza y un fondo de diversión por las halagadoras molestias que se había tomado con él. Ella negó, aturdida, y cuánto se habría ahorrado si se hubiera puesto cómoda en la apacible ignorancia—. Entonces doy por hecho que tampoco el señor Kinross hizo lo correcto hablándote de sus intenciones.

Rebecca se enderezó igual que si hubiese pronunciado una palabra tabú.

El corazón le latió en los oídos.

—¿Qué tiene que ver el señor Kinross con esto?

—Todo, Rebecca. Todo.

»No hace mucho tiempo, acudí a él con la esperanza de que me ayudase en mi empeño de... encontrar a alguien. En los últimos veinte años, su padre se ha movido por todo el territorio inglés y alrededores en busca de inversión para sus múltiples negocios, llegando a tratar con empresarios de las tierras vecinas. Pronto comprendí que tanto él como su hijo eran las personas adecuadas para lograr mi propósito. Necesitaba sus contactos.

—¿Y en qué se relaciona su búsqueda conmigo?

—En que Sonny Kinross no quiso cobrarme el servicio con una bolsa de monedas, sino con otro favor. Me pidió que me acercase a ti y fingiera cortejarte. Después, el señor Kinross se encargaría de divulgar rumores lo bastante tremebundos sobre mí para preocuparte. Entonces, él saldría a escena como un caballero de brillante armadura para salvarte de un hombre poco recomendable.

Hacía rato desde que Rebecca solo oía su propio pulso. Le retumbaba en los oídos, le golpeaba los laterales de la garganta, parecía querer salírsele del pecho. Podía tratarse de la antesala de un arrebato furioso, como otros tantos que había sufrido con anterioridad, pero si

bien reconocía los síntomas, nunca los había padecido con semejante magnitud.

Solo atinó a decir diez palabras.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida.

Strickland se encogió con un aire entre risueño y compasivo.

—Créeme, he vivido tanto que esto me sonó a travesura inofensiva. Después te conocí, te vi sufrir por lo sucedido con Haverford, disfruté de tu compañía, y... No soy un hombre de grandes emociones, Rebecca, pero no me ha gustado convivir con este secreto.

—Has jugado con mis sentimientos —le acusó con rencor.

Él ni se inmutó. Tan solo la miró con la cabeza ladeada, tratando de bucear en lo que quiera que hubiese detrás de sus ojos verdes, que lanzaban chispas.

—Podría haberlo hecho en el peor de los casos, sí, y no negaré que era un riesgo que me interesaba correr porque habría matado por los contactos de los Kinross. Por fortuna, no ha sido así, puesto que no has llegado a enamorarte de mí. Ni siquiera te atraigo. Es más: me atrevería a decir que quien ha jugado conmigo has sido tú, porque te deshacías en amores por tu presunto archienemigo mientras disfrutabas simultáneamente de mi cortejo.

—¡Eso no es cierto! —protestó, pero se había ruborizado hasta las puntas de las orejas. No se atrevía a reflexionar en profundidad sobre lo que había sucedido con Sonny en las últimas semanas, y menos todavía enfrentarse a la conclusión que surgiera, pero era un hecho que se habían besado y toqueteado a sus espaldas—. ¡Y, aunque lo fuera, estaríamos en tablas! ¡Tú mismo has admitido que te has portado como un canalla!

—Y lo lamento —le confirmó con un elegante asentimiento, todavía con las manos en los bolsillos. Una de las ondas rubias de su cabello le resbaló por la frente, dándole el aire de bandido travieso que podría haberla advertido mucho antes de que no era trigo limpio... y que sí podría haberla tentado a enamorarse—. Espero que puedas perdonarme algún día, Rebecca. Es posible que mis intenciones iniciales no contemplaran desposarte o hacerte bien alguno, pero te aseguro que no me pesaría convertirte en mi esposa si casarme fuese mi objetivo.

—¿Y cuál es tu objetivo, entonces? —le espetó con desdén—. Ah, sí; encontrar a alguien. ¿Quién es ese alguien, si se puede saber?

—Mi *cariad*. Mi mujer —respondió quedamente.

—¿Cómo que «tu mujer»? ¿Te refieres a la mujer que amas?

—Me refiero a la que es mi mujer a ojos de Dios y de la ley. A mi esposa.

Con mucho gusto Rebecca lo habría apuñalado a reproches, pero ni el más vil de los mortales habría podido atacarlo o siquiera juzgarlo después de contemplar el amanecer de su expresión: no había dicho su nombre, pero el simple hecho de sacarla a colación, de revivirla mediante la palabra, colmó su rostro de una dulzura y un amor tales que Rebecca sintió que sobraba.

Sobraba y su *cariad* ni siquiera estaba allí.

—¡Su mujer! —exclamó en cuanto empezó a asimilarlo. Luego reparó en que había parejas y carabinas en las proximidades y se obligó a bajar el tono—. Su mujer... ¡No dijiste que estuvieras casado! ¿No soltaste en su día, además, que nunca le habías pedido la mano a nadie?

—Y nunca lo he hecho. Como nos casamos por imposición familiar, no hubo proposiciones románticas... lo que no significa que, con el tiempo, no me acabara convirtiendo en su perro —respondió. Rebecca frunció el ceño, asombrada por el contraste entre su majestuosa apariencia, el pleno dominio de sí mismo, y la forma en que se refería a él: como un chucho sarnoso—. Me abandonó hace años, Rebecca. Hice algo imperdonable y ella me castigó esfumándose en el aire. No era una mujer que hiciera las cosas a medias, ni las calcetas que me tejía ni las venganzas, así que no es de extrañar que aún no la haya encontrado.

Rebecca apretó los labios, empecinada en imponer su indignación aun cuando lo que el corazón le pedía era indagar y consolarlo.

—Si crees que puedes aplacarme o convencerme de disculpar tus manipulaciones relatándome una historia de amor fallida... —Calló al darse cuenta de que Cassius no solo lo había creído, sino que lo había conseguido. Para asombro de Rebecca, que estaba acostumbrada a tomarse a pecho cualquier ataque personal, le importó mucho más la nostalgia que llenó de tristeza los ojos de Strickland que volver a ser una mujer rechazada por un pretendiente. Acabó suspirando—. No lo entiendo, Cassius. ¿De verdad es tan sencillo desaparecer sin dejar rastro como para que lleves años sin obtener resultados? ¿Cómo se llamaba?

—Anna Gwynn, Clowes de soltera. No hay una sola Anna Clowes o Gwynn en toda Inglaterra, Francia o en el Imperio austriaco. No me he molestado en buscarla en países mediterráneos porque siempre ha odiado el calor; no habría sobrevivido en la soleada Italia o en España, y estoy seguro de que no tenía dinero para irse mucho más lejos, como a Rusia o las Américas. Siguiendo el único rastro que dejó, llegué hasta Londres... y aquí me quedé.

—¿Anna Gwynn, has dicho? ¿Entonces, tú...?

—Me cambié el nombre cuando abrí el club, antes de convertirme en el popular benefactor de la capital, con la esperanza de que el salón de fiestas llamara su atención y apareciese algún día. No lo habría hecho si hubiese sabido que lo había inaugurado su marido; si se hubiese llamado Gwynn’s en vez de Strickland’s, así que... —Se le escapó una sonrisa entristecida con una leve impronta de impotencia. Le enfurecía su propia ingenuidad, pero no podía sino perdonársela, porque su razón de ser no era otra que el amor ilusionado—. En su idea original, Strickland’s nació como una trampa para ratones. Es un castillo de naipes que podría desmoronarse en cualquier momento. Porque por más veladas que organizo, por más compañías de ballet que contacto, por más... chefs de la otra punta del mundo que convenzo de preparar un pantagruélico banquete, ella... ella no da señales.

—Strickland’s es un club más o menos exclusivo, Cassius. ¿No te parece loable que se quedara sin invitación? No quiero pensar que se halle en el umbral de la pobreza, pero si ha abandonado a su marido, que era su fuente de ingresos y quien garantizaba su protección, no me extrañaría que... Bueno, que no nadara en la abundancia.

—Mi *cariad* era una mujer con recursos, Rebecca. En ese aspecto estoy tranquilo: dondequiera que esté, apuesto mi alma a que se encuentra materialmente a salvo. También era una muchacha muy alegre —añadió en voz baja—. Le encantaba bailar, la ópera, los espectáculos de danza... El arte en general, tanto para apreciarlo como para practicarlo. Nunca pude llevarla a un gran teatro o una fiesta en condiciones; en nuestra Gales natal, la oferta de ocio siempre ha sido muy reducida.

Rebecca notó que se le había formado un nudo en la garganta.

Recordó lo que había oído decir a las debutantes en el tocador acerca del bello pero desolado —y siempre enigmático— Strickland: que organizaba fiestas con la esperanza de divertirse con alguna.

No habían ido muy desencaminadas. Las preparaba prestando minuciosa atención a los detalles con la ilusión de que se personara la única mujer que podría hacer de la velada y de su vida entera algo memorable.

—Supongo que era rubia y le favorecía el color lavanda —musitó ella, recordando la primera noche que conversaron.

Cassius sonrió, nostálgico.

—Era su color preferido. A ti también te favorece, que conste. No me pareces bella porque te

parezcas a mi Anna, Rebecca. Me pareces bella porque lo eres. Créeme que no os asemejáis en prácticamente nada más allá de eso; ni siquiera su rubio es del mismo tono.

Rebecca lamentó no poder odiar al osado que había jugado con su futuro matrimonial. Aunque a lo mejor no podía hacerlo porque ni ella misma se había tomado en serio la proposición que, de todos modos, no había llegado... y que había rezado por que no llegara, pues, al final, había pretendido emplearla de escudo para protegerse de Sonny.

Se sentía inclinada a compadecer al hombre que había perdido a la persona que amaba; el hombre que, en lugar de aceptar que no había ya nada que hacer, insistía en perseguir una sombra borrosa. Rebecca podía verse reflejada en su persistencia por las causas perdidas.

—¿Qué pensaría tu esposa si llegara a sus oídos que me has pretendido? —se le ocurrió de pronto.

—Eso me gustaría a mí saber —reconoció. Lanzó una mirada pensativa al cielo, como si la señora Strickland, la señora Gwynn, se encontrara allí, escondida entre las nubes—. Quiero pensar que, si lo supiese y aún le importase en lo más remoto, se presentaría con un certificado matrimonial en la mano para impedir el compromiso..., pero lo más probable es que no moviese un dedo y desde la distancia nos deseara lo mejor. O lo peor.

—¿Lo peor? Por Dios santo —se horrorizó Rebecca—. ¿Se puede saber qué le hiciste?

Cassius le dirigió una mirada castigada por el cansancio y el sufrimiento.

—No la amé a tiempo. Y, hasta que no la amé, ni siquiera la respeté. Créeme cuando te digo que está en el pleno derecho de odiarme. De querer matarme, incluso.

Rebecca recordó lo que Edelweiss le había dicho a propósito de Strickland en su breve pero esclarecedora entrevista.

—Entonces, la señorita Day... —empezó ella.

Cassius suspiró.

—La señorita Day... Es una historia muy larga. Otro día te la contaré con pelos y señales, si quieres oírla. No soy muy dado a coleccionar amistades y ni mucho menos me suelo sentir inclinado a expresar mis preocupaciones —admitió, mirándola intensamente—, pero creo que tú y yo tenemos mucho en común. Me gusta hablar contigo, Rebecca.

Su corazón aleteó, ilusionado.

—A mí también me gusta hablar contigo, Cassius. —Y le sonrió con sinceridad. Carecía de sentido guardarle rencor a quien también había sido víctima de los tejemanejes del verdadero genio maligno. Pasado el momento de confesiones, no obstante, Rebecca crispó los puños—. Así que el señor Kinross orquestó todo esto, ¿eh?

Cassius chasqueó la lengua y retomó el paseo arrancando a andar sendero abajo.

—Me temo que así es. Si aún puedo pedirte un favor sin que lo interpretes como una insolencia excesiva, te rogaría que no lo castigaras antes de que me concediera mi deseo. En cuanto descubra que me he ido de la lengua, dejará de pagar a los detectives que siguen buscando a mi *cariad*.

Rebecca abrió la boca para protestar, pero descubrió en ese preciso momento que quería que, al menos él, Cassius Strickland, tuviese su final feliz... o, si no un final feliz, como mínimo la oportunidad de disculparse con su esposa y ganarse de nuevo su corazón.

¿No se habría sentido ella halagada e incluso tentada de volver a sus brazos si hubiese estado en el lugar de la cónyuge? ¿No se habría conmovido tanto descubriendo los esfuerzos que había llevado a cabo para encontrarla como para barajar el perdón?

Si Rebecca podía colaborar en la dicha de una pareja, ¿por qué no hacerlo?

No obstante, lo que no podía ni iba a permitir era que Sonny se saliera con la suya.

Había intentado arruinar su reputación, como si no hubiese tenido suficiente aún. Y es que el rechazo de un tercer pretendiente le habría supuesto —le iba a suponer, en realidad— la marginación total y absoluta. Y todo ¿por qué? ¿Porque quería alzarse como el salvador? ¿Por qué diantres haría algo así? ¿Esperaba que de ese modo se dejara manosear a placer? ¿Qué diablos se pensaba? ¿Que le permitiría mancillarla a modo de recompensa?, ¿como agradecimiento?

Rebecca sintió que la indignación se iba cociendo dentro de sí.

—No te preocupes. El secreto estará a salvo conmigo. Encontraré una manera sutil pero contundente de vengarme... y, entonces, el señor Kinross lamentará haberme subestimado.

Capítulo 20

Sonny inspiró hondo a las puertas del veintisiete de Mayfair. Repitió el mantra que le había acompañado durante el breve trayecto a pie: «Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Vas a ser un caballero. Vas a ser excepcional. Vas a ser el sueño hecho realidad de una mujer». Pero a la hora de la verdad era consciente de que con la señorita Wargrave nunca se sabía lo que cabía esperar.

Es más; solía ser conveniente no abrigar esperanza alguna.

Pero eso iba a cambiar a partir de aquel día, decidió. Para armarse de valor, aferró con aún más fuerza el ramo de rosas. Suerte que lo había envuelto en papel, o las espinas de los tallos se le habrían hundido en la chaqueta de estreno.

Por supuesto, había cuidado la presentación además de los accesorios con los que pretendía ablandarla.

Al abrir la puerta, el mayordomo se topó con un flamante brote de flores frescas. Detrás, un hombre que era lo suficientemente alto como para no quedar en ridículo al lado de un obsequio de semejantes proporciones.

Había pensado que el regalo era demasiado humilde para lo que se proponía, que no era otra cosa que proponer un cortejo formal, pero al ver la reacción del criado, supo que quizá se hubiera excedido.

—Con su permiso —dijo Sonny, sospechando que aún tardaría en pronunciar las palabras de cortesía—, voy a pasar.

—¡Oh! ¡Claro, claro! ¡Discúlpeme, señor...!

Una vez Sonny tomó conciencia con su obligación de caballero, se irguió cuan esbelto era y sus pasos hacia la salita se volvieron decididos.

De pronto, era imparable.

Ya estaba allí, ya no podía huir.

El encuentro con Rebecca era inminente.

Sin embargo, en su previsión no había contado con tropezar con los Wargrave, que en ese momento regresaban del salón principal riéndose por lo bajo. La primera en localizarlo fue Verity, que redujo su afán inquisidor a una ceja alzada; después cayó sobre él la mirada de Harding, quien, aun extrañado en una primera instancia, no tardó en conectar los puntos.

Su semblante se ensombreció como resultado de la contrariedad.

—Kinross —dijo en tono de advertencia.

—Buenas tardes a ti también —canturreó Sonny. Pretendió pasar por su lado sin más explicaciones, pero vio que tenía toda la intención de agarrarlo del brazo para detener el que era su destino evidente y decidió que sería sabio anticiparse a los problemas. Frenó ante la pareja y miró a Harding con una sonrisa que ocultaba una fiera determinación a propinarle una paliza si se oponía—. Vengo a ver a Rebecca. Puedes enviar a una criada a la salita si no te fías de mi comportamiento.

—Por supuesto que no me fío de tu comportamiento. ¿Qué es lo que te propones? ¿A qué se debe todo esto? —su tono se iba afilando más y más, hasta que Harding dejó de parecerse a su buen amigo; de pronto se había convertido en la máxima autoridad judicial—. Te lo llevo advirtiendo toda la vida y te lo voy a advertir una vez más por si acaso no hubiera echado raíces en tu dura sesera...

—Vengo a ver a Rebecca —lo cortó Sonny, igualando, si no superando, su intransigencia—. Quiero pasar una tarde agradable con ella y me he asegurado de garantizarlo. —Sacudió las flores y palmeó el misterioso contenido del bolsillo de su chaqueta—. Si el soborno no funciona, seré el primero en marcharme, pero lo voy a intentar y no te vas a poner en mi camino.

Harding se erizó como un gato mojado.

—¿Cómo demonios te atreves a...?

—Voy para allá —sentenció Sonny—. Ni se te ocurra interrumpirme, y te sugiero que no trates de echarme de casa con amenazas o empleando la fuerza. Soy mejor boxeador que tú y de esa habitación solo me va a mover una palabra de tu hermana... y habría que averiguar cuál —añadió por lo bajini—, porque yo todavía no conozco vocablo que me disuada.

Dicho esto, echó a andar hacia la salita.

Se cuidó de recuperar la expresión afable para saludar a la joven como Dios mandaba.

Si Harding no salió en pos de él y le demostró que cada vez era más diestro en el arte del pugilismo, no fue porque lo hubiese convencido; no era tan estúpido como para pensar que una conversación aplacaría sus recelos hacia los hombres que, además de pretender a su hermana, eran sus amigos. Unos recelos muy justificados, por otro lado. Fue Verity la que, en un gesto de confianza hacia él, retuvo a su marido y lo apaciguó con un argumento paciente y sin fisuras.

Sonny le lanzó un guiño de agradecimiento, ya a las puertas de la sala, y esta lo correspondió con una sonrisa de ánimo.

Al menos había quien creía en sus posibilidades. Y no cualquiera, sino nada menos que Witty y la Reina del Chisme, que eran, respectivamente, un genio de la manipulación y lo más parecido al Todopoderoso que existía.

Si se le contaba a alguien, no daría crédito.

Empujó la puerta para encontrarse con una Rebecca distraída. Había arrastrado un coqueto sillón color crema hasta la ventana con vistas a la calle, y allí apuntaba su mirada reflexiva. Las manos descansaban en tensión sobre el regazo, como si ni su mente ni tampoco su cuerpo pudiesen desprenderse del pensamiento que la estaba torturando.

Aunque estaba en casa, lucía un elegante vestido verde aguamarina de organza que dejaba sus brazos y parte de sus hombros al aire. Ni rastro de joyas: pendientes, colgantes, diademas... Nada. Era ella al natural, con la melena suelta y la cara limpia.

Sonny tuvo que aclararse la garganta para que su voz sonara segura.

—Qué bien encontrarla en casa, señorita Wargrave —comentó con falsa naturalidad. Ella respingó en el asiento, asustada por la inesperada visita, y de inmediato lo condenó con una mirada cargada de rencor que no tardó en transformarse en pasmo.

Observó, pestañeando deprisa, cómo Sonny avanzaba con fingido desahogo cargando consigo el ramo.

—¿Qué lleva ahí?

De pronto le sobrevino un ataque de timidez y, asustado por si Rebecca abofeteaba las rosas y las pisoteaba en un arrebato, viró antes de llegar a ella y se tomó la libertad de colocarlas en el jarrón vacío de la repisa. Gracias al cielo que las rosas eran vistosas y ocupaban un volumen considerable, o Rebecca se habría fijado en los dedos torpes que se entretenían abriendo los pétalos y las hojas.

—Flores, señorita Wargrave. Ha debido de verlas alguna que otra vez. Se me ha ocurrido que serían su flor predilecta, por todo eso de que se perfuma con rosas, se baña en agua de rosas y siempre hay rosas en su salita de uso de personal..., pero, si me he equivocado, prometo traerle otras la próxima vez —le juró con las manos en alto, exculpándose de todo pecado antes de que

ella le señalara el error.

Rebecca había dirigido su ceño fruncido al sorprendente obsequio, y de allí no lo había apartado.

—La próxima vez —repitió.

—Bueno —empezó él con brío. Fingió que le picaban los muslos para secarse el sudor de las manos en el pantalón. *Dios santo.* Ahora empezaba a recordar por qué siempre se había opuesto a la posibilidad de seducirla como cualquier hijo de vecino. Odiaba aquella posición de vulnerabilidad—. Tras sopesar los avances de los que ha gozado nuestra relación gracias a la alianza con la que destapamos los secretos de Strickland, he pensado podríamos vernos con relativa frecuencia, como... como dos buenos amigos.

«¡No!», gritó una voz dentro de él. «¡No quieres ser su buen amigo! ¡Retrocede! ¡Dile que tu objetivo es convertirla en tu prometida!».

—Dos buenos amigos —repitió otra vez.

—La cercanía de la que hemos disfrutado ha confirmado que nuestros modos de pensar son compatibles, que podemos divertirnos jugando al dominó; incluso ha conocido a mi familia. Mi hermana le envía recuerdos, por cierto —se apresuró a cambiar de tema, nervioso.

—Dígale que yo también la saludo —murmuró, aún rígida en el asiento—. ¿A los amigos se les regalan rosas?

—Y algo más —prosiguió Sonny. Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó de un bolsillo una nota pulcramente doblada—. Compruebe usted misma que nuestra floreciente amistad podría extenderse a Su Majestad, que se mostró encantada cuando le pedí que le hiciera llegar sus respetos a su mayor admiradora.

Al principio, Rebecca dudó si aceptar o no el pedazo de papel que le tendió, convencida de que se estaba quedando con ella. Tal y como Sonny había previsto, el entusiasmo acabó doblegando al recelo y se lanzó a por él con los ojos como platos. Lo desdobló y lo alisó sobre la falda igual que si fuera la esperada carta de amor de un soldado en primera línea de batalla.

Sonny observó con una sonrisa tierna cómo sus pupilas se iban desplazando sobre las líneas con avidez.

Él sabía lo que V. había escrito, claro estaba.

Estimada señorita Wargrave,

Me complace enormemente saber de su admiración por medio de mi apreciado amigo Kinross, puesto que desde hace largo tiempo es correspondida por mi parte. Me fascina su fortaleza de carácter; el inteligente sentido del humor, rayano en el sarcasmo, que una mujer necesita para salir ilesa de las situaciones más amargas. Al final, no he sido más que la antagonista de muchas de sus historias, y, en lugar de despreciarme por mencionarla, sabe usted extraer de mis relatos la comicidad y el ingenio y aplaudirlas sin reproches.

Le deseo la mejor de las suertes en el futuro, y tenga usted la certeza de que...

—¡... me parece más elegante y hermosa que la ya casada Verity Burton! —exclamó Rebecca. Se llevó la mano a la boca para esconder un gritito—. ¡Sonny! —lo llamó con voz aguda, los ojos como platos—. ¡Es imposible que la Reina haya escrito esto! ¡Tú has debido de indicárselo para aplacarme! ¡O lo has escrito tú!

—¿Cómo iba a escribirlo yo, si la Reina en persona lo ha firmado? —se rio—. De todos modos, si lo que hacías era acusarme de opinar lo mismo que Su Chismosísima Majestad, no voy a defenderme. Es cierto que me pareces mil veces más bella que la señora Wargrave. Es más; la señora Wargrave es un adefesio a tu lado.

—¡Calla! —protestó Rebecca, pero se había ruborizado de gusto. Sonny tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper a reír cuando, tras una pausa en la que recorrió las líneas de la

Reina por segunda vez, lo enfrentó y preguntó con la boca pequeña—: ¿Lo dices de veras?

Sonny se dejó llevar por un impulso superior a sus fuerzas y le acarició el borde de la cara con las puntas de los dedos.

—Todas las que no son tú me parecen feas.

Y no mentía.

Rebecca bufó sonoramente y le giró la cara.

—Claro —respondió con ironía—. Por eso te has encamado con toda la población femenina de la capital.

—Algo tenía que hacer mientras esperaba que miraras en mi dirección —se justificó él. Con naturalidad, se dirigió al sillón más próximo a ella y ahí se arrojó. Repantigado como un orgulloso sultán, abrazó el respaldo y cruzó las piernas—. De todos modos, que las haya besado no les quita lo de feas. Me temo que mis labios no tienen el poder de los hermanos Grimm de convertir a las ranas en princesas.

—¿Cómo te atreves a hablar de ellas en esos términos? —le reprochó con una mirada indignada, todavía sosteniendo la carta—. ¡Pienso contárselo a todas las implicadas!

—Estupendo —se desentendió—. Luego me cuentas cómo han reaccionado.

Rebecca se lo quedó mirando con el juicio que se merecía por frívolo y por canalla, pero, poco a poco, su expresión se fue atenuando hasta emular una emoción que él no le había visto antes y que no habría sabido cómo catalogar. No era cautela con exactitud, ni desprecio; tampoco sorpresa. Le pareció que la había cazado con la guardia baja cuando estaba regocijándose en cuánto lo odiaba y ahora no sabía qué pensar, cómo actuar en su presencia.

Suerte que Rebecca nunca le dejaría en vilo. Era algo que adoraba de ella. Sabía que no era tan sincera con el resto del mundo, pero sí con él; no se reservaba ninguna apreciación por maliciosa que fuese, decía sin tapujos lo que le sugerían sus actitudes, se desahogaba sin miedo. Por eso Sonny podía decir con rotunda seguridad que no había nada en el corazón de Rebecca Wargrave que no le inspirara un amor incondicional.

—Te has presentado proclamando que quieres ser mi amigo, y, sin embargo, hete aquí unos minutos después, tratando de conquistarme mediante halago y a costa del menoscabo ajeno. ¿A qué se debe esta caballeresca generosidad? ¿Estás tratando de sobornarme, acaso?

Se le escapó una sonrisa, feliz porque siguiera tuteándolo.

—Depende de si está funcionando. Si la respuesta es sí, entonces claro.

Rebecca se levantó en completo silencio y se dirigió a las flores, a las que no había dejado de lanzar miradas furtivas, como si nunca antes hubiera visto nada parecido. Sonny estuvo a punto de hacer un comentario cómico; aliviar ese extraño silencio prometiéndole que no las había envenenado, que no estallarían de un momento a otro, pero el corazón se le subió a la garganta al verla acariciar los pétalos con los dedos como él había acariciado su rostro durante los tórridos besos.

—¿Por qué una de cada color? —preguntó en voz baja, determinada a disimular que la había impresionado—. Por lo general, se regala un ramo rojo, o un ramo blanco, o un ramo rosa.

Sonny entrelazó las manos a la espalda para ocultar que le temblaban y se acercó con su mejor expresión serena. Se unió a la contemplación del ramo asomándose por encima del hombro de Rebecca, a la que sintió tensarse ligeramente al notar su proximidad.

—Dicen que un ramo de rosas rojas alude al amor y la pasión, que las amarillas celebran la amistad y que las blancas piden disculpas o claman inocencia. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Pensé que escogiendo un solo simbolismo no estaría siendo sincero del todo porque me dejaría matices importantes. Una colección variada, por el contrario, recogería fielmente lo que

siento, que abarca la vida misma.

Ella dejó correr un silencio que habló por mil palabras.

—Hay más rosas rojas que de ningún otro color.

—Supongo que será porque no siento tanto haberte ocasionado dolores de cabeza como siento a secas.

Rebecca lo miró por encima del hombro sin llegar a girarse. Había seleccionado una flor al azar para sostenerla entre los dedos con la delicadeza que demandaba todo lo que era hermoso.

—Lanza mensajes muy contradictorios, Kinross —le dijo en tono neutro—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Ser mi amigo o ser mi amante?

«¿Y qué es lo que no quiero?», estuvo a punto de escapársele.

Un cortejo exigía una paciencia que no tenía. De acuerdo al libreto, primero debía mostrar interés, luego asegurarse de que ella le correspondía y, por último, plantear la consumación de dicha complicidad mediante el pertinente sacramento. Pero era difícil esperar cuando ya la había estrechado entre sus brazos y ella lo miraba con una mezcla de desconfianza y vulnerabilidad; desconfianza que podría liquidar proclamando a los cuatro vientos que la amaba desesperadamente.

Estaba abriendo la boca cuando Rebecca se sobresaltó y devolvió la vista a la rosa roja. Había querido la mala suerte que pusiera el dedo donde no debía y se hubiese cortado la yema del índice.

Enseguida había brotado una gota de sangre.

—Maldita sea —masculló ella—. ¿No se le ha ocurrido pedirle al florista que le quitase las espinas? ¿Es que acaso quería matarme?

En lugar de entristecerse porque hubiera perdido la oportunidad de declararse, Sonny sonrió, aliviado ahora que habían vuelto a la normalidad.

La que era su normalidad.

—Tendría que caerse de bruces en un rosal para morirse de un pinchazo, y ni por esas. A lo mejor debería haberlas retirado, sí... —admitió. Tomó su muñeca con delicadeza y se acercó la herida a los labios. La miró a los ojos—, pero pensé que el detalle sería más honesto con su carácter y representativo de nuestra relación si conservaba las espinas.

—¿Qué pensará el señor Strickland si descubre que me has traído flores? —preguntó ella de repente.

Sonny se obligó a reprimir un acceso violento al oír aquel nombre. En su lugar ladeó la cabeza para dirigirle una mirada insondable, deseoso de infiltrarse en sus pensamientos.

Volvió a levantar la mano para acariciarle la cara, esta vez con la excusa de apartarle un mechón ondulado.

—¿Qué quieres que piense?

—No lo sé —replicó con recelo—. Por eso pregunto.

—Yo creo que se alegrará de que haya otros solteros codiciados pendientes de la mujer a la que ha escogido como esposa. Y creo que, por miedo a perderte frente a la competencia, se volcará en el cortejo como nunca. Por lo que, como ves... —dejó caer— te conviene que te siga trayendo flores.

Le dio la impresión de que un destello iracundo relampagueaba en los ojos de Rebecca, como si la hubiera insultado veladamente. Pero, igual que apareció, ese brillo se deshizo... o tal vez no, y es que Sonny solo desvió la mirada a los labios que entreabrió, que de pronto se le antojaron más interesantes.

Rebecca se giró por fin hacia él y, después de tragar saliva, apartó la muñeca que Sonny no

había dejado de abrazar entre sus cálidos dedos. Confirmó que la sangre ya no manaba. En lugar de soltar el brazo a un lado de su cadera, vaciló antes de darle una dudosa utilidad posando la mano en el centro de su pecho, como si hubiese adivinado que ahí se encontraba el órgano delator de sus sentimientos.

Sonny contuvo la respiración cuando ella se acercó un paso y se puso de puntillas para darle un beso casi en la comisura de los labios. Sin separarse más que para poder hablar, y no tanto como para que su boca no le rozara la piel al moverla sinuosamente, dijo:

—Gracias por el detalle.

Él se aseguró de que no se alejaba un ápice posando la palma en su baja espalda y presionando lo justo para mantenerla en el sitio. Ladeó la cabeza para responder tan cerca de sus labios que el vértigo de las ganas le atenazó la columna vertebral.

—Las gracias te las doy yo a ti por inspirarlo —susurró antes de rozarle la boca en una caricia sugerente. Rebecca soltó un suspiro entrecortado que le calentó la cara y también los adentros, y a él, en consecuencia, se le escapó un gruñido enfermo.

Le importó un rábano que Harding pudiera estar pegando la oreja al otro lado de la puerta, que pudiese escoger ese preciso momento para mandar a la doncella que había solicitado con la esperanza de que lo ignorase, o que en ese preciso instante Inglaterra le declarase la guerra a Francia y toda la humanidad pereciera. Agarró con firmeza la cinturilla de la muchacha y buscó sus labios con el hambre que no habría podido saciar ni con veinte banquetes semejantes; ni siquiera con la vida de besos con sabor a Rebecca que estaba intentando labrarse.

Ella respondió aún más rápido que las primeras veces, acostumbrada ya a la falta total y absoluta de decoro de Sonny. Ahora que había decidido que la iba a hacer su esposa, que no pensaba seguir jugando a provocarla, fue lo opuesto a delicado y no se preocupó por si la asustaba con sus ansias desatadas. Más que besarla, la devoró, y usando mucho más que la boca: sus manos también pellizcaron y apretaron la piel desnuda de los brazos, recorrieron la curvatura de los hombros con ansiedad, y sus dientes se hincaron en la tersa superficie de sus senos y su garganta.

Rebecca no solo no se quejó, sino que se entregó por entero a sus atenciones con la misma locura arrebatada.

Sonny llevó las manos a las suaves mangas de organiza y se las bajó con impaciencia, esperando arrastrar consigo parte del escote. Ella apenas jadeó, sorprendida, cuando el movimiento abrupto bastó para revelar dos pezones rosados.

—Preciosos —dijo para espanto de Rebecca, que se ruborizó hasta las puntas de las orejas.

Con una sonrisa gamberra, Sonny enterró la nariz en el canal entre los pechos y allí sofocó un rugido gutural. Inspiró hondo y soltó el aire por la boca para calentar aquella zona hasta el momento desatendida, y observó con los ojos vidriosos por el deseo que se le ponía la piel de gallina.

Rebecca no supo dónde colocar las manos cuando Sonny atrapó el pezón entre los dientes y empezó la nerviosa exploración con ligeros mordiscos, cuyo ardor fue aplacando después lamiendo con fruición y depositando pequeños besos en las rojeces.

No se detuvo hasta que ella estuvo tan excitada que no podía dejar de temblar. Entonces, Sonny se irguió y cubrió sus dos pechos con la palma para que no se olvidara de su tacto.

—Eres tal y como te imaginaba —le susurró al oído en tono provocador.

—¿Imaginabas...? ¿Imaginabas... esto?

—El color de tus pezones, de tu vello púbico; el tamaño de tu ombligo, el olor de tus ingles... Todo me lo he imaginado. Y algún día pondré ahí las manos y la boca, Rebecca.

Ella le clavó las manos en los hombros y se esforzó por mirarlo a los ojos, jadeante.

—Puedes empezar ahora —logró articular—. Tengo que practicar cómo tocar a un hombre y cómo mostrarme dispuesta para la noche de bodas con Cassius, así que no me vendrá mal que un experto como tú me enseñe a deslumbrarlo.

Capítulo 21

Rebecca había esperado sentirse satisfecha después de asestarle una puñalada fatal al manipulador en un momento vulnerable, pero nada más lejos de la que fue su reacción al comprobar que Sonny se quedaba inmóvil entre sus brazos.

Debía reconocer que la había cazado con la guardia baja al presentarse en casa, y con nada menos que dos regalos que, en otras circunstancias y viniendo de otro hombre, uno que no fuese un sucio traidor, le habrían saltado las lágrimas de agradecimiento. Por esta razón y ninguna otra —quizá solo que le había prometido a Cassius que no soltaría prenda con facilidad— le había costado atacarlo nada más hacerlo pasar.

Pero tenía que atacarlo. Había jugado con ella, insistía en repetirse, en parte para sofocar las punzadas de culpabilidad que le impidieron respirar. Era la única manera de proceder justa y que respetara su dignidad. Ese tipo que se creía en el derecho de besarla a placer había tenido la osadía de jugar con su reputación, con su futuro matrimonial, con su felicidad.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Sonny con voz queda. No osó separarse de ella del todo, como si temiera que se le desbaratase el cuerpo entero; solo lo justo para que las seis palabras viajaran a través del oído de la joven.

Rebecca se estremeció al notar el calor de su aliento. Empezó a sospechar que habría de temer el sentimiento de furia que se estaba cociendo bajo su aparente indiferencia.

Intimidada, se defendió entre balbuceos.

—Bueno, la cuestión es... es que... Tengo entendido que los hombres dan bastante importancia a las dotes amatorias de sus esposas, y que si no les pueden ofrecer una... experiencia... gratificante, se buscan amantes, y yo... No soportaría que mi esposo abandonara el lecho y me sustituyese por una cortesana. Me gustaría saber complacerlo, me gustaría...

—¿De veras sigues empecinada en desposar a ese tipo? —espetó. Se separó de ella de golpe y la soltó para mirarla como si no la reconociera. Rebecca odió dolerse con el pasmo y la decepción que leyó en su rostro—. ¿Aun sabiendo que es la clase de cerdo que enamora a una pobre muchacha y luego la rechaza porque no cumple sus exquisitas expectativas sociales?, ¿que es el perro del hortelano, que ni come ni la deja en paz del todo?

Rebecca se irguió, rígida.

A fin de cuentas, seguía siendo demasiado orgullosa para dejarse amilanar.

—Todos los hombres son esa clase de cerdo, como tú lo llamas. Ninguno se casa con la amante que se busca en el teatro, la ópera o el burdel, sino con una mujer con pedigrí, y si quieres que aporte una prueba cercana más allá de Strickland, mírate en un espejo —le rugió.

Cuánto la indignaba que le hablase con condescendencia. Sobre todo ahora que le constaba que la competencia que había establecido con Strickland no era más que una puesta en escena.

—Yo no me he acostado ni con una actriz, ni con una cantante, ni con una cortesana, así que el espejo me devuelve una mirada inocente, pero gracias por tu preocupación. Claro que, en mi opinión, es una preocupación dirigida en la dirección equivocada: eres tú la que alberga la sospecha de que Strickland puede no ser tan recto como aparenta, y, sin embargo, ahí sigues. ¿Cómo puedes pensar lo mejor de él después de todo?

Rebecca fue a responder con frialdad otro ataque personal, pero se conmovió recordando la cruda sinceridad con la que Cassius la confrontó al respecto de su esposa.

Por supuesto que pensaba lo mejor de él.

Era el hombre más romántico sobre la Tierra.

—Si no pensara que la gente es bondadosa por naturaleza y que simplemente se equivoca cuando hiere a los demás, no encontraría en mí motivación suficiente para levantarme de la cama cada mañana —sentenció—. No me cabe la menor duda de que el señor Strickland es imperfecto, pero yo también lo soy. Y si lo que sucede es que sigue enganchado de la señorita Day porque le proporcionó noches apasionadas, procuraré que no las eche en falta ofreciéndole algo mejor. ¿Por qué iba a ser una locura que te pidiera que me enseñaras a desenvolverme en el ámbito amatorio? Es una realidad que los hombres están obsesionados con el sexo, desde el primero hasta el último.

Sonny la miró desde donde estaba con cierta superioridad.

—Yo no estoy obsesionado con el sexo. Estoy obsesionado contigo.

Un núcleo de calor irrumpió en el pecho oprimido de impotencia de Rebecca.

—¿A cuento de qué viene eso? —masculló en tono de reproche porque hubiese conseguido desestabilizarla.

—A cuento de que una mujer como tú debería buscar a un hombre que solo la quiera a ella, no que tema la soledad y por eso escoja lo que le quede más cerca; un hombre que no pueda soportar la idea de convivir con una esposa, hacer el amor con una esposa, engendrar hijos con una esposa, si esa esposa no eres tú.

Aunque él no se había movido del sitio, Rebecca se sintió acorralada por la emoción profunda que había visto chisporrotear en sus ojos. En el Sonny que había entrado por la puerta para sorprenderla con regalos, palabras bonitas y una paciencia a prueba de menosprecios veía una determinación feroz a salirse con la suya, y lo que se había propuesto no podía distar más de sacarla de sus casillas.

Había cambiado de objetivos, y no pudo negar que le diera un miedo atroz descubrirlos.

—Es obvio que tendrías una idea muy clara de la clase de hombre con el que debo casarme, o de lo contrario no te habrías inmiscuido en mi vida y mis cortejos del modo en que lo has hecho —le acusó, exagerando su enfado para que no se le ocurriera seguir por la senda de las insinuaciones; insinuaciones inasumibles para ella en semejante estado de desorientación.

Le había prometido a Strickland que no revelaría la verdad descubierta, pero no le había quedado otro remedio que romper su juramento. Cassius habría de comprender que Sonny la había obligado hacerlo al establecer, velada pero tajantemente, que la alternativa a hacerse la estúpida sería oír algo para lo que no estaba preparada.

—¿Que me he inmiscuido, dices? ¿Cómo? ¿Trayéndote flores?

—¡Preparando un complot con Strickland por quién sabe qué razón! ¡No quiero averiguar tus motivaciones, de todos modos! —añadió precipitadamente. Debía vigilar sus palabras para no poner a Sonny en bandeja la oportunidad de expresar una verdad peligrosa—. Te llenas la boca con advertencias sobre el carácter de Cassius, sobre su presunta condición de farsante, pero eres tú el mentiroso y el trapacero; a diferencia de ti, él ha tenido la decencia de sincerarse a tiempo para protegerme de una tercera y definitiva debacle social.

La expresión ceñuda de Sonny mutó a una más recelosa.

—¿Te lo ha dicho?

—¡Por supuesto que me lo ha dicho! ¡Es un caballero y se preocupa de corazón por mi bienestar! ¡Y no solo lo proclama, dándose golpes de pecho, sino que lo demuestra con sus actos! A ti, en cambio, ni se te ocurrió pensar que un nuevo rechazo me valdría el escarnio, el aislamiento y la depresión. O, si te lo sugirió la conciencia, no te importó, ¡que es peor! ¡Y todavía tienes el valor de traerme flores, cuando no te habría costado imaginarte cuánto sufriría

al ser despreciada por otro pretendiente; al verme forzada a aceptar una vez más que no soy suficiente para ningún hombre!

Sonny apretó la mandíbula un segundo antes de replicar en el tono de los dictámenes.

—Ningún hombre que te descarte como mujer por un par de escándalos menores se merece tu atención o tu compañía, y ni mucho menos tu mano en matrimonio.

—¿Qué quieres decir con eso? —jadeó, anonadada con su actitud—. ¿Que me ibas a hacer un favor terminando de arruinar mi reputación, porque así solo se me acercarían espíritus bondadosos? ¡A las jóvenes en mi situación no les caen del cielo los enamorados incondicionales, imbécil! ¡Se acercan los buitres, los parias; los que no tienen ni dinero, ni gracia, ni posición social! ¡Los despojos se vinculan con los despojos!

—Reconozco que no fue mi mejor actuación —se disculpó al fin con una mano adelantada, como si ella fuera un caballo encabritado. Rebecca odió lo que le criticaba con ese gesto: que estaba reaccionando de un modo impropio de una dama y que le convenía serenarse—, pero te aseguro que no me movía nada salvo...

—¡El egoísmo! —completó ella con voz aguda, angustiada por si se le hubiese ocurrido escoger una palabra aún más poderosa, y, peor, digna de perdón—. ¿Qué podría impulsarte a hacer algo así, sino el egoísmo, el tedio, el deseo de vengarte de mis desplantes...?

—La necesidad de plantear una situación que requiriera de mi ayuda y de mi inmediata proximidad para poder demostrarte que no soy tan insufrible como crees; que incluso puedo ser tu confidente.

—¡Mi confidente! —repitió, ahora sí sobrepasada por una emoción sincera. No cabía en su asombro—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurrió para ganarte mi favor? ¿Chantajear a un pobre hombre para que me pretendiera, divulgar rumores injustos sobre él y luego ofrecerte a ayudarme a investigar sus asuntos privados, todo esto a costa de convertirme en una persona ruin?, ¿una persona que no soy? ¡Me he sentido terriblemente culpable por inmiscuirme en la vida de Cassius!

—Te has divertido —la corrigió, y echó a andar hacia ella—. Lo he visto.

—Claro que sí —ironizó—. Me he divertido arriesgando mi vida al hacerme pasar por la mujer más odiada de la capital; me he divertido perdiéndome un ballet para encerrarme contigo en un despacho; tanto o más de lo que me divertí rogándote en la calle que me llevaras ante el herrero escocés para darme tu apellido. ¡Estás en todo lo malo que me sucede! —exclamó, ruborizada de rabia—. ¡En todo lo que me sucede, en general!

—¿Y por qué crees que eso es así? —contraatacó él sin bajar la guardia, sin pestañear siquiera. Se adueñó del escaso sentido común que le quedaba al invadir su espacio con un avance imparable—. ¿Por qué crees tú que estoy en todo?

—Porque... porque... —Rebecca miró a un lado y al otro para asegurarse de que había una puerta cerca por la que desaparecer. Retrocedió en dirección a la salida, negándose a mirarlo a los ojos—. No lo sé.

—¿No lo sabes o no lo quieres saber?

Rebecca apretó los labios, ofendida a la par que avergonzada con su insinuación, porque era cierto: guiaba la conversación desde la cobardía, y todo por no querer aceptar lo que estaba implícito.

—¡Se debe a que te diviertes torturándome!

Un destello rabioso vinculado con un profundo sentimiento de injusticia encendió los ojos de Sonny, que seguía con la vista clavada en ella.

—Respuesta equivocada.

—Será porque estás aburrido y soy lo que te queda más cerca para entretenerte.

—Error.

—¡Pues porque me odias! —acabó espetándole, envalentonada ahora que su espalda había chocado con la puerta y estaba al giro de un picaporte de la huida a sus aposentos.

Pero nada más posar la mano en el pomo, los dedos de Sonny la cubrieron para que no osara girarla. No fue esto lo que convenció a Rebecca de posponer la escapada, sino las yemas calientes con las que él le rodeó delicadamente la garganta.

—Casi —murmuró casi sin voz.

—¿Casi? —repitió ella, no tan pasmada como trató de hacer ver. Hacía rato que no sentía su propia cara, que se había convertido en una llama, asfixiada por la falta de oxígeno, que ondulaba en la dirección del elemento que la había prendido—. Oh, por Dios. ¿Qué se supone que me vas a decir ahora? ¿Que estás enamorado de mí?

Puso los ojos en blanco y soltó una carcajada para subrayar lo absurda que se le antojaba la idea, pero a ella misma se le entrecortó el aliento y tuvo miedo de mirarlo por si una verdad tremebunda estuviera escrita en su rostro.

Lo hizo, aun así. Se arriesgó a enfrentarse al rojo de sus ojos, y maldita la hora.

—¿Y tú no lo estás de mí? —le sorprendió preguntando él, atravesándola con la mirada—. ¿De un modo que no entiendes? ¿De una manera que se asemeja en poco, si no en nada, a lo que pudieras haber sentido antes por un hombre?

Rebecca soltó una risita incrédula.

—¿Qué diantres estás diciendo?

—Nunca he sido invisible para ti. Antes entrabas en un salón y lo barrías con la mirada hasta que dabas con Nile, y entonces se te iluminaba la cara…, pero nunca te detenías ahí. Seguías buscando, y solo te dabas por satisfecha cuando me localizabas a mí en alguna parte, como si el cuadro no estuviese del todo completo sin tu señor Kinross. Puede que fuese para prepararte física y mentalmente para el combate verbal, para anticipar la obscenidad que pudiera dirigirte, pero no niegues que tengo un lugar privilegiado en tu mente y en tu corazón.

—¡Que me haya estado sintiendo amenazada por tu presencia no es nada halagador!

—Si te sintieras amenazada por mi presencia no me dejarías besarte una y otra vez. Si te sintieras amenazada por mi presencia, para empezar, no me devolverías los desprecios con naturalidad y buen ánimo, ni volverías luego a casa tan desahogada que pasarías el resto del día canturreando, gozosa. Nunca te he dado miedo y nunca te he disgustado. Te inventaste una narrativa en la que Haverford era tu héroe, tu Romeo, y yo era el villano insoportable, el primo Teobaldo, y tuviste la mala suerte de creértela. Pero eres víctima de impulsos superiores a ti, que se burlan de tus planes pulcramente trazados, de tus estrictos principios, y lo demuestra que te derritas entre mis brazos.

Rebecca jadeó, exagerando una indignación que estaba a miles de años de sentir. Fue la única manera que se le ocurrió de enmascarar no solo el asombro, sino el miedo a que por primera vez alguien pudiera estar acertando al verbalizar sus sentimientos; alguien que no era ella, porque ni ella habría llegado a tan descabelladas conclusiones.

—¿De qué va todo esto? —masculló, y trató de girar el pomo, pero él afianzó su agarre—. ¿Qué interés podrías tener tú en convencerme de que en el fondo te... admiro, algo de todos modos disparatado? ¿Tan hambriento anda tu ego de abalanzas, que ya no te conformas con los halagos de tus amantes y tienes que convencerme a mí de que te amo, manipulación mediante, para enaltecerte?

Sonny le sostuvo la mirada con una expresión tan seria que parecía otro hombre, uno que no

hubiese conocido nunca la diversión ni la ligereza; un hombre que hubiera vivido desde que llegó al mundo en el precipicio de la desesperación.

—Si de verdad creyeras la mitad de las cosas que me dices, Rebecca —murmuró quedamente —, ya me habrías partido el corazón tantas veces que no podría ni moverme.

—Si me lo creyera y si tú no hubieras ido dejándote los pedazos en las camas de todas las mujeres casadas de Londres —le reprochó, y giró en redondo para forcejear con el picaporte—. Hace tiempo que ya no te pertenece tu corazón; vives de los latidos de las amantes a las que conquistas para luego desechar con desdén. Yo no voy a ser una de ellas.

—Nunca serías una de ellas porque tú no serías mi amante; serías mi mujer.

Rebecca se alegró de que Sonny no pudiese verle la cara al pronunciarse.

Ni siquiera ella misma comprendió su propia reacción, porque no podía decirse que no hubiera previsto aquel desenlace para la conversación más de quince minutos antes. Toda la sangre se le había bajado a los pies, y la taquicardia que precedía una crisis nerviosa la había revolucionado entera.

Tenía el cuerpo aterido por la declaración, tanto así que no podía moverse.

—No digas estupideces —se oyó mascullar con los ojos abiertos como platos.

—¿Desde cuándo el amor es algo estúpido para ti? —Sintió la caricia de las manos de Sonny en la nuca. La presión dulce de sus labios a través del pelo le produjo un escalofrío, y tuvo que cerrar los párpados y apoyar las manos en la puerta para que la debilidad de las rodillas no la empujara hacia delante—. Te quiero, Rebecca. No sé si me he comportado como un estúpido precisamente por esa razón, si es porque soy estúpido que no he podido hacerlo de la manera correcta hasta ahora o es que el amor nos vuelve estúpidos a todos, sin excepción, pero esa es la verdad.

—Es verdad que eres estúpido —balbuceó ella, pestañeando deprisa para mantener a raya las lágrimas.

—Y es verdad que te adoro con todo mi ser —insistió él con un fondo de risa la voz.

Aquello la desesperó.

¿Cómo podía divertirse cuando ella lo atacaba? ¿Por qué siempre encontraba adorable que contraatacase con mala baba? Y, ahora que lo pensaba, ¿por qué no había querido ver que detrás de esa tolerancia natural a sus desplantes había, como mínimo, una marcada debilidad por ella?

—¿Por qué ahora?

—No es de ahora. Es de siempre.

—No, maldita sea. Te pregunto por qué me lo dices ahora.

—Porque me besaste bajo la lluvia en St James —resolvió con llaneza—. No quiero decir con esto que, antes de tu iniciativa, yo hubiese aceptado la derrota contigo, pero me iba a tomar el asunto de tu conquista con calma. Sin embargo, me besaste y lo aceleraste todo, o solo me besaste y yo abrí los ojos y me di cuenta de que no tendría el tiempo y la necedad de los solteros eternamente de mi parte. Te perdería si no actuaba... y actué. Rebecca —la llamó en tono persuasivo—. Mírame.

—No quiero —rezongó ella con voz llorosa, y acabó corrigiéndose—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque esto no es real.

—Esto es lo único real, Rebecca —la corrigió con dulzura. Le retiró la melena, posándola sobre el hombro femenino, y le rozó con los labios el hueso del cuello—. Todo lo demás ha sido un juego. Nos hemos divertido guerreando; otras veces, hemos sufrido cruzando límites infranqueables..., pero ha llegado al hora de terminar la partida y ser sinceros. No quiero más tira

y afloja. No quiero más luchas absurdas por ver quién se alza con la razón. Quiero que me quieras, ¿entiendes? —murmuró en tono vulnerable—. Que me quieras todo el tiempo, desde que amanezca hasta que se ponga el sol. Incluso cuando te saque de quicio... o especialmente cuando te saque de quicio.

Rebecca había perdido la sensibilidad en las manos y en las piernas.

Desconocía por cuánto tiempo había estado soñando con que alguien le declarase su amor. No había leído ni la mitad de las novelas centradas en romances apasionados que muchas de sus compañeras de la escuela atesoraban en sus mesitas de noche. No había tenido apenas experiencias amorosas que mereciese la pena contar. Tampoco se consideraba una joven sensible. Pero ahora se daba cuenta de que nunca había tenido una ambición mayor que ser la receptora de un afecto sincero.

Y, a la misma vez, se percataba de que jamás había sentido tanto miedo.

Se le había secado la boca. No podía tragar saliva. Notaba un dolor sordo en el pecho, y cada latido retumbaba en su caja torácica como un disparo. No se atrevía a mirar a Sonny. No se atrevía a aceptar lo que le estaba diciendo, y, sin embargo, lo repetía para sus adentros con inevitable incredulidad.

A Rebecca nadie la había querido, ni siquiera en su debut. Ni siquiera en sus mejores años. Ni siquiera antes de que la amargura la convirtiera en una sombra de lo que podría haber sido. Carecía de sentido que alguien lo hiciese ahora que no era tan joven, tan bonita, tan jovial y divertida. Sobre todo era incomprensible que lo hiciera Sonny, a quien el mundo entero conocía como el hombre que no se comprometía; el hombre que amaba una sola vez a cada mujer, y, cuando sucedía, siempre era de noche, porque sus sentimientos se esfumaban con la bruma del alba.

—Quiero que te marches —se oyó decir en un arrebato. Se apartó de él a toda prisa y lo empujó para cerciorarse de que no se interponía de nuevo entre la salida y ella. Pretendía abrir la puerta para indicarle por dónde hacerlo, pero le temblaba tanto la mano que prefirió dejarla escondida entre los pliegues laterales de la falda—. Por favor —insistió, esta vez con debilidad —. Vete.

Sonny se había quedado petrificado en el sitio, más por la determinación de no abandonarla cuando claramente le había hecho daño que porque le hubiese partido el corazón. Pero parecía que también se lo había partido, porque la miraba con un brillo diferente en los ojos y la respiración suspendida. No obstante, aún restaba la esperanza. Aguardaba la respuesta que quería oír aun cuando ella ya había dictado sentencia.

Viendo que Rebecca no daba su brazo a torcer, asintió despacio, como despacio debía de estar asumiendo el rechazo, y obedeció.

Ella sintió que una garra le oprimía el corazón cuando cruzó el umbral.

Tuvo que dar un paso a un extremo para que su cuerpo no le rozase siquiera la falda.

—Espero que no pienses que me estoy riendo de ti, Rebecca —le dijo, parado con los brazos muertos a cada costado—. Eres lo único en esta vida que no me tomo con sentido del humor, sino con el sentido del deber. Si alguna vez hago algo que te hiera en lo más remoto, me mataré, ¿lo entiendes?

Ella mantuvo la cabeza gacha para que no viera que debía parpadear deprisa para contener las lágrimas; lágrimas que contenían una combinación mortal de pavor, incredulidad, desconcierto y, sobre todo, dolor.

Esperó a que él se hubiese marchado para cubrirse la cara con las manos, temblando violentamente y preguntándose qué demonios acababa de pasar.

—Ya lo has hecho —musitó con la voz quebrada—. Ya lo has hecho.

Capítulo 22

Todo se había apresurado, y no tener a quién echarle la culpa lo estaba matando.

Se suponía que el ramo de flores iba a ser el primero de cuantos fueran necesarios hasta que a Rebecca se le iluminara la cara al verlo; que iba a constituir el primer paso de un cortejo formal, el que se merecía como la mujer honorable que era. Pero ella le había cerrado la puerta en la cara antes de plantearse siquiera darle una oportunidad.

Con mucho pesar, mas con pleno conocimiento del porqué de sus reticencias, Sonny habría entendido que hubiese tomado la decisión porque no sentía nada por él.

Pero no era el caso y lo sabía. El hecho de que no estuviese enamorada no justificaba que hubiese reaccionado con miedo.

¿Le tenía miedo a él, acaso?

No, claro que no. Sonny podía ser, con facilidad, la única persona con la que Rebecca se mostraba tal cual era, sin maquillar los que interpretaba como sus peores defectos.

—¿En qué andas pensando? —le preguntó una voz femenina. Sonny estuvo tentado de poner los ojos en blanco. Últimamente tenía la sensación de que aquella mujer estaba en todas partes; de que lo seguía allá donde fuera—. Has estado muy distraído estas semanas, y ahora... ahora me atrevería a decir que estás triste si no te conociera como te conozco.

«Tú a mí no me conoces en absoluto», le habría espetado con gusto, pero se contuvo porque no estaría hablando desde la racionalidad, sino desde el enfado, y lady Jersey no tenía la culpa de que el rechazo de Rebecca le estuviese arruinando la velada y vida.

Sonny tragó saliva y se concentró en el líquido de la copa que estaba sosteniendo, la tercera que se había servido —hasta los topes y sin rebajarla con agua— desde que comenzara la fiesta.

Por eso había evitado aceptar sus sentimientos. Por eso se había refugiado en la profecía de su madre. Por eso no había expresado su amor antes. Porque, aun sin haber sido víctima del desplante definitivo por parte de la mujer que quería, había podido figurarse que el dolor sería insoportable.

Y, aun así, estaba sobrepasando con creces sus expectativas.

—¿Es por esa joven de la que me hablaste? —insistía lady Jersey.

Se hallaban en el exuberante salón de Strickland’s, a la vista de todos, pero ella no temió ponerle la mano en el brazo. Un pensamiento lejano, de los que, igual que surgían, desaparecían por efecto del desinterés, intentó advertir a Sonny de que la condesa estaba excediendo un límite decoroso, tal era su desesperación por hacerse notar ante él, y convenía prestarle atención. Se le pasó por la cabeza, también, la recomendación de la Reina del Chisme, que no solo era sabia porque hubiese nacido con una mente privilegiada, sino porque lo sabía todo sobre todo el mundo: «Has desatendido a tus amantes e incluso despreciado a lady Jersey... algo que, por cierto, no te recomiendo, porque la dama es vengativa».

—Kinross —lo llamó con voz melosa—. Sabes que yo puedo hacerte sentir mejor que ninguna jovencita inexperta. Permíteme demostrártelo este fin de semana. Ven a casa, como hacías siempre.

Sonny dio un paso hacia el lado opuesto para librarse de la caricia de lady Jersey, en gran medida para evitarle una discusión con su marido, y también en buena parte porque habían empezado a asquearle todas las mujeres del planeta.

A excepción de la que, por lo visto, estaba asqueada con él.

—Creo que ya hemos tensado demasiado la cuerda, lady Jersey —le dijo, y oyó que la condesa aspiraba bruscamente, no supo si ofendida o solo sorprendida porque no usara su nombre de pila—. Si seguimos jugando a los saltos en la cama de su esposo, tarde o temprano lo descubrirá, y me gustaría tanto evitarle un escándalo a usted como una trifulca a mí.

—Saldrías victorioso —señaló ella con orgullo palpable.

A Sonny le pareció que estaba muy fuera de lugar que la condesa se posicionara de su lado, y se lo transmitió con una mirada ceñuda de la que no fue o no quiso ser consciente.

—Puede que sí... o puede que no. No pretendo averiguarlo —atajó.

Iba a darse la vuelta para cortar del todo la conversación —con un poco de suerte, para siempre— cuando la condesa se irguió, tensa, y lo retuvo en tono beligerante.

—No sé por qué te comportas como una jovencita despechada. Al menos haz el esfuerzo de sacarte de la cabeza a la condenada señorita Wargrave.

—¿Por qué no haces tú el esfuerzo de sacarme a mí de tu cabeza? —contraatacó él, indignado por la sugerencia. Ni siquiera se preguntó cómo lo había averiguado, si es que acaso era tan obvio—. Sospecho que es más sencillo que lo que milady propone, ya que el único remedio de mi olvido pasa por la muerte.

Lady Jersey le dirigió una mirada cargada de despecho.

—Lamentarás haberme rechazado, Kinross.

Sonny esbozó una sonrisa aburrida, y tan fuera de sí estaba desde que se despidió de Rebecca que no le importaron los sentimientos de la dama al decir:

—Eso lo dudo bastante. Solo podría haberme acordado de ti en una noche muy fría, y mucho me temo que las sábanas me las calienta más el vago recuerdo de una discusión con la señorita Wargrave que revivir al detalle tus acrobacias sexuales.

No se quedó a ver cómo lady Jersey se ruborizaba de pura indignación.

En vez de sentirse avergonzado en su camino hacia la mesa de refrigerios, se reafirmó en su comentario y hasta deploró a la dama por haber olvidado el carácter de la relación que les había unido.

Si es que podía llamarse relación.

Procuraba acostarse con mujeres lo bastante inteligentes para no caer en las garras del amor, o, lo que era peor, de la creencia de que él les pertenecía. Al principio creía haberlo establecido así porque Sonny quería ser de sí mismo, abrazar la ligereza de ser libre como el viento, pero ahora entendía que se había estado prestando a otras féminas con el permiso tácito de Rebecca. Sonny habría interrumpido toda actividad ociosa y gratificante si ella se hubiera limitado a insinuar algo solo remotamente parecido a la exigencia con la que Adelaide lo había espantado.

Barrió el salón con la mirada una vez más en busca de su cabello dorado, del vestido burdeos que había escogido para el gran baile de finales de mediados de abril.

Rebecca había desaparecido hacía un buen rato. Apenas había disfrutado de un breve vistazo de su belleza inalcanzable y su épica obstinación. Y aunque le invadía la rabia cada vez que pensaba en cómo le había echado con cajas destempladas, el anhelo y la necesidad de ella eran tan poderosos que doblegaban su impotencia hasta desarmarlo por completo. Quería ir a su lado y postrarse a sus pies igual que un perro deseaba la caricia de su dueño, sus órdenes inapelables. Nada podía detenerlo salvo un «no» de sus labios; ni el sentido común, ni el orgullo, ni las amenazas de Harding Wargrave, que le había hecho llegar una nota beligerante a las pocas horas de marcharse de su residencia para advertirle de mantenerse alejado de Rebecca.

Sonny asumió en su día que la había visto deshecha tras la visita y había obrado como correspondía a un hermano mayor, cosa que él bien podía entender como allegado de Sabrina

que era. Pero pasaría por encima de sus deseos una y mil veces incluso sin la certeza de salir victorioso con el corazón de Rebecca en la mano.

Merecía la pena intentarlo.

Abandonó el salón de fiestas pasando por el lado de Cassius Strickland. Podría haberse detenido a arrojarle un reproche de magnitud no menor, pero sentía que todo el tiempo que no dedicara a convencer a Rebecca sería tiempo desperdiciado.

Además; estaba claro que ya no era su competidor, lo que le hacía del todo invisible a sus ojos.

Caminó en dirección a las salitas abiertas al público esa noche para jugar a las cartas o tocar el clavicordio. Se asomó bajo el umbral de todas las estancias en busca de la señorita Wargrave, aún no sabía para qué, si para rogarle, hacerle despechadas recriminaciones o solo contemplarla como un astrónomo admiraba las estrellas. Casi se olvidó del que era su destino al salir al pasillo y reconocer los amplios hombros del marqués de Haverford, que en ese momento se dirigía con sospechosa presteza al tocador.

No le habría prestado mayor atención —era justo lo que le habría faltado; perder el tiempo con aquel petimetre— si no le hubiese oído decir claramente:

—Rebecca, espera, por favor.

Sonny se tensó de pies a cabeza igual que si le hubiera escuchado amenazarla de muerte. Avanzó hacia él para agarrarlo del pescuezo si hiciese falta, pero al ver que la apelada emergía de entre las sombras rehaciendo sus pasos para encararlo con energía, corrigió su trayectoria y se escondió detrás de una de las columnas adosadas a la pared.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —la oyó rugir, más exasperada que furiosa—. ¿Por qué no me dejas en paz? Cualquiera diría que no tienes responsabilidades que atender o esposa a la que amar, persiguiéndome con la mirada y ahora importunándome con tu presencia.

—Lo mismo podría decirse de ti; pocas obligaciones figurarán en tu agenda si dedicas la totalidad de tu tiempo, libre u ocupado, a odiarme con fervor.

—No te odio —confesó ella. Si tensión era palpable en su voz, no se quiso imaginar el estado de su cuerpo—, pero no disfruto de tu compañía y me gustaría que me eximieras de ella de por vida.

—No puedo —se justificó Nile con sencillez. Sonny asomó la cabeza con cuidado de no ser descubierto. Discutían a una crítica distancia de dos pasos, suficiente para dos amigos, arriesgada para dos examantes. No podía ver el rostro de Rebecca, que quedaba oculta por la altura del marqués, pero conocía tan bien las expresiones que acompañaban su tono al hablar que podía imaginárselas con claridad—. No puedo, Rebecca; por eso insisto en perseguirte, como tú lo has llamado. Tu hermano Harding es un amigo muy querido para mí, y tú no has dejado de ser una de mis personas preferidas a pesar del tiempo transcurrido, de los daños infligidos. Necesito que convivamos con una mínima armonía. Necesito...

Rebecca lo interrumpió con una carcajada gélida.

—¿Qué te hace pensar que me importa un carajo lo que necesites? Yo necesitaba un marido, necesitaba una buena reputación, y cuando se me despojó de ambos gracias a tu grandiosa intervención, necesité un confidente. ¿Y dónde estabas tú? En Bloom’s Park, cubriendo de caricias a tu nueva y reluciente mujercita.

—Con mucho gusto habría sido yo tu hombro en el que llorar, Rebecca, en ese entonces y siempre, pero erigiste un muro entre los dos. Y créeme que intenté escalarlo una y otra vez para que me perdonaras. Te negaste y arremetiste contra mí, contra Clarissa, hasta que no me quedó otro medio que apartarme. No puedes echarme ahora en cara que me retirase de la vida pública y,

por ende, me perdiese de tu vista. Sobre todo porque en gran medida fue para darte el espacio que requerías para reconstruir tu vida.

—¡Para darme el espacio que...! ¡Por favor! —exclamó ella, entre indignada y perpleja—. No desapareciste del *beau monde* durante tres años para no molestarme, Nile; desapareciste porque tu esposa, la apocada y miedosa Clarissa, odia las aglomeraciones, y porque tú la querías para ti solo. Y porque a los dos os daba pavor enfrentaros a mí, claro está. Cobardes —escupió con desdén.

Nile inspiró tan hondo que se le irguieron los hombros.

—No voy a negar que la ame. Pero amarla no puede seguir siendo un impedimento para quererte a ti. Estos años no han podido pasar en vano, Rebecca; debes de odiarme algo menos. Solo lo suficiente para oír mis disculpas una vez más y plantearte...

—No te atrevas a decirme lo que debo o no debo plantearme, Nile Inglefeild. Si quiero odiaros a ti y a tu mujer hasta no ser más que polvo y cenizas, eso es exactamente lo que haré.

—¿Y por qué harías algo así? —se desesperó él, y Sonny lamentó tener que posicionarse de su parte cuando se dirigió a Rebecca con inequívoca dulzura—. Ya no te pido que me perdones para visitar a Harding con mi familia sin que suponga una conflagración, sino para que le concedas la mínima cabida a otros sentimientos más puros y gratificantes; esos que te has negado a dar la bienvenida durante los últimos años porque, de acuerdo a no sé diablos quién, debías seguir alimentando tus rencores. Si me mereciera tu eterno desprecio, Rebecca, no estaría aquí. Sabes que no tendría la falta de escrúpulos de atormentarte. Pero lo estoy, y eso significa que ni tú ni yo debemos seguir condenándonos.

—¡Menuda audacia! ¿Por qué me condenarías tú a mí, si se puede saber?

—Por haberme escamoteado el afecto de mi querida Becks. Ni más ni menos.

—Haberte... ¡Eres un miserable! ¿Cómo te atreves a decir algo así? ¡Tú te lo buscaste solo! ¡Prácticamente me forzaste a echarte a patadas!, ¡a alejarte de mí! ¡Y juras que te preocupas por mi vida, por mi estancamiento, pero hete aquí cada cierto tiempo, materializándote solo por nombre o personándote de pronto en una reunión social, para recordarme que existes y que la tragedia aconteció!

—Es que existo, Rebecca. No puedo morirme solo para resarcirte. Y creo que, de todos modos, nunca has querido que me muera. Ya ni siquiera esperas que te ame, ¿verdad? Solo deseas descansar, ¿o crees que no te conozco? Pues descansa, Becks. Respiremos tranquilos.

—¡Vete al infierno!

—Rebecca, te lo ruego...

Sonny decidió que era el momento oportuno para intervenir.

Sabía que todo lo relacionado con Nile Inglefeild debía ser tratado ante Rebecca con el mayor de los tientos, como la mención de Lucifer ante el Señor Todopoderoso. La mayor parte de las veces él se mantenía al margen, no solo por respeto a la regla tácita que sus allegados habían acatado sin rechistar salvo cuando Rebecca permitía un consejo, sino por orgullo. Se negaba a aceptar que Nile seguía siendo su rival aun casado y con dos sanos hijos, entre ellos el futuro marqués.

—Creo que la señorita ya le ha dicho, y más de una vez, que quiere que la deje en paz.

Nile tardó en apartar la vista de Rebecca, convencido de que solo unos segundos más de insistencia bastarían para ablandarla. Y no se equivocaría, porque era cierto que la señorita Wargrave quería descansar de una vez por todas.

En lugar de toparse con la mueca ardida de un hombre interrumpido en pleno ruego, Sonny se enfrentó a la mirada entristecida de quien no podía seguir así un día más. Se odió a sí mismo por

compadecerse del tipo que se había jurado despreciar de por vida, pero ¿cómo no hacerlo, si él también se sentía así? ¿Si él era igualmente víctima de la tozudez y las inquinas de la señorita Wargrave, fueran o no justificadas?

—Sí, es verdad. Lo ha dicho —suspiró Nile sin mirar a nadie en particular. Dejó caer los brazos junto a las caderas, los hombros más o menos adelantados en una postura rendida—. Buenas noches, Rebecca. Espero que me perdones por la insistencia... y porque te prometo o te advierto, aquí y ahora, que no pienso renunciar a la esperanza de que lo hagas también por todo lo demás.

Rebecca se enderezó, como correspondía después de haber recibido una amenaza en toda regla. A Sonny le pareció la amenaza más honesta y afectuosa que se podía dirigir contra alguien, o «a alguien», a secas, porque a pesar de ir contra sus deseos, no iba contra su bienestar o su integridad. Al revés. Nile le estaba jurando que seguiría queriéndola en el odio hasta que cambiara su sentir, y, si no lo hacía, entonces se comprometería a respirar veneno el resto de su vida.

Sonny no solo lo entendía, sino que se hallaba en la misma tesitura.

—Eso es, lárgate —masculló ella con los puños apretados, vigilando el camino de regreso de Nile al salón—. Despreciable bastardo... ¿Cuántas veces más piensas arruinarme la noche solo para ganarte el perdón que te hará sentir mejor contigo mismo? ¡No has amado a nadie más que a ti y a tu maldita... a tu condenada...!

—Esposa —completó Sonny, recordándole así que no se había quedado a solas. Rebecca alzó el mentón. Su cara, contraída en una mueca rabiosa, tendió hacia el recelo—. ¿Ni siquiera puedes decirlo todavía?

—Lo que me faltaba —masculló ella. Fue a pasar por su lado para abortar la conversación, pero él se exasperó con su actitud escurridiza y la sujetó del codo para atraerla de nuevo hacia sí. Rebecca se defendió escupiendo un frío—: ¿Qué estás haciendo?

—¿Por eso me has rechazado? —exigió saber Sonny con el alma en vilo. Rebecca no se atrevió a mirarlo a los ojos. Perdió la vista en el ruedo de la falda oscura—. ¿Sigues penando por los Haverford? Porque no creas que no me he dado cuenta de que los rehúyes y te cambia el humor cuando se menciona al marqués. Pensaba, o al menos quería pensar, que se debía al rencor simple y llano. A una cuestión de orgullo. Pero a lo mejor lo amas —esta vez fue él quien apenas pudo pronunciarlo. Se le quebró la voz—. ¿Lo amas?

—Suéltame.

—Dime que lo quieres y lo haré. Puedo luchar contra tu obstinación, tu afán autodestructivo, tus rencores vitalicios..., pero no contra el amor incondicional que una mujer siente por un hombre que ya no está ni estará nunca disponible. —Observó que ella apretaba la mandíbula, impotente, y Sonny la sacudió con un nudo en la garganta—. ¿Es eso? ¿Es que no has dejado de amarlo un solo día? ¿Lo amabas también cuando me besabas a mí?

—Te he dicho que...

—¿De verdad nunca he tenido una posibilidad? —seguía insistiendo él. Ella no podía saberlo porque no conocía el alcance de sus sentimientos, pero se había estado reprimiendo durante toda una vida para no reprocharle los celos que sentía; los celos que, a falta de Rebecca, habían sido su amante y fiel compañera, pues se despertaba y se acostaba con ellos y no dejaban de acosarlo ni un minuto del día. La zarandeó por el codo y buscó su mirada—. ¿De verdad eres incapaz de entregarle tu corazón a otro hombre? Pensaba que solo te lo había roto, pero ¿es que también te lo robó? ¿Te lo envenenó? ¿Qué ha hecho contigo para que yo no pueda aspirar a tenerte ni siquiera hoy, Rebecca?

Ella se deshizo de su agarre con un tirón y lo encaró por fin con el cerco de los ojos enrojecido, las comisuras de la boca apuntando hacia abajo en una mueca en la que se daban la mano la rabia y el dolor.

—Estoy cansada de los caprichos de unos y de otros —siseó entre dientes—. Él pudo haberme hecho lo que quiso, pero tú me has deshecho como te ha apetecido; te has ganado mi desconfianza por méritos propios, sin interferencias de terceros, al actuar con un egoísmo desvergonzado, ¿y ahora tienes la osadía de proclamar que te ha movido el amor desde el origen de los tiempos?

—A veces me ha movido solo unos metros y a veces me ha echado hacia atrás por miedo, pero ahora me empuja en tu dirección. Nadie me advirtió de que, cuando admites tus sentimientos, es como si amaras el doble..., pero así es.

—¡Deja de decir que me quieres! —le gritó—. ¡No es verdad!

Sonny la agarró por los hombros.

—¿Por qué demonios no iba a ser verdad?

—¡Porque nadie me ha querido nunca! —rugió, pero la voz se le rompió a media frase y los sollozos entrecortaron su alegato—. Mi prometido... mi prometido, que antes que eso era mi amigo, mi héroe, mi referencia, prefirió a una mujer que odiaba con todo el fuego de su alma antes que a mí. Mi hermano se casó con mi archienemiga, una persona que dedicó toda su soltería a destruirme con su malevolencia, a sabiendas de que sabotearía mi confianza y mi afecto incondicional. Mi padre... —agachó la cabeza para esconder una tristeza que se remontaba a la infancia, la tristeza más espantosa de todas—. Mi padre no me mira a la cara porque soy el vivo retrato de mi madre y no me escribe porque soy un fracaso; porque no he conseguido casarme no ya con un aristócrata renombrado, sino con un vulgar burgués. La baronesa era la única persona que me amaba y está muerta; lleva tanto tiempo estándolo que no recuerdo su rostro. Ni siquiera puedo evocar cómo se sentía el amor de otro..., pero eso no significa que deba aceptar que se siente del modo en que me haces sentir tú —le espetó entre dientes—, como si la tierra fuera a abrirse de pronto bajo mis pies o fuese a abatirme un rayo mortal.

Sonny tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no llorar con ella.

—Ningún amor es perfecto, vida mía —susurró—, y ninguno que se jacte de ser verdadero desaparece bajo las presiones del error bienintencionado o negligente. Entiendo que busques la absoluta incondicionalidad y la devoción que mereces, pero no podemos quererte como dioses; podemos quererte como humanos, y me gustaría... desearía... que eso te bastase para ser feliz.

Rebecca sacudió la cabeza, llorando sin parar.

—No insistas. Quiero estar sola.

—No quieres estar sola. Nadie quiere estar solo, y yo en concreto no quiero estar sin ti.

—Cállate.

—Cásate conmigo.

—No.

—Cásate conmigo, Rebecca.

—No...

—Te pido que te cases conmigo. No; te lo ordeno. Lo digo en imperativo y en futuro. Te casarás conmigo.

—¡No! —le espetó con una mirada feroz—. No voy a volver a someterme a lo que pasó hace tres años, ¿te enteras? No voy a exponerme a que cambies de opinión en el último momento y a tener que dedicar mis fuerzas durante el próximo trienio a fingir que has muerto porque la verdad de que no me quisieras lo suficiente me resultará demasiado dolorosa.

—Corrías ese mismo riesgo con Strickland. Incluso más, porque un hombre que te ama no va a plantarte en el altar ni se va a enredar con otra mujer. ¿Por qué conmigo no? ¡Hace unas semanas te habrías casado con cualquiera, maldita sea!

Rebecca le lanzó una mirada cargada de rencor.

—Tú no eres cualquiera.

El corazón de Sonny volvió a latir por fin.

—¿Y no es eso mejor? —musitó con ternura. Le secó las lágrimas con los pulgares.

—¡No, no es mejor! Puedo soportar el rechazo de un cualquiera, pero no el de... no el de... Yo no... —Agachó la cabeza de nuevo y se aferró a las muñecas de Sonny en un arrebato. Pensó que las apartaría, pero solo quería estar en contacto con él. Rendida, musitó—: No puedo casarme contigo porque te quiero y porque me juré hace años que no volvería a ponerme en manos de nadie con el poder de destruirme. No pienso vivir con el alma en vilo, rogando por el amor de otro; temiendo el día que se canse de corresponderme. No soporto estar sola, es verdad..., pero menos aún soportaría que me dejaras sola en mis sentimientos.

Rebecca se desprendió de él, pestañeando deprisa para deshacerse de lágrimas como puños, lágrimas que no habría permitido que viera nadie excepto Sonny; incluso dolida y vulnerable era mala como el diablo, tan mala que no le importaba matarlo con su llanto.

Se separó tan rápido que él no pudo sobreponerse a tiempo del impacto de su declaración, y para cuando salió en pos de ella para alcanzarla, la estela de su vestido se había perdido no sabía dónde.

La buscó en el tocador, para espanto de las muchachas que en ese momento se empolvaban la nariz; en la salita en la que una joven debutante deleitaba a los asistentes con una pieza al clavicordio; en el salón principal, también, donde el movimiento de las faldas coloridas durante la cuadrilla le produjo un mareo atroz.

Salió del edificio y escudriñó las sombras con el corazón latiéndole en los oídos, en la garganta, e iba a arrojarse sobre su carruaje para ir a su encuentro en Mayfair cuando una imperante voz masculina le interpeló.

—Kinross.

—¿Qué demonios quiere? —masculló él, girándose a desgana y con toda la intención de batirse a puños con quien osara retenerlo.

Le sorprendió toparse de frente con el rostro enrojecido por la rabia del conde de Jersey, pero más aún con su mirada acerada, que por lo normal pertenecía a un hombre tranquilo.

—Quiero que se encuentre conmigo al amanecer el próximo viernes, eso quiero —respondió con engañosa ligereza. Se quitó el guante despacio y se lo arrojó a los pies con un desprecio que obligó a Sonny a prestarle atención—. Traiga padrino, pistola y solo la mitad del valor que ha demostrado acostándose con mi esposa.

Capítulo 23

Harding Wargrave y su esposa se habían marchado de la fiesta antes de la hora estipulada, incapaces de seguir conteniendo el anhelo de tocarse. Por supuesto, habían ido a buscar a Rebecca para preguntarle si requería a su hermano mayor o si le gustaría marcharse con ellos: de forma escueta y procurando no levantar sospechas con sus ojos enrojecidos, les había pedido que le hicieran un hueco en el carruaje.

Nada más llegar a la casa, apenas unos minutos después —la distancia entre Strickland's y Mayfair podía cubrirse a pie sin esfuerzos—, Rebecca se había disculpado alegando sufrir una migraña espantosa y había solicitado que le prepararan un baño.

Esa fue la segunda pista que Harding obtuvo para confirmar que su hermana no se encontraba bien.

—Tienes que aprender a dejar que sea ella la que se acerque a ti cuando esté preparada —le dijo Verity, agarrándolo del brazo para evitar que fuese en su busca escalera arriba. La tentación de quedarse era casi insoportable, y no porque supiera que su esposa tenía razón, sino porque llevaba un vestido muy escotado y ya se había soltado la melena cobriza. Pero el deber era el deber, se decía—. No puedes seguir atosigándola con tu insistencia. Ha cumplido veintiún años y es mucho más madura de lo que le concedes, hermanito sobreprotector. Además de que, a veces, una joven solo requiere un baño y un rato lamentándose a oscuras para sentir que todo vuelve a su cauce.

—¿Y no será que dices eso porque me quieres tener solo para ti?

Verity encogió los hombros con esa coquetería innata que llevaba meses obnubilándolo.

—Si las mujeres saben emprender dos actividades al mismo tiempo, ¿a quién le extrañaría que también supiera matar dos pájaros de un tiro? —suspiró para restarle hierro a su frivolidad y extendió los brazos desde el escritorio, donde había tomado asiento, para ofrecerle el reposo de su pecho rebosante—. Créeme cuando te digo que, en este tiempo, he aprendido a tomarle cariño a tu hermana y tengo el mismo interés que tú en que sufra a escondidas, que es ninguno. El primer paso hacia su recuperación consiste en que quienes estamos a su alrededor actuemos con normalidad después de que haya coincidido con Nile.

Harding imitó el suspiro de Verity, aunque con un rastro exasperado, y aceptó la invitación de su esposa rodeándole la cintura con los brazos. Descansó la mejilla sobre la tierna redondez de su hombro unos segundos antes de buscar su mirada con una sonrisa.

—¿Naciste así de sabia, o puede ser que yo haya tenido la suerte de significar lo suficiente para ti como para inspirar tus consejos?

—Se supone que el amor es la raíz de todo, ¿no? —Le guiñó un ojo—. Desde luego, siento que he adquirido un milenio de sabiduría desde que duermo en compañía.

Harding se quedó un buen rato buceando en sus ojos, que a ratos sentía que le engañaban.

Siempre había tenido una mirada risueña, traviesa; feliz, en definitiva. Por esta razón no podía saber con total seguridad si estaba más o menos satisfecha desde que contrajeron matrimonio. Meses después de la inolvidable luna de miel, Harding todavía se sorprendía rabiando de impotencia por no poder leerle el pensamiento, por las limitaciones físicas y mentales que le impedían hacerla feliz hasta el punto de dejarla al borde de la muerte.

—No os está resultando tan difícil vivir juntas, entonces —murmuró él—. Rebecca asegura que no, y tú también; tú eres más convincente que ella, pero, aun así... No os habréis

compinchado para convencerme de que todo marcha sobre ruedas cuando en realidad os lanzáis puñales cada vez que me doy la vuelta, ¿verdad?

Verity se echó a reír.

—Por supuesto que no. Nos lanzamos puñales, claro, pero por la fuerza de la costumbre, y no están especialmente afilados. Es más; sospecho que, muy en el fondo, Rebecca se alegra de tener cerca una mujer con la que hablar.

—Yo también lo creo. Y que te admira —añadió, y se le escapó una sonrisa nostálgica—. A lo mejor deberías haber aprovechado eso para llamar mi atención. Ya sabes, conquistarme a través de la amistad con mi hermana, no de vuestra rivalidad. Me habría rendido a ti el primer día... Aunque, claro está, si yo hubiera sido tan fácil, no me habrías amado igual.

—Tonterías. Tus cualidades no me resultaban más fascinantes porque las ocultaras de mí. Pero no voy a negar que fuese divertido tratar de seducirte —apostilló con una sonrisita juguetona.

—Acerca de tus incomprensibles intentos de seducción... —ignoró la teatral mirada de reproche de Verity para perder la vista en el techo, divertido—, siempre he albergado una duda. O una sospecha, más bien. A menudo me quedo dormido después de ti, y ni una sola vez te he visto en pleno ataque o me he despertado porque hayas sufrido un brote de sonambulismo.

—¡Oh! No soy sonámbula. —Agitó la mano en el aire para restarle importancia—. Lo fingí.

—¿Lo fingiste? —repitió, anonadado aun habiéndoselo imaginado—. ¿Por qué?

—Pretendía que te fijaras en mi cuerpo.

—¿Paseándote en paños menores por Royston Place?

—A grandes males, grandes remedios.

—Y tan grandes —murmuró Harding con la vista perdida en los pechos que el corsé ofrecía descaradamente. Enterró la nariz en la línea del escote y besó la agresiva curvatura de sus senos con fervor, deleitado con las sonoras carcajadas de Verity—. Lo conseguiste, por cierto.

—Pues no me besaste esa noche —se quejó ella, y lo castigó tirándole del pelo para que apartara la cabeza de su rincón preferido del mundo entero.

—Porque no siempre puede usted ganar, señora Wargrave.

Verity enarcó una ceja. La sonrisa se le había ladeado hacia la malicia, como tenía propensión cada vez que el ambiente se caldeaba y sus manos escurridizas alcanzaban los rincones de su anatomía que no debían ser tocados sino en la intimidad del lecho.

—¿Ah, no? —susurró, cubriéndole la entrepierna con la palma. Empezó a frotar muy despacio—. ¿Y por qué, si se puede saber? ¿Acaso no ganas tú también cuando yo celebro una victoria...?

Harding se mordió la lengua para no gemir. No tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse; el imperativo de una voz conocida discutiendo con el débil mayordomo, un portazo y unos pasos apresurados irrumpieron en la tranquilidad de la casa.

Verity detuvo el movimiento, pero fue Harding quien le quitó la mano.

Intercambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Qué...? —empezó él.

—¡No puede entrar sin permiso! —exclamaba el criado—. ¡Señor, por favor! ¡Al final conseguirá que pierda mi trabajo!

—¡Como usted comprenderá, como quiera que se llame, me importa más no perder yo mi única oportunidad de ser feliz!

—¡Me llamo Robb!

—¡Muy bien, Robb! ¡Ahora apártese de mi camino!

La puerta se abrió de golpe, señal inequívoca de que o bien Robb había obedecido la orden del iracundo Sonny Kinross o bien este lo había matado para acabar rápido con los obstáculos.

Harding se giró justo a tiempo para ver a su amigo agitado y sudoroso, sin la chaqueta, con la camisa arrugada y abierta por el pecho, el cabello más o menos pegado a la frente. Estuvo seguro de que había corrido de Strickland's hasta el veintisiete de Mayfair tan rápido como se lo habían permitido las piernas, y no era un asunto menor el que le había traído hasta allí, o eso advertía el fuego en sus ojos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —se horrorizó Verity, que se percató mucho antes de la rojez muy pronto cerúlea de su mejilla.

—Me he acostado con una mujer casada.

—¿Eso vienes a contarme a estas horas y sin previa invitación? —se asombró Harding. No hubo acritud en su tono, solo simple y llana incredulidad—. ¿La historia de tu vida?

—No... o sí —contestó, abriéndose paso en la habitación con la barbilla gacha, mirando a quien solo podía ser su objetivo a través de las pestañas—, porque la historia de mi vida es esta: nací, crecí, vi a tu hermana y ahora creo que me voy a morir. Me van a matar sin antes haberla tenido.

Harding reaccionó como su cuerpo estableció un buen día que haría ante la más ligera mención de su hermana: se enderezó igual que un soldado al que hubiesen pinchado con la bayoneta y crispó los puños.

—Por supuesto que vas a morir: a manos mías, si sigues con tus absurdas...

Sonny no vio venir el siguiente movimiento de Sonny, y eso ya era decir porque había aprendido a anticiparse a sus reacciones. Al menos, fuera del cuadrilátero. Pero el Kinross que le estaba visitando no era su jovial amigo, no era el mentor que se tomaba con ligereza los puñetazos en un combate amistoso; era alguien a quien él no había visto antes, un tipo sobrecogido por el miedo y por eso mismo determinado a defender su último deseo.

Por fortuna, no estaba casi levantándolo del suelo por las solapas de la chaqueta porque pretendiera zarandearlo.

—Quiero que me dejes casarme con tu hermana. Esta noche —se las arregló para sonar suplicante y exigente a la vez—. Dame tu beneplácito.

—¿Qué?

Harding esperó unas explicaciones que no llegaron.

—Dame tu beneplácito.

—Sonny...

—Dame tu beneplácito.

—¡Basta! —exclamó, y se despojó de sus manos con un empujón indignado—. ¡Siempre estás igual, maldita sea! ¡No puedes llegar e imponer tus deseos! ¡No vas a convencer a nadie simplemente repitiendo una y otra vez lo que quieres! ¡No es así como funciona!

Habría continuado su retahíla de reproches si Sonny no hubiese pasado de nuevo a la acción, ahora arrodillándose ante un cada vez más perplejo Harding. Se agarró a los extremos inferiores de su chaqueta para no perder el equilibrio. No quiso mirar a su amigo a los ojos porque la intuición le decía que sería incapaz de decirle que no, y así fue: aquella no era la cara de Sonny Kinross, o a lo mejor era la verdadera cara de Sonny Kinross, la que solo sacaba a relucir cuando su vida dependía de ello.

—Dame tu beneplácito —insistió.

—¿A qué viene esto? —se desesperó Harding.

—A que la quiere —respondió Verity con suavidad. Se giró a mirar a su esposa, perplejo, y se

ablandó ligeramente al ver que la futura baronesa contemplaba la posición de Sonny con ternura y entendimiento—. ¿A qué, si no?

—Por el amor de Dios... ¿De qué estás hablando? ¡Este tipo solo se quiere a sí mismo!

—¿De qué estás hablando tú? No actúes como si llevaras toda la vida teniendo exclusivamente ojos para mí, Harding. Si no has caminado por el mundo llevándolos vendados, y me consta que no lo has hecho, te habrás percatado de lo que sucede entre tu amigo y tu hermana.

—¿Ahora se supone que mi hermana quiere a Sonny también?

—No se supone. Es así. Lo que pasa es que no quiere ni puede aceptarlo. No son más que un par de desgraciados y cobardes con un miedo insoportable a que les partan el corazón. Sé bueno, Harding; dale tu beneplácito.

El aludido se pasó una mano por la cara, nervioso de una manera inexplicable. Él ya había realizado su pedida de mano, ya se había casado, ya había pasado por los lances vitales más importantes en la vida de un hombre enamorado.

¿Entonces? ¿Qué era esa ardiente preocupación por cometer un error?

¿Por qué se sentía desfallecer?

Porque se trataba de Rebecca. Entregar a su hermana pequeña le producía las mismas y terribles emociones que asumir que era débil ante una mujer, una persona externa, un elemento incontrolable que podría destruirle en cualquier momento.

—Rebecca es lo más preciado para mí —se justificó Harding con voz queda.

—También para mí —respondió Sonny. Aunque su posición era vulnerable, su mirada estaba revestida de acero—. No me hagas propinarte una paliza, Harding, sobre todo a sabiendas del daño que puedo procurarte. Le diste la mano de Rebecca al condenado Haverford, un tipo que saltaba a la vista que no la amaba como ella deseaba ser amada, y se la diste porque en el fondo te convenció la idea de que tu mejor amigo formara parte de tu familia. Y, mira, te salió el tiro por la culata.

—¿A qué viene eso ahora?

—Entiendo tus reticencias, el miedo a cometer la misma equivocación, pero yo no soy Haverford; yo soy el que debió gozar de los privilegios de Haverford —se corrigió con vehemencia—. Yo soy el hombre que ama a Rebecca Wargrave. Yo soy el hombre al que tuviste que dar tu beneplácito en su día por una sencilla razón, que es que estoy dispuesto a sacrificar mi amistad contigo, a golpearte hasta la muerte, para ser suyo una sola noche. Doce horas, seis horas; un minuto. Lo que sea. Para mí, Rebecca es más importante que tú.

Harding se sentía acorralado. Era consciente de que Sonny no decía más que la verdad, porque nunca había mentido mirando a los ojos a nadie; nunca se había desgarrado antes con semejante pasión.

Ahora se desplegaban ante sus ojos todos esos recuerdos de años y años en los que le había colgado la etiqueta de perseguidor cuando en realidad era el perseguido por los males del enamorado, correspondido o no.

Aun y con todo, le costaba tanto decir las palabras que se decantó por otro reproche.

—Eres un casanova.

Verity le puso una mano en el hombro y meneó la cabeza despacio.

«No, no lo es», parecía decirle. «Y si lo fuera, eso no sería un problema. Ya no».

Harding también lo pensaba, y tuvo que tragar saliva para tratar de deshacer el nudo en la garganta.

¿Quién podía reprocharle a un hombre que hubiese buscado en otras camas el amor e incluso

el respeto que se le negaba en su propia casa, en el que quería que fuese su hogar? Harding jamás se había atrevido a mirar a Verity por encima del hombro por cartearse o coquetear con caballeros estando a la vez enamorada de él. ¿Qué podría haberle recriminado, si abría un abismo tras otro entre los dos? Tal parecía que los Wargrave tendieran a desdeñar el afecto de quien era en realidad la persona indicada para ellos.

—Tiene que ser ella la que te dé el sí —se oyó responder como si hablara desde el fondo de un pozo—. Es mayor de edad, y a estas alturas sabe mejor que yo lo que la hará feliz.

Sonny se puso en pie a toda prisa sin apartar la vista de Harding.

Había en él una seguridad que no había visto más que en Nile la noche que proclamó estar enamorado de su esposa, incluso siendo esta una mujer difícil; la que vio en Sean Connor la madrugada que lo arrancó de un apacible desayuno para que fuese testigo de su acelerada y secreta —mas no por ello menos romántica— boda con Primrose; la que vio en sí mismo cuando regresó a su dormitorio después de cargar en brazos a Verity hasta el suyo, bien entrada la madrugada, y se miró al espejo para preguntarse qué le estaba ocurriendo.

Se enorgulleció de que Sonny fuese tan valiente y se enorgulleció de que fuera quien iba a conseguir que Rebecca floreciese de nuevo. Lo supo de repente, como si un relámpago hubiese alumbrado la estancia; una iluminación divina. Aquel tipo a menudo desgreñado que incomodaba a la par que colmaba de anhelos a las mujeres con sus sonrisas torcidas, aquel tipo que solo se levantaba de la cama cuando le esperaba algo interesante al otro lado de la puerta, aquel tipo que siempre tenía una mano extendida para ayudar a sus amigos... Aquel tipo era el indicado. Y lo era porque siempre había mirado a Rebecca de un modo que despertaba en Harding una preocupación que quitaba el sueño; que despertaba en la propia joven la necesidad de ponerse a salvo.

Era el indicado porque no había dejado sola a Rebecca ni un solo día.

Ni siquiera cuando hasta su propio hermano lo hizo.

La tarde que Harding no estuvo ni a su lado ni de su parte, tratando de detenerla a las puertas de St James, Sonny salió a la intemperie, a riesgo de morirse de una hipotermia, para evitar que la lluvia la calara. Antes la había perseguido por todo el club para que no recibiera un golpe indirecto; para que Desmond Burton no la desmontara de un agravio del que no pudiese recuperarse nunca.

Sonny asintió en silencio, comprendiendo que Harding le había otorgado por fin su aprobación, y en lugar de deshacerse en agradecimientos innecesarios, desapareció como había aparecido para reclamar su premio.

No tenía tiempo que perder.

Bastante había perdido ya.

—¿Crees que me arrepentiré? —preguntó Harding en voz baja en cuanto se quedó a solas con Verity.

Sintió que volvía a ponerle la mano en la espalda, ahora para palmeársela con esa tierna condescendencia de sabia que le recordaba que el peso del mundo no volvería a descansar sobre sus hombros.

No mientras ella estuviese allí.

—Creo que, si lo haces o no, es irrelevante —respondió con docilidad—. Al final, esta no es tu historia de amor. Es la suya.

Capítulo 24

Qué extraña era la sensación de toparse con alguien a quien ya se había dicho adiós. En eso pensaba Rebecca mientras se frotaba los brazos en la comodidad de la bañera, donde llevaba enclaustrada desde hacía media hora. El agua había empezado a enfriarse, pero tenía la intención de permanecer allí sentada hasta que se le arrugaran las yemas de los dedos y hubiera perdido la sensibilidad del cuerpo. Luego, su doncella la regañaría por no haberla hecho llamar con un par de calderos de agua hirviendo para reactivar los vapores del baño; por haberse expuesto a un resfriado de forma deliberada.

Pero poco le preocupaba a Rebecca enfrentarse a una reprimenda.

En su mente coincidían los recuerdos más recientes de su encontronazo con Nile, la declaración de Sonny, las escenas de amor cotidiano que había presenciado entre Verity y su hermano, el dolor de la pérdida de Cassius; todo cuanto había empezado a componer su vida en los últimos tiempos. Había pensado equívocamente que no podría apartar de su cabeza las palabras del marqués de Haverford, que pasaría una semana en cama o, al menos, con ansias de refugiarse bajo las sábanas, hasta superar el impacto de haber vuelto a hablar con él. Pero lo único que Rebecca había sentido en su presencia había sido cansancio, y aunque había reaccionado con rabia, se había percatado muy pronto de que su ira no estaba viva, ya no borboteaba; era apenas un vago recuerdo del dolor que sintió años atrás y al que se había acostumbrado hasta el punto de repetir por vicio los hirientes reproches de siempre.

¿Significaba eso que quisiera perdonarlo?, se preguntaba.

Quizá no. A esas alturas había aprendido a vivir sin él, y opinaba que no merecía la pena otorgarle el perdón a alguien a quien no se pretendía volver a introducir en la rutina.

¿Significaba eso que no lo amaba ya como el amigo que fue? Esa duda la hacía estremecerse. La había estado evitando con obstinación.

Rebecca recogió las piernas bajo las aguas y se abrazó las rodillas. Descansó la mejilla entre la depresión que formaban y se quedó con la mirada perdida en un punto de la pared.

Sabía de buena tinta que era una persona rencorosa y vengativa. Esos rasgos de personalidad provenían de un riguroso sentido de la justicia, uno muy fácil de traicionar involuntariamente debido a su fragilidad, y de un carácter sensible que con todo se dolía. Rebecca se había resignado a lo que le había venido dado de fábrica y había procurado serle fiel desde el preciso día que aceptó quién era. Le costaba comprender cómo era posible que, de repente, sus inquinas se hubiesen atenuado y el hastío se hubiera impuesto a su deseo de tomar represalias.

A decir verdad, lo único que ocupaba su pensamiento de un tiempo a esa parte era tan humano como terriblemente desleal a su propósito de defender que había sido maltratada: opinaba que su hermano y Verity hacían una pareja de ensueño, que se merecían el uno al otro y no podrían haber hecho nada distinto de casarse. Opinaba lo que largo tiempo atrás le había dicho la sabia Primrose; que Nile Inglefeild nunca fue y nunca habría sido el hombre adecuado por el simple hecho de que no la amaba, y ella merecía a alguien que la amaba.

Y, sobre todo, había concluido que Sonny no había sido un infatigable perseguidor porque ella lo había perseguido del mismo modo replicando sus provocaciones en idéntica medida, a veces hasta teniendo la iniciativa.

Rebecca suspiró con su nombre atrapado entre las sienes.

—Sonny... —murmuró, dibujando círculos en la superficie del agua con gesto entristecido—.

¿Qué voy a hacer contigo? O, mejor dicho... ¿Qué puedes tú hacer conmigo?

—Convertirte en mi esposa —le pareció que respondía.

Rebecca volvió a suspirar, ahora más fuerte, y cerró los ojos.

Ahora podía invocar su voz y su palabra; así de obsesionaba estaba.

—No puedo. Acabo de recuperarme del rechazo de Nile, acabo de... de... Y no sé si la he perdonado, pero desde luego ya no permito que la presencia de Verity me haga sufrir. Exponerme tan pronto, tan rápido, o solo exponerme a secas de nuevo al padecimiento del amor, me causaría... No sé qué me causaría. No viviría para contarlo.

—Soy yo el que no vivirá para contarlo, Rebecca, y, aun así, me gustaría poder decir a lo largo de esta noche y lo que me quede de mañana que tuve a la mujer que amaba aunque fuera una vez.

Ella se enderezó, ceñuda. La voz de Sonny había sonado más cerca, y había respondido al planteamiento de sus preocupaciones con una concreción que ella no podría haberse inventado.

Alzó la barbilla y por poco se desmayó de la impresión de verlo aparecer bajo el umbral de la habitación de aseo. Cerró la puerta tras él.

Rebecca se protegió los pechos desnudos abrazándose los hombros y mantuvo las piernas encogidas.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! —rugió, pero su determinación se fue disolviendo en las mareas de la timidez conforme Sonny se acercó—. Márchate de... de aquí... ahora... mis... mismo... ¿Es que mi hermano no te ha...? Si Harding descubre que... ¡Por Dios santo! —aulló con los ojos como platos. Él se había arrodillado a un lado de la bañera, lo que le permitió apreciar con rigurosa claridad los efectos de un golpe violento. Olvidó que debía cubrirse y tomó su rostro entre las manos—. ¿Qué te ha pasado? ¿Vienes de pelearte? No, porque aún llevas el frac. ¿Quién te ha hecho esto...?

Él interrumpió su interrogatorio cabeceando hacia la mano con la que Rebecca cubría la mejilla magullada. Lo vio tomar su antebrazo con delicadeza y besarla en la palma, en la cara interna de la muñeca, en la yema del dedo corazón. Ella no pudo sino contemplar su amorosa dedicación con un nudo en la garganta y el pulso latiéndole en los oídos.

—Me bebería toda el agua de esta bañera solo porque ha tocado tu cuerpo —murmuró él, todavía con los ojos cerrados y la boca pegada a su mano.

Rebecca se ruborizó, y tal fue su pasmo con la escandalosa declaración que olvidó lo terriblemente inapropiada que era la escena.

—¿Qué estás diciendo, sinvergüenza? ¡No puedes soltar cuanto te viene a la cabeza así, sin más! —gimoteó con el alma en vilo. Por más que luchó por recuperar su brazo y sumergirlo en las aguas, donde él no pudiera alcanzarlo, esa noche Sonny era más fuerte y no consiguió desprenderse de la caricia de sus labios—. Emerson Kinross, te ruego que seas un caballero y...

—No puedo ser más caballero de lo que lo estoy siendo ahora, Rebecca. Te he pedido matrimonio, algo perfectamente legal. Y adecuado, también, sobre todo considerando que me quieres.

Le habría encantado obedecer sus impulsos autodestructivos y espetarle que eso era falso, pero aun habiendo sido víctima de sus emociones en la velada de Strickland’s y habiendo olvidado la mitad de lo sucedido, se acordaba con bochornosa claridad de haberle declarado sus confusos sentimientos.

Además, cometió el error de mirarlo a los ojos y conmoverse con la caída de su flequillo oscuro sobre la mirada vulnerable, con la leve hinchazón de un golpe que con toda probabilidad se habría tenido merecido, con la dulzura con la que seguía acunando su mano, como un niño

aferraba su juguete preferido.

«Nadie me lo va a quitar», parecía proclamar con el gesto.

Rebecca salió de su ensimismamiento al repetir para sí lo que él le había confesado nada más llegar.

—¿Qué has querido decir con que serás tú quien no viva para contarlo? ¿Te has buscado un problema, Sonny?

Él le sostuvo la mirada con cautela, esperando adelantarse a su reacción.

—Digamos que es posible que... Es posible que el conde de Jersey haya descubierto que tuve una relación carnal con su esposa y haya decidido retarme a duelo para resarcir su honor. Cierto es que los duelos son ilegales desde hace algún tiempo, pero si alguien pusiera al corriente a la Policía Metropolitana, se entendería como un acto de cobardía por parte del ofensor, y en cualquier caso el ofendido ya me ha advertido que, con o sin la solemnidad de un duelo propiamente dicho, va a encajarme una bala en el cráneo, o sea que no serviría de mucho...

Rebecca había dejado de escuchar después de la primera frase.

—Una relación carnal con su esposa.

—Ajá.

—Con lady Jersey.

—Así es —le concedió sin pestañear. No quería perderse ni una sola de las expresiones de la joven. Ella le dio el gusto de conocer cada uno de los matices de su indignación poniéndose de todos los colores.

—¿Desde cuándo? —Sacudió la cabeza. Eso no era lo importante—. ¿Hasta cuándo?

—La última vez que fui a verla fue... ¿Un par de semanas después de que comenzara la temporada? Sí, yo diría que sí.

—Un par de semanas después de que... —No pudo completar la frase. Una rabia candente le subió desde el vientre hasta la garganta y le estalló en la boca en forma de aullido. Recuperó por fin su mano del encierro posesivo de las de Sonny y, sin importarle si se quedaba desnuda en una bañera vacía, empezó a salpicarle agua con violencia—. ¡Y te atreves a presentarte aquí, a decirme que me quieres, incluso, y que me case contigo, cuando has estado durmiendo con otras todo este tiempo! ¡Hasta cuando ya te habías comprometido a ayudarme a desenmascarar a Strickland... algo que también tramaste tú, por cierto! ¡Eres un sinvergüenza! ¡Canalla! ¡Un... un... un esbirro de Satán, perverso y retorcido! ¡Te odio!

Sonny se las arregló para frenar el ataque furibundo agarrándola por las muñecas. Rebecca se sacudió como si la hubiera poseído el diablo, y la comparación no distaba mucho de la realidad, porque lo que se le había metido por el cuerpo era el terrible monstruo de los celos. Tan abrumada estaba por las imágenes que la habían empezado a asediar —noches de pasión entre la bella y morena lady Jersey y Sonny, escenas en las que le hacía virguerías similares a las que le había hecho a ella... o peores—, que no se dio cuenta de que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Llevo sin tocarla, sin mirar en su dirección, desde que tú me dijiste en el club que me perdonabas —le explicó él. Buscaba su mirada, pero Rebecca se la había negado—. Y si me acosté con ella ese día fue por puro despecho y porque soy... un sinvergüenza y un canalla, eso es. No te equivocas. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? —añadió con suavidad. Rebecca vio con el rabillo del ojo que él sonreía apenado—. Sabes lo peor de mí. Ahora solo te queda descubrir lo mejor.

—Quieres que me case contigo y ni siquiera has sido capaz de poner en pausa tus aventuras amorosas para centrarte en conquistarme.

—Con mucho gusto me impondría el celibato durante cuantos años pretendieras castigarme

por ligero de cascos —le aseguró—, pero mañana podría estar muerto o bien en la cárcel por matar a Jersey, y preferiría no pasar mi última noche haciendo promesas que no sé si podré cumplir.

—¿Y cómo pretendes pasar esta última noche? ¿Torturándome?

—Siento que la verdad sea tan poco halagadora, pero quería ser sincero contigo.

—¿Me lo habrías dicho si Jersey no te hubiese retado?

—Yo te contaría todos mis secretos, Rebecca; los humillantes y los halagüeños —respondió con humildad—. Si no los sabes aún es porque no has preguntado.

Se odió por ablandarse tan fácilmente. Acababa de confesar que había estado metiéndose en la cama de una mujer casada, y ni eso, ni el pleno conocimiento de que no habría sido la primera, de que habría cometido tropelías similares y de peor calibre, lograba ni lograría jamás que lo mirase de un modo distinto. Bastante lo había torturado ya con sus desdenes, con su frialdad, y, lo que le resultaba aún más insoportable: bastante se había negado ya ella la felicidad que solo había paladeado entre sus brazos.

Se mordió el labio inferior para contener un absurdo puchero, todavía ardiendo de celos.

—No me puedo creer que me haya enamorado de un mujeriego —sollozó.

—Y yo no me puedo creer que me haya enamorado de una mujer que me recrimina que buscara calor en otros cuerpos mientras ella se comprometía a pasar el resto de sus días con Strickland.

—¡No es lo mismo!

—Es verdad. Lo tuyo es peor.

—¡Encima va a ser mi culpa!

—Si me dices que me quieres, Rebecca, no volveré a responder al adjetivo de mujeriego. Seré *Rebeccariego*.

—Eso suena fatal —siguió gimoteando entre lágrimas.

—Es verdad —se rio.

Sonny acunó su mejilla con la palma y se inclinó hacia delante para relajar con tiernos besos la boca que insistía en fruncir. Rebecca tardó en ceder, pero lo hizo: separó los labios con un suspiro impotente y recibió la caricia húmeda de la lengua con unas ansias que no podría haber reconocido en voz alta.

Con la entrega de su boca llegó la rendición, que se manifestó en la relajación de los músculos endurecidos. En cuanto Sonny le rozó un pezón erecto con el pulgar para luego cubrirle el pecho entero, Rebecca separó los muslos y se abrazó a sus hombros con desesperación. Él casi perdió el equilibrio y acabó cayendo de cabeza en la bañera, cosa que le hizo reírse contra la boca tierna de la joven y advertirla en tono juguetón.

—Cuidado, que como entre en tu reino de agua y jabón, me enterraré tan profundo en ti que ni Dios en persona podrá arrancarme de tu cuerpo.

—¡Deja de decir obscenidades! —balbuceó, tan roja que no se sentía las mejillas.

—No he venido solo a decirlas —confesó en voz baja, y se separó para mirarla a los ojos con una solemnidad que pocas veces le había visto antes—. Dime que sí, Rebecca; di que te casarás conmigo para que al menos pueda decir que morí siendo tuyo.

—Si lo que pretendes es acostarte conmigo...

—No pienso acostarme contigo si no eres mi esposa.

Rebecca pestañeó, perpleja.

—¿Y eso lo dice el hombre que se encama con quien que le gusta sin compromiso alguno?

—Tú no eres una de esas «que me gustan». Eres el sueño de mi vida, ¿entiendes? Por favor...

—la convenció volviendo a besarla en la comisura de los labios, luego en el centro, después en la otra comisura; los besos se trasladaron más abajo, a la barbilla y al cuello, al pezón endurecido por el agua fría, y, finalmente, en la raíz del pelo—. Cásate conmigo, reina mía.

En un segundo, Rebecca había sido catapultada al séptimo cielo. Tenía los ojos cerrados y se dejaba mimar por la boca impaciente de un hombre que no solo le decía que la amaba, que no solo se lo demostraba, sino que exudaba ese amor mil veces expresado por cada uno de los poros. Estaba implícito en su mirada, en la sonrisa que reservaba para ella en exclusiva. No estaba segura de saber lo que hacía, de que fuese lo correcto, pero por una vez no le importó.

—De acuerdo —murmuró.

Sonny sonrió tan cerca de su boca que, aun sin verlo, lo sintió en sus adentros como una corazonada imposible de ignorar. Acto seguido, y para su completo asombro, se incorporó de un salto y se dirigió a la salida.

Rebecca estaba a punto de preguntar si pretendía abandonarla cuando abrió la puerta y gesticuló hacia el pasillo.

—Adelante, padre.

—¿Padre? —se alarmó ella, creyendo que se trataría de Robert Kinross.

—Entre de espaldas, que la señorita está en paños menores.

—Sonny... —empezó a advertirlo, abrazada a los hombros en un arrebato de mojigatería. La cantidad de agua había menguado de forma significativa después de su arranque de celos, y ahora le llegaba a la altura del ombligo. Comprobó, anonadada, que el padre en cuestión era un vicario. Este obedeció las indicaciones del atrevido señor Kinross accediendo de espaldas a la estancia—. ¡Sonny! —repitió con voz aguda.

—Tranquila —la apaciguó con una sonrisa que no ocultaba cuánto se estaba divirtiendo. Rebecca quiso enfadarse, pero de un tiempo a esa parte había empezado a resultarle imposible no conmoverse con su carácter risueño—. Mientras de mí dependa, nadie te verá en tu estado natural. Cuando quiera, padre, puede proceder.

—¿Proceder? ¿Lo tenías preparado? —jadeó ella, ruborizada.

Sonny le lanzó un guiño que la convenció de que al día siguiente seguiría vivo; de que sería inmortal, incluso, porque ningún hombre angustiado por su futuro, ningún hombre con una sentencia de muerte, mostraría semejante despreocupación.

—Por supuesto. Le estamos esperando —canturreó con brío hacia el sacerdote.

Rebecca le lanzó una mirada entre perpleja y recelosa, y aunque se debilitó contemplando su perfil y la pose regia que emuló de pie a su lado en la bañera —barbilla erguida, manos entrelazadas en el regazo—, se le ocurrió que le importaba un rábano si había vuelto a manipularla para salirse con la suya; incluso se alegraría internamente de que se hubiese inventado la historia de los condes de Jersey solo para asegurarse de que se casaba con él.

Nadie se había tomado tantas molestias con ella jamás.

Nadie a quien ella hubiera amado también.

—Estamos aquí reunidos para celebrar el enlace entre el señor Emerson Kinross y la honorable señorita Rebecca Wargrave... —comenzó el vicario.

Ella buscó la mirada de Sonny.

«¿Cuánto le has pagado para que acceda a hacer algo así?», le preguntó moviendo los labios. Él solo se encogió de hombros, dando a entender que el misterio se quedaría flotando entre los dos. Rebecca meneó la cabeza, en teoría con desaprobación, pero se le acabó escapando una sonrisa que Sonny interceptó y le celebró robándole un beso en la coronilla.

Rebecca solo escuchaba los latidos agitados de su corazón acaparándole los oídos, el centro

de la garganta, el pecho y hasta las sienes. No oyó una palabra de la breve introducción del vicario.

Se imaginaba la escena y aún no podía creerlo. El hombre de Dios, de espaldas a los novios celebrando una boda como si estuviera acostumbrado a tamañas excentricidades; ella desnuda y encogida en una bañera de agua fría, y él de pie a su lado, como un soldado a punto de recibir un honor, pero con la mejilla magullada y una espada de Damocles sobre la cabeza.

No era la boda que Rebecca había imaginado siendo niña, ni mucho menos aquella que fantaseaba con tener una vez Nile pidiera su mano, y, sin embargo, no le importó. Hizo la promesa de amarlo, honrarlo, respetarlo y hasta obedecerlo —esto sin tanto convencimiento—, como exigían los votos habituales; él hizo la suya un rato repitiendo lo mismo unos instantes después.

Tan pronto como el vicario los declaró cónyuges en lo bueno y en lo malo, Sonny lo echó con cajas destempladas de la habitación para quedarse a solas con su mujer... y con ningún otro fin que enseñarle con sus manos lo que verdaderamente era bueno del matrimonio.

Capítulo 25

A Rebecca no le dio tiempo a preguntarse qué sucedería a continuación. En cuanto Sonny cerró la puerta, se dirigió hacia ella como si Jersey le estuviese esperando ya armado en el recibidor y apenas le hubiera concedido unos minutos de cortesía para despedirse. La sacó de la bañera cogiéndola en brazos, y pareció que ni siquiera empapada pesaba más que una pluma.

Aunque estaba desnuda y eso la mortificaba, no se escondió de él y tampoco se opuso a que la depositara en la cama.

Sonny se quedó de pie un instante para recorrer su cuerpo de arriba abajo con un brillo ambicioso en la mirada, un brillo tan posesivo que podría haberla asustado si no se hubiese sentido igual de dueña de él. Si la sobrecogió que se inclinara hacia delante, acorralándola entre sus brazos, no fue por miedo sino por anticipación y por el alivio de que le dijera:

—Ahora eres mi mujer. Mi mujer. Mi mujer —repetía una y otra vez—. Mía.

—¿Y eso qué significa? —balbuceó, temblando por el cambio de temperatura y por la determinación que se podía leer en el semblante de Sonny—. ¿Qué... qué significa para ti?

Él se cernió sobre la joven y la aplastó con su pecho, colmado de bellas sensaciones. La besó dulcemente en los labios y habló contra ellos con una sinceridad desgarradora.

—Significa que estoy blindado ante la muerte. Ya nada salvo tú puede acabar conmigo.

Rebecca se estremeció, no tan desacostumbrada a su romanticismo como había tratado de fingir durante largo tiempo. Siempre había sido descaradamente atrevido con ella; la diferencia era que no lo había querido ver... o no había podido hacerlo, ocupada como estaba priorizando otras cuestiones no tan deseables.

Le rodeó los hombros con los brazos temblorosos, sintiéndose vulnerable pero ni por asomo impresionada, y presionó la mejilla contra la más rasposa de él para transmitirle lo que sentía.

—Yo nunca querré acabar contigo —musitó contra su piel cálida y morena, incluso más morena ahora que se comparaba con la porcelana de las manos de Rebecca.

Sonny emitió un sonido que se asemejaba a un gemido de alivio y se puso cómodo entre sus piernas separándole las rodillas con la mano con la que no guiaba su mandíbula para recibir sus besos, a cada cuál más ardiente, pero todos ellos pensados, maquinados, creados para conmoverla. No tardó en encajarse entre las caderas de la joven y seguir deslizando los dedos más allá de la curvatura de su cintura, del ombligo donde permanecían alojadas las gotas de agua del baño.

Las yemas aterrizaron donde había sido su intención desde el principio, en el sexo sobreexpuesto y mojado. Rebecca no supo cuál de los dos se dobló más con el primer contacto, si ella o él, que hizo un ruido gutural con la garganta al prodigarle la primera caricia.

—En las bodas suele haber un... banquete, y un... baile, y... Has apresurado la noche de bodas —balbuceó Rebecca, estrechándolo contra su pecho. Aunque esto le dificultaba a él los movimientos de muñeca entre sus muslos, no solo no se quejaba, sino que aprovechaba para frotarse como un gato mimoso con el rostro de la muchacha—. Al final siempre acabas denotando que lo único que deseas de mí es... es... obsceno.

—No veo obscenidad alguna en la gloria de hacerte mía. Acostarme contigo no es como acostarme con las demás. Yo a ti no te echo a perder; eres tú la que a mí me dignifica.

Rebecca perdió el hilo de la conversación cuando Sonny comenzó a frotar sinuosa e insistentemente el pliegue principal. Cerró los ojos, aterrada por si era demasiado evidente que

estaba adorando la sensación. Hasta los dedos de sus pies se doblaron, hasta los de las manos se le tensaron, como si todo su ser quisiera participar en el movimiento impaciente de su masturbación.

—¿Te has estudiado eso para... decírmelo y... ablandarme?

—Podría haberlo hecho de tantas veces que he fantaseado con tenerte así.

Sonaba sofocado con la boca pegada a la piel de Rebecca, pero también extrañamente cristalino, pues la verdad provenía de su corazón y no de la palabra de su garganta: por eso iba directa de las entrañas de Sonny a las de Rebecca.

—Desvergonzado —se le ocurrió decir por inercia.

—Tu desvergonzado —la corrigió—. Emerson Desvergonzado de Wargrave.

Ella se estremeció, reconociéndose en ese posesivo; por fin reaccionando a lo que era, la dueña del hombre que la tocaba como si fuera a esfumarse en un momento. No por ello actuaba de forma impulsiva o difusa, porque su dedicación y destreza al tocarla pese a la incómoda postura era encomiable.

Rebecca le clavó las uñas en los hombros y, por instinto, alzó las caderas en un silencioso ruego por mucho más, por todo lo que pudiera darle; ese todo que ella solo podía sospechar, pero de lo que no tenía la menor idea.

La intrusión de un dedo travieso la hizo jadear. Sus músculos internos se cerraron alrededor de él y lo apretaron, y ella se ruborizó por lo ansioso de pasión que estaba su cuerpo, por cómo la delataba una y otra vez ante un hombre que no temía que se lo echara en cara, pero al que aún no quería cederle la victoria.

Debía reconocer que era divertido discutir, era divertido impedir que la alcanzara del todo, que la supiera enteramente suya, pero fue su boca la que se quejó, sollozante, durante el escaso segundo que Sonny apartó la mano y tardó en volver a penetrarla, esta vez con dos dedos. Seguía siendo una sensación extraña, diferente, algo que no podría haber experimentado de otro modo salvo, quizá, intentándolo ella misma, pero sospechaba que sin el dulce peso de Sonny sobre su pecho, sin su respiración agitada erizándole el vello de la nuca, no sentiría lo mismo.

—Hazme algo que no le hayas hecho a ninguna otra mujer —se sorprendió rogándole.

—Difícil —se rio él con ternura.

—Oh, por Dios... —No supo si estaba protestando o clamaba al cielo por lo que estaba haciendo con ella allí abajo—. Ni se te ocurra pavonearte ahora describiendo tus... tus... andanzas amatorias.

—No osaría... —Sonny se enderezó lo justo echando el peso sobre las rodillas. Rebecca se quejó por la distancia impuesta con un mohín, pero él no lo percibió, ocupado como estaba recorriendo con la mirada el torso desnudo y todavía salpicado de gotas de agua. Con una naturalidad que la ruborizó, le cubrió un pecho con la mano y lo amasó con suavidad, imitando el ritmo insistente de su masturbación simultánea—. Ya te he hecho algo de lo que no puede jactarse ninguna otra mujer; te he hecho mi esposa. Y ahora te voy a hacer un hijo.

—¡Un hijo! —Aunque lo exclamó con espanto, no pudo ser del todo consciente de la magnitud de su propuesta; empezaba a notarse la cabeza embotada, los miembros pesados y todo a la vez muy ligero—. No... No. Quiero estar a solas contigo mucho tiempo. No quiero tener que disfrutarte solo... solo por las noches... cuando el niño se duerma.

Le asombró su propia declaración. Parecía que el placer abriera puertas que ella había creído más que cerradas, arrancadas de cuajo o inexistentes; puertas a la ternura y al deseo de amar a voz en grito, que, a veces, y sin que ella pudiera saberlo, había sido más poderoso que el de ser amada.

Sonny agradeció su honestidad con una sonrisa que se dolía por el riesgo que correría al día siguiente. Lo supo por las lágrimas de ilusión y al mismo tiempo pavor que humedecieron sus ojos granate, que había creído robados del diablo y en realidad eran una expresión sutil de la pasión roja y ardiente que había dentro de él.

Rebecca tomó conciencia con la realidad de que un duelo podría separarlos en el preciso momento en que el orgasmo la alcanzó. Por un instante, su cuerpo fue un leño al que el clímax prendió fuego, y se quedó desprendiendo chispas que podrían quemar Troya de nuevo.

La puñalada de la posible pérdida le arrebató la laxitud para ponerla tensa entre sus brazos. Sonny se apresuró a cobijarla, amoroso, contra su pecho, y rodó en la cama para ser él quien la abrazara boca arriba. La estrechó tan fuerte que Rebecca llegó a pensar en su delirio que algo tan vivo como su presencia, tan innegablemente sólido, no podría esfumarse en un abrir y cerrar de ojos.

Pero se le escaparon dos lágrimas por la cruda impresión de saberlo en peligro.

—Eres un necio y un cerdo —gimoteó ella, presionando la cara contra el hueco entre su cuello y su hombro—. Si no lo fueras... Si no lo fueras... Podríamos habernos casado como dos personas normales. Podríamos haber disfrutado de una noche de bodas corriente; podríamos... Esto ha sido mi culpa por haber tardado tanto —acabó sollozando—. Ha sido culpa mía porque no quería ni pensar que hubieras sido tú desde el principio; que he perdido todo este tiempo...

—No me importa —le aseguró él con vehemencia—. Te habría esperado seis años más.

—¿Solo seis?

—Seis mil.

Rebecca le rasgó la camisa tirando del escote para desvelar un hombro moreno y torneado que se mereció el cariño de sus besos. Repartió mil y uno, un millón, en aquella mísera porción de piel hasta que pudo agrandar la herida de la prenda convirtiéndola en apenas un jirón con mangas arrastrado hasta la estrecha cintura. Reparó entonces en que sí, había visto su torso antes, pero no se había atrevido a mirarlo directamente y no había tenido la oportunidad de tocarlo. Ahora podía incluso morderlo, y no se cortó a la hora de dejar la marca de sus dientes en el duro pectoral, justo al lado del pezón oscuro.

Sonny gimió y se agarró a su melena rubia con la mano. De las puntas aún caían gotas de agua que pintaron un cielo estrellado en el pecho masculino.

—Cuando te vi semidesnudo ese día, en el cuadrilátero, yo... —Rebecca se mordió el labio y se enderezó, quedando sentada a horcajadas sobre el insinuante bulto de sus pantalones. Deslizó las palmas por los relieves del torso; recorrió con el pulgar la hilera de vello negro que desembocaba en el rincón prohibido. Se dio cuenta de que las palabras no alcanzaban para describir la idea que pretendía transmitir y se frustró, y, como era costumbre, acabó perdiéndole la boca—. Eres un provocador insoportable.

Sonny se rio de buena gana, inmune a la crueldad de la que disfrazaba sus declaraciones de sentimientos. Él veía lo que había debajo, siempre lo había visto. Aunque Rebecca quiso emocionarse con su paciencia y su ternura, no pudo, porque Sonny transformó en un segundo ese acceso de ternura en un jadeo involuntario: le había rodeado las caderas con las manos y agarraba sus nalgas sin pudor alguno para acercarla a su erección.

—Y tú eres la mujer más sensual que he visto nunca. —Se incorporó para robarle un beso en los labios aprovechando que un calambre de placer la había despistado, y le hizo cosquillas rozándole la nariz con la suya, juguetón—. Me acuerdo de todos los vestidos que te has puesto, ¿sabes...? —le susurró en tono sugerente. Clavó aún más los dedos en su carne, y, como por arte de magia, Rebecca recibió ese estímulo en el bajo vientre, que se permanecía sensibilizado desde

el orgasmo—. No has dejado de impresionarme un solo día. Parecía que te propusieras enviarme a casa llorando de impotencia por no haberte puesto la mano encima. Por Dios... —La besó en la boca con ansiedad, tanta que acabó propinándole un mordisco en el labio inferior y gimiendo desconsolado—. Al final voy a ser yo quien mate a Jersey por privarme de follarte hasta bien entrado el mediodía.

—¡Sonny! —se escandalizó.

—No te hagas la santa, mi amor —la advirtió con una sonrisilla atravesada por la lujuria. Guio una mano a la entrepierna de Rebecca, y su expresión se torció del todo hacia lo obsceno al confirmar que estaba húmeda—. Llevas toda la vida viéndome las intenciones en la cara. Por eso te daba entre asco y miedo, ¿verdad? Y, de últimas, curiosidad. Porque hasta tú, princesa, querías que te desbarataran entera.

—No es... verdad...

Pero no pudo seguir defendiéndose. Él la distrajo sacándose por la cabeza los restos de una camisa que no volvería a ponerse, y a ella se le desvió la vista al borde del pantalón. Acababa de aflojarlo para agarrarse con firmeza la erección.

Un ardiente escalofrío le atenazó la columna, prendiendo un foco de calor en la nuca.

—Oh.

Él enarcó una ceja bajo el flequillo, húmedo por el sudor.

—¿Oh?

—¿Eso va...? —No pudo tragar saliva. Se le había bloqueado la garganta—. Oh.

—Sí... —Le acarició el borde de la mandíbula con el dedo índice—. Va donde tú crees. Y donde nunca pensarías que puede caber, pero eso lo dejaremos para más tarde; no te quiero asustar.

—¿Dónde? —insistió en saber ella.

Sonny esbozó una sonrisa oscura que la hizo revolverse sobre él con expectación. En lugar de usar palabras, se lo indicó deslizando hacia el ano la mano que aún descansaba sobre su nalga: acarició de manera sugerente la estrecha abertura, y cuando ella ya estaba separando los labios para expresar su asombro, Sonny usó la otra mano libre para introducirle el pulgar en la boca y presionar con suavidad la lengua.

Rebecca puso los ojos como platos.

—¿De verdad?

—De verdad —susurró él—. Hay mujeres a las que no les gusta, eso es cierto, pero hay que probarlo para saberlo, ¿no te parece? Lo malo es que tendrías que arrodillarte para chupármela, y eso de quedar en inferioridad de condiciones no te hace ninguna gracia..., pero sospecho que la imagen no te resultará del todo repugnante. ¿A que no?

Rebecca no entendía por qué y no tenía la menor intención de averiguarlo, pero escucharle hablar en esos términos, de un modo tan directo, sin camuflar sus fantasías, no había hecho sino empeorar los ardores de su sexo.

Se humedeció los labios, tan pendiente de las expresiones de él como él de su reacción, y por instinto guio la mano hacia la cabeza húmeda de su miembro. Acarició la piel satinada con el pulgar antes de cubrir los dedos de Sonny con los suyos, ahí donde se rodeaba el miembro.

—¿A ti te gustaría? —preguntó ella en voz baja.

Él la miró un instante con solemnidad antes de buscar su boca para besarla con una lentitud tal que nadie habría dicho que tenían las horas contadas. El beso fue tan erótico que Rebecca necesitó cubrir la distancia que los separaba, para lo que tuvo que incorporarse y amenazar con sentarse sobre la erección.

Apenas hubo labios involucrados en aquel tórrido contacto, solo dos lenguas enredadas, al principio en un baile pausado y pronto con una impaciencia salvaje que terminó de desprender a Rebecca de sus recelos. Con la mente en blanco, jadeando y negándose a romper el beso, se abrazó a los hombros de Sonny y levantó las caderas en una clara indicación. Él, obediente, buscó a tientas la abertura de su sexo y le acarició los pliegues con la deliciosa curvatura del prepucio; Rebecca se acopló al lento movimiento con la cintura, favoreciendo una fricción delirante que la tuvo gimoteando y bufando con desespero en los espacios entre beso y beso, necesarios para recuperar el aliento.

Descubrió que Sonny se había estado conteniendo en el momento en que un rugido brotó de la profundidad de su pecho y ahondó tanto en su boca que pareció que quisiera devorarla. Ella, lejos de asustarse, correspondió su violencia y apenas jadeó cuando él la aplastó contra el colchón, le separó las piernas colocando las manos bajo las rodillas y la penetró hasta que sintió el roce de los testículos.

No le dio tiempo a reponerse del estallido de calor que la invadió por dentro, tan poderoso y agresivo que cualquier punzada de dolor murió bajo su protagonismo. Sonny no se quedó quieto un solo segundo en sus entrañas; empezó a embestirla con impaciencia en cuanto el miembro llegó a su destino, y empujó las piernas de Rebecca aún más hacia la cama para facilitar una postura que le hiciera perder el sentido.

Y lo perdió.

Buscó con las manos la cintura y los hombros de Sonny, pero estaban resbaladizos por el sudor, y al final solo se agarró a sus muñecas tensas por la fiereza con la que la agarraba.

Quiso mantener los ojos abiertos y mirarlo a la cara. Apenas lo logró durante unos segundos, suficientes para averiguar qué era lo que los hombres sentían durante el sexo, algo muy parecido a lo que a ella la estaba devastando.

Ninguno de los dos hablaba ya. Sonny se había convertido en un animal que había olvidado las funciones de comunicación, mas no su nombre: la llamaba entre jadeos entrecortados con algo de la familia de la incredulidad, casi nervioso, angustiado por el miedo a que después de aquello no pudieran repetirlo con la misma pasión. Decía «Rebecca» y de inmediato saltaba a «mi mujer», «mi amor», «mi vida». Ella solo recordaba que era un ser humano y que estaba teniendo sexo con su marido porque el pecho se le llenaba de una alegría calurosa que se asemejaba al orgullo, a la convicción que él había implantado en su cabeza de que era la más bella, más sensual, más querida, más deseada; la única en el mundo.

Sonny se deslizaba dentro de ella con tanta facilidad que se le ocurrió pensar que la habían creado para él y nadie más. O a él lo habían creado para ella, por otro lado: eso parecía cuando obedecía sin rechistar cada orden de Rebecca. «Beso», y se lo daba; «Más», y aumentaba el ritmo; «Me duele», y bajaba la intensidad para penetrarla con una profunda lentitud que enseguida le hacía pedir que volviera a atravesarla con sus ansias.

Cuando la intuición la advirtió de que estaba próxima al segundo orgasmo, un acceso de emoción incontenible le llenó los ojos de lágrimas y tuvo que alargar los brazos con vulnerabilidad para pedirle que la protegiera entre los suyos.

Eso hizo él sin dejar de embestirla.

Ella le cubrió la cara de besos solo interrumpidos por sollozos entrecortados, y así los sorprendió el orgasmo a ambos, con una diferencia temporal irrisoria: Sonny apartó las caderas a tiempo, siguiendo la implacable orden de Rebecca de reservarse para su esposa en exclusiva, y se vació sobre su bajo vientre.

Suspiró al sentir la calidez pegajosa del semen en su piel, y lejos de preocuparse por retirarla

cuanto antes, por apartarlo de ella, mantuvo a Sonny bien agarrado y presionado contra sí, como si temiera que se escabullirse.

—Te quiero. Te quiero... estúpido —sollozó, y se aferró a su cabello oscuro con un puño que representaba la fiereza de su promesa y amenaza—. No vas a abandonarme, ¿me oyes? No vas a abandonarme.

—Claro que no —susurró él, también con la voz atravesada.

—Tú eres solo para mí... Tú eres lo único que es para mí.

Capítulo 26

Sonny explotaría de felicidad en cualquier momento. Tenía a Rebecca atrapada entre sus brazos, más lúcida que nunca, sin sueño ni deseo alguno de conciliarlo, entretenida cubriendo de besos su torso desnudo y arrasado por los efectos del amor: era un milagro que aún se sintiera los labios, que las agujetas que empezaban a manifestarse le permitieran moverse, pero estaba total e irrevocablemente enamorado de las marcas rojizas y los arañazos que ella había regalado a su piel.

Eran solo una prueba física más de que aquella noche no había sido fruto de su fantasía, sino algo real.

Rebecca Wargrave era ahora Rebecca Kinross, y, por Dios, qué bien sonaba. Era música para sus oídos, igual que era alegría para su vida o placer para su carne.

Pero, como todo lo que se presentaba como perfecto, tocaría a su fin, y más pronto que tarde.

En la última hora, después de volver en sí mismo después de una maratón de sexo que más que apaciguarlo lo había incendiado el doble, Sonny no había parado de lanzar miradas rencorosas al reloj que colgaba de la pared.

No le había mentido ni a Rebecca ni a su hermano al decir que Jersey lo esperaría a la mañana siguiente en Regent's Park. Si acaso se había reservado los detalles escabrosos, como la hora exacta, a quién iba a pedirle un arma de fuego para defenderse y cómo desearía que se celebrara su funeral.

El momento se estaba acercando, casi lo tenía agarrado por el pescuezo. Las agujas marcaban las cinco y media de la madrugada, y, a las seis y diez, en cuanto el sol emergiera por la línea del horizonte, Sonny habría de estar vestido y escoltado por su padrino en el lugar fijado por el conde.

—¿Lo he hecho bien? —le preguntó de pronto Rebecca, ajena a sus urgentes preocupaciones. Acababa de apoyar la mejilla en su pecho y ahora acariciaba distraídamente con el dedo índice la areola del pezón de Sonny—. He debido de parecerte una lamentable principiante en esto del amor. Apuesto a que tus amantes y admiradoras han sabido sorprenderte con prácticas nunca antes vistas; sobre todo las que se dedican al oficio de repartir felicidad entre los hombres. Pero me aplicaré, lo prometo.

Sonny aguantó una carcajada y la besó en la raya del pelo, que a esas alturas presentaba un aspecto del todo salvaje. Rebecca alzó la barbilla para exigirle una respuesta con la mirada, fiera como siempre, y él sintió que algo se retorcía dentro de él; no ya el deseo de poseerla de nuevo, sino de acunarla entre sus brazos hasta borrar aquel dichoso ceño fruncido que, como las malas hierbas, insistía en hacer su aparición.

El sexo había dotado sus ojos verdes de un brillo sobrenatural. Tenía la tez clara como el amanecer, y el cabello despeinado le caía en ondas electrificadas, haciéndole cosquillas a él en la piel desnuda.

No había atestiguado nada tan bello jamás.

—Deberías olvidarte de las mujeres que ha habido antes. Yo lo he hecho.

—Tú no olvidas a los hombres que ha habido antes de ti.

—Porque a los hombres de antes los has amado —le recordó, no sin impotencia—. Tú eres la primera en ese sentido.

—Imposible. ¿No te enamoraste siendo niño de alguna amiga de la infancia? ¿De una

institutriz? ¿De una elegante conocida de tu madre?

—Me temo que tu experiencia no es la de todo el mundo —contestó con una sonrisa relajada. Se empleó a fondo acariciándole la cara con los nudillos, un regalo de terciopelo para sus dedos sedientos de afecto.

Rebecca abrió la boca, preparada para corregirle, pero algo impensable y del terreno de lo milagroso había tenido que suceder en el curso de las últimas horas, porque renunció a imponer su opinión y solo lo abrazó.

Se apretó contra su costado, recordándole lo cálido y voluptuoso que era su cuerpo desnudo.

—¿Sufriste mucho durante mi enamoramiento? —le preguntó ella en voz baja, a sabiendas de que estaba adentrándose en terreno pantanoso.

No solo para él; también para la Rebecca del pasado.

—Creo que nunca has podido ni podrás odiar a Nile ni la mitad de lo que lo he odiado yo solo por celos.

—Bueno, pero no tiene sentido hablar de eso ahora, porque tú y yo estamos juntos. Para siempre —añadió. Sonny esperó a que se mostrase impresionada, intimidada, incluso, o manifestara algo de la familia de la preocupación, pero se había hecho a la idea de su boda tan rápido como él... O a lo mejor no lo había asumido aún—. ¿Dónde pretendes que nos vayamos a vivir? Porque no pienso acostarme en la cama a la que hayas llevado a la mitad de la población femenina. Quiero un dormitorio nuevo, sábanas nuevas; quiero estrenar yo el colchón. —Vaciló —. O estrenarlo juntos.

Sonny se rio entre dientes.

—Eso me parece cabal. Deseo concedido.

—Y antes de eso exijo que nos casemos como Dios manda. El numerito del vicario en mi habitación ha sido divertido y original, eso no te lo voy a negar, pero sigo siendo una señorita y merezco un cortejo formal de tres meses como mínimo y luego una boda... que habrá de ser discreta sin otro remedio, porque no me dignaré a invitar ni a la mitad de mis conocidos —meditó, pensativa—, pero al menos podré decir que respeté el decoro. O, bueno, podrán decirlo los demás, que supongo que no sabrán de la boca de ninguno de los presentes, y ni mucho menos del sacerdote, que tú y yo nos desposamos hace unas horas.

—Sí que mereces un cortejo formal de tres meses —convino Sonny con un cabeceo. En un abrir y cerrar de ojos, invirtió las posturas placando a Rebecca contra la cama. Entrelazó los dedos con los de ella y tiró de su brazo hacia atrás para inclinarse a besarla—, pero ¿no te parece que mereces más aún que te hagan el amor todas las noches? Si quieres que actúe como un verdadero caballero, tendré que mantener las distancias.

Rebecca lo miró directamente a los ojos sin arredrarse.

—Nadie ha dicho que tengas que ser un caballero en la intimidad. Nadie sabría que vienes a visitarme de madrugada.

Sonny volvió a reírse.

—¿Y tu hermano estará de acuerdo con esa... solución? —inquirió con una ceja enarcada. Se encajó entre las caderas de Rebecca, que ya no se oponían a sus imposiciones y de hecho lo recibían con una apertura y laxitud halagadoras—. Creo que bastante magnánimo ha sido ya dando su beneplácito para que esto sucediera... y solo porque no sabía que te encerraría en el dormitorio en cuanto me concedieras tu mano.

Rebecca se mordió el labio en cuanto él empezó a frotarse lenta pero descaradamente contra su sexo. Incluso Sonny la sentía hinchada allí abajo por los besos, lametones y mordiscos que le había prodigado a lo largo de la noche; por las bruscas embestidas y los embates más profundos.

Le rodeó la nuca con la mano y lo atrajo hacia sí con una posesividad que le encendió.

—Me importan un carajo los sentimientos de mi hermano al respecto de mi matrimonio. Es más; me alegro de que hayamos practicado toda clase de virguerías encima de su cabeza y sin miedo a hacer ruido. Vendrás cuando y como yo te diga..., pero puede que nos interese que te cueles por la ventana —sugirió con la barbilla gacha y la vista clavada en la inminente unión de sus cuerpos.

—¿Quieres que tu marido se comporte como un ladrón?

—No será un ladrón porque estará en su legítimo derecho de sustraerme cuando guste... hasta que nos casemos a ojos de la sociedad, y, entonces... entonces... —se mordió el labio y se le cerraron los ojos cuando él la penetró— me tendrá al alcance de su mano desde que despierte hasta que se acueste.

—¿Nunca me dirás que no? —la provocó en tono sugerente, como sugerente era el movimiento de sus caderas. Le robó un beso en la sien y otro en el puente de la nariz.

—Nunca —le aseguró con la voz entrecortada, y se abrazó a sus hombros con tal ímpetu que Sonny no pudo dudar de sus sentimientos. Su arrebato de afecto, la debilidad que interceptó en su tono, le formó un nudo en la garganta y tuvo que detener el frenético baile.

Apoyó una mano a cada lado de su cabeza, con cuidado de no pisar la desparramada melena, y esperó a que ella le devolviera la mirada para sonreírle sin mostrar los dientes.

—Rebecca, mi amor... —empezó con tiento. La besó de nuevo, esta vez en la barbilla—. Soy el primero que defiende que tener una perspectiva optimista de las tragedias favorece su resolución, pero en estas circunstancias estaría siendo más imprudente que positivo si no ponderase el riesgo que corro. El conde de Jersey ha elegido un duelo a muerte con pistolas, la que resulta que es su especialidad, y es muy probable que yo no regrese. ¿Lo entiendes? —añadió con dulzura. Apartó los mechones dorados que se interponían en la visión de su cuerpo; el que le acariciaba la clavícula, el que se le había pegado al cuello.

Rebecca lo había escuchado con mucha atención y total desapego a la vez, como si quisiera transmitirle que le importaba su visión, pero no la compartía ni por asomo.

—Estás demente si piensas que voy a dejar que vayas —dijo sin más.

Sonny arrugó el ceño.

—¿Cómo?

—No vas a ir a Regent’s Park o dondequiera que ese estúpido cornudo te haya citado. ¿En serio crees que pienso permitir que me dejen viuda al día siguiente de casarme?, ¿y que para colmo te mate un marido despechado por haberte metido en la cama con su esposa? ¿Es que acaso mi reputación no ha sufrido ya suficiente?

Sonny liberó una tensión que no sabía que le había estado coartado con una potente carcajada. Se quedó mirando su cara de indignación, no sabía si más divertido o conmovido porque estuviera tan asustada que tuviera que sacar la máscara de superficialidad para protegerse. Ejecutó un movimiento circular con las caderas, adentrándose de nuevo en sus entrañas.

—Así que vas a retenerme para resguardar tu buen nombre —dijo con la voz ronca.

—Eso es. —Le hundió las uñas en los hombros para ratificar su postura—. Y no es negociable.

—No puedo faltar a una cita de esas características, Rebecca. Aquí donde me ves, desahogado y medio gamberro, sigo siendo un hombre de honor —le explicó despacio, como despacio la iba penetrando, muy consciente de su ritmo, de su sensación, de que la iba despojando de argumentos—. Jersey me arrojó un guante y yo lo acepté, y en ese preciso momento adquirí una obligación para con él.

—Y luego adquiriste una para conmigo, ¿o acaso no le prometiste al vicario que me amarías, me honrarías, me protegerías, me cuidarías...? ¿No le dijiste que ibas a hacerme feliz hasta que la muerte nos separase? ¿Qué clase de promesa estás honrando arrojándote a esa muerte unas horas después? —Rebecca apartó las manos y preguntó con un hilo de voz—: ¿Ya quieres librarte de mí, acaso?

—Estoy haciéndote el amor. ¿Te parece que arda en deseos de apartarme?

—Lo que parece es que estás ansioso por abandonarme, o que no te importa en absoluto.

—Claro que me importa. Pero si me aferro al egoísmo, cierto es que ya no temo la muerte. Siento que he cumplido lo que he venido a hacer al mundo, que no era otra cosa que estrecharte entre mis brazos y llamarte mía. Quiero que esto dure una eternidad, pero si me hubiese partido un rayo en cuanto me dijiste que me amabas, habría muerto feliz.

Rebecca apretó los labios, más herida que irritada pero procurando priorizar la irritación.

—Quítate.

—¿Qué?

—Que te quites. —Lo apartó de un empujón para levantarse acto seguido. Por primera vez desde que había salido de la bañera, cubrió su desnudez con un batín de seda y se dirigió al tocador con las piernas temblorosas y seguramente el sexo palpitando. Había empezado a cepillarse la melena airadamente cuando la oyó mascullar—: Pensaba que eras más ambicioso que eso.

Sonny la observó desde la cama con una mezcla de compasión y amor incondicional, este segundo apretando en sus entrañas como si de pronto hubiera duplicado su tamaño y ya no le cupiera en el estómago.

Pensó, entristecido, que se había cumplido la profecía de la expulsión del Edén: de pronto, a Eva la avergonzaba exhibir su carne y se tapaba por la vergüenza del pecado original.

Solo que el pecado lo había cometido él al romper sus ilusiones.

Se levantó y fue hacia ella con el corazón brincándole en el pecho. Incluso sabiéndola dolida, indignada y asustada, la quería tanto que nada podía empañar la felicidad compartida. Estaba borracho, drogado de opio: el enamoramiento le hacía ajeno a todas las cosas.

La abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro para rescatar el aroma que le había acompañado toda la noche.

Ella soltó el cepillo frente al espejo y sorbió por la nariz.

—No se puede huir de un duelo, Rebecca.

—Los duelos son ilegales.

—Eso no impide a un hombre matar a otro.

—No, pero lo impido yo. Una mujer sí puede evitar que maten a su marido.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto, retenerte aquí. Y después... después ya lo veremos.

—¿Retenerme? Voy a empezar a vestirme, Rebecca. Son casi las seis.

Ella lo miró a través del espejo con una determinación que habría intimidado a alguien menos curtido en las batallas que Rebecca iniciaba. En completo silencio, se levantó del taburete. El cabello tan largo y lustroso y la caída brillante del satén de la prenda la hacían parecer una sirena recién salida de un sueño. Sonny se dejó hipnotizar por su belleza, por los misterios que prometía su expresión, y no reaccionó hasta que ella se había arrodillado a sus pies.

Se enderezó tan pronto como sintió la delicada presión de sus dedos envolviendo el miembro aún hinchado.

Su esposa era la prueba viviente de que una mujer apasionada al discutir y al odiar era

apasionada también en otros ámbitos; de que bastaba con desear al amante para arrojarse de cabeza y sin inhibiciones al placer más intenso. Ella se había reprochado no ser lo bastante irresistible en la práctica, pero él ardía recordando su entrega, cómo jadeaba y gemía sin miedo a que la escucharan, cómo pedía clemencia y a veces exigía lo contrario.

Rebecca no había necesitado práctica. Había necesitado disposición, y eso era algo que le sobraba, como pudo comprobar una vez más cuando empezó a masturbarlo despacio.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sonny con la voz estrangulada.

—Convencerte de que no te vayas —respondió con sencillez.

Sin apartar la vista de él, Rebecca prodigó un largo lametón lateral desde el prepucio hasta el vello público. Sonny descubrió a la vez que ella que no le había disgustado la sensación y lo repitió dos y hasta tres veces antes de cerrar los labios en torno a la cabeza de su miembro.

Él se estremeció por la impresión de tenerla de rodillas ante él. Un poderoso calor le embargó el bajo vientre y desde allí se ramificó por sus terminaciones nerviosas, despertando abruptamente las sensaciones más adictivas y apagando de golpe sus preocupaciones.

Cerró los ojos con los labios entreabiertos y apoyó la palma de la mano en la coronilla de Rebecca, quien no dudó en reprenderlo:

—No. Mírame a la cara. Mira a lo que vas a renunciar por honor.

Sonny tragó saliva y obedeció enseguida. Ella lo tentó tanto con la dedicación de su boca como con la mirada fija con la que lo retaba a irse después de conocer el cielo. Desde luego, no supo de dónde sacaría el valor cuando la vio introducirse su erección en la boca hasta que el extremo topó con la campanilla. Tuvo que separarse para que la arcada no fuera a más, y lejos de asquearse con su reacción, la deseó el doble porque se expusiera a repetirlo con la misma actitud seductora.

—Becks... —gimoteó él. Descolgó la cabeza hacia atrás un segundo antes de recordar que debía contemplarla, que no podía perderse un solo detalle de su expresión, y se alegró de concentrarse en ella cuando la vio relamerse antes de volver a introducírselo en la boca para succionar con energía—. Dios santo... Eso es. No tengo nada que enseñarte, maldita sea...

Le pareció que Rebecca amenazaba con sonreír en tanto que se acoplaba al ritmo que Sonny marcó moviendo las caderas hacia delante. Ella cerró los ojos un instante y relajó los músculos de la garganta para que fuese él quien se introdujera una y otra vez, al principio con cuidado de no excederse; después, sobrepasado por la necesidad y guiado por ese afán destructor que venía con el anhelo por una mujer, incrementó la velocidad y Rebecca tuvo que agarrarse a su cintura.

Ella buscó su mirada con los ojos enrojecidos por la arcada que no terminaba de interrumpirlos, como si supiera que no era el momento adecuado. Le pasó la mano delicadamente por el pelo en contraste con la impiedad de su movimiento. En cuanto lo frenó para darle a la joven un respiro, Rebecca demostró estar preparada para eso y mucho más agarrándole la erección por la base y mamando con ímpetu, ya sin miedo e inspirada por las indicaciones que él había dado de forma inconsciente al dejarse llevar.

—Rebecca... Rebecca... —decía sin parar—. Basta.

Pero tuvo que apartarla enrollándose la melena en la mano y tirando de su cabeza hacia atrás. Guiándola todavía por el cuero cabelludo, la instó a levantarse para transmitirle todo su agradecimiento con una mirada fuera de sí y la mandíbula desencajada.

Todo su cuerpo palpitaba. Le había crecido un corazón hasta en los rincones más recónditos y solo latía por Rebecca.

Ella se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Estás seguro de que quieres perderte todo esto? —articuló, retadora.

—Estoy seguro de que no —jadeó antes de besarla. Solo interrumpió el beso para reafirmarse —. No.

Se agachó para auparla y descansarla sobre el tocador. Ella emitió un quejido de protesta al pincharse con las cerdas de jabalí del cepillo; Sonny lo apartó de en medio con un aspaviento iracundo, rencoroso por haberla herido, y cubrió tiernamente la nalga que le había pinchado mientras con la otra mano le abría la bata de un tirón.

Hundió el rostro entre sus pechos y, tras comprobar con un gemido que el preliminar la había humedecido también, se adentró en su cuerpo con una embestida impulsiva.

Más que rodearle los hombros con un brazo, Rebecca lo bloqueó, lo condenó a quedarse allí quieto. Nadie habría dicho que una mujer más bien menuda y blanda donde debía serlo poseería semejante fuerza para impedir que se desarrollara su pesadilla.

—Eso es.. —gimoteó con la nuca apoyada en el espejo. La mano que no lo aferraba posesivamente descansaba, convertida en un puño, sobre el tocador—. No pares hasta que haya llegado la hora... Quédate así... aquí... hasta mañana, cuando haya pasado el peligro.

—¿Eso quieres? —susurró Sonny contra su oído. La sostuvo por las rodillas, abiertas de par en par, mientras se empujaba contra ella. No le preocupó la vibración del espejo o que las patas del mueble chirriaran. Solo le preocupó la expresión de éxtasis de Rebecca, que debía hacer hercúleos esfuerzos para mirarlo a los ojos y no ponerlos en blanco—. ¿De verdad no quieres perderme? ¿De verdad me quieres para siempre?

—Sí... sí...

Sonny le cubrió la mejilla con la mano y le regaló una caricia ascendente hacia el nacimiento del pelo. Rastrilló la melena hacia atrás con los dedos hasta recogérsela en un puño cargado de tensión. Apoyó la frente contra la de ella y ahí la mantuvo, inmóvil, aumentando cada vez más el ritmo hasta que los gemidos entrecortados se convirtieron en gritos.

—Entonces no dejes de darme amor —susurró cerca de sus labios—, y no me moverá de aquí ni Dios en persona.

Capítulo 27

En nombre de la supervivencia no les quedó otro remedio que bajar a desayunar a las siete de la mañana. Rebecca pensó que habiendo transcurrido cincuenta minutos desde la citación de Jersey ya no correrían peligro alguno, y que si bien su hermano se habría imaginado perfectamente qué los había entretenido durante toda la noche, seguía mereciendo una explicación por su parte.

De pronto se sentía tan cómoda en su feminidad que no temió bajar las escaleras con solo el batín puesto, todavía ruborizada y con su flamante marido agarrado de la mano. Estaba segura de que no se escaparía en un descuido para hacerle saber al conde que no le tenía miedo, pero lo aferraba con la intención de contenerlo para que no se le fuese a ocurrir que lo hacía porque lo quería y necesitaba estar en contacto con él.

Aunque ese fuera exactamente su sentir.

A raíz de aquella noche, Rebecca había descubierto lo que era necesitar algo de verdad; lo que era la urgencia desesperada, lo que era llegar a las lágrimas de impotencia por no poder tener a la de ya, o durante más de unos minutos, lo que le exigía la sangre. No lo había sentido solo los ratos que Sonny había jugado con ella y con su placer repartiendo besos traicioneros en lugar de proporcionarle la ansiada culminación, sino los momentos que él no había podido hablar con lo que eso había conllevado: privarla de la apasionada declaración de amor que la catapultaba al séptimo cielo.

La necesidad no era la única emoción misteriosa que había reaprendido o reinterpretado, sino ese algo secreto que había apreciado en los ojos de las recién casadas, esa sabiduría arcana que solo podía obtenerse cuando una joven se entregaba sin condiciones.

Rebecca sentía que había alcanzado la madurez a través de la rendición absoluta. Se había confiado a Sonny en cuerpo y alma y había emergido de la experiencia como Jesús de las aguas del Jordán; nueva, reluciente y, paradójicamente, también pura.

No había mayor catarsis que la del amor.

Más que caminar, flotó hacia el comedor. La mano de Sonny y lo fuerte que él pisaba siempre impedía que saliera volando. Estuvo segura de que los Wargrave lo percibieron en cuanto cruzaron el umbral para unirse al desayuno.

En cuanto los oyeron llegar, Harding y Verity dejaron de hablar en voz baja, el tono en el que un buen día decidieron hablarse para que nadie más pudiera entenderlos. Ahora Rebecca sí comprendía su lenguaje y el porqué del secretismo: nadie más tenía por qué escuchar lo que se contaban los amantes.

El futuro barón se irguió nada más verla. Apartó la mano que reposaba sobre la de Verity para impulsarse desde la mesa y recibirlos igual que si se tratara de la visita sorpresa de la familia real. Rebecca negó con suavidad con la cabeza, dándole a entender que la ocasión no merecía solemnidad alguna, y aunque su hermano tardó unos segundos en aceptarlo, justamente receloso, acabó relajando los hombros.

—Os podréis imaginar mi asombro cuando el mayordomo me informó anoche de que el señor Kinross había venido acompañado de nada más y nada menos que un vicario. No me lo quise creer, pero luego tuve la inmensa suerte de coincidir con él en el recibidor de la casa. Menos mal que el buen hombre fue lo bastante gentil como para transmitirme lo que había sucedido en el piso superior.

—Todo lo que ha sucedido, ha ocurrido de manera natural después de intercambiar los legítimos votos —explicó Sonny. En lugar de soltar la mano de Rebecca para acercarse a la mesa, tiró de ella como de una compañera de juego para alcanzar una galletita que enseguida se llevó a la boca. Cerró los ojos y gimió—. Qué hambre tenía, Dios santo. Me comería un venado entero. Vivo, si fuera necesario.

—Adelante, pues —le convidó Verity con una sonrisa que a Rebecca se le antojó tan sincera como emocionada.

En lugar de buscarle el mal fondo a su mueca, dio por hecho que se alegraba de corazón de sus recientes nupcias y, renunciando —por el momento— al antiguo placer de provocarla, tomó asiento frente a ella y se sirvió su propio plato de pastas.

Sonny la imitó acomodándose a su lado y no desaprovechó la oportunidad de pellizcarle el muslo por debajo de la mesa.

Nunca le había tenido demasiado respeto a su hermano, y lo demostraba que hubiese proclamado su verdad cuando y como se le había cantado, estuviera él delante o no, pero todo apuntaba a que su actitud ahora que Rebecca era su esposa no haría sino empeorar.

Esta sospecha se confirmó cuando se inclinó para besarla delante de la pareja después de que ella se ofreciera a servirle el té.

Rebecca no perdió de vista a Harding, que los miraba de hito en hito sin saber muy bien cuál era el modo de proceder. Asumió que tardaría en acostumbrarse, pero que, por el bien de su hermana y de su gran amigo, aprendería a sobrellevarlo... como ella había aprendido, por las malas y no sin dificultad, a sobrellevar su matrimonio con Verity.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el barón dejó de reflexionar para sus adentros e infló el pecho con una profunda inspiración.

—¿Te importaría seguir desayunando más tarde, cuando hayamos hablado a solas? —le preguntó con una cortesía irreprochable. Era el tono del que se valía cuando se esforzaba más allá de sus capacidades para conciliar—. Me gustaría tener unas palabras contigo.

Rebecca fingió que aquello la cazaba desprevenida.

—¿Ahora mismo?

—Si fuera posible, sí.

—Claro —respondió después de haber prolongado el suspense adrede.

Se levantó con toda la parsimonia del mundo. Alcanzó una galleta antes de abandonar la estancia, no sin despedirse de Sonny con una caricia al hombro. Sintió la mirada del susodicho seguirla como una cola en su camino al pasillo, que recorrió con la seguridad de tener la sartén por el mango hasta internarse en su salita de descanso.

La última vez que había estado allí había tratado de darle una lección a quien entonces era el canallesco señor Kinross por jugar con su futuro matrimonial a través de Strickland.

Ahora, el lugar parecía distinto, el escenario de una vida pasada.

Oyó que Harding cerraba la puerta tras él muy despacio, pero ella todavía demoró unos segundos en girarse para encararlo con franqueza. No había en su expresión un ápice de vergüenza, y no permitiría que aflorase ni si su hermano se empecinaba en sacarle los colores con una detallada descripción del escándalo que había tenido lugar aquella noche.

Supo que nada parecido llegaría en cuanto hicieron contacto visual. Se sostuvieron la mirada en la distancia con una combinación de afecto inquebrantable y comprensible recelo; recelo porque a raíz de que Harding contrajera nupcias con Verity, el lazo irrompible de su fraternidad se había visto severamente dañado. Ella lo notaba y él no era tan estúpido como para no percibirlo también.

Notaba, asimismo, cómo se había estado esforzando por solucionarlo, creyendo que bastaría con comportarse como lo había estado haciendo hasta su boda.

Fue Harding quien rompió el silencio.

—No me considero un ingenio, y tampoco te tengo por una bestia manipuladora como para pensar que has escogido a Kinross de marido para vengarte de mí... —apretó los puños y se obligó a corregirse— de lo que hice... lo que te hice al desposar a Wit. Pero he de preguntártelo por si acaso me engañaran los ojos y lo que he visto ahora mismo no guarda relación alguna con el afecto. ¿Has aceptado su mano porque deseabas y deseas marcharte a toda costa de esta casa?, ¿porque soportas la presencia de Witty aún menos que la de Kinross...? ¿... O porque lo amas?

Rebecca comprendió que lo que en realidad ansiaba averiguar no era si apreciaba a Sonny, sino si había estado odiándolo en secreto los últimos meses. Pensó en resolver el asunto con una mentira piadosa y regresar a los cálidos brazos de su marido —nunca creyó que sonaría tan bien, ni que reconocería sin género de duda el rostro de Sonny en aquella palabra—, pero la debilidad del alma que llevaba la firma de su hermano mayor se lo impidió.

Un hondo suspiro le relajó los hombros.

—Sonny me ha abierto los ojos a un hecho que me negaba a aceptar, y es que toda ojeriza alberga en sí misma un resquicio de admiración; incluso una suerte de inquina por no poder ser como la persona odiada, o, en su defecto, por no gozar de su compañía y su experto consejo. —Desvió la mirada a sus manos, que había apartado del regazo para fingir que debía arrancarse un padrastro—. No voy a negar que para aprender a mirar a Verity con buenos ojos tuviera que sacrificar parte de mi afecto hacia ti. Acercarme vagamente a mi enemiga ha salido al alto precio de no confiar ya en mi hermano, pues era quien me forzaba a lidiar con ella —reconoció, no sin dolor. Lo enfrentó con un picor en los ojos—, y debes saber que no ha sido deliberado. No puedes culpar al rencor o a mi carácter vengativo de este desenlace.

—Sé que no puedo culpar a nadie más que a mí —la interrumpió con voz queda. Rebecca sintió en su propia garganta el nudo que se le había formado a Harding y que le impidió seguir hablando por miedo a romperse antes de tiempo. Había presenciado con total claridad cómo había encajado el golpe bajo de su confesión: había emitido un jadeo quebrado apenas inaudible y todo su cuerpo se había contraído hacia dentro—. Sabía que corría el riesgo de decepcionarte terriblemente al seguir adelante con la boda, pero... pero pensé que... pensé...

Rebecca se conmovió al ver que no podía hablar.

Si corría a contarle a alguien que el honorable Harding Wargrave estaba tartamudeando, a su esposa, sin ir muy lejos, no la creerían.

—Sé que no lo hiciste con el objeto de herirme, y que no la elegiste a ella antes que a mí, sino que te elegiste a ti. Fuiste egoísta —resumió ella, lacónica—. En eso consiste hacer lo que uno desea sin pensar en los demás. En ser egoísta. No es un defecto que la iglesia o los moralismos aristocráticos perdonen a la ligera, pero sí una trampa placentera en la que todos caemos al menos una vez en la vida. Ahora entiendo que, por doloroso que me resultara en su día, tenías razón al decir que nada era un complot para destruirme, que las cosas sucedían a mi alrededor y no contra mí... —tuvo que tragar saliva antes de continuar— y que, en efecto, quería que tu felicidad existiera bajo mis condiciones, incluso que estuviese supeditada a la mía. Yo también era egoísta, y de un modo mucho más deshonesto. Mucho más cruel. Tú querías elegir sin preocuparte de las consecuencias; yo te exigía que me acompañaras en mi soledad y en mi amargura, poner a prueba tu amor y tu lealtad arrebatándote lo que me había sido arrebatado a mí.

—Y la fallé. Fallé la prueba —murmuró Harding con los ojos enrojecidos—, y ahora estás

casada y te vas a marchar.

Rebecca se convenció de que estaría traicionando su propio discurso si se arrojaba a abrazarlo en ese momento, cuando él más lo necesitaba.

Debía permanecer firme, sincerarse aunque doliera.

—Fue una prueba tramposa e injusta. Ahora puedo alegrarme de que no la pasaras —reconoció con una mano sobre el pecho—, pero lo que he sufrido... para mí se queda. ¿Lo entiendes?

Por impulso, Harding fue hacia ella y la tomó de las manos.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? —preguntó atropelladamente, buscando en su rostro un atisbo de emoción a la que aferrarse para mantener la esperanza—. ¿Para que confíes en mí de nuevo? ¿Para que... vuelvas a quererme?

Rebecca cerró los ojos un instante para llamar a la calma.

No podía romper a llorar. No quería hacerlo. Nada debía empañar la felicidad y la plenitud que había experimentado en brazos de Sonny.

—Por Dios, Harding, no digas memeces. Nada hará que deje de quererte —replicó, y le advirtió de no volver a ponerlo en duda lanzándole una mirada de advertencia—, y ni mucho menos algo como esto. Necesitaba la perspectiva que me diste al... forzarme a convivir con el enemigo —rio de buena gana al referirse en esos términos a Verity—. He de reconocer que soy demasiado testaruda para admitir según qué debilidades en voz alta, y créeme que te odio por haberme puesto en la tesitura de decir, aquí y ahora, que todos estos años había echado en falta una... una...

—¿Una amiga? —Harding alzó las manos para protegerse de la mirada fulminante que Rebecca le dirigió—. De acuerdo, de acuerdo, es demasiado pronto para utilizar esa palabra.

Rebecca se obligó a relajarse y, con ello, a ceder por primera vez, con un suspiro.

—Ella empezó a abrirme los ojos. No solo para ver a Sonny como lo que ha sido desde el primer día, el hombre al que debí prestar atención, sino para hacerme cómplice del amor que os profesáis. Con el tiempo y la convivencia he ido dejando de pensar en mí y me he sorprendido sonriendo para mis adentros al oíros hablar. Verte feliz... —Se mordió el labio con fuerza, pero no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas—. Verte feliz ahora me ha forzado a descubrir... a aceptar... que no lo habías sido antes. No desde que murió mamá.

Harding cerró los ojos, no supo si para ocultar el rostro parcialmente del llanto que le mojó las mejillas o porque aún le costaba contener el acceso de sentimiento cuando se mencionaba a la baronesa.

—Siento que me tomas por embustero cuando me disculpo por mis afectos, por mi boda, por mi... Por quereros a las dos bajo mi techo. Siento que así me interpretas, al menos, porque luego me ves disfrutar de mi esposa, ser incapaz de separarme de ella, y... y entiendo que es chocante, que mi pena puede parecer fingida. Pero te aseguro que las dos emociones conviven en mí, la felicidad y la culpa, a partes iguales. Lo siento de verdad, y también de verdad juro que no pude evitarlo.

Rebecca esbozó una sonrisa compasiva.

—Créeme, ahora entiendo a lo que te refieres. Cuando descubrí que te habías fugado con Verity a Wargrave House para dar rienda suelta a vuestra... relación, te dije que el amor era una elección. Y de veras lo pensaba, porque yo escogí querer a Nile, ¿sabes? Lo vi lo bastante gallardo, lo bastante rico, lo bastante apropiado, y decidí pensar en él todas las noches mientras me cepillaba el pelo hasta que se convirtió en una costumbre, y de la costumbre pasé a la obsesión, y, de la obsesión, al amor. Así lo configuré yo a la tierna edad de quince años. Pero

recientemente he descubierto que el amor se manifiesta de otras muchas formas y en la mayoría de los casos supone un descontrol. No sabría explicarme cómo he llegado hasta aquí con Sonny, si te soy sincera.

—Yo me preguntaba eso mismo hace unos meses, cuando Verity empezaba a colárseme bajo la piel.

—Pensar que la hubieras elegido de forma consciente, como yo elegí a Nile, era lo que me atormentaba; lo que me hacía mirarte con recelo. Luego os vi juntos, a Verity y a ti, y me tenía que aferrar con garras y dientes a mi rencor para no perdonarte. Lo entendía como una cuestión de orgullo. Como que alguien debía defender mis intereses. Pero ahora... —Meneó la cabeza, no sabía si más asombrada o maravillada por el giro drástico. Miró a su hermano con una sonrisa llorosa—. Harding... No te imaginarías lo que la más mínima traición puede llegar a hacer con una mujer enferma de amargura. Os he odiado a todos, desde el primero hasta el último, hasta que alguien me ha demostrado amor.

—Al señor Kinross se le pueden reprochar numerosos defectos, pero esa insufrible insistencia suya nunca ha terminado de parecerme uno de ellos —reconoció Harding, correspondiendo su expresión benevolente—. Si se me arrodilló para rogarme tu mano sin ninguna clase de argumento, tan solo exigiendo mi beneplácito, no me quiero ni imaginar qué clase de persecución enfermiza habrá llevado a cabo contigo a espaldas de todos.

Rebecca soltó una carcajada sana y se secó las lágrimas con rapidez.

—Se dejó golpear por un tipo que le doblaba en altura y anchura hasta que le dije que le perdonaba por no haberme llevado a Gretna Green.

Harding puso los ojos como platos.

—¿Qué? —jadeó—. Ese tipo está loco. Siempre lo he sospechado.

—Pero tengo la suerte de que esté loco por mí —pensó Rebecca en voz alta. Se regocijó en aquella certeza, y un poco más en el ramalazo de inquietud que oscureció el agraciado semblante de su hermano.

Todavía tardaría en aceptar la unión de los Kinross, pero estaba bien encaminado.

—Si eres feliz, yo soy feliz —dijo, tratando de convencerse a sí mismo—. Reconozco que me aterra que os matéis el uno al otro una vez os marchéis a vuestro nidito de amor... o, mejor dicho, que tú lo mates a él en uno de estos arrebatos insoportables que poseen a mi... cuñado. Pero tendré fe —le prometió con la mano en el pecho—, lo juro.

Unos golpes a la puerta interrumpieron la conversación cuando Rebecca iba a abrazar a su hermano. El joven mayordomo se asomó con cara de espanto; la cara que ella reconocería en cualquier parte, pues era la que se le escapaba cuando el marqués de Haverford se hallaba en la casa o prestaba una visita y corría el riesgo de encontrarse con su vieja prometida.

En lugar de sentir un arrebato de furia o formársele un nudo en el estómago, Rebecca solo frunció el ceño, extrañada. El reloj apuntaba las siete y media de la mañana.

¿Qué podría habérsele perdido a Nile allí a tan tempranas horas?

—Señor Wargrave, el marqués de Haverford se encuentra en el recibidor.

Harding lanzó al aire un suspiro de profundo hastío. Se pellizcó el puente de la nariz con los ojos cerrados antes de mirar a su hermana menor de soslayo.

—Y yo que pensaba que por hoy podíamos tener tú y yo la fiesta en paz.

—Descuida. —Rebecca aireó la mano—. No pretendo arrancar a discutir con mi antiguo enamorado; ni ahora, ni en lo que me quede de vida. Ahora soy una mujer casada y no puedo hacer nada que dé a entender a mi marido que no le soy devotamente fiel.

—Ha señalado que su presencia tiene una explicación sencilla a la par que urgente, señor

Wargrave —insistió el mayordomo.

—Muy bien, muy bien. Vayamos a ver.

Muerta de curiosidad, no solo por las razones que Nile pudiera tener para aparecer de sopetón, sino por averiguar cómo se sentiría al tropezárselo después de aquella noche tan reveladora, siguió a Harding en su apresurado paseo hacia la entradilla.

Rebecca atisbó su elegante figura ya por encima del hombro de su hermano. Iba vestido como un jinete profesional, con botas y pantalones de montar. Los estampados eran los habituales en las prendas que proliferaban en las partidas de caza, pero él las había adaptado a su estilo personal, y esto es, a su riguroso luto, tiñéndolas de negro.

Estaba dándole vueltas a la gorrilla con la mano cuando oyó los pasos de los hermanos. Entonces alzó la barbilla. Esto le permitió contemplar con inquietante claridad la preocupación que enturbiaba su semblante.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —inquirió Harding con cierto retintín.

Rebecca cayó entonces en la cuenta de un detalle que le había pasado por alto en su violenta cruzada contra la amistad entre Haverford y su hermano: en el curso de casi cuatro meses, el susodicho solo había visitado a los tórtolos dos veces contadas, y porque debía transmitirle algo urgente al futuro barón. Furiosa como estaba, se había envenenado con aquellas dos inocuas visitas en lugar de prestar atención al cuadro general: era evidente que Harding le había pedido expresamente a Nile que no se presentara allí bajo ningún concepto, y tenía que deberse al deseo de respetar los sentimientos de Rebecca, porque a ella nunca se le había escapado que el marqués de Haverford era la compañía predilecta de su hermano y, si de él hubiese dependido, le habría puesto un dormitorio con su nombre bordado en las sábanas.

—Buenos días a ti también. Señorita Wargrave —la saludó con una genuflexión.

No sintió el menor deseo de reivindicar su condición de casada con una desdeñosa corrección. «Señora Kinross», le habría espetado si le hubiese importado lo más mínimo regodearse en su asombro o la que quiera que hubiese sido su reacción. Por el momento, deseaba guardarse para sus adentros el enlace con Sonny; mantenerlo allí protegido de la fealdad del mundo, de sus viejos rencores.

—¿Y bien? —lo apremió Harding.

—Hoy me he desvelado y me ha apetecido salir a cabalgar al amanecer por Regent’s Park. Estos últimos tiempos he acabado cogiéndole el gusto al deporte... —Se encogió de hombros. Rebecca, en extremo pendiente de sus propias sensaciones, se enderezó al experimentar una ligera sacudida en el pecho. El Nile que ella había conocido, el que tuvo que dejar de admirar tres años atrás, odiaba montar a caballo. Ahora, de pronto, lo adoraba. Le extrañó no saberlo todo del hombre que tenía delante—. Ha sido ahí donde y cuando he coincidido con el conde de Jersey. Le he visto tan agitado que me he acercado a preguntarle si podía serle de ayuda, y... Digamos que hace rato que se marchó, furioso, a buscar a Kinross a su casa. En sus palabras, tiene con él «una deuda de honor pendiente de cobro». Ya debe de haber imaginado que, si no está allí, es porque está aquí, así que es cuestión de tiempo que...

Unos golpes impacientes a la puerta interrumpieron a Nile.

Todos los presentes se enderezaron de golpe e intercambiaron miradas inquietas. Rebecca en concreto se tensó de pies a cabeza. Regresó con más fuerza que antes la alarma que esa madrugada la había tenido al borde del llanto... y de legalizar el divorcio por sus propios medios para castigar a Sonny por siquiera haber pensado en abandonarla.

—¿Sabes algo sobre esto, Becks...? —Harding se calló en cuanto un recuerdo reciente le iluminó. Volvió a pellizcarse el puente de la nariz, ahora con verdadera exasperación—.

Supongo que guarda relación con lo que tu marido me dijo anoche de que «se había acostado con una mujer casada».

—¿Marido? —repitió Nile, perplejo.

—Es una larga historia —se adelantó Rebecca con una mano en alto. A continuación se ajustó bien el batín a la cintura para no revelar más piel de la necesaria—. Y no es apta para el oído de sujetos ajenos a la familia.

—Comprendo.

Los golpes regresaron con más ímpetu, haciendo temblar los cimientos de la casa.

El mayordomo carraspeó.

—¿Debería abrir, señor Wargrave? ¿O finjo que no hay nadie en casa?

—No sé qué bien podría hacernos eso —meditó Harding, ceñudo—. Mucho me temo que Jersey es un tipo insistente. Podemos esquivarle hoy, y tal vez también mañana, pero tarde o temprano coincidirá con alguno de nosotros, y me parece a mí que, para entonces, habrá acumulado tanta rabia que el castigo caerá sobre Kinross con especial virulencia.

—No me da ningún miedo —resolvió Sonny desde el umbral del comedor. Echó a andar hacia la concentración de títulos nobiliarios con el ceño fruncido. Rebecca se giró a tiempo para verlo encogerse de hombros, los pulgares colgando del borde del pantalón que a duras penas se había abrochado para desayunar—. Veamos qué tiene que decir.

Rebecca se aferró a su brazo en un impulso, asustada.

—¡De eso nada! Deberías esconderte. Es muy posible que haya venido armado.

—No creo que se atreva a disparar a quemarropa en el recibidor de un futuro barón... —lanzó una mirada que fingía aburrimiento, pero que contenía una poderosa repulsión, hacia el recién llegado— y ni mucho menos con tan regios testigos.

En lugar de aludirse con el desdén implícito, Nile se enderezó y compuso una expresión benigna.

—¿Debería felicitarle por sus nupcias, señor Kinross?

—Lo que debería hacer usted es no arruinarme la dicha poscoital haciéndome el favor de volver por donde ha venido.

—No seas desagradable —le advirtió Rebecca, sacudiéndole el brazo por el que seguía teniéndolo atrapado—. Está aquí para advertirnos.

Sonny torció la boca y señaló al marqués con la barbilla.

—Prefiero que me encajen un tiro en el entrecejo antes que verle el morro a este fulano.

Nile y Harding suspiraron a la vez. La reacción del primero nacía del más puro cansancio; la del segundo, de la convicción de que nunca viviría en paz. Debía de estar pensando que los odios de Rebecca habían resultado ser transferibles, y que había contagiado a Sonny mediante el intercambio de fluidos.

—¡Abran la puerta! —rugió el conde de Jersey—. ¡Sé que están ahí!

—De verdad, Kinross... —se lamentó la única que faltaba. Verity se había recostado en la pared del pasillo con los brazos cruzados, y contemplaba la escena con aquella falta total y absoluta de respeto hacia las circunstancias solemnes que, más a menudo de lo que Rebecca habría querido admitir, la había convencido de restarle importancia a los problemas—. ¿Quién te mandó a ti a encamarte con una mujer casada?

Capítulo 28

La presencia de Nile Inglefeild le había puesto de un humor de perros. Y en el lenguaje de los Kinross, ponerse de un humor de perros equivalía a perder el contacto con el instinto de supervivencia. Sus testigos bien pudieron asombrarse todo cuanto quisieron con su reacción, pero a Sonny le pareció que el único modo de resolver aquello a la mayor brevedad —y, a renglón seguido, enviar al marqués de Haverford a su residencia— pasaba por abrir la puerta y enfrentar al indignado Jersey.

—No ha dado la cara —fue lo primero que le espetó el susodicho, tan ruborizado por la rabia que las cejas pelirrojas se le confundían con la tonalidad de la piel.

—No —le confirmó Sonny con desahogo—. Es que ayer me casé y, como se imaginará usted, la noche se me confundió con la madrugada.

Jersey no puso en duda su respuesta. Buscó con la mirada a la mujer a la que no creía afortunada ni por asomo. La posó en la única presencia femenina que había estado soltera hasta el día anterior.

La repugnancia le torció el gesto.

—La honorable señorita Wargrave, quien nunca en realidad ha merecido ese apelativo... y ahora menos aún —soltó con un desprecio que sobrecogió a los presentes—. ¿No le da vergüenza haber desposado a un hombre capaz de acostarse con la respetable esposa de otro?

Sonny abrió la boca para ladrarle una lindeza a la altura de su insolencia, pero Rebecca cuadró los hombros, como siempre los cuadraba cuando se disponía a atacar con todo su veneno, y comprendió que era justo para ella ser quien se defendiera.

—Lo mismo podría preguntarle yo a usted, milord. ¿No le abochorna profundamente estar casado con una mujer que invita a cualquiera a su lecho?

Jersey apretó los labios.

—Entonces reconoce que el señor Kinross es un cualquiera.

—Reconozco que era un cualquiera para su esposa; para mí es mi marido —añadió con ferocidad—, así que cuide su lenguaje a la hora de referirse a él en mi presencia.

—No se preocupe, señora —escupió, desdeñoso—, que no he venido hasta aquí para intercambiar opiniones sobre los respectivos parientes con usted, sino para saldar mi deuda pendiente con el caballero... —miró a Sonny de arriba abajo—, si es que así puede llamarse.

—De acuerdo a la normativa de tratamientos nobiliarios, no, no se me podría llamar así. Soy un señor, pero un caballero no, y a mucha honra, o habría tenido que exponerme a que me matara usted en el parque para defender el honor de serlo. —Le puso una mano en el hombro al rígido Jersey. Se tuvo que desprender de su desahogo habitual para hablarle con franqueza—. De hombre a hombre, milord, le sugiero que regrese a casa y trate de limar asperezas con milady. Es una mujer bella y astuta, pero ninguna criatura más que la mía merece que, en su nombre, un tipo honorable se arriesgue a acabar entre rejas por asesino.

—Los duelos han pasado de moda, Jersey —apostilló Nile, que no se había movido del rincón al que se había retirado para conceder intimidad a los involucrados—, y ya no se miran con tan buenos ojos como en el siglo pasado. Le recomiendo que se desquite con el señor Kinross de cualquier otro modo.

—¿Y qué modo es ese? —rugió. Barrió la estancia con la mirada para que los presentes fueran cómplices de sus ojos de loco, de su mandíbula desencajada—. ¿Metiéndome en la cama

con su esposa?

Sonny aspiró entre dientes y reprodujo un movimiento inquieto con la cabeza.

—Eso no va a ser posible, caballero, porque mi esposa no se le ofrecería sin reparos y, para consumar su amenaza, tendría que forzarla... y entonces yo tendría que matarlo a golpes.

Al por lo general honorable Jersey le tuvo que sonar razonable el modo en que desestimó su propuesta, porque no contraatacó sino gimoteando con desesperación:

—¿No actuarían ustedes del mismo modo que yo si descubrieran que su mujer ha tenido un amante?

—Eso no sucedería —dijeron todos a la vez, desde Harding hasta Rebecca, pasando por Verity, Nile y Sonny. Fue el último el que se animó a seguir hablando, con la mala suerte de que metió la pata—: Cuando a una mujer se la tiene bien atendida en casa, no siente la menor tentación de buscar la diversión y el alimento en otra parte.

Los ojos de Jersey lanzaron chispas.

—¿Cómo se atreve? ¡Mi mujer jamás habría ido a buscarle a usted! ¡Fue usted y nadie más quien se aprovechó de su inocencia para seducirla!

—Oiga... —Volvió a palmearle el hombro—. No voy a proporcionarle detalles sórdidos de mi contacto con milady. Mi esposa está presente y es muy celosa. Pero le puedo asegurar que la inocencia de la condesa de Jersey lleva siendo periódico de ayer desde hace unos cuantos años; antes incluso de mi llegada.

—Sonny —le advirtió Harding entre dientes.

—Es más —prosiguió él—, seguro que piensa lo mejor de su señora porque tuvo la buena voluntad de acercarse a usted y contarle que se había dejado llevar por las atenciones del pérfido señor Kinross; es decir, porque no tuvo usted que descubrirlo de un modo impactante. Pues bien... Pongo yo la mano en el fuego por que confesó su pecado con la esperanza de que tomara represalias físicas contra mí.

—¿Por qué haría algo así mi querida Adelaide?

—Porque la rechacé para cortejar a la señorita Wargrave y no pudo soportarlo.

—Eso implicaría que mi esposa albergara sentimientos por usted —masculló, cada vez más agitado—, y no es posible.

Sonny lanzó al aire un suspiro entristecido que habló por mil palabras.

—Me parte el corazón que honrados caballeros como usted, hombres que aman de veras a su esposa, tengan que sufrir este tipo de vejaciones a manos de quien para ellos es el ser más querido. No estaría usted aquí, proponiendo una conversación complicada, si su matrimonio no se hubiera oficiado por amor. Le compadezco —concluyó con un apretón amistoso al hombro.

Aquello fue lo peor que Sonny podría haber dicho. Lo supo al ver que Harding sacudía la cabeza, dándolo por perdido, y por el modo en que la expresión del ofendido se transformó. Pasó de albergar justos recelos y de buscar consuelo en su enemigo, aun en contra de sus principios, a oscurecerse por obra de la traición imperdonable.

Sonny lo comprendió enseguida.

A un caballero herido en su hombría no se le debía compadecer bajo ningún concepto.

Lo aprendió por las malas cuando Jersey sacó la mano del interior del gabán, donde la había mantenido escondida, y lo apuntó con el cañón de una pistola. Sonny nunca había visto ese modelo, y no solo porque no fuera un apasionado o solo un entendido de las armas de fuego, sino porque con toda probabilidad no habría salido aún al mercado popular. El conde era conocido por su afición a la caza, al tiro al plato y ahora también a los duelos, y ningún hombre orgulloso se aficionaba a actividades en las que no destacara por su fina habilidad.

—¡Ya está bien! ¡Voy a cobrarme esta afrenta sea en el parque o sea aquí mismo!

—Jersey, por el amor de Dios —intervino Nile, que se arriesgó a rodearlo del antebrazo para tratar de bajárselo—. Sea razonable. No quiere matar a un hombre delante de su esposa, sus cuñados y un cuarto testigo.

—¡Este miserable canalla se está riendo de mí! ¡Debería postrarse de rodillas para suplicar mi perdón!

—No dude que lo habría hecho si no se le hubiese ocurrido vejar a mi esposa nada más presentarse aquí sin invitación —replicó Sonny—. Ahora tendrá que jorobarse sin disculpa que valga.

Harding lo fulminó con la mirada. El mensaje implícito podía leerse con meridiana claridad: «Como mantengas esa postura de bravucón, tus sesos acabarán desparramados en mi recién estrenado recibidor... y no dudes que te odiaré por ponerlo todo perdido aun cuando estés en el Más Allá».

—¡El único que ha vejado a la esposa de alguien es usted! —bramaba con una mirada sanguinaria. La mano le temblaba, pero seguía apuntándolo con seguridad—. ¡Aun si le cosiera a tiros, jamás podría darme por satisfecho! ¡Debería cortarle las manos y el miembro y echárselo de comer a los cerdos!

—¿Por qué a los cerdos? ¿Porque las cerdas ya los han disfrutado lo suficiente?

—¡Emerson Kinross! —rugió Harding—. ¡Al final seré yo el que te meta un tiro!

El conde de Jersey se ruborizó hasta el nacimiento del pelo, que, como la diadema de una princesa, comenzaba en la coronilla.

La vida de Sonny pasó por delante de sus ojos. La intuición le advirtió justo a tiempo de que iba a disparar, y fue lo bastante rápido para apartarse. Pero Jersey no había apretado el gatillo aún; la indignación que le hacía estremecerse violentamente pospuso un segundo el cumplimiento de su amenaza. Y entonces Sonny sintió miedo de verdad, un miedo como un pozo abisal al que el simple hecho de asomarse robaba el alma, el aliento; quebraba el espíritu, y sintió miedo porque, al haberse alejado del cañón de la pistola, había dejado a Rebecca en la trayectoria del disparo.

Pasó tan deprisa que Sonny pensó que, aun habiendo esquivado a la guadaña, había muerto de todos modos. Lo habían acabado matando.

Oyó el sonido del arma abriendo fuego, oyó el grito de Verity y oyó su corazón retumbando, exigiéndole que se interpusiera entre el disparador y el destino de la bala. Pero fueron más rápido que él evitando que la muerte prematura alcanzara a Rebecca: Nile y Harding se adelantaron para protegerla con su propio cuerpo, pálidos y al mismo tiempo con una mirada profundamente decidida. Quiso el cielo que, al chocar el uno contra el otro y debido a la diferencia de estatura entre los caballeros y la joven —también a la pérdida de facultades del conde—, el disparo apenas pasara silbando por el cuello de Nile, abriéndole una herida dolorosa pero superficial en el lateral de la garganta.

Por un instante reinó la clase de silencio que solo se oía en los funerales. Aunque nadie osó moverse o emitir sonido alguno, Sonny podría haber escuchado los gritos de pavor que habían ahogado Harding, Nile y él mismo. Luego, como coreografiados, los tres se movieron, cada uno en una dirección: Sonny se abalanzó sobre la petrificada Rebecca para palparla en busca de una herida que no se había producido, Harding agarró a Jersey de la pechera de la chaqueta para sacudirlo con la intención de matarlo y Nile se apresuró a repetirle a una Verity preocupada y con la atención divida, una y otra vez, una y mil veces, que se encontraba bien, que todo estaba de maravilla, que no le dolía, pero con la mirada perdida en un punto de la pared.

El pasmo de Rebecca era de la misma familia que el que había paralizado a Nile. Fue una conclusión natural que los dos se buscaran con la mirada para compartir el sentimiento.

Sonny no pudo hacer nada para evitar la complicidad que establecieron en tan solo un instante, y que fue tan poderosa como para atreverse a reparar el vínculo que llevaba años tiritando. No lo subsanó, sin embargo. No logró tamaño milagro. Pero en el hecho de que se mirasen a los ojos sin rencor, ella sin poder creérselo, él sinceramente aliviado por su apresurada actuación al comprobar que se hallaba en perfecto estado, supuso un acercamiento que Sonny no supo si temer o agradecer.

Abrazó los dos contradictorios sentimientos.

«Maldito sea», pensó. «Ahora tendrá que contar con mi eterna gratitud».

Harding no dejaba de golpear a Jersey como si quisiera cambiarle de sitio los huesos; el conde, asombrado por haber sido capaz de disparar una pistola que podría haber acabado con una vida inocente, había estallado en un llanto amargo.

Pero Sonny no tenía oídos para los reproches y justificaciones del uno y del otro, sino solo ojos para la débil sonrisa que Nile le dedicó a la impresionada joven.

—¿Estás bien, Becks? —le preguntó en voz baja.

Apenas pareció consciente de que un riachuelo de sangre discurría cuello abajo, manchando su exquisita chaqueta de montar. Sonny temió que lo encontrara irresistible. Sus nervios fueron a peor cuando ella le devolvió el gesto con mansedumbre.

—Sí. —Esperó a que él hubiera asentido con conformidad antes de añadir—: Gra... gracias.

La sonrisa de Nile se ensanchó hacia la alegría de haber recibido una respuesta grata por su parte. Sonny sabía mejor que nadie cómo se sentía la aceptación y el perdón de Rebecca; como un trago de agua en el desierto. Pero no fue tan comprensivo cuando le vio alargar una mano hacia ella, y menos todavía al ver que Rebecca, tras vacilar un instante por la impresión más que por el rechazo, le ofrecía la suya para estrechársela. No como dos hombres cerrando un negocio, pues no fue un apretón ejecutivo, sino con la tierna torpeza de dos personas que se conocieron, luego tuvieron que olvidarse y ahora se habían reencontrado.

—Muy bien —masculló Sonny, y, ni corto ni perezoso, se entrometió por la fuerza agachándose ante Rebecca. Se la echó al hombro como un *highlander*, despertándola abruptamente de su trance, y abandonó la escena saltando de dos en dos las escaleras hacia el segundo piso.

Aún le dio tiempo a oír lo que sucedía en el recibidor.

—No entiendo por qué me ha hecho algo así —sollozaba Jersey—. Yo amo a mi esposa; le doy... siempre le he dado todo cuanto ha deseado, y no me escondo cuando me busca por las noches. ¿Por qué no me quiere? ¿Por qué, señor Wargrave?

—Suéltelo todo —le animaba Harding, palmeándole la espalda después de haberle dejado el rostro amoratado. Pero no le pasó por alto la batida en retirada de Sonny, y por encima del hombro del doliente esposo, le lanzó una mirada de advertencia que él interceptó a punto de perderse por el pasillo.

«Ya verás cuando tú y yo nos sentemos a hablar de esto», parecía decir.

—¿Qué haces? —rezongó Rebecca, más o menos repuesta del shock—. ¿Por qué me has secuestrado? ¡Sonny!

—¿Ahora te he secuestrado? ¿Se puede acaso secuestrar a la propia esposa?

—¡Por supuesto que se puede! ¡Lo que no se puede es desaparecer después de haber sembrado discordia! ¡El conde de Jersey sigue ahí abajo...!

—Tu hermano se está encargando del asunto, y ¿sabes quién sigue allí abajo también? Nile

Inglefeild, no sé si te sonará familiar. No puedes reprocharme que actúe cuanto antes para evitar que sucumbas a la tentación de hacerle ojitos.

—¿Hacerle...? —No le duró tanto tiempo el pasmo como para no soltarle un golpe doloroso en el hombro—. ¿Acaso eres idiota? ¡Ha evitado que me maten! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que le arrease un bofetón?

—¡Por ejemplo! —rugió, y cruzó el umbral de su dormitorio con paso acelerado. La arrojó sobre la cama sin contemplaciones y la miró desde su altura con los ojos entornados y los brazos en jarras—. ¡Me correspondía a mí salvarte la vida, no a él!

Rebecca había caído de costado, pero se apresuró a apoyarse en los codos y devolverle la mirada nadando en la incredulidad.

—¿Estás hablando en serio?

Sonny la aprisionó apoyando las manos en su cintura.

—No quiero que lo perdones jamás si el odio es lo único que te protege de amarlo.

—¿Amarlo?

—No quiero que sea tu héroe.

—No lo es.

—No quiero que sea nada tuyo. Yo tengo que serlo todo. Ser todo de ti. Ser tú. O no ser nada y que todo vaya sobre ti.

—¡No tiene sentido nada de lo que estás diciendo!

—Te quiero tanto que a veces siento que me he vuelto loco.

—Y yo a ti, no entiendo por qué...

—Dime que es feo e insufrible.

—¡Te estoy diciendo que te quiero, que es más importante!

—Dime que yo soy mejor.

—Sonny... —murmuró, todavía con impaciencia pero con una nota de debilidad.

A él se le quebró la voz al mirarla intencionadamente a los ojos. Se le ocurrió que no había estado nunca tan bella como en ese momento, que el sudor de su frente, los mechones electrificados y el brillo en las pupilas eran indicadores de que estaba viva, de que habían evitado que un disparo le robara la juventud y el amor incondicional que Sonny le tenía, y solo entonces razonó lo que había estado a punto de pasar.

Se le escapó un gimoteo ininteligible y no pudo seguir sosteniéndose. Dejó caer la cabeza sobre el pecho de la joven para que no viera su rostro contraerse en una mueca de dolor, pero ella igualmente lo supo; lo supo porque empezó a sollozar entrecortado.

—Soy un estúpido redomado —balbuceó—. Casi te pierdo a manos de un enemigo que me he granjeado yo, por irresponsable y por despechado, y lo único que se me ocurre es ponerme celoso del dichoso Haverford.

—Desde luego, eres único en tu especie..., pero eso lo veníamos sabiendo —se rio Rebecca. Oír su inflexión divertida le instó a sorber por la nariz y enderezarse para confirmar que en su expresión había puro afecto. Casi gimió de alivio cuando ella acunó su rostro entre las manos, libre de todo rencor—. Podríamos perder el tiempo echándonos mutuamente la culpa, porque, por ejemplo, si yo te hubiera dejado marchar a la hora estipulada, no nos habría puesto a todos en peligro. Pero creo que ya he sacrificado suficiente vida dedicándome en cuerpo y alma a mis rencores.

—¿Y a qué quieres dedicarlo? ¿A un tipo como yo, que no ha podido protegerte?

—Ya no estoy en la misma habitación que la pistola, lo que significa que me has puesto a salvo. Los dos lo estamos. No volverá a atacarte después de lo que ha sucedido; no se atreverá ni

a mirarte a los ojos, si es que no se lo llevan preso. —Rebecca le sonrió antes de besarlo en la punta de la nariz—. Yo te quiero tanto que a veces siento que he recuperado la cordura.

—No me digas eso —protestó por el gusto de protestar. Pero se encaramó a la cama, a su cuerpo blando, y la estrechó contra sí—. Un loco y una cuerda no son una buena combinación... y menos cuando están sobreexcitados porque acaban de presenciar un intento de asesinato.

—¿Estás seguro de que no? —Se incorporó lo justo para besarlo en la barbilla—. Porque yo diría que precisamente cuando están sobreexcitados hacen mejor pareja que nunca. Y si no te lo crees, permíteme que te lo demuestre...

El epílogo que en realidad es el fin de una era



—«Quien sostiene que los finales felices no existen, no ha oído hablar aún de la historia de amores y desdichas de Rebecca Kinross, que nació siendo la honorable señorita Wargrave, a los dieciocho años cayó en desgracia como la despreciada señorita Wargrave y fue, durante el trienio posterior, la irrelevante señorita Wargrave..., hasta que decidió asegurarse de no volver a ser ignorada jamás desposando al único hombre que no es ni aristócrata ni exactamente burgués, ni del todo trabajador ni de la realeza tal y como se conoce: con el o bien odiado o bien amado, pero nunca apartado, Emerson Kinross». —Sonny hizo una pausa en su lectura para descansar el papel impreso sobre la colcha y mirar con sorna a su esposa, que estaba atendiendo a la lectura con las manos retorcidas en el regazo y el labio inferior atrapado entre los dientes—. La introducción no está nada mal, ¿no? Aunque le di permiso para volver a escribir sobre mí, y sin ponerle la condición de hacerlo en buenos términos, no ha abusado del veneno que guarda en la recámara.

—¡Calla y sigue leyendo! —se quejó ella con voz estrangulada.

Se cercioró de que obedecía impulsándose desde el rico cabecero de la nuevísima y reluciente cama nupcial y gateando con nada más que el camisón hacia su marido, al que esperaba presionar con su tentadora proximidad. Como Sonny consideraba haber estrenado ya el colchón y las sábanas de todas las formas imaginables, honestas y deshonestas, se entretenía probando ahora diversas posturas: estaba tendido boca arriba con la cabeza descolgada en el borde opuesto de la cama, ahí donde debían ir los pies, y las manos alzadas sobre el rostro con la última columna atrapada entre los dedos.

Rebecca se tendió a su lado apoyada sobre los codos.

—«Lo que hace cuatro temporadas podría haberse antojado una locura vesánica tiene hoy el mayor de los sentidos. Casi se diría que la señorita Wargrave debía caer en desgracia para merecer al señor Kinross, y por fuerzas ajenas a mí, fuerzas más relacionadas con los poderes y mandatos divinos, así ha sido». Esto no me deja en tan buen lugar —apostilló Sonny, no tan ofendido como daba a entender la teatralidad de su ceño—. «A mis queridos lectores les recomiendo que no desesperen si andan en busca del romance y este no se deja encontrar. A lo mejor lo buscan en el lugar equivocado. A lo mejor su felicidad no está en el decoro, sino en la total y absoluta sinvergonzonería... ahí donde por mucho tiempo han estado las lealtades del señor Kinross, como bien puede confirmarnos la condesa de Jersey».

Rebecca lanzó una exclamación ahogada.

—¡No puede ser! ¿Va a mencionar tu romance con milady? ¡Más le vale especificar que sucedió antes de que tú y yo nos casáramos, o estaré condenada a la ruina tanto en la soltería como en el matrimonio!

—¿Qué te importan ya la condena y la ruina a estas alturas? Si es imposible que un hombre haya arruinado a una mujer tantas veces como yo a ti... —insinuó, alargando una mano traviesa hacia la curvatura de su cadera. Rebecca le asestó un manotazo en la muñeca y le señaló la columna para que siguiera leyendo—. De que me maltratas día sí y día también no ha hablado aún la Reina del Chisme...

—Siéntete libre de informarla al respecto —lo provocó ella con la barbilla erguida—. Sigue.

Sonny exageró un suspiro y se ocultó detrás de la cuartilla.

—«Dicen las leyendas que un príncipe escaló una alta torre para rescatar a una bella princesa,

pero el cuento popular en Londres no acaba ahí: se alarga especificando que la bella princesa estaba casada con el conde de Jersey y el príncipe, que entonces aún disfrutaba de su soltería, no ascendía a las alturas porque gustara de contemplar el paisaje elevado o respirar aire puro. Cuántas veces tuvieron lugar estas visitas no lo sabemos, pero a esta autora le consta que el príncipe se enfrentó al conde de Jersey en un duelo a puerta cerrada del que no se darán muchos más datos para no invocar a la Policía Metropolitana. Fue un milagro que nadie saliera gravemente herido... si no contamos el magullado orgullo de milord y el cuello del marqués de Haverford, que, en un alarde de heroísmo conjunto con el señor Wargrave, le hizo a Su Chismosísima Majestad el favor de darle el cierre redondo a su historia, pues ahí acaba el periplo de la honorable señorita Wargrave y sus múltiples caídas en desgracia, justo donde empezó: en el desprecio del marqués y su posterior determinación de salvarla». ¿Por qué diablos tiene que aparecer este tipo en la noticia de nuestro casorio? —rezongó Sonny.

—¿Porque evitó que me mataran, quizá?

—¡Eso no merece que le perdones! —seguía protestando.

Rebecca puso los ojos en blanco, pero acabó mirándolo con ternura.

—Tú eres el primero que se sintió inclinado a disculparlo.

—Y la Reina no ha desaprovechado la oportunidad de señalarlo —masculló a regañadientes. Señaló el último párrafo de la columna—. «¿Quién habría dicho que, a raíz de lo ocurrido, la señorita Wargrave convidaría a su flamante boda a los marqueses de Haverford? Esta autora no, desde luego, pues ha pasado los últimos años siguiendo muy de cerca y con orgullo maternal la encomiable dedicación de la señorita a mimar sus odios. Pero si bien nada divierte más a Su Chismosísima Majestad que una enemistad visceral, sigue habiendo algo que la fascina el doble debido a su pasión literaria, y es el arco de redención que augura un final perfecto. Me complace poder decir que la promoción de 1843 de la escuela de señoritas de lady Mabry se reunirá al completo y de la mano de sus parientes en la boda entre la honorable señorita Wargrave y el señor Kinross: lady Haverford, la señora Connor, la señora Wargrave y la aún soltera Quitterie Tandye. Se podría decir, pues, que no están ustedes invitados..., pero sí están *todos* invitados».

—¡¿Qué?! —aulló Rebecca—. ¡Eso es mentira! ¡Yo no he invitado a los Haverford, ni a los Connor, ni...! ¡Y tampoco habría invitado a Verity si no fuera porque es la esposa de mi hermano!

Sonny arrojó la columna a su espalda en un movimiento dramático y posó la mano en la rodilla de Rebecca, a la que la indignación había incorporado y sentado en la cama.

—Parece que la Reina se ha tomado la libertad de organizarnos la lista de invitados.

—¡Será...! ¡Será...! ¡Yo pensaba que me apreciaba!

—Y te aprecia. De hecho, sospecho que lo hace por ti. Pero si no estás de acuerdo con su decisión, siempre podemos revocarla. ¿Quieres que enviemos cartas a los implicados para advertirles que serán educadamente escoltados a la salida si ponen un pie en la iglesia? —Sonny ocultó una risita malintencionada bajo el dedo índice—. ¡Sería tan divertido! ¿Qué cara crees que pondría Clarissa?

—Oh, ¡se moriría de vergüenza! —se regocijó, y ambos se rieron como el par de chismosos en el que se convertían cuando arrancaban a hablar sobre sus conocidos.

Rebecca fue a espetar, aun así, que, en efecto, ese sería el curso de acción, pero en su lugar se mordió el labio. Sonny procuró no exteriorizar su diversión con una sonrisa delatora; esto no impidió, aun así, que no se conmoviera con la cesión de su esposa, que supo anticipar de lo bien que la conocía.

—Bueno... No pasa nada porque Nile acuda a nuestra celebración. Se interpuso entre una bala

y mi cuerpo; bien merece que se le tenga una pizca de consideración. Por otro lado, sería del todo descortés, casi intolerable, prohibirle que acudiese acompañado. Además, ¿a quién criticaremos después de la fiesta si Clarissa no asiste?

—Buen razonamiento.

—Seguro que está muy estropeada después de tantos partos, además.

—Eres perversa, ¿sabes?

—También me gustaría invitar al señor Strickland. Cassius es mi amigo, te guste o no, y será invitado a todas las fiestas que de mi organización dependan... Aunque solo sea por si acaso asistiese también la mujer a la que espera.

—Oh... Eres un dulce, cariño.

—¡No te burles de mí! —rezongó—. En cuanto a la señora Connor..., invitada también a traición... Cierto es que tuvo razón cuando en su día me sacó los colores a propósito de mis inquinas, y que rara vez ha sido menos que amable conmigo... —Agachó la cabeza y se agarró a la falda del camisón para desahogar la frustración que aún le producía lo que reconoció a renglón seguido—: Y sin Verity, una fiesta no es una fiesta; es un funeral. ¡Ni se te ocurra decirle que lo he dicho!

Sonny se echó a reír y la atrapó en un abrazo.

—Convertirte en la señora Kinross te ha llenado de amor y aceptación —le susurró al oído en cuanto la tuvo sonrosada debajo de él. Luego añadió en tono juguetón—: ¿O no ha sido el nombre, sino yo mismo, el que te ha llenado de tanto, tanto, tanto amor, una y otra vez, noche tras noche...?

—¡Pervertido!

Pero ella también acabó riéndose y no se negó a recibir el beso con el que Sonny quiso zanjar la cuestión de la Reina del Chisme, cuya columna habían estado aguardando como agua de mayo. No consiguió despejar la mente de Rebecca, o no por mucho tiempo, porque después de atraparlo en un abrazo, le dijo:

—Ahora somos marido y mujer, lo que significa que lo que es tuyo, es mío, y lo que es mío, es tuyo. Los secretos incluidos. Con lo cual...

—Con lo cual... —la apremió él, adivinando a dónde pretendía llegar.

Rebecca se enrolló un mechón del pelo de Sonny en el dedo y tiró, juguetona, para acercarlo a su rostro, un rostro al que él no podría negarle nada jamás.

—Con lo cual... —se humedeció los labios— puedes contarme quién es la Reina del Chisme.

—¿Eso quieres? —Enarcó las cejas con dramatismo—. ¿Crees que podrás soportarlo?

—Tengo la sospecha de que se trata de Edelweiss Day.

—¿Por qué?

—Porque no ha mencionado en ningún momento al señor Strickland. Extraño, ¿no te parece? No solo porque haya jugado un importante papel en toda esta historia de cortejos, manipulaciones y duelos, sino porque narrando en su columna las argucias y chantajes de los que te valiste con él, habría vendido el doble de revistas.

—¿Y crees que no mencionar al señor Strickland se debe al odio acérrimo que, por lo visto, la señorita Day le profesa?

—O al deseo de protegerlo de la malevolencia popular; la opinión pública se habría vuelto en su contra, a fin de cuentas —meditó en voz alta. Clavó en él una intensa mirada de ojos verdes que lo despojó de todo: de miedo, de angustias, de cuanto no era placer—. Serás tú quien lo confirme o lo desmienta. Ahora eres mi marido y no puedes ocultarme nada. Y si te sigues negando a soltar prenda... —Rebecca se las apañó, con ayuda de la experiencia adquirida, para

placar a su marido contra la cama y ser ella quien quedara sentada a horcajadas sobre su sensible bajo vientre—, me serviré de mis poderosos encantos de mujer para sonsacártelo.

Sonny se cubrió la cara con los antebrazos como si el sol lo hubiese deslumbrado.

—¡Oh, no! ¡Los poderosos encantos de mujer no, por favor! ¡No lo soportaría...!

La oyó reír y no pudo negarse el gusto de apreciarlo con sus propios ojos.

Retiró las manos a tiempo para ver el brillo ilusionado que la alegría había dejado en su mirada esmeralda.

—Idiota... Tampoco sería la primera vez. —Se tendió sobre él, pecho con pecho, y apoyó las manos entrelazadas justo encima para descansar la barbilla y mirarlo desde ahí, desde una postura insoportablemente adorable—. ¿No piensas complacerme?

Sonny le puso las manos sobre las nalgas.

—No pienso hacer ninguna otra cosa en lo que me quede de vida, señora Kinross..., pero todos los secretos se cuentan al oído, así que tendrá que acercar su oreja a mis labios para que el mayor de los misterios le sea revelado.

Tentada por la promesa, Rebecca se deslizó hacia arriba sin apartarse del cuerpo masculino. La fricción le provocó un delicioso estremecimiento a Sonny, que se obligó a controlarse, por lo menos, hasta haberse regodeado en la reacción de la joven, que preveía impagable. En cuanto tuvo su canal auditivo a la altura perfecta, se dispuso a satisfacer sus deseos, porque de eso se trataba; porque para eso la había elegido a ella como esposa; porque quería amarla, honrarla, respetarla y que todo eso le fuera devuelto, pero también deseaba discutir, debatir y, ahora, chismorrear.

Formó una pequeña cueva con las manos y le susurró un nombre y un apellido, a lo que Rebecca se incorporó violentamente con los ojos como platos.

—¡No puede ser!

Nota de autora

Aunque Rebecca cierra una era —la promoción de 1843 de la escuela de señoritas de lady Mabry, como bien dice la Reina del Chisme—, aún no hemos acabado con los libros de este universo: os habréis dado cuenta de que hay pequeños cabos sueltos, misterios sin resolver que me dispondré a solucionar a su debido tiempo, cuando me haya recuperado de escribir tantas novelas históricas seguidas en un breve período.

Mencionar que Sonny Kinross es hijo de Robert Kinross y lady Hailey Cavendish, protagonistas de *La amante del canalla*, para quien le pueda interesar.

Quien me haya leído otras sagas, se habrá dado cuenta de que la Reina del Chisme es un personaje recurrente, y si se ha fijado en las fechas, se habrá percatado también de que la Reina del Chisme está tan presente en los años veinte como en los años sesenta de mi siglo XIX particular. Aclarar que esto no es porque sea inmortal, sino por lo que se dice en el libro de que hay predecesoras y sucesoras; de que es un título provisional. Lo digo por si alguien quiere lanzarse a averiguar de quién se trata —o de quiénes, porque hay varias reinas—; para que tenga toda la información posible.

Sobre la situación emocional en la que termina Rebecca, creo que, por más que estemos en un género que prometa finales Disney, no se le pueden pedir peras al olmo. No iba a terminar abrazando a Nile, haciéndose amiga de Clarissa y siendo tan hermana de su hermano porque, al final, debe de haber un poquito de vida real en la fantasía y ella es bastante rencorosa.

No obstante, en la primera entrega prometí que las cosas se solucionarían, y más o menos han tomado su curso.

Si me he tomado licencias, que es lo más probable, lo asumo aquí y ahora y me disculpo por cualquier sacada de pies del tiesto (seguro que la ha habido).

Gracias por leer.

Todos los títulos de la saga

Mi amado enemigo (Malos partidos 1) — YA DISPONIBLE

Una esposa que le teme a los hombres. Un marido que temerá no hacer feliz a su mujer. La historia de Clarissa y Nile.

Mi querido secreto (Malos partidos 2) — YA DISPONIBLE

Una remitente enamorada de su destinatario. Un destinatario que no sabe quién está detrás de las cartas. La historia de Primrose y Sean.

Mi bella seductora (Malos partidos 3) —YA DISPONIBLE

Una rompecorazones víctima de una conspiración. Un conspirador víctima de una rompecorazones. La historia de Wit y Harding.

Mi apuesto aliado (Malos partidos 4) — YA DISPONIBLE

Una novia frustrada. Un soltero escurridizo. La historia de Rebecca.

Mi futuro marido (Malos partidos 5) — YA DISPONIBLE

Una romántica empedernida. Un cínico... ¿sin remedio? La historia de Sarah y el duque de Maybourne.

¡Da clic a seguir en Amazon o en Instagram y entérate de las novedades!

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
El epílogo que en realidad es el fin de una era
Nota de autora
Todos los títulos de la saga

[1] Forma coloquial con la que se conocía a la sífilis, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, pero también, aunque menos, en el XIX.

[2] «Amor» en galés.

[3] Mateo 5:43–44.

[4] «Qué hombre tan bello» en francés.

[5] «¿Hablas mi lengua?» en italiano.

[6] «Me llamo Aimeé, señor» en francés.

[7] «Yo soy más bella» en francés.

[8] «¿Qué color es este?» en alemán.

[9] «Prodigioso» en alemán.

[10] «Un pequeño regalito/favorcito» en francés (en sentido sexual).

[11] «Como la noche de los lobos» en italiano.